

NATALIA OLMEDO

# EL CHICO *perfecto*



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

*Título original: El chico perfecto*

*Diseño de portada: Natalia Olmedo*

*Maquetación: Natalia Olmedo*

*A mis lectores, que siempre están*

El  
chico  
perfecto

# Prólogo

*18 de marzo de 2023*

Aquí estoy, plantada como un girasol en medio de un pasillito precioso lleno de pétalos de flor que lleva al altar, rodeada de caras sonrientes que esperan que diga "sí" y cambie mi vida para siempre.

El vestido, que en la tienda parecía tan liviano como un unicornio bailando en una nube, ahora lo siento como si estuviera siendo aplastada por una manada de elefantes, como si la tela hiciera que mi piel no pudiera respirar de la forma correcta.

Todo es perfecto fuera de mí; dentro es otra historia.

Me obligo a seguir caminando, no vayan a pensar que me he tragado el palo de una escoba.

No paro de preguntarme mentalmente qué estoy haciendo.

La música de fondo suena como el himno de un club de poesía triste, y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todos en la sala pueden escucharlo.

Temo que toda esta situación termine con mi corazón explotando de infarto y tengo la boca tan seca como la suela de los caros zapatos de todas estas personas que ocupan el espacio.

Tienen los bolsillos llenos de dinero, pero me parece que por dentro están huecos.

Estoy a punto de hacer promesas que ni siquiera puedo mantener con mi proveedor de servicios de internet, ¿cómo se supone que debo cumplirlas por el resto de mi vida?

No, no, no.

No estoy preparada.

Ni para esto ni para ser una adulta responsable.

Siento que ya no podré equivocarme tantas veces como necesite, que voy a sentirme presa el resto de mi vida.

¿Y Gustavo, mi futuro marido?

¿Cuántas veces lo hemos dejado en el tiempo que llevamos juntos?

¿Cuántas ha hecho la bomba de humo porque se agobia?

¿En cuántas ocasiones he sentido el subidón al volver junto a él?

El aire se espesa, y me doy cuenta de que estoy a punto de encerrarme a mí misma en una trampa mortal de la que es difícil escapar: el matrimonio. Gustavo, mi prometido, me lanza una mirada que dice: "¿Estás segura de que no te has comido algo en mal estado?", por lo que entiendo que debo tener el rostro totalmente descompuesto, pero sus ojos aún destilan amor.

¿Eso es amor?

Hasta ahora creía que sí, pero...

Dios mío, ¿me ama más de lo que me amo a mí misma?

Por supuesto, y eso que pienso que quererme, me quiere poquito.

Porque ahora sé que me olvidé de mí en el camino para alimentar una relación que... ¡Sorpresa! No llega a ninguna parte.

Quiero ser libre de tomar mis propias decisiones, y Gustavo no me deja ser.

Entonces el estómago me da un tirón y los latidos de mi corazón trastabillan con torpeza.

Acabo de llegar al altar y Gustavo coge mi mano con una sonrisa.

No puedo seguir aquí.

Lo he intentado, pero no puedo.

Sin pensarlo dos veces, decido que mi futuro no puede ser sellado con un "juntos hasta que la muerte nos separe" y pongo fin a esta tortura voluntaria, porque quiero morirme muy, muy tarde, cuando sea tan vieja que tenga la cara totalmente llena de arrugas.

Miro a mi alrededor una última vez.

Tía K contiene el aliento.

Paula me mira con las cejas arqueadas.

Elena se lleva las manos a las mejillas, esperando mi reacción.

Dani clava su mirada en la mía.

Víctor se levanta en un acto involuntario.

Respiro.

Mis pupilas saltan de uno a otro.

Aquí están.

Los dos.

Los hermanos Dual.

No sé ni cómo, pero ahí están.

Como antes, como siempre.

—Lo siento —digo en un susurro—, no puedo.

Suelto la mano de Gustavo y salgo corriendo como si estuviera en una competición olímpica.

A la mierda.

La estoy liando.

Mi vestido ondea detrás de mí como la bandera de la rebelión nupcial.

¡Qué divertido!

La multitud ahoga una exclamación, después se queda boquiabierta, y puedo jurar que escucho a alguien decir: ¿Esa es la novia?.

Pondría los ojos en blanco en otro momento, ahora estoy pendiente de correr.

No, Mari Carmen, voy de blanco pero no soy la novia.

No te fastidia.

¡Claro que soy la novia! ¿No ves mi caro vestido de princesa? Un vestido que ni siquiera he elegido, por cierto.

Una novia que decide correr hacia el desconcierto en lugar de hacia la felicidad matrimonial.

Ya puedo imaginar los titulares de la prensa rosa: *La novia del grandioso empresario Gustavo Fuertes se fuga ante el altar.*

Pero yo me voy solita, como en aquella canción de Lola Índigo con Belén Aguilera llamada *La tirita*.

Salgo al aire libre, donde el sol comienza a picar y la suave brisa me da la bienvenida a esta improvisada libertad.

Lágrimas y rímel se mezclan en mi rostro, pero, sinceramente, ¿quién necesita rímel cuando acabas de arruinar tu boda?

Corro por los jardines de la finca, dejando atrás la música melancólica y las miradas de confusión. Mi mente grita "¡libertad!", y mis piernas están de acuerdo.

Sigo corriendo.

Lejos de los compromisos eternos y cerca de la incertidumbre de un futuro que, espero, incluya menos vestidos de novia y más decisiones propias.

¿Quién hubiera pensado que me convertiría en la novia más rápida de Madrid? Pero aquí estoy, riendo, llorando y corriendo hacia lo desconocido.

Para, para, para...

STOP.

Te estarás preguntando qué narices hago.

Quédate, que te cuento cómo NO encontré al chico perfecto para mí.

O eso pensé mientras huía.



# 1

## Sira

*4 de marzo de 2023, días antes de la boda*

Voy a casa, o mejor dicho, al hogar donde mi padre y mi tía montaron el campamento base unos años atrás, justo después de que mi madre falleciera.

Supongo que en ese momento no entendí que aquella mudanza era necesaria para todo lo que la vía tenía reservado para mí, en cuanto a experimentación y vivencias se refiere.

Acabo de volver del trabajo y quedan pocos días para mi boda. Y no es que no esté emocionada por ello, pero parece que mi cerebro y mis piernas no están del todo de acuerdo. O por lo menos eso deduzco mientras corro hacia el metro que me llevará a mi hogar, intentando ignorar ese cosquilleo incómodo en el estómago.

La urbanización en Villaverde, Madrid, me recibe con su habitual mezcla de bullicio y eclecticismo. Aquí, cada edificio tiene su propia historia, y el nuestro no es la excepción. Se podría decir que el edificio tiene más personalidad que algunos de sus ocupantes, pero eso le añade un toque de carácter. Un carácter en el que estoy a punto de sumergirme mientras subo las escaleras.

Dejo la maleta de ruedas a mi lado mientras introduzco la llave en la cerradura.

¿Que por qué llevo maleta? Oh, claro, pues porque Gustavo, mi prometido, se marcha de viaje de negocios de madrugada y no me apetece pasar estos días sola en el apartamento en el que vivo con él.

Ya lo sé.

Estoy a punto de cumplir veinticuatro años y en breve me casaré, algo que quizá te parezca precoz, pero lo cierto es que soy así de intensita en todo.

Entro al interior de la casa y el familiar aroma a platos deliciosos que prepara mi tía llega hasta mi naricilla.

Mi padre, Malabo, está en el sofá viendo una serie sobre crímenes resueltos. Le encantan ese tipo de cosas. Siempre me dice que es su manera de relajarse, aunque yo creo que encontraría más relajante un buen sudoku.

Su teoría es que los crímenes resueltos son como los sudokus de la vida real, solo que un poco más sangrientos.

Mi padre es guineano y mi madre era española, por lo que tengo una mezcla de raíces impregnada al color oscuro de mi piel que me encanta.

—¡Hola, papá! —anuncio mi llegada, provocando que dé un pequeño salto en el asiento.

—¡Sira! —responde, apresurándose a apagar la televisión—. ¿Te ha vuelto a perseguir el cartero?

Asiento, divertida, aunque no es verdad.

Mi padre tiene una teoría extravagante de que el cartero está enamorado de mí. En su versión del mundo, los carteros no solo entregan cartas, también entregan corazones.

—No me persigue, papi, solo está haciendo su trabajo. —Sonrío y le doy un beso en la mejilla—. ¿Y qué tal tu día?

—El asesino resultó ser la vecina del tercero. Ya no me fío de las señoras mayores.

Me río, porque cada día es lo mismo con las series de crímenes. Mi tía, por otro lado, entra en la sala bailando al ritmo de una melodía africana que parece seguirla allá donde va.

—¡Sira, mi niña! —exclama mientras me envuelve en un abrazo que lleva consigo el aroma de sus exóticos aceites esenciales—. ¿Cómo estás? ¿Lista para la gran boda?

Fue una madre para mí en el momento más difícil de mi vida, y ya no me imagino sin ella.

—Preparada como un batido de proteínas, tía. —Le devuelvo el abrazo y me acomodo en el sofá.

Quizá haya mentido un poquito, pero me temo que todavía no estoy preparada para asimilarlo, ni siquiera decirlo en voz alta.

Mi tía, cuyo nombre real es Kadija, pero a quien todos llaman cariñosamente "Tía K", es la personificación de la vitalidad y la hermana de mi padre.

Siempre lleva consigo una sonrisa y algún remedio casero africano para cualquier mal. Además, regenta una tienda de hierbas curativas, amuletos y consejos tradicionales para la salud y el bienestar en el mercado local. En este momento saca de su bolso un pañuelo que supuestamente ahuyenta los malos pensamientos. Lo coloca en mi cabeza con una destreza asombrosa.

—Así estarás protegida de las malas energías, querida. ¿Y Gustavo, cómo está?

Me dejo hacer con gusto, pues ella siempre ha sido en mi vida una fuente de humor y sabiduría.

—¡Ah, Gustavo! —respondo, con una chispa de emoción—. Está bien. Se marcha esta madrugada al viaje de negocios.

Mi tía sonríe cómplice.

—¿Y no pasas esta noche con él? —se sorprende.

Niego con la cabeza.

—Me apetecía estar aquí —sonrío falsamente. No pienso decirle que hemos discutido porque mañana es mi cumpleaños y él no va a estar a mi lado.

¿Suenas infantil?

Quizá, porque es un viaje de trabajo, no uno por diversión, pero no me importa. Se supone que va a convertirse dentro de poco en mi compañero de vida.

—Y tú, ¿qué tal va el café? —pregunta mi tía para cambiar de tema.

Sonrío, agradecida y entusiasmada por la pregunta que acaba de hacerme, lo cierto es que no quería seguir hablando de mi prometido.

Son tantas idas y venidas, que mi cerebro se suele agotar muy pronto de tanto estímulo emocional.

—Bien, como siempre. Cogiendo clientes.

Me abstengo de decirle que no tengo demasiada clientela y que a veces incluso he pensado en renunciar.

Hace un tiempo conseguí cumplir uno de los sueños de mi madre y convertirlo en una cafetería repleta de estanterías llenas de libros.

Pero últimamente estoy teniendo muchas pérdidas.

Mi tía ríe y su risa contagia alegría.

—Eso está muy bien. La vida es como un plato bien preparado, mejor disfrutar cada bocado.

—Lo sé, tía K. —Doy un beso en su mejilla y camino hacia mi habitación haciendo sonar las estridentes ruedecillas de la maleta.

Aquel espacio nunca cambia de aspecto y siempre recoge esa paz que necesito, a pesar de que estas cuatro paredes han visto más de lo que pueden contar.

Observo la foto de mi madre sobre mi mesita de noche, y tras sentarme sobre el colchón la cojo para observarla.

Cuando estoy en mi casa o en cualquier viaje, añoro mirarla y contarle cómo me ha ido el día, así que me conformo con cerrar los ojos e imaginar la imagen en mi mente.

Claro que tengo más fotos de mamá en mi apartamento, pero a esta le tengo especial cariño y ahora puedo mirarla y sonreír.

—Mamá, espero que te sientas orgullosa de mí.

—susurro.

Mi madre era fotógrafa y me enseñó cómo utilizar una cámara desde muy pequeña.

Sonrío.

Era una profesional como la copa de un pino.

Me siento afortunada por haber heredado de ella esa pasión por explorar el mundo y viajar, y siempre he sabido que estaba dispuesta a seguir sus pasos.

Quizá te parezca algo loco, pero estábamos muy unidas y siento que tengo un vínculo espiritual con ella muy especial.

Es posible que esa sea mi manera de sentirla cerca, no lo sé.

Pero siempre que sucede algo importante en mi vida, de algún modo noto su cercanía, sé que me cuida.

Miro a mi alrededor y cierro los ojos.

Han pasado tantas cosas desde que llegué aquí por primera vez...

Y quiero contártelas todas.

## 2

### Sira

*7 años atrás*

El día que llegamos al edificio mi ánimo estaba más gris que las nubes que amenazan lluvia. La mudanza era un recordatorio constante de que mamá ya no estaba, y la idea de empezar de cero en un lugar desconocido no hacía más que alimentar mi rabia. Sin embargo, mi padre creía que la mudanza era necesaria, una especie de renacer.

—Estoy seguro de que es lo mejor para nosotros —me dijo cogiéndome suavemente de los hombros cuando entramos al ascensor.

Mi padre llevaba mucho tiempo viviendo en Madrid. Había salido de su país siendo muy pequeño, y había conseguido sobrevivir en España y poder estudiar historia y patrimonio.

Era un tío muy inteligente y hacía unos años que había conseguido un trabajo como curador de un museo africano en el centro de la ciudad y trabajaba de forma incansable para compartir la herencia de Guinea con la comunidad española.

Así como también desde que yo nací había intentado mantener la esencia de su cultura en mi entorno a través danzas, cuentos y objetos.

Aportaba sabiduría y paciencia a mi vida, y era un guía muy valioso para mí, pero en ese momento lo odiaba con todas mis fuerzas por haber roto mi existencia todavía más.

Te lo puedes imaginar... hormonas revolucionadas, adolescencia, la falta de mi madre, mi padre solo con mi crianza...

No era el mejor momento para ninguno de los dos.

Y mucho menos para mí.

Cambié de barrio.

De instituto.

De amigos, aunque en ese momento todavía no tenía ninguno.

Y de hogar.

Mis dieciocho no empezaron de la manera más dulce.

Nuestra nueva casa en el segundo piso del edificio era modesta pero acogedora. Con una sala de estar que prometía noches de películas y risas, y

las habitaciones esperando ser llenadas con nuevas experiencias y recuerdos.

Las cajas de mudanza llenaban los rincones, esperando a ser desempaquetadas y convertidas en parte de nuestra nueva vida.

Todavía quedaban algunas en el rellano, por lo que salimos juntos a buscarlas.

Fue entonces cuando conocimos a Elena, nuestra vecina de enfrente, la cual nos recibió con los brazos abiertos.

Era una mujer de estatura media, con cabello rizado que le caía en cascada por los hombros.

Sus ojos, de un tono avellana, brillaban con calidez. Vestía con sencillez pero elegancia, y su sonrisa era tan acogedora como la luz del sol.

Se dedicaba a la enfermería y la vida le había obligado a ser madre soltera, pues su marido y padre de sus hijos, se había largado.

Eso lo descubrimos más tarde, claro.

—¡Hola! —exclamó Elena, acercándose para dar dos besos en mis mejillas a modo de saludo. Me zafé de aquella muestra de cariño tan inesperado como fuera de lugar y ella hizo una mueca—. Soy Elena, y estos son mis dos terremotos, Víctor y Daniel. ¡Chicos, venid! ¡Ya han llegado!

Arqueé una ceja.

¿Por qué se involucraba tanto? ¿Cómo sabía que nos íbamos a mudar? ¿Era una espía?

Dios, no me apetecía en absoluto conocer a nadie ni sonreír ni nada de nada.

Quería seguir siendo ese ser insoportable y maltrecho que jamás podría superar la tristeza que llevaba por dentro.

—Oh, gracias por su recibimiento —le dijo mi padre.

—Tuteadme, por favor. Soy compañera de trabajo del casero de vuestro piso. Me ha pedido que os ayude en todo lo necesario, ya que estamos puerta con puerta. —Elena sonrió y parpadeó dos veces.

Seguramente se estaría quedando un poco planchada al ver mi careto.

—Pues qué detalle por su parte —mi padre sonrió—, muchas gracias. Todavía hemos de instalarnos, ir al súper y esas cosas... pero vamos paso a paso. Esta es mi hija Sira.

Intenté sonreír, pero solo me salió una mueca.

—Eres muy guapa —dijo Elena, parecía haber olvidado que acababa de rechazar su muestra de afecto—. Tengo dos hijos más o menos de tu edad.

¡Chicos! ¡Chicos! Son unos terremotos, pero muy buenos niños.

No había rastro de los terremotos, término que me pareció infantil para dos tíos hechos y derechos, en ese momento, y la casa parecía tranquila y en paz.

Elena nos guió a través de los rincones, presentándonos nuestro nuevo hogar. Con cada paso, la tristeza y la rabia se mezclaban con la curiosidad y la incertidumbre.

Después de la breve introducción, Elena se retiró a su casa y mi padre y yo nos quedamos solos en nuestra nueva morada.

Mis pensamientos revoloteaban entre el pasado y el presente, entre la pérdida y las posibilidades, y ese nuevo espacio era un lienzo en blanco, esperando a ser llenado con nuestra historia.

Aquel primer día en el edificio fue una mezcla de emociones. Desempacamos las cajas con cuidado, como si estuviéramos desenterrando tesoros olvidados. Cada objeto, cada fotografía, llevaba consigo la carga de los recuerdos, pero también la promesa de nuevos momentos.

La tarde avanzaba, y la casa comenzaba a tomar forma. Al mirar a través de la ventana, veía el cielo nublado, pero algo en el aire sugería que, aunque la tormenta estuviera presente, también lo estaba la oportunidad de un arco iris.

Pero seguía sintiendo tal dolor dentro, que a veces hasta me costaba respirar.

Esa noche, tras pedir un par de pizzas para cenar, pues la nevera contaba con apenas un cartón de leche y una garrafa de agua y la despensa con café y poco más, cuando la casa se sumió en la quietud, sentí que la rabia cedía ante la posibilidad de un nuevo comienzo.

Sin embargo, todavía era demasiado pronto para sentirme preparada.

Lo que no sabía era que ese comienzo incluiría encuentros inesperados con dos chicos que cambiarían mi vida de maneras que aún no podía imaginar.

Y el momento de conocer a uno de ellos llegó antes de lo que yo pensaba.

### 3

## Sira

5 de marzo de 2023

Las mañanas en *Café para Verónica* tienen ese encanto particular que solo puede describirse como la melodía perfecta de la cafeína y las historias por contar.

Acomodo las mesas con un entusiasmo que se renueva cada día, mi delantal decorado con las frases más ingeniosas es la armadura que me prepara para recibir a mis clientes.

Hoy es mi cumpleaños y, aunque por dentro tenga una sensación agridulce por la discusión que tuve ayer con Gustavo, es mi día.

Las campanillas tintinean con alegría, y al levantar la vista, allí está él. Gustavo, mi cómplice en todas las sorpresas, aparece con un ramo de flores y un paquete que promete secretos envueltos en papel.

Contraigo el entrecejo, no entiendo qué hace aquí, se suponía que estaba de viaje de negocios.

—¡Buenos días a la chica del mejor café de Madrid! —anuncia Gustavo, entregando su ofrenda con una sonrisa contagiosa.

Maldito.

Es un embaucador de mucho cuidado, pero todavía no quiero reconocerlo, porque estos actos de lo que yo creo que es amor, hablando sinceramente, me vuelven a hacer creer en lo que tenemos y en lo que hemos construido.

—¿Qué se supone que haces aquí? ¿No tenías un viaje de negocios? —le pregunto atónita.

—No podía marcharme sin felicitar a mi prometida el día de su cumpleaños —me dice y deposita un beso en mis labios—. Además, se ha retrasado la salida unas horas.

Aprieto un momento los labios, pensando que podría haberme avisado y, aunque fuera, haber dormido juntos antes de que se marchara, pero también pienso que habíamos discutido y quizá no era el momento.

Un abrazo después, me encuentro con el regalo en mis manos. Desato el lazo con cuidado, olvidándome por un momento de estos detalles, y entre risas, descubro un cuaderno elegante. Las palabras de Gustavo en sus



páginas me arrancan una sonrisa, e incluso una pequeña lágrima de emoción.

Lo que te decía, de subidón en subidón y tiro porque me toca.

*Para Sira, la maestra de historias entre tazas de café y páginas encuadernadas. Que cada anotación sea el inicio de un nuevo capítulo.  
Te quiero, Gustavo.*

—Es muy bonito, Gustavo. ¡Gracias! —le digo, emocionada.

Loquita como un cencerro, y ciega hasta decir basta.

—Habrá tiempo de celebrarlo como te mereces en cuanto vuelva— propone Gustavo.

—¿Qué quieres celebrar? —le pregunto mientras activo la cafetera. Después pongo morritos, obviamente estoy de broma y sé perfectamente a qué se refiere.

Gustavo, con sus ojos risueños y cabello alborotado, desborda esa mezcla perfecta de confianza y calidez. Su risa es la banda sonora que anima la cafetería, y su habilidad para sorprenderme ha dejado su huella en cada rincón de mi pequeño negocio desde que lo conocí un día cualquiera en una galería de arte.

—Pues la vida, mi amor —me dice con una sonrisa—. Que estás a mi lado y, por supuesto, tu cumpleaños.

Pongo los ojos en blanco, pero en el fondo me ha gustado que me diga eso.

Así, entre risas, cafés aromáticos y el bullicio de *Café para Verónica*, damos inicio a otro día lleno de historias, sabores y la inconfundible pizca de humor que siempre flota en el aire.

Pero nada en este día va a ser normal, y no porque sea mi cumpleaños, sino porque el pasado siempre acaba volviendo.

*Años atrás, quinto cumpleaños de Sira*

Había una atmósfera mágica en la pequeña sala decorada con globos de colores y serpentinas. Malabo, con su rostro iluminado por la emoción, ajustaba los detalles finales mientras Verónica, radiante con su cámara, capturaba cada momento. El quinto cumpleaños de Sira estaba a punto de comenzar.

Le habían pedido que esperara en el pasillo, tras la puerta cerrada del salón, hasta que los regalos estuvieran encima de la mesa.

Cuando todo estuvo listo, la puerta se abrió, revelando a una Sira de ojos brillantes y sonrisa inocente. Sus pequeñas manos agarraban la falda de su vestido rosa mientras observaba la sala con asombro.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor! —exclamó Verónica, arrodillándose para recibir a su pequeña.

Los tres formaron un abrazo cálido, el padre, la madre y la pequeña cumpleañera.

La mesa estaba adornada con una torta colorida y los regalos envueltos con esmero.

—¿Lista para soplar las velas, Sira? —preguntó Malabo con ojos llenos de ternura.

La niña asintió emocionada. La habitación se llenó de risas y cánticos mientras Sira soplabla las velas, rodeada de amor y deseos para el futuro.

—¿Has pedido el deseo? —le preguntó su padre.

Sira asintió con la cabeza y enseñó sus blancos dientes.

—He pedido que nunca nos separemos y que siempre estemos los tres juntos —dijo ella.

Luego, llegó el momento de los regalos. Verónica le entregó una caja envuelta con un lazo brillante.

—¡Un regalo para la futura fotógrafa! —anunció con alegría.

Sira desenvolvió cuidadosamente el papel y descubrió una cámara pequeña, la primera de todas, el regalo que despertaría su amor por la fotografía.

—¡Ahora podrás capturar todos tus momentos especiales! —exclamó Verónica con una sonrisa.

Malabo también le entregó un paquete. Sira desenvolvió cuidadosamente el papel y descubrió un collar con un colgante en forma de corazón.

—Este collar es un lazo que siempre nos unirá, sin importar lo que pase —explicó Malabo, colocándolo con cariño alrededor del cuello de su hija.

Mientras Sira exploraba sus regalos, Verónica la miró con amor maternal.

—¿Te gusta, cariño?

Sira levantó la mirada, sus ojos brillando.

—¡Me encanta, mamá! ¡Eres la mejor del mundo!

La tarde transcurrió entre juegos, risas y momentos compartidos. El quinto cumpleaños de Sira se convirtió en un recuerdo imborrable, un día donde el amor de familia se manifestó en cada detalle.

Años más tarde esa imagen serviría de ancla a una Sira semiadulta para seguir luchando.

## 5

### Sira

*Años más tarde, 2016*

El sol, decidido a alegrar mi nueva habitación, se filtraba entre las cortinas anunciando un nuevo día.

Lo cierto es que había dormido bien para ser la primera noche en un lugar que todavía, obviamente, se me antojaba extraño.

—Hija, ¿estás despierta? —preguntó mi padre apoyado en el vano de la puerta.

Me desperecé y parpadeé varias veces.

—Más o menos... —murmuré, después bostecé.

El olor a café y las cajas de mudanza compartían espacio en el aire. Fue entonces cuando unos golpes en la puerta nos sorprendieron a papá y a mí.

—¿Puedes abrir tú? El café está saliendo —me pidió mi padre.

Despeinada y aún medio adormecida, asentí con la cabeza.

Tras abrir la puerta me encontré con Daniel, uno de los hijos de Elena.

Tenía un *tupper* con un bizcocho dentro en las manos que pretendía ser la joya de la bienvenida y parecía tener los mismos años que yo.

—Hola, soy Daniel —se presentó, entregándome la fiamblera—. Mi madre pensó que este bizcocho podría alegraros el día. Gestos de bienvenida, ya sabes.

Parpadeé un par de veces, mostrando curiosidad en esa sonrisa de comercial que llevaba puesta.

Lo miré de arriba abajo tras coger entre mis manos aquel recipiente que todavía estaba caliente.

Pues muy bien.

Con el ceño fruncido, acepté el regalo, evaluando al chico de ojos brillantes que había frente a mí.

Una sonrisa, un bizcocho, y ya se creía el rey de la urbanización. ¿De eso iba el tema?

—Gracias, supongo —respondí con sarcasmo.

Daniel, imperturbable, propuso compartir el desayuno y lo miré con desconfianza.

No, no me apetecía compartir el desayuno. Si su madre lo había hecho para papá y para mí, ¿por qué quería compartirlo?

Cauta pero firme, rechacé su invitación:

—Gracias, pero no, gracias.

No iba a dejarme ganar tan fácilmente.

El chico arqueó una ceja.

—¿Siempre eres tan borde?

—No quiero que nadie me tenga pena —contesté.

—¿Pena? Solo he traído esto porque mi madre quiere hacer sentir bien a todo el mundo. La red de apoyo y todo eso —explicó ladeando la cabeza a un lado y a otro.

—¿Red de apoyo? —pregunté, no entendía.

Daniel suspiró y posó la vista en los cordones de sus zapatillas.

Me percaté entonces de que iba vestido con ropa de deporte.

—Sí, desde que mi padre se largó —me dijo con seriedad.

—Vaya, no... lo sabía —casi tartamudeé.

Así que, estaban ellos tres solos. Dos hijos con su madre.

Algo parecido a mi situación con papá.

Dani se encogió de hombros.

—No tenías porqué. Ahora, dime, ¿cuál es el motivo por el que debo tenerte pena?

Entonces volvió el nudo.

Ese que se posicionaba en mi garganta como una piedra dura, imposible de destruir.

—Por nada, olvídalo. Gracias por el bizcocho —dije antes de cerrar la puerta provocando un estruendo.

## 6

### Sira

5 de marzo de 2023

Cierro la *cafebiblio*, como me gusta llamarla, y me marchó a casa.

Mañana es mi día de descanso, así que tengo muchas ganas de llegar y relajarme.

El invierno cae fuerte sobre Madrid y siento que el frío me muerde la piel.

Intento llegar todo lo rápido que puedo, pues tengo hambre y estoy algo cansada por el trajín del día.

Durante el camino recibo una llamada de mi tía K, pero hago caso omiso porque no tardaré demasiado en llegar.

Al abrir la puerta de casa, una explosión de aromas africanos me envuelve. Mi tía K y papá salen de sus escondites con sonrisas traviesas tras gritar: “¡Sorpresa!”.

¿Acaso se han puesto de acuerdo para organizar esto?

—¡Feliz cumpleaños, Sira! —gritan todos a coro.

Y digo todos porque Paula, mi mejor amiga desde que me mudé a este barrio, también está y aparece de la nada.

Me da un abrazo fortísimo que hace que mi espalda cruja y sonrío sin parar.

Me encanta abrazar a Paula, porque el aroma a cereza de su perfume se me adhiere a la ropa y me acompaña.

—¡Tíaaaaaa! ¡Cumpleaños feliz! ¡Dale, tía K! —grita Paula moviendo el culo junto a mi tía—. ¡Cumpleaños feliz! ¡Te deseamos todos! ¡Cumpleaños feliz!

Mi tía le ha seguido el rollo completamente y las dos están en este mismo momento intentando hacer *twerking* en medio del salón.

A Tía K le sale, a Paula no y parece un tipo de avestruz extraño.

Me río.

Abrazos de mi tía y de mi padre llegan a mí y Paula busca algunas canciones en Youtube.

La música africana se mezcla con risas y el sonido de la sorpresa creando una banda sonora única para mi cumpleaños.

Tía K lleva un vestido de colores vivos que hace juego con la decoración.

Papá, con su característico sombrero africano, no deja de sonreír.

—¡Esperamos que te guste la sorpresa! —me dice mi Tía K con una sonrisa que revela lo mucho que disfruta de este momento—. Llevamos los tres toda la tarde en la cocina.

—¿Los tres? —me sorprende.

—¡Por supuesto! ¡Eres mi mejor amiga! —se escandaliza Paula llevándose la mano al pecho, falsamente indignada.

Papá y Tía K la miran de soslayo, ella pone morritos y yo los brazos en jarras, esperando una respuesta en la que diga la verdad.

—Paula...

—Vaaaaale —pone los ojos en blanco—, me ha dicho tu tía que si no ayudaba me echaba una maldición.

—¡Serás...! —exclama mi tía—. ¡No es verdad! ¡Ven aquí, zanguanga!

Me río y las ignoro, el dulce aroma a comida me ha abierto el apetito todavía más.

Miro la mesa y, ¡madre mía!, está repleta de manjares africanos.

Samosas, maafe, yam porridge... cada plato trae consigo un torrente de recuerdos de mi infancia en Guinea Ecuatorial cuando viajábamos en vacaciones para estar con la familia y los amigos de papá.

Los colores y aromas transportan mi mente a aquellos días llenos de risas y calor familiar.

Durante la cena, mi tía nos ilumina con historias sobre cada plato, recordando a mi madre y su devoción por la cocina. El maafe, según cuenta, era el plato favorito de mi madre, y hoy lo han preparado con todo el amor del mundo.

—Tu madre solía preparar este plato especialmente para ti —dice mi padre, y su voz resuena con nostalgia.

Asiento, agradecida por la conexión con mi pasado. Cada bocado es un viaje a mi infancia, una oda al amor y el respeto de mi madre por la cocina y las tradiciones. La mesa se convierte en un banquete de recuerdos y sabores que parecen acariciar mi alma.

Al llegar al pastel de cumpleaños, la tía K me susurra:

—Sopla las velas, cariño. Tu madre está orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Mientras las velas parpadean, siento la presencia reconfortante de mi madre en el aire. Agradezco a Paula, a mi tía y a mi padre por esta fiesta única, una celebración que va más allá de los regalos y la comida.

—A ver qué pides... —dice Paula.

Tía K le da un codazo.

—Calla, vas a fastidiar la otra sorpresa —oigo que le susurra al oído.

Intento no hacer caso de lo que he escuchado. Me concentro en el resplandor de la luz de las velas, pienso lo que quiero pedir y...

El timbre de la puerta suena al mismo tiempo que el aire se escapa de mis labios y la llama se extingue.

Miro a mi padre y a Paula, pero es Tía K quien abre la puerta.

—¡Hola! ¡Hola a los dos! ¡Llegáis justo a tiempo!

Nerviosa, miro hacia la puerta.

Los invitados se adentran con pasos torpes e inseguros en el interior.

Y la verdad es que no esperaba esto para nada.

A Elena hacía mucho tiempo que no la veía, pues alquiló la casa en la que vivía con sus hijos y se mudó junto a su nueva pareja.

En cuanto a él...

Mi corazón reacciona cuando lo veo.

Y eso es algo que no puedo evitar.

El pasado se materializa delante de mí y no puedo creérmelo.



## 7

### Sira

*Marzo de 2016*

Te puedo asegurar que aquel cumpleaños fue el más triste de toda mi vida.

Un mes atrás había muerto mamá y para mí nada era lo mismo.

Soplé dos tristes velas rodeada de cajas de mudanza que guardaban aquellas pertenencias que todavía tenían que encontrar su lugar en ese nuevo apartamento en Villaverde, como yo.

Mi padre lo intentó, no voy a mentir, pero también se encontraba triste y ninguno de los dos tuvimos demasiados ánimos para nada más que sobrevivir a la mudanza.

Estaba en completo tránsito, quizá en la etapa más difícil de toda mi vida, al menos de momento.

Un mes después de la partida de Verónica, mi madre, aunque llamarla por su nombre de pila me hacía sentir el dolor un poco más lejos, mi mundo seguía girando entre la sombra de la pérdida y la necesidad de seguir adelante.

A mis dieciocho años, el instituto se convirtió en un refugio donde los libros y apuntes eran mi consuelo frente al vacío que dejó la ausencia de mi madre, aunque no me hizo ninguna gracia cambiar de centro educativo.

No obstante, en el instituto encontré la amabilidad en la mirada de Daniel, el chico que, con un simple bizcocho, iluminó esos primeros días oscuros, cada vez que me cruzaba con él en algún pasillo. No éramos más que dos destellos fugaces en el pasillo del bachillerato, pero su gesto se quedó conmigo, como una nota de esperanza en medio del dolor.

Tenía entendido que él estudiaba en la línea científica, pero yo estaba en la de ciencias sociales.

Entre clases y corredores, intentaba encontrar mi lugar en ese nuevo entorno.

Fue entonces cuando Paula, una compañera extrovertida y llena de energía, se cruzó en mi camino de una manera que nunca olvidaré y se convirtió en mi mejor amiga.

En el aula, me hizo espacio en su vida, rompiendo la barrera del silencio con una simple invitación el primer día que pisé aquel lugar.

—¡Hola! Soy Paula. ¿Te importa si me siento aquí contigo?

Su sonrisa contagiosa me hizo sentir bienvenida, y acepté su oferta agradecida. Desde ese momento, entre risas y confidencias, Paula se convirtió en mi conexión con el mundo fuera de mi pequeño universo de dolor.

Daniel, por otro lado, seguía siendo ese destello en mi rutina. A veces lo veía en los pasillos, un rostro conocido que parecía navegar por la misma tormenta. Sus ojos, reflejo de experiencias que aún desconocía, me intrigaban.

Un día, después de clases, al llegar a casa, papá me sorprendió con una propuesta inesperada.

—He estado pensando en Tía K —dijo mientras dejaba la mochila sobre la mesa del salón—. ¿Qué te parecería si viniera a vivir con nosotros?

La idea me tomó por sorpresa.

—Te has quedado callada —observó—, ¿no te parece bien?

Fijé mis pupilas en las suyas, sopesando mis palabras antes de soltarlas por la boca.

—Tía K no va a sustituir a mamá —dije entonces—, si es lo que pretendes.

Mi padre apretó los labios.

—No pretendo ni eso ni nada parecido. Tu madre era tu madre, y nadie podrá ocupar nunca su lugar. Pero Tía K es mi hermana y sé que puede ayudarnos con toda esta situación. Además, lo está arreglando todo para venir a España. Solo he pensado que se quede con nosotros aquí, en casa, en vez de alquilar otra.

Asentí con la cabeza, suspirando.

Lo cierto es que no lo había pensado así, pero conforme papá siguió explicando la necesidad de apoyo mutuo, se convirtió en una posibilidad reconfortante. La presencia de Tía K podría ser un bálsamo para las heridas aún abiertas, las cuales sabía que tardarían mucho tiempo en cerrar, si es que algún día lo hacían.

—Supongo que tienes razón —dije entonces.

—Sé que tienes mucha rabia dentro, cariño —murmuró acariciándome la mejilla—, pero terminará pasando y Tía K puede sernos de gran ayuda para ello. Ya sabes lo alegre y dulce que es.

Asentí con la cabeza, intentando aguantar las lágrimas.

—Vale, papá.

—Bien. Pues he pensado que podemos hacer un plato africano para devolverle a la vecina el favor.

—¿A la vecina? —pregunté intentando salir del torbellino de pensamientos que la anterior conversación había despertado en mi cabeza.

—Elena y su bizcocho, ¿te acuerdas?

—Ah. Bueno... si te hace ilusión —dije con dejadez.

—Haré un esfuerzo. Y tú también.

Puse los ojos en blanco y, después de comer, ambos nos pusimos manos a la obra.

Aquella tarde en la cocina, me encontré entre ingredientes familiares pero desafiantes.

Papá me guió con paciencia, compartiendo historias de sabores y tradiciones que hicieron vibrar mi corazón. Entre risas y aromas evocadores, la cocina se convirtió en un santuario de amor y conexión.

Preparamos Jollof Rice, un plato lleno de color y sabor que me transportó a la infancia, a la mesa donde mi madre contaba historias y enseñanzas. Cada ingrediente tenía su historia, y entre cucharadas y risas, tejimos memorias que quedaron impresas en mi corazón y que, lo quisiera admitir o no, habían hecho que me sintiera mejor.

¿Así se sentía volver a empezar?

Porque aquel día descubrí que, aunque estábamos aprendiendo a vivir sin Verónica, la comida tenía el poder de unirnos y sanarnos, incluso en medio de la pérdida.

—Bueno, pues esto ya está —comentó mi padre poniéndose el trapo de la cocina sobre el hombro al tiempo que admiraba la fuente de porcelana donde había emplatado aquella receta.

—¿Estará bueno? Pinta que sí.

—Por supuesto que sí —dijo mi padre convencido—, ahora se lo acercas a los vecinos.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —pregunté con el ceño fruncido—. Ha sido idea tuya, tú lo llevas.

—No, lo llevarás tú —insistió.

—Le cerré la puerta en la cara a ese chico. Ni hablar. —Crucé los brazos y me cerré en banda, negando con la cabeza.

—Con más motivo todavía. No voy a discutir contigo, hija.

Bufé y asentí.

Vaya, la cabezonería me había durado dos segundos.

Y, ahora que lo pienso, si no me hubiera resignado a llevar aquella fuente de porcelana a casa de Elena, mi vida hubiera seguido siendo tan gris como hasta entonces.

## 8

### Sira

El aroma del Jollof Rice impregnaba el aire, y con el plato en mis manos, me dirigí hacia la casa de Elena y sus hijos.

Aunque había aceptado ser yo quien tocara la puerta de mis nuevos vecinos para llevar el plato de comida, todavía seguía sin entender la razón por la que papá lo había querido así.

Quizá pensaba que podía ser una buena idea distraerme o algo parecido, pero admito que no estaba por la labor, al menos al principio.

La cálida noche de Madrid abrazaba cada rincón del vecindario mientras mis pasos resonaban en el silencio.

Tampoco di muchos, pues la puerta de Elena quedaba justo frente a mi rellano.

Al llegar junto a ella, el bullicio de la vida familiar de mis vecinos llegó a mis oídos.

Frases como: “Víctor, baja esa música, vas a volverme loca” o “Daniel, ¿te falta mucho para terminar?”, se filtraban a través de la madera de la puerta.

—He terminado ya, mamá. ¿La cena está lista? —escuché la voz de Daniel cerca.

Fue entonces cuando respiré hondo y llamé tímidamente.

Elena no tardó en abrir la puerta y recibirme.

—¡Sira! Qué sorpresa. ¿Cómo estás, cariño?

La misma sonrisa cálida de la primera vez, los mismos ojos color avellana que desprendían ternura.

—Hola, Elena —dije con un hilo de voz y una sonrisa tímida—. Hemos estado cocinando y... bueno, mi padre ha insistido en que os trajera Jollof Rice.

Elena sonrió, agradecida.

—¿Jollof qué...? —Daniel apareció de la nada. Llevaba un chándal gris y una sudadera del mismo color. Alcé una ceja. —Hola, simpática vecina —añadió.

—Jollof rice, es un plato típico de Guinea —expliqué—. Hola.

—Dime que has terminado ya con los bichos esos —le dijo entonces Elena a su hijo.

Arrugué el ceño, no entendía a qué se refería.

—¿Qué bichos? —pregunté sin poder evitarlo.

Daniel puso los ojos en blanco y miró a su madre.

—No los llames así —le dijo.

—¿Y cómo quieres que los llame? ¡Bichos son! —exclamó Elena—. Dame, cielo. Lo llevaré a la cocina. Muchas gracias por el detalle —sonrió—. ¿Quieres pasar?

—No, no, yo...

—Sí, pasa. Te enseñaré los bichos —dijo Daniel haciendo hincapié en la palabra.

—No, de verdad, ya me...

—Pasa, cariño —insistió Elena—, verás como te parece tan loco como a mí lo que Daniel tiene en su habitación.

—Es que no sé si...

No sabía ni qué decir ni tampoco a qué se referían. ¿Qué tenía ese chico en la habitación? ¿Una anaconda? ¿Ratones?

Definitivamente parecía un muchacho muy raro.

—¿Tienes miedo? —me preguntó entonces, retándome con la mirada.

Y despertó mi vena chulita, esa faceta mía que había aparecido tras la partida de mi madre, ese escudo que utilizaba desde entonces para protegerme y aislarme de todo y de todos.

Menos de Paula, porque Paula, no sabía cómo, había sabido llegar hasta mí, pero pronto entendí que no sería la única que lo conseguiría.

—¿Yo? ¿Miedo? ¿Me ves con cara de cobarde? —pregunté poniendo los brazos en jarras.

Daniel soltó una pequeña carcajada que hizo que mi estómago se apretase por dentro.

—Desmuéstramelo, entonces.

—Por supuesto. —Me crucé de brazos.

Elena había estado observando la escena y escuchando la conversación con diversión en la cara.

—Pasa —me dijo sonriendo.

No pude evitar imitarla y me adentré en su hogar.

Ella se desvió a la cocina y yo me centré en seguir a Daniel hasta su habitación, observando mi alrededor y fijándome en cada detalle de la casa.

El olor era diferente a la mía, y el aroma a salchichas y patatas fritas llegó a mis fosas nasales.

De fondo, la melodía de una música que no conocía estimuló mis oídos. Imaginé que provenía de la habitación del otro hijo de Elena, Víctor.

Cuando crucé el umbral de la habitación de Daniel, me adentré en un mundo de fascinación y conocimiento. La atmósfera estaba impregnada de la esencia de la biología, y cada rincón revelaba la pasión de Daniel por el estudio de la vida.

Libros de biología y ecología llenaban las estanterías, desbordando de conocimiento que Daniel, entendí en ese instante, absorbía ávidamente.

Me permití coger uno de ellos mientras él me observaba con una sonrisa, pero observé en aquellas estanterías autores como Richard Dawkins, Jane Goodall y E.O. Wilson.

Diagramas detallados y esquemas complejos decoraban las páginas, reflejando el deseo de entender los secretos de la vida en todas sus formas.

Después paseé la mirada por el resto de la estancia.

Un escritorio organizado mostraba la dualidad de su mente científica. Microscopio, lupas y cuadernos de observaciones creaban un espacio donde la curiosidad se encontraba con la disciplina. Daniel, el futuro biólogo en ciernes, coleccionista de historias entrelazadas en el tejido de la naturaleza que empezó a picar mi curiosidad.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—¿El qué?

—Mi habitación —respondió jocoso.

Sonreí tímidamente.

—Parece el laboratorio de un científico loco —dije con diversión, simplemente para picarlo.

Daniel se rio.

—Eso dice mi madre.

—¿Lo serás? —pregunté. De pronto, quería saber más—. Haces el bachillerato de ciencias, ¿no?

—¿Científico? —preguntó y yo asentí con la cabeza—. No. Quiero ser biólogo.

Sonreí, no sé por qué.

—¿Y tú?

Me encogí de hombros.

—No sé ni quién soy ahora, ¿cómo voy a saber a qué me quiero dedicar? —contesté, pillándolo por sorpresa.

Tanto, que se quedó en silencio.

—¿Y los bichos? —pregunté para cambiar de tema.

—Ah, sí —contestó. Mi pregunta pareció sacarle de aquel repentino ensimismamiento.

Me señaló entonces hacia la otra parte de la habitación, esa en la que todavía no había reparado.

Estantes alineados con frascos de cristal contenían una variada colección de insectos, cada uno capturado y clasificado con meticulosidad. Mariposas con alas desplegadas y escarabajos de brillantes colores se convertían en pequeños tesoros encerrados en el cristal, testimonios de la diversidad que el chico exploraba con dedicación.

—Dios mío... —susurré.

La habitación, impregnada del sutil aroma a tierra y madera, se convertía en un santuario para las criaturas diminutas que Daniel coleccionaba con devoción.

—Bienvenida al universo de las maravillas microscópicas —dijo, su sonrisa como un faro que guiaba mi asombro.

Me acerqué cautelosa y maravillada, mientras Daniel, con destreza de alquimista, señalaba con entusiasmo cada espécimen. Mariposas con patrones hipnóticos, escarabajos de colores iridiscentes y libélulas con alas transparentes se alineaban como testigos mudos de la biodiversidad.

—Cada uno tiene su propia historia, su propio papel en la naturaleza —explicó, sus ojos de un color marrón verdoso centelleando con emoción y sabiduría.

El susurro de sus palabras y el crujir suave de los insectos preservados creaban una sinfonía única. Daniel abría vitrinas con destreza, revelando mariposas nocturnas con colores que desafiaban la imaginación. Los detalles de sus escamas parecían pinturas cuidadosamente trazadas por la mano de la naturaleza.

—Esta es mi joya —comentó Daniel, observando una mariposa en concreto.

Sentía la fascinación palpar en el aire. Aquella colección de insectos no solo era un reflejo de la belleza efímera, sino también un portal hacia el infinito universo de la vida en la tierra.

—Es increíble —murmuré, sintiendo una conexión más profunda con la naturaleza a través de los ojos brillantes de Daniel.

—Lo sé, pero a mi madre le da repelús.

Le contesté con una sonrisa.



—La entiendo.

—¿Te da repelús? —preguntó él riéndose.

Negué con la cabeza.

—Es solo... nunca había conocido a nadie que tuviera esto en su habitación o en su casa.

—Se llama entomología —me explicó—, cada insecto, cada ala, cuenta una historia que merece ser escuchada —respondió, su voz suave como el susurro del viento en un bosque silencioso.

Lo miré a los ojos, y decidí que aquel chico era la persona más interesante que había conocido hasta el momento.

—Lo sé. Soy un friki —dijo, quizá sintiéndose un poco avergonzado.

Me encogí de hombros.

—No lo eres. Te gusta y ya está. ¿Qué hay de malo?

Fue entonces cuando empezamos una conversación y la habitación se llenó con nuestras risas y los murmullos de los insectos conservados, mientras Daniel y yo compartíamos no solo el conocimiento, sino también la magia que solo la naturaleza podía proporcionar. En ese momento, entre mariposas y risas, comenzó a florecer una conexión especial, un lazo que uniría nuestros destinos en el intrincado tejido de la vida.

Después de un rato que, lejos de lo que pensaba en un principio, me pareció muy agradable, miré la hora y decidí marcharme a casa.

Daniel me acompañó a la puerta y por el camino nos topamos con su madre, quien me preguntó si me quedaría a cenar, invitación que decliné de forma amable.

—Mamá, tengo hambre. ¿Tengo que ayudarte con algo? —murmuró una voz que no conocía.

Fue entonces cuando mis ojos se encontraron con los de Víctor, el hermano mayor.

Su presencia era imponente, una mezcla de misterio y arte. Aunque mi mirada apenas rozó la suya, sentí la intensidad de su atención.

Sus ojos eran oscuros y profundos y los mechones de su cabello negro y despeinado descansaban sobre su frente.

—No, la cena ya está. Menos mal que has apagado esa música del demonio... —cabeceó Elena, por lo visto, cansada de los gustos musicales de Víctor.

—Es arte, no lo entiendes... —dijo él con seriedad. Pero no pasó desapercibido para mí la forma en la que me miró de soslayo.

—Claro que no lo entiendo, ¿quién entiende eso? Sira, ¿tú lo entiendes?

—Yo... no...

Las palabras salieron con una leve timidez, pero la calidez de Elena y la curiosidad en los ojos de Víctor me pusieron aún más nerviosa.

Víctor, más reservado pero no menos intrigante, dejó entrever destellos de su mundo. Sus palabras eran escasas, pero su mirada hablaba de historias aún por contar.

—Ah, te marchabas ya, ¿no? —continuó Elena.

—Sí, ya me marchó.

—Muchas gracias otra vez por el detalle. Seguro que está riquísimo —dijo sonriendo.

—No es nada —contesté yo.

La mirada de Víctor picaba, y la sentía como si fuera una sustancia viscosa de la que estaba envuelta y no me podía librar.

—Bueno, pues antes de irte, este es Víctor —dijo Elena.

—Mi hermano, el artista —añadió Daniel.

Víctor le fulminó con la mirada.

—No me entendéis, pero me da igual —dijo de mal humor.

—Encantada —añadí en un murmullo.

—Igual. Ten cuidado con los bichos de mi hermano, son más atrevidos que él.

Me pareció que me dedicó un leve atisbo de sonrisa antes de irse.

¿Qué había sido eso?

¿Y por qué me intrigaba tanto ese interior que parecía ser oscuro a la par que hermoso?

Esa mirada... No entendía su significado, pero algo en su expresión despertó un eco de emociones desconocidas dentro de mí.

Quizá estaba demasiado sensible.

Quizá habían sido demasiado estímulos en tan poco rato para alguien que, desde hacía un mes, se negaba a socializar con alguien que no fuera su padre o su amiga.

Aquella noche, mientras intentaba dormir, mi mente danzaba entre sabores y miradas, anticipando un futuro lleno de encuentros por descubrir.

Víctor y Daniel, los hermanos Dual, dieron un giro a mi vida que no me vi venir.

## 9

### Sira

*5 de marzo de 2023*

Lo cierto es que no sé ni cómo reaccionar. Solo siento trotar mi corazón contra mis costillas y un leve cosquilleo en el estómago.

El cosquilleo del pasado.

De los recuerdos.

De la nostalgia.

Han pasado años desde la última vez que vi a los hermanos Dual.

Pero ahora mismo tengo delante a Dani, el pequeño de los dos.

Elena me saluda, haciéndome reaccionar, y me da un abrazo verdadero y cálido.

A pesar de que fui un poco borde cuando la conocí, después se convirtió en un apoyo importante tanto en mi vida como en la de mi padre.

Ella también estaba sola, y aunque los motivos de esa soledad eran diferentes, mi padre podía verse reflejado en sus circunstancias.

—¡Pequeña! ¡Estás preciosa! —exclama cogiéndome de las manos y mirándome de arriba abajo—. Feliz cumpleaños.

—Muchas gracias, Elena. Menuda sorpresa. ¿Qué...? —Entonces mis ojos se cruzan con los de Dani. Mi corazón trastabilla—. ¿Qué hacéis aquí?

Elena se encoge de hombros.

—Esta mañana he venido a cobrar el recibo del alquiler a los inquilinos —me explica, y recuerdo que cuando Elena dejó el edificio para mudarse con su actual pareja, alquiló la casa—, y me he encontrado con tu tía.

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

—Ya imagino...

—¿Cómo íbamos a faltar a tu cumpleaños, cielo? De ninguna manera. Además, Daniel está aquí de visita temporal —me explica. Después zarandea la cabeza y hace un gesto con la mano para quitarle importancia—. Cosas de trabajo.

—Oh —me obligo a decir. No pregunto por Víctor, ni siquiera me atrevo a hacerlo.

No puedo.

—Siéntate, Elena, por favor —le pide mi padre a mi exvecina, liberándome por unos instantes de estos pensamientos.

—Malabo, cuánto tiempo... siempre me gusta verte —le dice Elena sonriendo.

Es entonces cuando Daniel y yo nos quedamos solos.

Observo cómo Elena se sienta junto a mis familiares y Paula y después vuelvo a centrar la mirada en Daniel.

Mis pupilas se encuentran con las suyas.

Ha florecido con el paso de los años. Su presencia, ahora imbuida en una especie de madurez serena, resuena con la calma de alguien que ha encontrado su camino. Viste con sencillez, pero cada gesto está tintado de una elegancia innata.

Un destello de reconocimiento brilla en sus ojos. El tiempo ha tallado líneas suaves en su rostro, ya no es el adolescente que conocí, y su sonrisa es un eco de los recuerdos compartidos en aquella pequeña habitación llena de insectos. Mientras se acerca, una mezcla de emociones danza en mi interior: sorpresa, alegría y, quizá, un toque de nostalgia.

—Hola, Sira. Ha pasado mucho tiempo —dice Daniel con una sonrisa cálida, su voz resonando con un tono familiar.

Otra vez esos ojos marrones con tintes verdes.

Otra vez esa sonrisa de anuncio de televisión capaz de convencerte de todo.

Su pelo castaño, muy corto.

El abrazo que compartimos es más que un saludo; es la conexión de dos vidas que, aunque han tomado caminos separados, aún comparten raíces en el mismo suelo.

Siento electricidad.

Como siempre.

Como antaño.

Supongo que hay cosas que nunca cambian, como su cuerpo fuerte por el deporte que, por lo que se ve, sigue haciendo.

Me doy cuenta de que mueve nervioso sus manos, sosteniendo con cuidado un pequeño tarro de cristal. Sus ojos brillan con complicidad mientras me entrega el regalo, y me siento intrigada por lo que pueda contener.

—Feliz cumpleaños, Sira. Espero que este regalo te traiga tantos buenos recuerdos como los que guardo yo de aquellos días.

Niego con la cabeza.

—No hacía falta...

Abro con curiosidad el tarro y encuentro en su interior una hermosa mariposa, sus alas delicadamente extendidas como si estuviera a punto de emprender el vuelo. Los tonos vibrantes de sus alas parecen capturar la esencia de la juventud y la amistad.

—¡Daniel, es increíble! —exclamo, admirando la belleza y el simbolismo del regalo—. ¿Cómo...?

—Recordé cuánto te gustaban las mariposas desde que te enseñé mi colección de bichos —se ríe haciendo hincapié en la última palabra—. Además, te regalé una.

Asiento con la cabeza.

—Pero Víctor...

Hago una mueca.

—Víctor rompió el recipiente, lo sé, así que pensé en traerte un pedacito de esos días. Un recuerdo en un tarro, por así decirlo —explica Daniel con una sonrisa.

El salón de casa está lleno de risas y conversaciones, pero por un momento, Daniel y yo nos sumergimos en la conexión única que compartimos. La mariposa en el tarro se convierte en un vínculo tangible entre nuestro pasado y nuestro presente, una pequeña cápsula del tiempo que evoca recuerdos compartidos.

Una tregua, una disculpa.

¿Es la prueba de que por fin ya no había dolor entre los dos? ¿De que nos habíamos reconciliado?

Mientras sostengo el tarro y lo admiro, no puedo evitar sentir una mezcla de gratitud y nostalgia. El gesto de Daniel no solo es un regalo físico, sino un recordatorio de la importancia de conservar las experiencias y la amistad a lo largo del tiempo a pesar de que perdimos el contacto.

En este instante, me doy cuenta de que algunas conexiones nunca se desvanecen, y los recuerdos, al igual que la mariposa en el tarro, pueden mantenerse vivos para siempre.

No obstante, no sé si eso es bueno o malo.

Han pasado años, pero no sé si las heridas están cerradas del todo.

Y tengo esta certeza porque mi corazón bombea frenético.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —pregunto, necesito cambiar de tema como sea.

Nos sentamos en el sofá, cerca de la ventana que da a la urbanización.

Daniel explica cómo decidió estudiar biología, sumergiéndose en la exploración de la vida, algo que siempre le fascinó.

Ha viajado, estudiado, y finalmente, ha encontrado un hogar en la investigación biológica, trabajando en un laboratorio que explora los secretos de la biodiversidad en Barcelona.

En cuanto a su presencia en Madrid, tal y como ha dicho Elena, revela que está de visita temporal por asuntos de trabajo. Un proyecto de investigación lo ha traído de nuevo a la tierra que compartimos en nuestra adolescencia. Y, como un giro del destino, su estancia coincide con mi cumpleaños.

Pues fenomenal.

Nótese la ironía, porque no estaba preparada para esto.

—¿Y tú? ¿Qué es de ti?

—Conseguí un local y terminé el proyecto de mi madre —le explico, y no sé por qué razón no le cuento primero que estoy a escasos días de casarme.

—¿De qué se trata? —pregunta con una sonrisa.

Se lo explico rápidamente, sin dar demasiados detalles.

—¡Sira, eso es genial! —exclama contento.

Su aroma llega hasta mis fosas nasales y mi corazón vuelve a palpar.

—Lo sé —contesto sonriendo.

—¿Y qué más? Dios... todo se rompió y cada uno tomó su camino, pero yo...

—¿Tú, qué? —pregunto nerviosa.

—Nunca me olvidé de ningún momento desde que te llevé ese bizcocho. Recuerdo esa época con mucho cariño —dice con melancolía y una sonrisa.

—¿A pesar de todo? —me atrevo a preguntar.

Dani se queda callado unos segundos y yo trago saliva.

Todavía me duele recordarlo, todavía siento el crujir de mi corazón dentro cuando me vienen algunas imágenes a la cabeza.

—A pesar de todo —acaba diciendo.

## 10

### Dani

A veces, el pasado regresa en oleadas, golpeando la orilla de la memoria con recuerdos que creíamos enterrados.

Así me ha sucedido al volver a ver a Sira en su fiesta de cumpleaños, aunque desde que la conocí supe que jamás podría enterrar nada que la concierne a ella.

Mis ojos se han encontrado con los suyos, y de repente, los años que hemos estado sin mantener contacto han desaparecido.

Supongo que el tiempo es el mejor remedio para el mal de amores.

Con el eco del suave murmullo de conversaciones que llena la habitación ha abierto el regalo que he traído para ella.

La mariposa en un tarro, sus alas desplegadas, vibrantes y llenas de color.

Ha sido algo precipitado eso de acudir a su fiesta, pero siempre he sido fan de los bichos, tal y como mi madre los ha llamado siempre, y llega hasta tal punto mi nivel de frikismo que sabía el sitio exacto al que debía ir para conseguir un ejemplar como ese.

Hice que le gustara mi colección de insectos la primera vez que entró a mi habitación y sonrío por dentro cuando me acuerdo.

Algo es algo.

La miro mientras hablamos de todo y nada a la vez, y no puedo evitar recordar cada momento que pasamos juntos. Algunos muy felices, otros de esos que dejan un regusto amargo en la lengua cuando vuelven a la memoria.

Éramos más jóvenes, inmersos en una relación que se tejía entre risas y secretos compartidos. Mi deseo era ser su salvador en un mundo que la ahogaba tras la pérdida de su madre. Pero, por más que intentara tirar del hilo que la mantenía sumergida en la tristeza, era como si ese nudo nunca se deshiciera.

Solía preguntarme la razón de querer arreglarlo todo, de tener la capacidad de mirar el lado bueno de las cosas y yo siempre le contestaba que no me gustaba en absoluto verla triste.

Era cierto, me mataba.

Quería borrar cada ápice de tristeza, iluminar cada uno de esos días oscuros en los que se veía envuelta de pensamientos negativos y soledad.

Pero cada intento por aliviar su dolor parecía insuficiente. Aún así, la primera vez que la vi y le llevé aquel bizcocho a su nueva casa, supe que, de un modo u otro, formaría parte de mi vida, algo que se me escapaba del pensamiento lógico.

Y ahora que la tengo delante, siento cómo mi corazón parece latir de la misma forma que cuando años atrás la tenía cerca.

Tengo por seguro que su tía, la santera, me había debido hacer una especie de amarre o algo parecido, a pesar de que no creo en esas cosas, porque Sira sigue tan presente en mi vida como siempre.

Me alegro cuando me cuenta que ha conseguido tener esa especie de mezcla entre una cafetería y una biblioteca con la que tanto soñaba.

—¡Sira, eso es genial! —exclamo contento.

—Lo sé —contesta ella sonriendo.

—¿Y qué más? Dios... todo se rompió y cada uno tomó su camino, pero yo...

—¿Tú, qué? —pregunta nerviosa.

—Nunca me olvidé de ningún momento desde que te llevé ese bizcocho. Recuerdo esa época con mucho cariño —digo con melancolía y una sonrisa.

—¿A pesar de todo? —se atreve a preguntar.

Me quedo callado unos segundos y observo cómo ella traga saliva.

Está guapa.

Dios, claro que está guapa.

Los años le han sentado de maravilla.

Sira siempre ha sido preciosa.

Y testaruda.

Y soñadora.

Y tiene dentro de su pecho un corazón tan grande, que yo...

—A pesar de todo —acabo diciendo, aunque por dentro revivo el dolor.

—Sira —su amiga Paula se acerca a nosotros, que nos hemos apartado un tanto, en un rinconcito del salón con una ventana que da a la urbanización—, mañana libras, ¿no?

El hechizo parece romperse y nuestro contacto visual se desvanece, al igual que los recuerdos.

—Sí —contesta ella—. ¿Por qué?



De vuelta a la realidad, Paula propone salir al Tres Lunas, el pub más famoso de Madrid, y la mirada de Sira se cruza con la mía. Sé que todavía hay una complicidad perdida en esos ojos, una conexión que, por más que intentamos enterrar, se niega a desaparecer.

—Bueno, lo cierto es que no tenía pensado...

—¡Tonterías! ¡Salgamos! Es tu cumpleaños, nena —insiste Paula, y yo no puedo evitar sonreír.

Nunca cambiará porque va en ella, es su esencia.

Siempre me gustó esa chica para que acompañara a Sira en la vida. Le daba frescura, armonía, la hacía reír y era la mejor amiga que podía tener.

No me ha sorprendido que todavía mantengan esa relación tan bonita que se forjó cuando Sira se mudó a vivir frente a mi rellano.

Finalmente, Sira acepta la propuesta y Paula me incluye en la salida.

No obstante, el pasado está entre nosotros, desenterrando emociones que, seguramente, preferiríamos olvidar. Pero, por alguna razón, no puedo apartar la mirada de esos ojos que una vez conocí tan bien.

Me pregunto entonces por qué ambos nos ocultamos cosas.

Por qué no terminamos de contarnos nuestra vida.

Ni siquiera me ha preguntado por Víctor, y no sé qué puede significar eso.

# 11

## Sira

*Abril, 2016*

Dos meses.

Lo sé, mi existencia ahora se medía en tiempo.

Una semana sin mamá.

Dos semanas sin mamá.

Tres semanas sin mamá.

Y así sucesivamente hasta llegar a aquel punto en el que ya habían pasado dos meses desde que su enfermedad, cáncer de colon, la devoró.

Ahora me estaba devorando a mí el desasosiego y la pena, aunque parecía haberse anestesiado un tanto.

Todavía no lo quería decir en voz alta, no lo quería reconocer delante de papá, pero quizá había tenido razón con el cambio.

Porque estaba casi más preocupada de encajar en el instituto, en el barrio y en ese nuevo edificio que de mirarme dentro y ver qué sentía.

Paula se había convertido en un apoyo incondicional. Su energía positiva y su constante disposición para animarme se volvían un faro en mi día a día. Siempre encontraba una manera de sacarme una sonrisa, incluso en los momentos más oscuros y nos habíamos vuelto inseparables.

Con Dani también pasaba algunos momentos, cuando añadía algún nuevo espécimen a su colección de insectos o me traía algún detalle a casa de parte de Elena.

Y con Víctor me había cruzado en alguna ocasión en casa de Dani o incluso por los pasillos del bloque.

Inexpresivo, ensimismado, un chico guapo con aura oscura y misteriosa que en esos momentos no llamaba para nada mi atención.

Bastante tenía ya.

Fue por aquellos días cuando mi tía K se mudó definitivamente a Madrid, concretamente a mi casa.

Esa tarde había quedado con Paula para patinar. Bueno, más bien Paula me había obligado a decir que sí.

Decía que tenía que salir más de casa, que el aire puro me sentaría bien y esa clase de cosas que te diría una psicóloga, pero Paula no me cobraba ni un duro y, además, se implicaba más conmigo.

Quizá tenía un chollo en cuanto a salud mental y todavía no era consciente de ello.

Yo seguía enfadada, claro, porque mi enfado con el mundo nunca se marchaba.

Ni mi mal humor, ni ese carácter del demonio que me hacía alejar a la gente.

A todos menos a Paula y a Dani, que también lo intentaba, pero yo no lo dejaba entrar en mi burbuja todavía.

Quedamos en la puerta de mi urbanización y después de saludarnos con un abrazo comenzamos a caminar hacia el parque más cercano.

El sol se deslizaba hacia el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos.

La brisa fresca acariciaba nuestras mejillas, y el sonido suave de las ruedas de los patines sobre el asfalto creaba una melodía relajante.

—Tengo poco tiempo —comenté a escasos metros de llegar.

—¿Y eso? —preguntó Paula.

—Viene mi tía K y tenemos que ir a por ella al aeropuerto —le expliqué.

—Anda, pues qué bien, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Supongo, Paula, no sé —respondí sin pensar demasiado.

—Te veo mejor —apuntó ella entonces.

La miré mientras me ponía el patín en el pie derecho.

Sus ojos azules escrutaban los míos y sus labios se curvaban en una sonrisa inocente.

Sonreí yo también y ella se echó el cabello rubio que le caía suelto hacia delante en dirección a la espalda.

—¿Tú crees? —le pregunté.

Ambas teníamos los patines correctamente colocados.

Miré hacia adelante, centrando mi atención en el camino. El dolor persistía, pero con cada giro de las ruedas, sentía que podía dejar atrás por un momento el peso de la tristeza.

—¡Claro! —exclamó Paula—. Ya no parece que te hayan zurcido el ceño por las noches.

Solté una leve carcajada después de escucharla.

—Todavía sigo enfadada —dije entonces, cambiando de semblante.

Era cierto, no podía pasar página así como así.

—No hace falta que lo jures —dijo ella estirando la pierna izquierda.

—Es difícil, Paula. A veces parece que estoy avanzando, y otras la realidad me golpea de nuevo. Extraño su risa, su consejo, todo.

Paula asintió con empatía, patinando a mi lado con su característica sonrisa amistosa.

—Lo estás intentando, y con eso basta.

—A veces siento que no.

—Está bien sentirse así, Sira. No hay un manual para superar estas cosas. Pero quiero que sepas que cuentas conmigo para lo que necesites. Y estoy segura de que tu madre estaría orgullosa de la mujer fuerte que eres.

Sonreí ante las palabras de Paula, agradecida por tener a alguien como ella a mi lado. Todo un espacio libre para nuestros patines se extendía ante nosotras, y decidimos disfrutar del momento, dejando que la conexión entre amigas y el suave vaivén de los patines nos llevaran a través de la tarde.

Y descubrí que tuvo razón al tener la idea de salir a patinar, como en tantas otras cosas.

Pero a veces el dolor es tan aplastante que no nos deja ver más allá.

A medida que patinábamos, compartimos risas, recuerdos y hasta algunas caídas torpes que solo fortalecían nuestra complicidad. La tarde se convirtió en un pequeño refugio de normalidad en medio de la tormenta de emociones, recordándome que, aunque mi mundo había cambiado, la amistad seguía siendo un faro de luz en mi vida.

Un rato más tarde, llegué a casa y me duché rápidamente.

—¿Has estado con Paula? —me preguntó mi padre.

—Sí, hemos patinado.

—Oh. ¿Y cómo ha ido?

—Bien.

—¿De verdad?

—Sí, me ha sentado bien —contesté, ya un tanto molesta por la insistencia.

Era extraño, porque sentía la necesidad de que me arropara, pero al mismo tiempo me agobiaba si se interesaba demasiado en mí.

Y eso me pasaba con todo el mundo.

Era como pedir ayuda tratando de gritar, pero de mi garganta solamente salía silencio, por lo que me sentía sola, pero al mismo tiempo deseaba la compañía de quien me la ofrecía.

Quizá estaba volviéndome loca y no lo sabía.

Mi padre asintió despacio con la cabeza, dio un leve golpecito en el vano de la puerta de mi habitación y salió de ella.

—Date prisa, tu tía K está a punto de llegar.

Mientras esperábamos en el aeropuerto, miré a papá y noté la misma tristeza en sus ojos. Ambos compartíamos el dolor de la pérdida, pero también sabía que la vida continuaba, y aunque la pérdida de mamá había dejado un vacío irremplazable, la llegada de Tía K simbolizaba la posibilidad de llenar ese vacío con nuevos recuerdos y amor compartido.

Cuando Tía K salió de la puerta de llegadas, nuestro encuentro fue una mezcla de emociones. Nos abrazamos con fuerza y sus palabras de consuelo y apoyo resonaron en el aire, trayendo consigo la promesa de días mejores.

—Ay, Malabo, chico, qué mal lo he pasado en el avión —dijo quejándose mientras caminaba.

Me empujó sin querer con su trasero y mi cuerpo se movió por inercia hacia el lado izquierdo.

—¿Ha ido mal el vuelo? —le preguntó mi padre cogiendo su maleta.

—¿Tú no crees que me pusieron al lado un señor que roncaba como un rinoceronte? —Tía K puso los brazos en jarras.

Mi padre se echó a reír.

—Tú no te puedes imaginar cómo roncaba... Pobre criatura, debe sufrir de apnea, eso no era normal.

—Ya sería menos —apunté yo sonriendo.

Era imposible no hacerlo si mi tía estaba delante.

Desprendía alegría, energía positiva, con ella al lado llegabas a sentir que la vida era bonita, que había que aprovechar cada segundo.

—¡Que no, niña, que parecía que le estuvieran estrangulando por dentro la garganta con el tronco de una lechuga! Y un hedor, chica...

—¿Olía mal? —Arqueé las cejas.

—A perro muerto. Ese aliento no lo cuida.

Papá y yo nos reímos y por un momento se nos olvidó todo.

Después regresamos a casa en coche y me fui directa a mi habitación.

Necesitaba pensar, y para eso debía estar sola.

—¡Malabo, esto necesita una limpieza! —oí a Tía K desde mi dormitorio.

—¿Una limpieza? Sira y yo limpiamos cada día —contestó mi padre avergonzado.

—De energía, Malabo, de energía. Está muy cargado —explicó mi tía.  
Fue entonces cuando escuché aquella conversación que me hizo reaccionar.

Mi padre suspiró.

—Ah, te refieres a eso.

—Claro que me refiero a eso. Y Sira también está cargada. Tú, menos... pero ella, ella lleva la pena en la mirada, hermano.

—Lo sé. No... no lo está llevando bien.

—No es para menos, pero hay que ayudarla.

—En eso consiste el plan y para eso vienes, ¿no?

—Por supuesto —reconoció Tía K—. ¿Cómo se encuentra ella? ¿Qué tal la escuela?

Casi podía ver a mi padre negar con la cabeza, abatido por el cansancio de estos dos meses y me sentí mal.

—Sé que está destrozada, que es difícil, pero para mí también lo es. A veces siento que no puedo con ella, no sé cómo tratarla...

—¿Se porta mal?

—No, no —dijo mi padre con cansancio—, Sira nunca ha sido una niña mala. Pero tiene mucha rabia dentro y su forma de sacar el dolor es estando enfadada. Siempre está de mal humor, contesta mal, no sé...

—¿Y los estudios? ¿Saca buenas notas? —se interesó mi tía K.

—Sí, parece que va aprobando y se ha adaptado bien al cambio. Tiene una amiga, Paula, que le viene muy bien. Y a veces ve también al vecino de enfrente, Daniel. Su madre es encantadora.

Tía K se interesó por nuestros vecinos y mi padre le contó más detalles.

Pero yo me refugié en mi interior, porque algo dentro de mí me había dolido al escuchar aquello.

Me estaba perdiendo a mí misma entre tanta tristeza.

Alternaba lija con terciopelo, tanto conmigo como con todo mi alrededor.

Pero es que la echaba tanto de menos...

Tanto, tanto, tanto.

Era tan grande el dolor que sentía que no sabía cómo luchar contra él.

Pero también sabía que tenía que intentarlo, buscar la manera de encontrarme mejor, buscar refugio, algo así como esa red de apoyo que mi vecina Elena había creado cuando se quedó sola con dos niños pequeños.

Lloré, intentando encontrar esa fuerza dentro de mí.

Fue entonces cuando Tía K entró en mi dormitorio.

—Hola, hijita. ¿Lloras? —preguntó sentándose a mi lado.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué? Cuéntame, corazón.

—Tía K, no sé cómo manejar esto. Siento que me falta algo, como si una parte de mí se hubiera ido con mi madre. Estoy incompleta, vacía.

Tía K acarició mis trenzas.

—Sé que estos días han sido difíciles para ti. Perder a tu madre es un dolor que solo quienes lo han vivido pueden entender. Pero quiero compartir algo contigo.

—¿Qué es?

—Quiero que entiendas que, aunque no la tengas físicamente contigo, el amor y la conexión con tu madre nunca desaparecerán. Ella está aquí, en cada recuerdo, en cada sonrisa que compartiste con ella y en cada lección que te enseñó.

—Pero es tan difícil, tía. Me duele tanto...

Tía K me rodeó con sus brazos, creando un abrazo cálido que transmitía consuelo y aroma a incienso.

—Te entiendo, mi niña. Pero quiero que pruebes algo. Cierra los ojos y respira profundamente. Imagina a tu madre a tu lado sonriendo como lo hacía. ¿La ves?

Cerré los ojos, siguiendo las palabras de Tía K. La imagen de mi madre apareció en mi mente, con su mirada cariñosa y su eterna sonrisa.

—Sí, la veo.

—Ahora, imagina que le hablas, le cuentas cómo te sientes, lo que has vivido desde su partida. Permítete sentir su presencia a tu alrededor.

Inicié una conversación silenciosa con mi madre en mi mente, compartiendo mis emociones y pensamientos más profundos. A medida que lo hacía, sentía como si un puente invisible se hubiera formado entre nosotras.

Tía K esperó paciente.

—¿Lo sientes, Sira? El amor de tu madre nunca se ha ido. Está en el viento que acaricia tu rostro, en la luz del sol que ilumina tus días. Puedes seguir conectada con ella de una manera diferente, pero igual de poderosa.

Abrí los ojos, mirando a Tía K con gratitud y asombro.

—Gracias, tía. Aunque todavía duela, siento que puedo llevar su amor conmigo de una manera especial.

—Así es. Tu madre siempre estará contigo, guiándote desde un lugar lleno de amor incondicional. Y recuerda, cada lágrima que derramas es una prueba de cuánto la amas y la extrañas, pero también es un recordatorio de que ella estuvo contigo.

Asentí con la cabeza, recomponiéndome un tanto por dentro.

Algo había cambiado.

Mamá no estaba, y dolía.

Pero encontraría la manera de soportarlo, de hacerlo llevadero.

A ella no le gustaría que estuviera así, lo sabía.

Nos abrazamos con fuerza, compartiendo el entendimiento silencioso de que, aunque el dolor de la pérdida nunca desaparecerá por completo, la conexión espiritual con nuestros seres queridos puede ser un bálsamo para el alma.

Después inicié el cambio.

Por papá, por mamá y, sobretodo, por mí misma.

Escribí a Dani, con el que había intercambiado el número de teléfono días atrás, y todo mi mundo cambió.



## 12

### Sira

Aquel mes fue como un caleidoscopio de experiencias, cada día tejiendo nuevos recuerdos que convirtieron mi amistad con Dani y Paula en algo imprescindible.

Había decidido dar el paso de encontrarme mejor, y parecía que aquello estaba surtiendo efecto.

La rutina después de las clases nos llevaba a la cafetería, donde los sabores del café se mezclaban con nuestras risas y secretos compartidos.

Dani me mostraba su fascinación por la biología y los insectos. Sus ojos brillaban con una pasión contagiosa, y cada palabra suya añadía capas a su personalidad dicharachera.

Quedábamos en la biblioteca para estudiar, cada uno inmerso en su mundo de apuntes y libros. Pero lo que empezaba como una tarea académica se convertía en una ocasión para compartir risas y ocurrencias que no estaban en los manuales.

Las tardes de risas continuaban cuando Paula me convencía para hacer todo tipo de planes con los que me distraía y volvía a reír.

Merendábamos en las mesas de la urbanización y cuando Paula se marchaba, Dani y yo solíamos quedarnos un ratito más.

Cada pequeño detalle tejía la trama de nuestra amistad, pero detrás de la diversión, surgió una complicidad especial con él. Nuestras quedadas para estudiar se volvían un pretexto para explorar la mente del otro y compartir anécdotas que no aparecían en los apuntes.

Por supuesto, la pérdida de mi madre seguía ofreciéndome días oscuros.

Estaba muy reciente, era demasiado pronto como para aceptar que tenía que vivir sin ella, pero sentía que estaba dando grandes pasos y había aprendido a quererla aunque ya no estuviera junto a mí, de otra manera, de formas más espirituales que seguía practicando con mi tía K.

Quizá desde fuera se pueda interpretar como una chorrada, pero a mí me servía.

Por suerte para mí y para mi padre, quien hizo muy buenas migas con Elena, la madre de Daniel y Víctor, incluyéndonos y dejándonos formar parte de su propia red de apoyo, Tía K ya estaba aportando su toque especial a la casa.

Sus consejos y ocurrencias se mezclaban con el aroma de la comida que preparaba con tanto cariño.

En cuanto a Víctor...

Claro que había vuelto a verle, pues solía pasar tiempo en casa de Dani.

Pero Víctor seguía siendo para mí ese ente enigmático y oscuro que resultaba inaccesible hasta para su propia familia.

Las heridas de abandono que habían marcado su corazón eran bastante profundas, y resultaba ser la antítesis a su hermano Dani, quien tenía una personalidad efervescente y hacía de bálsamo emocional para Víctor.

Mientras Víctor se sumergía en la melancolía, Dani buscaba la luz y la felicidad.

Mi amigo no me había hablado gran cosa acerca de su padre, Álvaro, quien se marchó de casa cuando Víctor tenía cinco años y él era un recién nacido, porque no tenía ningún tipo de conexión con él.

Sin embargo, aunque con Víctor apenas cruzaba más de dos palabras, podía percibir esa fragilidad que yo misma sentía por la pérdida de mi madre.

No sabía de él prácticamente nada, porque no era el tema habitual en el que Dani y yo empleáramos nuestro tiempo juntos, pues Víctor no tenía el mayor interés en nada más que no fuera la liberación y el consuelo que parecía sentir en el graffiti, en la pintura y aquel gusto musical ecléctico.

Solo sabía de él que había estudiado la carrera de Bellas Artes y que intentaba hacerse un hueco en ese mundo.

Un atardecer cualquiera de finales de abril prometía una luz dorada que acariciaba los edificios de la urbanización. Dani me propuso merendar en las mesas de la zona común exterior, un plan sencillo pero que podía prometer momentos especiales. Nos sentamos uno frente al otro, compartiendo risas y confidencias mientras el sol descendía lentamente.

—¿Recuerdas el día que llegaste a la urbanización? —preguntó Dani con una sonrisa cómplice.

—¡Cómo olvidarlo! —respondí, riendo—. Me pareciste un poco insoportable, la verdad. Y ahora, aquí estamos, compartiendo meriendas.

Dani obvió mi comentario y extendió un mantel sobre la mesa, desplegando una selección de delicias que incluía bocadillos, frutas y alguna que otra golosina. Todo obra de Elena, por supuesto.

Esa mujer era un ángel.

—¿Y esto? —pregunté asombrada.

—Quería que fuera especial —dijo, guiñándome un ojo.

Me reí, pensando con cariño que era un poco idiota.

Comimos con entusiasmo, disfrutando del ambiente relajado y de la compañía mutua. Después de la merienda, Dani sugirió algo diferente.

—Sira, ¿jugamos a las sombras?

—¿A qué? Nunca he jugado a eso.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó divertido.

Alzó la mano, y entre sus dedos apareció una mariposa formada por la danza de la luz y la penumbra. Me sorprendí ante la creatividad de Dani, quien jugaba con las sombras proyectadas sobre la mesa.

—Mola, ¿verdad? —comentó, con una mirada llena de asombro—. Son como pequeñas historias que se forman con la luz.

—Nunca había pensado en ello de esa manera.

—Hay tanto que descubrir en las cosas simples —añadió, con una chispa de emoción en sus ojos.

Jugamos durante un rato con las sombras, creando figuras caprichosas que se movían al compás de nuestras manos. En aquel momento, la urbanización se convirtió en un escenario mágico donde la simplicidad se entrelazaba con la belleza. Mientras el sol se sumergía en el horizonte, nos perdimos en el juego de luz y oscuridad, dejando que la magia de aquel instante nos envolviera.

Y así, entre risas y siluetas danzantes, descubrí que la verdadera grandeza a menudo reside en la capacidad de apreciar lo extraordinario en las cosas más simples.

# 13

## Sira

*Mayo, 2016*

Paula y yo estábamos tiradas sobre el césped de un parque cercano al instituto y mirábamos al cielo.

Habíamos pillado un par de bocadillos de una cantina y nos habíamos atado la chaqueta a la cintura, llevando puesta solamente la sudadera, hacía buen tiempo.

Llevábamos ahí toda la tarde, un poco de relax nunca venía mal.

Mi amiga hablaba por los codos, por eso me pareció extraño que estuviera tanto rato callada.

—¿Qué piensas? —le pregunté sin apartar la vista de aquella estampa que poco a poco se iba oscureciendo por el efecto del atardecer.

Paula guardó silencio algunos segundos más, pero finalmente dijo:

—Le gustas a Dani.

Aquello me dejó tan descolocada que me levanté como un resorte y crucé las piernas a lo indio.

—¿Qué? —pregunté.

Ella me imitó y quedamos frente a frente.

—¿Vas a decirme que no lo has notado?

—Pues no. —Me encogí de hombros.

Tampoco es que supiera mucho de chicos, la verdad.

Claro que me había besado con unos cuantos de mi antiguo instituto, pero nunca había tenido novio ni nada parecido.

Y menos en ese momento en el que acababa de suceder lo de mi madre hacía poco.

No tenía ni el corazón ni las ganas a pleno rendimiento, esa era mi realidad.

—¿Me vacilas? —me preguntó Paula.

Parpadeé varias veces, después negué con la cabeza lentamente.

—Dani es mi amigo.

—Sí, pero le gustas.

—No.

—¿Y él a ti? —me preguntó poniendo morritos.

—¿Qué dices? —exageré y le aparté la mirada.

—Anda, pues sí.

—¡No he dicho nada! —exclamé con las mejillas encendidas.

¿Me gustaba Dani?

Pues no lo había pensado, para ser francas.

Pasábamos mucho tiempo juntos, estaba ayudándome a superar la pérdida de mi madre, me entretenía, me hacía reír.

Porque si algo sabía hacer Dani bien, era hacer reír a la gente, eso ya lo había descubierto.

Tenía una sonrisa que iluminaba y una mirada profunda, también me había fijado en eso, por supuesto.

Además, me gustaba su faceta de cerebritito, la cual contrastaba con esa parte deportiva y amante de la naturaleza.

Pero de ahí a gustarme...

—Pues es muy mono —dijo Paula.

—Pues claro que es mono —reconocí.

—¿Has tenido novio alguna vez? Nunca te lo he preguntado —dijo Paula sonriendo.

Puse los ojos en blanco y la imité.

—Eso es porque siempre estamos hablando de tus ligues, amiga.

—Pues ninguno es como Dani.

—Claro, porque nadie es como nadie y todos somos únicos.

—Esa frase es de tu tía K.

Sonreí.

—Sí, me lo dice siempre. No, no he tenido novio.

—¿No has...? —Paula hizo un gesto obsceno con las manos.

—¡Tía, para! No, todavía no...

Vale, sí.

Era más pura que la estatuilla de cerámica de no sé qué virgen que tenía mi tía K en la mesilla de noche.

—Joder, Sira... qué envidia.

—¿Envidia? ¿Por qué?

—Mi primera vez fue una mierda —dijo ella mirándome a los ojos.

—¿En serio?

—Sí. Pero tengo la impresión de que la tuya no lo será.

—¿Ahora adivinas el futuro? —le pregunté poniendo los ojos en blanco.

—No, pero lo sé. Ojalá tu tía K me diera algún truco para poder adivinarlo.

—¡Mi tía no es bruja! —exclamé entre risas.

—¿Qué más da? ¡Parecido! —rio ella también—. Oye, tengo que irme. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Claro. —Ambas nos levantamos del césped y sacudimos la zona del trasero de nuestros pantalones—. He quedado con Dani para cenar en su casa, va a ayudarme con el trabajo de historia.

Paula levantó repetidas veces las cejitas, creyéndose muy graciosa y haciéndose la interesante.

—Oh, por Dios... —rezongué—. Dices tonterías.

—De tonterías nada. Fíjate en cómo te mira.

*Pues con la misma cara con la que lo miro yo a él, porque es adorable,* pensé sorprendida.

Tragué saliva.

No, no quería líos con nadie, y menos con Dani.

Pero mi corazón parecía alegrarse cuando lo tenía delante, eso sí que no lo podía negar.

¿Paula tendría razón?

—Venga, hasta mañana —me despedí de mi amiga, no quería seguir con esa conversación absurda.

Nos dimos un abrazo y emprendí el camino hasta casa.

No pude evitar reírme de nuevo ante la idea de gustarle a Dani tras recordar las palabras de mi amiga.

No podía ser cierto.

Éramos amigos, compartíamos risas, estudios y tardes de ocio.

No había señales, no más allá de la complicidad que siempre fluía entre nosotros.

¿O sí?

Dani, con sus bromas y su cercanía, era simplemente Dani.

¿Cómo podía verme de otra manera?

Pero mientras caminaba sola por la urbanización aquella tarde, las palabras de Paula resonaban en mi cabeza como un eco persistente. ¿Dani más que un amigo? La sola idea alteraba mi percepción del tiempo compartido con él. Recordé sus risas, sus miradas furtivas y la calidez en sus gestos. ¿Era posible que Paula tuviera razón?

A medida que repasaba cada encuentro, comencé a notar pequeños detalles que antes me habían pasado desapercibidos. ¿Acaso esos momentos compartidos tenían un matiz diferente para él? Me quedé sumida en mis pensamientos, intentando descifrar los gestos y palabras de Dani. Pero, por más que lo intentaba, la idea de que pudiera sentir algo más que amistad hacia mí seguía pareciéndome tan surrealista como bonita.

Porque si eso era cierto, yo tenía que reconocer y asumir, que también me encontraba muy a gusto en su compañía.

Así, entre dudas y especulaciones, me pregunté si aquel vínculo que compartíamos iba más allá de la amistad. ¿Dani, mi compañero de risas y confidente, podía haberse convertido en algo más? La incertidumbre flotaba en el aire, y solo el tiempo revelaría si aquellas palabras de Paula eran el comienzo de un nuevo capítulo entre mi amigo y yo.

—¡Ey! —saludé a Dani tras abrirme la puerta.

Llevaba puesto un chándal, como siempre, pero esta vez de color azul.

—Hola, guapa —me saludó con un beso en la mejilla.

—¿Qué haces? —le pregunté señalando con el dedo índice el trapo de cocina que reposaba sobre uno de sus hombros.

Dani puso los ojos en blanco.

—Mi madre está de guardia y me toca a mí hacer la cena.

—Anda, pues te ayudo —contesté con una sonrisa.

—Claro, pasa.

Dani se hizo a un lado y una vez estuve dentro de su casa, cerró la puerta.

Ya se podía olisquear un rico aroma a comida desde el recibidor.

—Espera un segundo, voy a mandar un mensaje a mi padre para recordarle que ceno contigo —le dije sacando el móvil de mi mochila.

Dani asintió y emprendió el camino hacia la cocina.

—Ya está —le informé cuando estuve junto a él, tras dejar mi mochila sobre una silla y guardar mi móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros—. ¿Estás solo?

—*Sip* —contestó él poniendo atención en los fogones.

Dani y yo nos enfrentamos al desafío de preparar la cena para Víctor y para nosotros mismos. Las ollas y sartenes se apoderaron del espacio, y el aroma tentador de la comida comenzó a llenar la casa.

Fue entonces cuando escuchamos un juego de llaves abrir la puerta.

—Debe ser Víctor —comentó Dani.

Mientras estábamos inmersos en la preparación de la cena, Víctor irrumpió en la cocina, pero no de la forma más convencional. Su presencia estaba marcada por manchas de pintura de spray en la ropa y en las manos.

—Hola. ¡Vaya! —exclamó Víctor, mostrando sus manos multicolores que todavía sujetaban las llaves.

Dani y yo nos volvimos para saludarlo, y no pudimos evitar soltar una risa.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Dani señalando las manchas de colores en su ropa.

Víctor se rascó la cabeza con cierta confusión.

—He estado ayudando a unos amigos con un proyecto de arte urbano. ¿Y mamá?

—De guardia —le contestó Dani añadiendo sal a los alimentos de la sartén.

—Dios... —Víctor puso los ojos en blanco—. Menuda pinchada, se me había olvidado y vengo muerto de hambre.

—Vaya, qué despiste —comentó Dani irónico.

—Ya lo creo. Ni me acordaba. —Víctor se encogió de hombros con una expresión despreocupada.

Vestía una camiseta negra que dejaba entrever algunos tatuajes en sus brazos, y sus pantalones llevaban manchas de pintura de spray en tonos vibrantes. Los colores se mezclaban en un caos artístico, creando una paleta caótica sobre su ropa y su piel.

Reconozco que me costó tragar saliva.

Era... realmente atractivo.

Tenía algo atrayente a pesar de parecer una persona tan cohibida y tan rota, según daba a entender Dani en algunas ocasiones.

—¿Y bien, chefs, qué menú sorpresa tenéis preparado esta noche? —preguntó Víctor con una sonrisa traviesa mientras se estiraba.

Dani, siempre calmado y seguro en la cocina, me miró cómplice. Juntos habíamos decidido arriesgarnos con una receta un tanto ambiciosa. Víctor, al notar nuestra complicidad, se echó a reír.

—No pienso comerme eso—bromeó.

—Estamos improvisando —contesté yo—, pero prometo que será delicioso.

—Si tú lo dices... —dijo—. Me ducharé mientras.

Dani y yo asentimos y seguimos con nuestro trabajo.



Mi mente divagaba entre aquel interrogante acerca de Dani que me tenía consumida la cabeza por instantes, y la imagen de la piel tatuada de Víctor manchada de pintura que había captado mi atención.

Una vez la cena estuvo lista y Víctor se unió a nosotros, la cocina se llenó de un ambiente peculiar y entretenido, como si las manchas de pintura de spray hubieran traído consigo una dosis extra de misterio a la velada.

Aunque Dani era la chispa que iluminaba la habitación con su humor, Víctor aportaba una sombra intrigante que dejaba adivinar más de lo que revelaba.

Entre risas, anécdotas y los contrastes entre las personalidades de los dos hermanos, continuamos con la cena, disfrutando de la compañía y de esos pequeños momentos que nos unían como una peculiar familia improvisada.

Después, Víctor se encerró en su habitación a hacer a saber qué, y Dani me ayudó con mi trabajo de historia.

Estuve a punto de sucumbir a la tentación de preguntarle directamente, pero tampoco quise arriesgarme.

Supuse que solamente podía esperar a ver cómo se desarrollaban los próximos días para saber si Paula tenía razón o no.

Lo que sí tuve claro, es que me gustó observar cómo la luz del flexo del escritorio de Dani se colaba entre sus pestañas.

## 14

### Sira

Los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina e intentaba mantener toda mi concentración en los apuntes y resúmenes.

Necesitaba aprobar como fuera, que mi padre pensara que a pesar de las dificultades yo había sido fuerte y había conseguido superar los obstáculos que la vida había puesto en mi camino.

Aunque, he de decir, que mi padre siempre había sido conmigo muy comprensivo y respetuoso, y sabía de sobra que no pasaba nada si los estudios aquel año no me iban bien.

Pero, por suerte, no era el caso.

Entre apuntes, libretas, una botella de agua casi vacía y bolígrafos mordidos por uno de los extremos, suspiré y cambié de posición, esta vez con el abdomen pegado al colchón, los pies hacia arriba y las manos sujetando un taco de hojas manuscritas por mí con apuntes de historia del arte.

Mi padre me ayudaba bastante con esa asignatura, pero lo cierto es que me costaba un poco.

En esas estaba cuando Tía K, tras tocar con los nudillos a la puerta de mi habitación, se coló en ella.

—Hola, cielín —me saludó—. ¿Qué haces?

Volví a suspirar y me senté con las piernas cruzadas sobre la cama para dejarle sitio.

Observé que portaba una caja de tamaño mediano y de cartón entre los brazos.

—Estudiar. Estoy tan cansada...

—Pasarás los exámenes, estoy segura —me dijo sonriendo.

—Eso espero, no me gustaría repetir curso —dije con un mohín.

—Si lo repites, no pasa absolutamente nada.

Sonreí.

—Lo sé, pero quiero empezar cosas nuevas —me sinceré.

—¿Qué tal está todo lo demás? ¿Paula? ¿Dani?

Tía K me miró a los ojos.

—¿Por? —pregunté yo a mi vez arqueando las cejas.

—Por saber, por saber... ¿Dani y tú...?

—¿Qué? —Me reí.

—Que si... —Juntó ambos dedos índice de sus manos.

—Tía K, somos amigos. De momento.

—¿De momento?

—Pues... sí. No sé.

—¿Él te gusta? —me preguntó sentándose a mi lado.

Me reí y sentí arder las mejillas.

—Un poquito —dije, después puse morritos. Después no pude evitar que una risa floja escapara de mis labios.

Un poquito.

Dani me gustaba solo un poquito.

Ya está.

Ya lo había dicho.

¿Que qué hacía? Nada. Nada de nada.

—¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! —Tía K me hizo cosquillas con sus largas uñas de color rojo y las pusleras que decoraban sus muñecas repiquetearon—. ¡Es bien guapo! ¿Verdad?

—Claro que lo es. Y responsable, inteligente, divertido...

—¡Hijita, pues díselo! —exclamó ella.

Negué con la cabeza.

—Me muero de la vergüenza. Ya veremos lo que pasa. Además, ahora necesito estar centrada en los exámenes finales. De ellos depende que me den el título de bachillerato.

—Bueno, eso está muy bien. Te veo más animada y me alegro mucho. ¿Ves como poco a poco las cosas mejoran? Eres muy fuerte y resiliente.

Sonreí, aunque tuve que disimular que las lágrimas habían llegado a mis ojos.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté para cambiar de tema.

Tía K pasó la palma de una de sus manos por la tapa de aquella caja que, según sus palabras, guardaba fragmentos del pasado que aún tenían mucho que contar. Con cierta melancolía y ternura, abrimos juntas aquella caja que parecía guardar verdaderos tesoros en su interior.

Y no me equivocaba.

Dentro, entre objetos que parecían relatar historias silenciosas, se encontraba la última cámara profesional que mi madre, Verónica, había utilizado para su trabajo como fotógrafa. Y también una Polaroid.

Junto a ella, había un par de cuadernos llenos de notas, algunas fotografías reveladas a mano, y aquel viejo diario en el que mi madre plasmaba sus pensamientos más íntimos.

Cogí aire, lo guardé durante unos instantes en mis pulmones, y después lo solté lentamente.

Todas esas cosas debió guardarlas mi padre, porque yo no recordaba haberlo hecho, ni tampoco creía haber visto esa caja demasiado de cerca durante la mudanza.

—Tu padre me ha dado esto. Aquí tienes un pedacito de ella —murmuró Tía K con una sonrisa llena de comprensión.

Con un valor que no supe de dónde saqué, puse la caja sobre mis rodillas y contemplé los objetos. Había incluso lapiceros y un par de pinzas del pelo que nunca usaba porque solía recogerse el cabello con los primeros.

Al hojear las páginas de los cuadernos, me perdí en la caligrafía familiar de mi madre, en sus reflexiones sobre la vida y sus sueños plasmados con tinta. También encontré algunas fotos, instantáneas capturadas por su cámara, que narraban momentos que parecían haberse congelado en el tiempo.

Tía K me observaba con cariño mientras exploraba aquel tesoro de memorias. En un silencio cómplice, ambas compartimos la presencia de Verónica en aquella sala. Y entonces, Tía K, con su sabiduría tranquila, propuso una manera especial de mantener viva la conexión con mi madre.

—Sira, ¿por qué no retomas la fotografía? Es algo que compartíais y que te acercará de nuevo a ella de una manera única.

Su sugerencia abrió una puerta a un rincón olvidado de mi corazón. Recordé aquellas tardes en las que mi madre y yo revelábamos fotos en el cuarto oscuro casero que habíamos montado en casa. Un *flashback* me transportó a una época más sencilla, cuando tenía diez años y mi madre me enseñaba los secretos detrás de cada imagen.

—¿Recuerdas, Sira? —preguntó Tía K, intuyendo mi viaje al pasado.

Con una sonrisa nostálgica, le conté cómo mi madre y yo compartíamos risas, secretos de chicas y sueños que se desarrollaban entre baños de revelador y fijador. Aquellos momentos, aunque distantes en el tiempo, eran tesoros que atesoraba en mi corazón.

De regreso al presente, la propuesta de Tía K resonaba con fuerza.

Tomar la cámara de mi madre, experimentar con la luz y la sombra, era una forma de mantener viva su esencia.

Aunque el dolor de su ausencia aún me acompañaba, aquella idea se convirtió en un hilo que tejía un puente entre el pasado y el futuro, entre Verónica y yo.

En ese instante, mientras la caja revelaba más que fotografías, entendí que aquel legado no solo estaba impreso en imágenes congeladas en papel, sino también en la posibilidad de continuar su pasión por la fotografía, una chispa que aún titilaba en mi corazón.

—Es posible —acerté a decir.

—Te dejo a solas, corazón —dijo tía K levantándose de la cama.

—Gracias, tía.

Me miró y me guiñó un ojo.

Se acercó a la puerta de mi habitación y antes de marcharse, dijo:

—Dile a Paulita que venga un día de estos, haremos un ritual de la buena suerte para que paséis esos exámenes con éxito.

Sonreí y le saqué la lengua.

Tía K era la mejor.

Después acaricié con cariño la cámara de mi madre y sonreí al pegarla contra mi pecho.

—Te quiero, mamá —susurré sonriendo.

## 15

### Sira

No sabía si había sido muy buena idea coger de nuevo la cámara de mi madre.

No por nada malo, ni mucho menos, pero la presión de los exámenes competía continuamente con mis ganas de conectar con mi madre y retomar la fotografía de forma febril.

Leía apuntes y más apuntes.

Intentaba memorizar cada párrafo, no obstante, en más de una ocasión me había sorprendido a mí misma pensando en qué cosas podría fotografiar y cuántas otras quedarían geniales con el encuadre perfecto.

Aquello había despertado mis ganas de seguir avanzando hacia delante, como si fuera una especie de trampolín al bienestar del que ya no me podía bajar.

Me tiraba horas en la biblioteca del instituto y después seguía repasando en casa.

No tenía muy claro qué haría después de terminar el instituto, a pesar de dejar mis exámenes de selectividad hechos.

Todo era un lío en mi cabeza, que había pasado de estar triste, a convertirse en una maraña de pensamientos y emociones que poco me dejaban dormir entre unas cosas y otras.

Pensando en todo eso crucé la entrada a la urbanización con un par de libros en la mano y la funda de la cámara de mamá con el aparato dentro colgando de un brazo.

Venía de la biblioteca, los exámenes serían la próxima semana.

Fue entonces cuando divisé una silueta triste sentada en los bancos del merendero.

Entrecerré los ojos, forzando la vista para intentar identificar a la persona que estaba allí sentada.

Sin embargo, no me costó demasiado distinguir entre las luces del atardecer, aquel puñado de cabellos negros enredados entre las manos de Víctor, que apoyaba la cabeza entre sus manos.

Mi corazón trastabilló, preguntándome qué hacía ahí a solas a esas horas, aunque debo admitir que Víctor era pura melancolía, y tampoco me extrañó demasiado encontrarlo de esa guisa.

Solo.

Pensativo.

Abrumado, quizá.

Sin poder evitarlo, guardé los libros en la mochila y saqué la cámara de su funda.

Era una Polaroid y tendría la fotografía al instante.

La luz no era demasiado buena, pero sí contaba con una hermosura sorprendente.

Encuadré la imagen, me acerqué lentamente y disparé.

*Chas.*

Aquel sonido fue música para mis oídos, y sentí un burbujeante placer recorriéndome las venas.

*Ha funcionado, mamá,* pensé sonriendo.

Después me acerqué a él, no sin un poco de reparo por si pudiera molestarle, Víctor apenas compartía espacio conmigo o con Dani, ni siquiera con Elena.

Aún así, lo que pasó a continuación me sorprendió.

Y una brecha nueva se abrió en mi vida, la cual no dejaba de sorprenderme.

## 16

### Víctor

El merendero de la urbanización se extendía ante mí como un refugio silencioso. Necesitaba un rincón donde la brisa suave y los susurros de las hojas pudieran ser los únicos testigos de mi desolación. Me senté en uno de los bancos, rodeado por la tranquilidad del entorno, pero mi mente estaba lejos de encontrar paz.

Las sombras de los recuerdos se cerraron a mi alrededor, como un enjambre de pensamientos oscuros que me acechaban.

Desde niño, me había enfrentado a la ausencia de mi padre, un vacío que me acompañaba como una sombra en cada interacción, en cada relación que intentaba forjar. Esa ausencia había dejado cicatrices tan profundas en mi ser que ni siquiera yo podía entender.

El muy cabrón se piró de casa cuando yo tan solo tenía cinco años.

Dani acababa de nacer y yo pasé de tener a alguien con quien jugar al fútbol, pintar y hacer puzzles a no tener a nadie.

Y aunque siempre le estaría agradecido a mi madre por su coraje de mujer, por sacarnos a mi hermano y a mí adelante sola, me sentía como a ese perro al que abandonan junto a una gasolinera cuando ya se vuelve inservible, viejo o un estorbo.

No encontraba mi sitio, era esa versión oscura de mí mismo que se había vuelto perenne en mi ser.

Las lágrimas brotaron sin pedir permiso, un torrente de emociones contenidas que se desbordaba en la soledad del merendero. Mi refugio, mi prisión emocional.

Las palabras que nunca había dicho a nadie flotaban en el aire, cargadas de la carga que llevaba desde la infancia.

Me sentía roto, incompleto, incapaz de liberarme del bucle de baja autoestima que me aprisionaba.

Mis manos se aferraron al banco como si pudieran sostener el peso invisible que me oprimía. En ese momento, el merendero se convirtió en un confesionario silencioso, un lugar donde dejé que las lágrimas hablaran por mí, donde la vulnerabilidad se manifestara sin miedo a ser juzgado.

Hacía muchos años desde que él se marchó, pero desde el día en que lo hizo, aquel niño de cinco años cambió.



Sentía su ausencia, y aquello afectó en el colegio, en las notas, en los ataques de rabia, ira y llanto.

En las relaciones con mi entorno.

Aquello era precisamente lo que había pasado esa tarde: antes de que Marina me dejase por ser insoportable y estar quebrado, la había dejado yo.

¿Cómo podía querer a alguien con mi corazón lleno de tiritas?

¿Cómo podía tener una relación sana si tenía un apego emocional que no me dejaba actuar con normalidad?

¿Cómo hacerlo si tenía auténtico pavor a pillarme de alguien y que se marchase de mi vida?

Miré hacia arriba, buscando respuestas que se desvanecían entre las estrellas que no tardarían en aparecer en el cielo.

¿Cómo aprender a relacionarme con los demás cuando la figura paterna, el modelo a seguir, se desvaneció tan prematuramente en mi vida?

La brisa acarició mi rostro, como si llevara consigo un susurro de consuelo. En la penumbra del merendero, me enfrenté a mis propios fantasmas, esperando encontrar una forma de sanar las heridas que se resistían a cicatrizar.

Fue entonces cuando una mano perfecta y preciosa dejó caer ante mí una fotografía de mí mismo.

Levanté la cabeza y la vi.

Sira.

Tragué saliva.

Aquella chica había llegado hacía un par de meses a la urbanización y se pasaba el día con mi hermano como si fueran siameses.

Mentiría si dijera que no me había fijado en ella, pero lo cierto es que la veté desde el primer momento.

A pesar de aquel encanto natural que la envolvía.

A pesar de su cabello oscuro trenzado.

De sus ojos del color de la miel.

De su cuerpo torneado y su piel de ébano.

No.

Ella ya tenía bastante con haber perdido a su madre, entendía su malestar, y yo no era nadie para causarle más dolor.

Y estaba seguro de que sería capaz de ello.

Quizá era lo más sensato que había hecho en mi vida.

Sin embargo, aquel día todo cambió.

—¿Qué es esto? —le pregunté disimulando mis mejillas mojadas y cogiendo la fotografía.

—Tú —dijo ella sin más.

La miré a los ojos y observé cómo se sentaba frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cautela.

—No deberías haber hecho esta foto. —Le tendí la polaroid.

Ella hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Es para ti.

Suspiré.

—No tengo el día, lo siento.

—¿Qué te pasa? —me preguntó preocupada.

—Nada, cosas mías.

—¿Estás...? —Posó su mano caliente sobre mi mejilla—. ¿Llorando?

Solamente con aquel roce hizo que mi corazón diera un trompicon, el cual disimulé a duras penas.

—¿Yo? ¿Llorar? —Me hice el chulito, no me quedaba otra alternativa para ocultar la oscuridad que sentía.

—Vale, lo capto. Te estoy molestando.

Se levantó del banco, tiró la polaroid al césped con desdén y emprendió el camino hacia los ascensores.

Chasqueé la lengua contra el paladar.

Joder.

No se merecía en absoluto que la tratara así, solo estaba intentando ayudarme.

—Sira, espera.

Ella se giró, tenía los labios fruncidos y su rostro mostraba un rictus de disgusto.

Cogí la polaroid y me la guardé en el bolsillo del pantalón.

Aquel gesto pareció calmar su huida.

—No quiero molestarte.

—No me molestas. Yo... joder, tía, lo siento. Lo siento, ¿vale?

Ella suspiró y relajó los hombros.

Caminó de nuevo hasta mí.

—¿Qué sientes?

—Pagar mi mierda contigo.

Asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Llevé mi mano derecha al bolsillo trasero de mi pantalón y saqué el paquete de cigarrillos.

—He tenido —saqué uno y busqué el mechero en el bolsillo de mi sudadera— un día de mierda.

Ella volvió a sentarse en el banco y yo, tras encender el cigarro, apoyé una de mis piernas en el asiento.

—¿Por qué?

—Estaba con una chica —comencé—, pero la he dejado.

Di una calada y tiré el humo por la boca lentamente.

—Vaya, lo siento —dijo ella.

—El problema soy yo, ¿entiendes?

Ella arqueó las cejas.

No.

No me entendía.

Lógico.

Yo tampoco.

—¿Qué te pasa, Víctor? —preguntó con esa capacidad única para percibir lo no dicho, mientras sus labios esbozaban una sonrisa que desafiaba el drama de mis pensamientos.

Me dejé caer en la confesión, soltando palabras que resonaban con tono canalla, como si mis cicatrices pudieran traducirse en gestos de desdén.

Desde el primer momento en que la vi, pensé que era un enigma que me desafiaba a descifrar.

Sus ojos, de una intensidad que podía rivalizar con las noches más oscuras, parecían ocultar secretos que invitaban a ser descubiertos. Pero hoy, mi corazón herido añoraba algo más que enigmas. Necesitaba soltar el lastre que arrastraba desde hace tiempo.

—Así que esta relación ha durado menos que una película de acción. ¿Sabes? A veces me pregunto si vale la pena intentarlo —concluí.

Ella asintió con empatía, como si hubiera visto desfilar aquellos fantasmas sentimentales más veces de las que yo mismo podía contar. Me sentía en terreno conocido, pero con una compañera de viaje que, de alguna manera, desdibujaba los bordes de mi amargura.

—Me temo que no puedo aconsejarte demasiado en esto de las relaciones. —Hizo una mueca, parecía sentirse un poco avergonzada—. Nunca he tenido una.

Levanté una ceja, sorprendido.

—¿En serio?

Sira asintió con la cabeza.

—En serio.

—¿Qué pasa con Dani? —pregunté, y me di cuenta entonces de que aquella pregunta me quemaba un poquito por dentro.

Solo un poquito.

Ella miró para otro lado con media sonrisa.

—Dani y yo somos amigos. Creo. No sé. Ahora estamos con los exámenes y no pienso en nada más. Aunque no eres el primero que imagina cosas que no son.

Sonreí, socarrón.

—Ya.

—¿Qué?

—Nada, nada. —Negué con la cabeza.

Me miró con esos ojos que parecían tener la habilidad de mirar más allá de las apariencias, como si pudieran desnudar el alma.

—De cualquier manera, pienso que mereces más que una relación fugaz. Pero, ¿te has preguntado si también estás dispuesto a ofrecer algo más? —comentó encauzando de nuevo la conversación.

Sus palabras resonaron en mi interior como un eco de verdades incómodas. Sira esperaba a que el silencio se llenara con las palabras que quisiera compartir.

—Mi viejo... no fue el padre del año, precisamente —comencé, deslizando las palabras entre dientes, como si revelar aquello pudiera liberarme de algún peso invisible.

Aquel giro en el diálogo me sorprendió, porque por más que mi madre había intentado hablar conmigo, nunca me había sincerado del todo con ella.

De pequeño sí solía decirle más a menudo que estaba triste porque echaba de menos a papá, pero cuando entré en la adolescencia, aquella frase desapareció.

Y dieron igual los psicólogos y todo lo que mi madre pensó para mí.

Me cerré en banda.

Hasta ahora.

Sira asintió con respeto, sin intervenir, como si supiera que había más detrás de esas palabras y estuviera dispuesta a escuchar.

—Se fue cuando yo era apenas un crío, antes de que pudiera entender lo que significa tener un padre. Desde entonces no he vuelto a ser el mismo.

Mis pensamientos fluyeron hacia el pasado, una época en la que las promesas rotas se acumulaban como escombros en el patio de juegos de mi infancia.

—Ya casi no me quedan recuerdos junto a él, y hace muchos años que dejé de mirar sus fotos. Me hace daño.

Sira respondió con una mirada que iba más allá de la compasión, como si pudiera sentir la complejidad de las emociones que intentaba expresar.

—Creo que eso marcó mi forma de relacionarme. Siempre he sentido que, si no dejas que las personas te importen demasiado, duele menos cuando te abandonan. Una especie de mecanismo de defensa —seguí.

Ella pareció pensar la respuesta durante algunos instantes, y al final acabó diciendo:

—Pero a veces, Víctor, esos mecanismos nos impiden descubrir la plenitud de lo que podríamos tener.

Sus palabras resonaron en mi interior, desatando una corriente de pensamientos que no estaba acostumbrado a explorar. La miré, preguntándome si ella también tenía sus propias cicatrices ocultas tras esa mirada profunda.

—Quizá tengas razón —respondí, con una mezcla de incertidumbre y curiosidad—. ¿Y tú, Sira? ¿Cómo es tu relación con tu padre?

Aguardé su respuesta, sintiendo que en ese banco compartíamos fragmentos de nuestras historias, pedazos que la vida había moldeado y que solo se revelaban en momentos de confesión.

La complicidad flotaba en el aire como una melodía tenue, una conexión extraña que nacía entre Sira y yo.

En ella estaba encontrando una comprensión que trascendía las palabras y que sugería que, de alguna manera, nuestros caminos se cruzaban en un punto donde las heridas del pasado y la esperanza del presente convergían.

Aunque no podía negar que me sentía extraño.

—Bueno —contestó ella—, digamos que me estoy adaptando no solo a una nueva relación con mi padre desde que mi madre...

—Podemos no hablar de ello, si no quieres —le dije, temía que se sintiera incómoda o se pusiera triste.

Para nada era mi pretensión.

Ella negó con la cabeza y yo apagué la colilla de mi cigarro consumido. Después la tiraría a la papelera.

—Perder a alguien nunca es fácil, Víctor, pero debemos hacer un esfuerzo por seguir adelante. No te ancles en el pasado, no servirá de nada, solo te harás más daño a ti mismo. Tu padre tomó una decisión, pero eso no tiene porqué interferir en las tuyas.

Asentí con la cabeza.

Tenía razón.

Claro que tenía razón.

Pero ¿por dónde empezaba?

—¿Cuál es el principio? —pregunté entonces.

Ella sonrió.

—¿El principio? Déjate querer, Víctor —me revolvió el cabello con la mano cuando se puso de pie y tras ponerse de puntillas para poder llegar—, estoy segura de que tienes muchas cosas bonitas que ofrecer a las personas que te rodean.

Asentí con la cabeza, rumiando aquel último consejo que me había dado mientras ella comenzó a caminar hacia los ascensores.

—¿Vienes?

—Claro.

La seguí y entramos dentro del edificio.

Pensé entonces que nuestras vidas, tan distintas en apariencia, se desplegaban en el espacio confinado del ascensor, revelando capas de vulnerabilidad que, hasta entonces, habían permanecido ocultas.

Era como si compartiéramos un secreto no pronunciado, una verdad que solo se expresaba en el lenguaje silencioso de las miradas y gestos.

A medida que el ascensor ascendía hasta el segundo piso, aquella extraña conexión persistía, como un hilo invisible que unía nuestros mundos. Nos despedimos con un gesto de complicidad cuando las puertas del elevador se abrieron, como si ambos supiéramos que aquel encuentro fortuito en un lugar tan común había dejado una huella que, desde ese momento, sería imborrable.

Sira entró en su casa tras dedicarme una sonrisa sutil, y yo me quedé allí, ante la puerta de la mía, con la sensación de que algo había cambiado, algo que no podía explicar con palabras, pero que resonaba en la atmósfera compartida de aquel breve pero significativo momento.

En una tarde gris y silenciosa, Víctor, con sus pequeños seis años, se encontraba en pleno desafío contra un mundo que no entendía.

La ausencia de su padre había marcado profundamente su joven corazón, y la confusión se manifestaba en pataletas y rabietas que Elena enfrentaba con una paciencia a prueba de tormentas.

Era un día en el que la tristeza se colaba por las grietas de las paredes, y Elena, al ver a su hijo sumido en un llanto inconsolable, sintió un dolor punzante en el pecho. Las lágrimas infantiles de Víctor, mezcla de rabia y desconcierto, resonaban en la casa como un eco de la tristeza que ambos compartían.

Se trataba de una de esas ocasiones en las que ni las pinturas de madera ni los cuadernos de dibujos podían calmar al niño.

Elena se arrodilló junto a él, tratando de abrazar el torbellino de emociones que lo envolvía.

Las lágrimas de la madre, quien frustrada hacía de tripas corazón, se mezclaron con las de su hijo, formando un río de dolor compartido.

En ese momento, ella deseó con todo su ser tener respuestas para las preguntas que aquella pequeña criatura se hacía de forma constante, pero la vida a veces parecía empeñada en mantener ciertos secretos ocultos.

Con su voz calmada, intentó consolar a Víctor, susurrándole palabras de amor y prometiendo estar siempre a su lado.

La pataleta se disolvió lentamente, dando paso a un abrazo que buscaba llenar el vacío dejado por la ausencia de Álvaro, aunque lo conseguía a duras penas.

En ese instante, entre sollozos y abrazos, madre e hijo sellaron un pacto silencioso de amor incondicional, prometiéndose mutuamente enfrentar juntos los desafíos que la vida les deparase.

Un pacto que años más tarde, cuando Víctor entrara en la adolescencia, se rompería.

La partida de Álvaro marcó un antes y un después en la vida de Elena.

La casa, antes llena de risas y complicidad, se vio sumida en un silencio tenso.

Víctor y Dani, aún pequeños, sintieron la ausencia de su figura paterna de un modo que, de alguna manera, se reflejó en el comportamiento rebelde de Víctor, pues Dani apenas era un recién nacido cuando aquello sucedió.

*Menudo sin vergüenza*, pensaba Elena día sí y día también, tratando de luchar por sus retoños, cogiendo horas y más horas extra en el hospital para poder darles una vida digna y sin escasez.

Elena, con valentía y determinación, asumió el papel de matriarca en la familia. Aunque el dolor de la partida no se desvanecía fácilmente, la fuerza de una madre dispuesta a proteger y guiar a sus hijos fue más fuerte.

Víctor, con apenas seis o siete años, mostraba una rebeldía desafiante. La confusión y el dolor se traducían en actitudes difíciles de gestionar.

Pero Elena, con paciencia y amor incondicional y gracias a una red de apoyo que fue tejiendo ella misma en su entorno, enfrentó cada desafío.

Hubo noches en las que consoló el llanto de Víctor, tratando de llenar el vacío que su ausente padre había dejado tras dormir a Dani en la cuna. Las paredes de la casa se convirtieron en testigos silenciosos de los esfuerzos de Elena por brindar estabilidad y amor a sus hijos en medio de la adversidad.

Así, en medio de la tormenta, ella fue el ancla que los mantuvo unidos, demostrando que, incluso en la adversidad, el amor de una madre puede ser un bálsamo que cura heridas invisibles.



## 18

### Sira

*Mayo, 2016*

Aquella noche no pude dormir.

Y no fue ni por los apuntes, ni por los exámenes, ni por mi ansia por retomar la fotografía.

Tampoco por seguir de duelo por la muerte de mamá.

Ni siquiera por la comedura de tarro por el tema de Dani, que por cierto, seguía sin novedades.

Al menos, por el momento.

Había sido Víctor quien se había colado en mi cabeza como una enfermedad.

Se había adherido a todas las partes de mi cerebro, impidiéndome pensar con claridad, y enfocando todas mis fuerzas en aquella idea que tenía de él desde el primer momento en que lo vi, y que, tal y como había vaticinado, no fue errónea.

Había sido testigo de una vulnerabilidad que rara vez se dejaba ver en él, y esa fisura en su fachada impenetrable me había impactado profundamente.

Era como si, por un instante, los muros que protegían su alma se hubieran desmoronado, revelando un Víctor herido y desorientado.

La complejidad de su ser, su oscuridad intrigante, me atraían como un imán.

En sus silencios encontraba un eco de mis propias batallas internas, como si nuestras almas bailaran al ritmo de una melodía compartida.

Me levanté y miré por la ventana de mi habitación, la cual daba concretamente a los merenderos de la urbanización.

Cada rincón parecía impregnado de la dualidad de su ser, una dualidad que despertaba en mí una mezcla de fascinación y compasión.

Recordé las veces que nos cruzamos en el ascensor, los encuentros fortuitos en la cocina de su casa y las conversaciones que, aunque breves, revelaban capas ocultas de su personalidad.

Víctor, el enigmático. El que se escondía detrás de un escudo impenetrable, se había despojado por un instante de sus defensas.

Esa fractura en su armadura, despertaba en mí una curiosidad inagotable.

¿Cómo era posible que alguien tan reticente a mostrar sus heridas se abriera de esa manera ante mí?

Era como si nuestras almas se reconocieran en la oscuridad, compartiendo un entendimiento más allá de las apariencias.

Me di cuenta entonces de que algo había cambiado entre Víctor y yo. Habíamos cruzado una frontera invisible, y la intimidad compartida nos unía de una manera que escapaba a la lógica. La incertidumbre se mezclaba con la curiosidad, y mientras miraba las farolas iluminadas por la luna a través de mi ventana, mi corazón latía con una emoción que no podía ignorar.

No lo pensé más y fui a la cocina, un vaso de leche me sentaría bien.

El silencio de la casa era casi tangible mientras me deslizaba por el pasillo, buscando en la cocina un refugio contra los pensamientos que me acosaban.

La oscuridad de la madrugada envolvía cada rincón, pero una luz suave iluminaba la cocina, indicando que no estaba sola.

Unos pasos ligeros y la risa ahogada de alguien me hicieron detenerme en seco.

Al abrir la puerta, una figura se movía con gracia entre las sombras.

—*Yo tengo un novio, yo tengo un novio, yo tengo un novio que me dice vida mía, que me lleva a la bahía, que me dice qué calor. Ay, qué calor, qué calor que...* ¡¡Aaaaaaah!!

Salté sobre mí misma y antes de poder reaccionar, escuché la sorpresa de Tía K, seguida de una risa traviesa que hizo eco en la cocina.

—¡¡Uh!! —me llevé las manos al pecho, sobresaltada.

Nos habíamos asustado mutuamente, y cuando nuestras miradas se encontraron, la tensión inicial se desvaneció en carcajadas compartidas.

La había pillado cantando, moviendo las caderas y... ¿llevaba unas bragas en la cabeza?

Cielo Santo.

—¿Qué se supone que haces? —le pregunté mirándola de arriba abajo.

—¡Oh, cariño! —suspiró ella—. No esperaba encontrarte aquí. Estaba realizando un pequeño ritual africano para atraer la alegría y el amor a esta casa. Pero parece que has traído contigo tu propia dosis de risas —explicó

Tía K, ajustándose las coloridas bragas que adornaban su cabeza con un gesto teatral.

—Parece que los dos necesitamos un poco de magia esta noche. ¿Por qué llevas unas bragas en la cabeza? —comenté con una sonrisa que revelaba mi alivio.

—Ay, porque sí. Tú calla.

Me acerqué a la nevera para servirme un vaso de leche, mientras Tía K continuaba con su explicación sobre el ritual, llenando la cocina con su risa contagiosa.

—La magia está en los detalles inesperados, querida. Y este pequeño rincón de la casa siempre ha sido testigo de encuentros mágicos.

—No deberías hacer tanto estas cosas, Paula cree que eres bruja.

Ella achinó los ojos con una sonrisa y frunció los labios, poniendo morritos.

—¿Y quién no lo es un poco, mi niña? Ahora, cuéntame, ¿qué te trae a la cocina en medio de la noche?

Vertí la leche en el interior del vaso y tomé un sorbo antes de responder, compartiendo con Tía K los pensamientos que habían perturbado mi paz.

La conversación fluyó entre risas y palabras de aliento, mientras el aroma de la vela prendida por mi tía llenaba la cocina.

Tía K escuchó con atención, sus ojos transmitían comprensión y empatía mientras mis palabras fluían, describiendo la vulnerabilidad de Víctor y la conexión extraña que había surgido entre nosotros.

—A veces, la gente lleva consigo heridas que no muestran a simple vista. Víctor parece ser uno de esos casos —comentó acariciando mi brazo con ternura.

—Es como si sus murallas se hubieran desmoronado solo por un instante. Me habló sobre su miedo al abandono, sobre cómo se protege a sí mismo antes de que le hagan daño. Es complicado, ¿verdad?

Tía K asintió, su sabiduría ancestral impregnando cada gesto.

—Las cicatrices del alma pueden ser tan profundas como las del cuerpo. Pero recuerda, cariño, a veces esas heridas necesitan tiempo y paciencia para sanar. Tú has tocado algo en él, algo que ha permitido que muestre su interior. Esa es una conexión especial.

Eso había pensado yo, y todavía tenía que decidir si me daba miedo o me fascinaba.

Quizá las dos cosas.

Mientras Tía K y yo compartíamos reflexiones, sentí que un peso se levantaba de mis hombros.

La magia de la madrugada seguía presente, y en las palabras de Tía K encontré consuelo y guía.

—Debes estar tranquila y centrarte en los exámenes —me recomendó.

—Lo sé.

—Todo estará bien —me aseguró.

Asentí con la cabeza y deposité un beso en su caliente mejilla.

## 19

### Sira

*Mayo, 2016*

La semana de los exámenes finales se abría paso como un huracán de estrés y apuntes desordenados. Paula, Dani y yo nos reunimos en mi salón, sumergidos en la vorágine de estudios y nervios.

Tía K, tal y como prometió, decidió que era el momento perfecto para poner un toque de su magia africana y alejar la mala suerte de nuestros exámenes.

—¡Es la semana más importante! —exclamó entrando al salón con una energía contagiosa.

Paula y yo imitamos su entusiasmo, pero el rostro de Dani revelaba un escepticismo a flor de piel.

Aunque Paula estaba emocionada, Dani no parecía compartir ese mismo fervor.

—¿Ritual de la suerte? —comentó Dani con una sonrisa burlona—. Espero que no involucre sacrificios de cabras ni nada por el estilo.

Tía K se giró hacia él al más puro estilo de Lady Macbeth, pero no dijo nada.

Las risas nerviosas de Paula acompañaron su comentario, pero pude notar cómo sus palabras resonaban en el ambiente. Dani, con su mente científica y racional, no parecía dispuesto a dejarse llevar por el encanto de la magia.

—Es parte de mi cultura, Dani. —le respondí con seriedad—. Aunque no siempre pueda explicarse científicamente, la magia y la fe tienen su propio poder.

Paula intentó calmar la tensión, pero Tía K nos instó a seguir con el ritual. Mientras lo llevábamos a cabo, las palabras de Dani seguían flotando en el aire como una sombra.

—Yo paso, estoy lo suficientemente seguro de mí mismo para sucumbir a estas tonterías —murmuró Dani—. A ver si también incluye un hechizo para que estos apuntes se estudien solos. ¿De verdad os creéis esto?

Su comentario hizo que en mi interior algo se removiera.

Mi relación seguía siendo la misma con él: una amistad que prometía salirse de lo normal.

Pero en el caso de tener algo distinto con él, ¿cómo lidiaríamos con esas diferencias de creencias?

La magia africana y la ciencia de Dani coexistían en un delicado equilibrio, y en medio de esos rituales y risas, me preguntaba si podríamos encontrar un camino común.

No obstante, durante los días que conformaron aquella semana, no pude centrarme en otra cosa que no fuera estudiar y dar todo de mí en los exámenes.

No sé si fue la suerte, mi esfuerzo o una mezcla de ambos, pero cuando días más tarde nos dieron las notas, respiré tranquila al haber aprobado todo.

Lo mismo le pasó a Paula y, por supuesto, Dani no fue menos.

Lo siguiente sería hacer la selectividad, pero, por suerte, teníamos unos días de respiro entre medias.

Días en los que encontré respuestas a algunas preguntas que me había estado haciendo de un tiempo a esta parte.

## 20

### Sira

*Finales de mayo, 2016*

Paula irradiaba vitalidad con su vestido corto y colorido, una explosión de energía que contagiaba alegría a su alrededor.

Yo, en cambio, me decanté por un conjunto más sobrio pero elegante, con un vestido nude que resaltaba la intensidad de mis ojos. Ambas nos complementamos, fusionando la chispa vibrante de Paula con mi esencia más serena.

Acabábamos de entrar a la casa de mis vecinos y estábamos esperando a Dani en el salón, mientras un concentrado Víctor dibujaba en una libreta con un carboncillo que manchaba sus dedos.

Elena estaba de guardia en el hospital.

—Hola, ¿eh? —le pinchó Paula.

Víctor, que rápidamente había saltado sobre el sofá para seguir dibujando tras abrirnos la puerta, levantó sus despistados ojos del dibujo.

—Lo siento, estaba concentrado. Vaya, estáis... —comentó mirándonos.

—Muy buenas, admítelo —dijo Paula contoneándose ante él, mostrando las bonitas curvas que le hacía su vestido.

Sonreí al mirarla, pero Víctor centró la mirada solamente en mí, lo que hizo que notase calientes las mejillas.

—Estás guapísima, Sira —dijo entonces.

Yo tragué saliva.

Socorro.

Víctor sonrió, a mí se me llenó el pecho de calor y Paula me dio un codazo.

—¿Qué haces para llevar de cabeza a dos tíos a la vez y que encima son hermanos? —me susurró al oído.

La miré como si fuera un perro verde.

—Deja de decir bobadas, yo no...

La puerta de la habitación de Dani se abrió y mi corazón dio un respingo.

*Aleluya*, pensé.

—¡Ahí está! —exclamó Paula, compartiendo conmigo una risa cómplice.

Dani, con su sonrisa característica, se acercó a nosotras.

—Chicas, estáis... increíbles —comentó admirando la vitalidad que desprendíamos.

Me sonrió y tuve la sensación de estar en casa. A pesar de aquellos comentarios que hizo la semana anterior acerca del ritual de mi tía, debía reconocer que era muy guapo, muy inteligente y que me gustaba.

—¿Y tú, Dani? ¿No tienes algo especial para la ocasión? —le preguntó Paula, guiñándole un ojo.

Con su típico pragmatismo, Dani señaló su atuendo más relajado.

Un vaquero y un polo de color negro.

—Bueno, no soy tan sofisticado como vosotras, pero creo que este estilo informal me va bien.

Sonreí ante su comentario.

—¿Dónde es la fiesta? —preguntó de pronto Víctor.

—En casa de Carlos Bartual —respondió Paula enseguida.

—Es su ligue —comenté yo.

—De esta semana —recalcó Dani riéndose.

—Ah —contestó Víctor—. Tiene nombre de pijo.

—Es un pijo —se rio Dani.

—Qué interesante —dijo Víctor con ironía al tiempo que repasaba un trazo del dibujo con vehemencia.

—Interesante va a ser esa pedazo de fiesta, ya os lo aseguro.

—Llamadme si necesitáis cualquier cosa. —Víctor me miró expresamente a mí.

—¿Qué vamos a necesitar? —se escandalizó Dani.

—Bueno, yo ya os lo he dicho —insistió Víctor—. Los que menos lo aparentan, suelen ser los peores.

—Que sí, papá —rezongó Dani poniendo los ojos en blanco.

No parecía haberse dado cuenta del comentario que acababa de decir, pero Víctor se hizo cargo de ello enseguida.

Su mirada mordaz se clavó en Dani, incluso dejó el cuaderno de malas maneras sobre la mesa.

Dani tragó saliva al escuchar el golpe.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. No lo he pensado.

Víctor suspiró.



—Idos, venga... —nos pidió con desazón.

Me dio pena marcharme y que se quedara así, más después de la conversación que habíamos tenido días atrás, pero me merecía ese tiempo de descanso y disfrute.

Lo había pasado muy mal los últimos meses, y era mi momento de desconexión y gozo personal.

Le dediqué una última mirada y después emprendí el camino junto a mis amigos, agradecida por tenerlos y sin poderme imaginar todo lo que acontecería aquella noche.

Juntos, nos dirigimos hacia la fiesta, llena de promesas y emociones.

El evento se celebraba en una lujosa casa ubicada en uno de los barrios más exclusivos de Madrid.

Un lugar de ensueño, rodeado de jardines exquisitamente cuidados y piscinas relucientes.

La gran casa de arquitectura moderna, se erguía majestuosa, testigo de noches llenas de glamour y desenfreno.

Paula había conocido a Carlos en una de las fiestas a la que acudía. Por supuesto, el muchacho iba a un instituto privado.

Al entrar, nos envolvió una atmósfera electrizante.

La música vibraba en el aire, marcando el ritmo de la velada.

Las luces destellaban en tonos cálidos, creando un ambiente acogedor y festivo.

En el jardín, grupos de estudiantes disfrutaban de la noche estrellada, conversando y riendo mientras sostenían copas de elegante cristalería.

La decoración exquisita resaltaba detalles de buen gusto, desde las flores frescas hasta las velas perfumadas.

Pensé que todo aquello me resultaba abrumador, no estaba acostumbrada a ese tipo de lujo, y por un momento llegué incluso a sentirme fuera de lugar.

Un rincón *chill-out* invitaba al relax, con cómodos cojines y luces tenues.

Los estudiantes compartían risas y anécdotas, mientras la energía de la fiesta fluía como un torrente incontenible.

Paula, Dani y yo nos sumergimos en el bullicio, deleitándonos con el encanto de la noche que prometía memorias imborrables.

Las bebidas se presentaban como un festín para los sentidos. Una larga barra estaba repleta de botellas de licores finos, champán burbujeante y una

variedad de cócteles coloridos y tentadores. Desde clásicos mojitos hasta creaciones exóticas con nombres sugerentes, siendo el repertorio tan extenso como tentador.

Paula, Dani y yo nos aproximamos a la barra, intrigados por la oferta. Los camareros, ataviados con elegantes uniformes, se movían con destreza entre la multitud, sirviendo con maestría las creaciones líquidas.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó Dani, con una sonrisa pícar.

Mis ojos se deslizaron por la selección, deteniéndose en un cóctel de frutas exóticas adornado con una sombrilla colorida. Opté por la opción más vibrante y refrescante, mientras Paula anunciaba que iría en busca de Carlos Bartual, su rico ligue de la noche.

Dani se decantó por un cóctel básico con una aceituna en el interior.

—Luego nos vemos. —Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

—¿Te parece si nos sentamos en el *chill-out*? —propuso Dani, señalando la zona más tranquila del jardín.

Asentí, y nos dirigimos hacia un rincón donde las luces suaves nos envolvían. La música, aunque persistente, se volvía un murmullo de fondo mientras tomábamos asiento.

Con la ausencia momentánea de Paula, la complicidad entre Dani y yo se intensificaba, marcando un momento de silencio lleno de expectación.

—No debería haber soltado ese comentario —se lamentó Dani.

Suspiré.

—Ha sido sin querer —le recordé.

Después bebí un sorbito de mi copa y añadí:

—El otro día estuve hablando con él.

Dani se puso serio y me miró.

—¿Cómo?

—Víctor está muy herido. No soporta el abandono de tu padre —le expliqué.

Dani se removió en el asiento, parecía incómodo.

—¿Crees que no lo sé? —me preguntó, molesto.

—Yo no he dicho eso.

—Lo sé, perdona... Lo que hizo mi padre fue una putada.

—¿Qué pasó? —me atreví a preguntar.

Dani soltó un largo suspiro.

—Lo sé por mi madre. La admiro muchísimo por cuidarnos y querernos a los dos estando sola. —Sonreí ante esas palabras. —Hizo de madre y de

padre, y también cumplió ejemplarmente con su trabajo en el hospital. Yo acababa de nacer cuando mi padre nos dejó. Se encontró con un poderoso inversor, él se dedicaba a la ingeniería civil. Se asociaron y gracias a eso se pudo codear en círculos sociales pudientes —me explicó Dani, y entendí entonces el comentario de Víctor hacia la gente con dinero.

—Eso afectó —afirmé, aunque ya lo imaginaba.

Dani asintió con la cabeza.

—Tuvo un ascenso social, por así decirlo, y de ahí vino su desconexión con nosotros. Nuestra familia se fracturó. Después conoció a la hija de ese inversor amigo suyo, se replanteó su relación y su vida con mi madre y nos abandonó.

—Dios... —dije sin poderlo evitar.

—Lo último que sé es que se casó con esa mujer.

—Lo siento, Dani. De veras, lo siento mucho.

Dani sonrió tristemente y apoyó su mano en uno de mis muslos, gesto que no pasó desapercibido para mí.

—Lo sé. Víctor cambió, o eso dice mi madre. No es fácil para él abrirse a la gente. Desde que nuestro padre se marchó, ha tenido problemas para confiar plenamente en los demás.

Fijé mi mirada en Dani, capturada por la seriedad de su expresión. Quería entender más sobre Víctor, comprender las complejidades que se escondían tras su fachada reservada.

Absorbí sus palabras con empatía, sintiendo la carga emocional que encerraban. La historia de la familia Dual era como un rompecabezas complejo y fragmentado.

—Eso me pareció cuando hablé con él —comenté.

—Siempre se muestra como alguien indiferente, pero detrás de esa coraza, hay mucho dolor. Intenta evitar a toda costa que le hagan daño.

Las sombras de la noche se cernían sobre nosotros mientras Dani continuaba compartiendo sus vivencias. Aquella historia era como una novela, llena de intriga, drama y secretos guardados con celo. Me sumergí en cada palabra de Dani, anhelando descubrir más sobre el misterioso Víctor y la complejidad de sus lazos familiares.

—Y tú, ¿cómo te sientes respecto a Víctor? No me has contado nada hasta ahora —preguntó Dani, observándome con interés.

Tomé un sorbo de mi bebida, sopesando la pregunta con cuidado. Víctor era un enigma, pero sentía una conexión inexplicable con él.

—Es como si hubiera algo más detrás de su mirada, algo que va más allá de lo que muestra al mundo. No te dije nada porque solo podía pensar en los exámenes —confesé, mis pensamientos revelando la fascinación que Víctor había despertado en mí.

Dani asintió, como si comprendiera la complejidad de mis sentimientos hacia su hermano, pero me pareció raro, porque todavía no los comprendía ni siquiera yo.

La noche avanzaba, pero la conversación entre Dani y yo se volvía cada vez más íntima, desentrañando capas ocultas de nuestras vidas entrelazadas.

—Siempre intento enseñarle el lado bonito de las cosas, que le quite importancia de una vez a lo que hizo ese impresentable. No lo entiendo, porque yo nunca tuve conexión con él, por eso quiero que lo supere —me explicó, y a mí me pareció que carecía de empatía en cuanto a su hermano y respecto a ese tema, pero no dije nada.

—Ya sé que eres luz en contraposición a él —le dije—, y eso es lo que me gusta de ti.

—¿Te... gusta? —casi tartamudeó al preguntar.

Sonreí, azorada.

Ahí estaba.

La respuesta.

Esa respuesta a la gran cuestión que llevaba semanas haciéndome y que había dado un giro radical al tema que estábamos tratando.

—Sí —dije—, me gusta. Me gustan muchas cosas de ti, Dani.

Él sonrió y yo...

Admito que me derretí.

Qué sonrisa.

Qué calidez la que emanaba de su rostro.

Era confort.

Dani, desde que lo conocí, había sido eso para mí.

Y entonces Víctor desapareció de mi cabeza.

—A mí también me gustan muchas cosas de ti —confesó él mirándose las impolutas uñas de sus manos.

—¿Y por qué agachas la cabeza? —le pregunté riéndome.

Dani levantó la mirada entonces, y la fijó en mis ojos.

—Tengo miedo de que esto que siento, solamente lo entienda yo. De que tú no sientas nada más por mí.

Negué con la cabeza.

—Eso...

—¿Qué?

—Que no es verdad.

Dani se mordió el labio.

—¿No?

—Claro que no —le dije en un susurro—. Tú también me gustas.

—Entonces déjame besarte —me pidió acercándose a mí—. Llevo deseándolo desde que te vi.

Me mordí un labio, algo insegura, pero emocionada por lo que estaba pasando.

Una bola de fuego se había apostado en el centro de mi pecho.

Dani se acercó más y más.

Ya no había vuelta atrás.

Con la música de fondo, sus labios se acercaron a los míos, los atraparon y los besaron con suavidad.

Poco a poco se hizo espacio su lengua.

Mojada.

Suave.

Dani besaba muy bien y yo...

Yo estaba en una de esas estrellas que adornaban el cielo aquella noche.

## 21

### Sira

*5 de marzo de 2023*

Vuelvo al presente como si me hubiera expulsado la marea.

No he podido evitar recordar todo lo que aconteció hasta que Dani y yo nos dimos nuestro primer beso en aquella fiesta.

Yo me consideraba en ese momento tan pequeña, a pesar de ser mayor de edad.

Tan inexperta.

Tan inocente.

Aunque eso de inocente lo sigo siendo, muy a mi pesar.

Siento en numerosas ocasiones que he sido demasiado buena. A veces, incluso peco de tonta.

Aunque también, todos somos alguna vez el villano en la vida de alguien.

Quizá yo fui la villana de la existencia de Dani, al igual que Víctor empleó ese papel en la mía.

O no.

Según se mire.

Las cosas, en la mayoría de las ocasiones, no son blancas o negras; hay un gris matizado que puede abarcar muchas versiones.

La cosa, es que esa parte de mí, el tiempo no me la ha podido cambiar ni curar. Pero, como dice mi tía K: ser así solo puede significar que soy buena persona, y mejor ser buena persona que ser alguien con el corazón feo.

Evidentemente, volver a ver a Dani ha despertado recuerdos en mi cabeza que, aunque nunca los he llegado a borrar, sí que se habían anestesiado con el paso de los años.

Y aquí estamos los tres.

Otra vez.

Años más tarde.

Paula, Dani y yo nos dirigimos al Tres Lunas para celebrar mi cumpleaños con la certeza de que la velada nos deparará momentos

especiales.

El Tres Lunas, iluminado por luces tenues en colores violáceos y plateados y envuelto en una mezcla de ritmos, se presenta como el escenario perfecto para la noche.

La música resuena en el ambiente, invitándonos a sumergirnos en la pista de baile.

Paula, con su entusiasmo desbordante, no tarda en contagiarnos a Dani y a mí con la energía positiva que tanto la caracteriza.

Siempre he pensado que debía haber sido ella la chica perfecta para Dani, porque ambos tienen una visión de la vida muy parecida.

Excepto en la creencia en la magia de Tía K, en eso ya sabes que discrepan el uno del otro.

—¡Vamos a bailar como si no hubiera un mañana! —exclama arrastrándonos hacia la pista con una sonrisa traviesa—. Pero antes... ¡tequila! No se puede venir al Tres Lunas y no beber tequila.

—Esta tía quiere emborracharnos —me grita Dani al oído para que pueda escuchar sus palabras por encima de la música.

—Déjala, tú haz como si le dieras bola —le contesto riéndome.

Paula pide un chupito para cada uno y hacemos el tradicional ritual para beber la potente bebida.

Sal.

Limón.

Garganta y estómago fuertes.

Un escalofrío me recorre la nuca cuando el líquido entra en contacto con mis papilas gustativas.

Lo cierto es que nunca me ha llegado a convencer del todo el tequila, para qué nos vamos a engañar.

—¿Qué tal? —pregunta Paula.

—¡Otro! —pide Dani.

—¡Venga, pues otro! —exclama mi amiga.

Después de un par de rondas más, los tres vamos lo suficientemente a tono para pasarlo bien.

Nos dejamos llevar por la música, moviéndonos al compás de las canciones que marcan la celebración.

Dani, siempre cómplice, comparte risas y comentarios mientras disfrutamos del ambiente festivo.

Entre giros y pasos coordinados, la conexión entre nosotros parece fortalecerse, como si el tiempo no hubiera transcurrido desde la última vez que compartimos una pista de baile.

Es como siempre.

Huele como siempre, algo que puedo comprobar cuando se acerca a mí para bailar más de cerca.

Años atrás lo consideré esa zona de confort en la que me encontraba bien.

—¿Recuerdas aquella vez que...? —digo, evocando anécdotas de nuestras salidas pasadas.

Es algo que no puedo evitar, porque lo cierto es que en estos momentos solamente estoy concentrada en la evocación de recuerdos que mi mente se ha empeñado en regalarme esta noche.

—¡Claro que sí! Esa vez que... —responde Dani, continuando la historia con entusiasmo.

Los diálogos se mezclan con la música, creando una sinfonía de risas y complicidades.

Paula, con su característico sentido del humor, lanza ocurrencias que nos hacen estallar en carcajadas y la noche se llena de momentos inolvidables mientras esta antigua amistad teje un vínculo que resiste al paso del tiempo.

Bailamos todo tipo de canciones, desde reggaeton antiguo hasta la *Nochentera* de Vicco.

Entre bailes y risas, la celebración alcanza su punto álgido y la pista de baile se convierte en un escenario donde los recuerdos se entrelazan con la alegría del presente.

La noche avanza, y la complicidad entre Paula, Dani y yo se manifiesta en cada gesto, en cada mirada cómplice.

Siento cada roce de su cuerpo, cada oleada de perfume masculino que me llega a las fosas nasales, cada mirada...

¿Sigo sintiendo algo por él?

Dios, ¿qué me pasa?

En una de las veces que salimos al exterior a tomar el aire, pues dentro del local hace un calor asfixiante, puedo ver que tengo varios mensajes y llamadas de Gustavo.

Hago una mueca silenciosa, pero no digo nada, ya hablaré con él más tarde.



Mientras tanto, Paula y Dani mantienen una conversación sobre algo que no sé lo que es porque no estoy pendiente.

Guardo el móvil de nuevo en mi bolsito de mano.

Ha sido él quien se ha ido de viaje de negocios justo en mi cumpleaños. Y a pesar de que ha intentado arreglar la discusión que hemos tenido presentándose por sorpresa en la *cafebiblio* (cosa que, en realidad, ha sido un puntazo, por cierto), no significa que tenga que dejarlo todo por atenderle.

Él se lo ha buscado.

Así lo pienso y así lo hago.

Vale. El alcohol me ha envalentonado un poco.

Pero ¿no crees que tengo mis razones?

Una vez nos hemos refrescado y con el corazón, sorprendentemente, rebosante de felicidad, nos sumergimos de nuevo en el local, dejando que la música y la amistad guíen la noche. El Tres Lunas se transforma en un refugio de alegría, donde mi cumpleaños, a pesar de que no cuenta con Gustavo, se convierte en una experiencia única e inolvidable.

Seguimos bebiendo, riendo y bailando, y cuando consideramos que Paula está suficientemente borracha, decidimos ir a mi apartamento.

Ella está fatalita, Dani no puede conducir y yo soy totalmente consciente de que no quiero ir riéndome por las esquinas a casa de papá, por lo que le mando un mensaje para avisarle de que dormiremos en mi apartamento con la intención de que no se preocupe por mí cual quinceañera.

Dani pide un taxi desde una aplicación de su teléfono móvil y ponemos rumbo a mi casa.

—*Noche ochentera... toa' la noche entera...* —canturrea Paula una vez estamos en el rellano—. *Cogeme la cartera...*

Dani se descojona y yo pongo los ojos en blanco.

—La cadera, Paula, la cadera —le dice.

Yo chisto, no quiero que despierten a algún vecino, aunque lo cierto es que me hace gracia la situación.

Sin embargo, se supone que en estos momentos yo soy la responsable de los tres.

—¿Qué pasa con mi cadera? —le pregunta la aludida—. ¿Te gusta, Daniel?

Paula levanta las cejitas repetidas veces y después se ríe a mandíbula batiente.

Por Dios.

—Shhh. ¿Quieres callarte? Pareces una cacatúa —la reprendo, aunque no empleo ningún tipo de acritud.

—¿Yoooo? ¿Te digo lo que pareces tú?

Consigo abrir la puerta y Paula entra a trompicones.

Enciendo la luz del recibidor y ella parpadea varias veces.

—No, no me interesa lo que parezco —le digo—. Te vas a desvestir y te vas a meter en la cama.

—¿A la cama? —pregunta ella sorprendida—. No, no, no.

—Sí, sí, sí.

—Pero me dejas un pijama, ¿no? No quiero dormir desnuda, me da *cringe*. ¿A ti te da *cringe*, Dani?

—Yo voy tan borracho que ya no sé nada —dice Dani apoyándose en la pared.

—¿Quieres agua? —le pregunto.

—Sí, por favor.

—En el frigo hay una botella de cristal y vasos recién fregados en la encimera. La cocina está a mano derecha —le explico—. Yo voy a llevar a Paula a la habitación de invitados.

Dani asiente con la cabeza y se pierde por el pasillo.

Mientras, acompaño a Paula a la habitación, donde una cama de noventa la espera para que duerma la mona.

La ayudo a desvestirse y le presto uno de mis pijamas.

—Gracias, Siri, eres la mejor amiga del mundo —dice con un mohín. Se le ha corrido la máscara de pestañas de tanto reírse.

—Lo sé, tú también, pero ahora duérmete.

—Jo —se queja encogiéndose de hombros y haciendo un puchero lastimero.

—Mañana vas a estar fatal y tienes que trabajar —le digo negando con la cabeza.

Paula regenta una floristería preciosa y *vintage* en una bonita calle de la ciudad.

—Anda, pues como tú. Digo que estarás fatal, porque trabajar, no vas a trabajar. Oye, ¿Dani va a dormir contigo? —me pregunta.

Suspiro.

—Pues no, imagino que no, Paula. ¿A qué viene esa pregunta?

—A que está guapo, ¿no crees?

—Dani siempre ha sido guapo. —Me encojo de hombros.

—Ya — reconoce—, pero ahora más. De más jovencillo tenía las piernas como ramas de árbol.

Enarco las cejas.

—Eso te lo has inventado, hacía un montón de deporte, no cuadra con lo que dices.

—Oh —Paula forma un perfecto círculo con los labios—, es verdad, no sé por qué he dicho eso.

—Porque vas borracha, tía, vaya tela —mascullo terminando de ponerle el pijama e intentando que se meta dentro de la cama—. Venga, a dormir.

—Dame un besito. —Pone morritos y yo, suspirando, acerco mis labios a su frente.

—Buenas noches —le digo.

—Olvídate de Gustavo y cómele la *morra* esa que tiene.

Mi estómago da un vuelco, debo haber oído mal.

—¿Has dicho que le coma la po...?

—La *MORRA*, salida —dice Paula, pero ya casi no la entiendo, porque está sumiéndose en un sueño profundo.

Asiento con la cabeza, aunque no me está mirando, intentando tranquilizarme.

Desde luego, yo también debo estar más beoda de lo que imaginaba.

O eso, o que la presencia de Dani hace el papel de narcótico la mar de bien.

Tapo a Paula, apago la luz de la habitación y cierro la puerta.

Encuentro a Dani apoyado en la mesa de la cocina, pensativo y con el vaso de agua por la mitad entre las manos.

Observo que el cristal se ha empañado, me ha hecho caso y ha cogido la botella de la nevera que le he indicado.

—La he acostado —le informo cuando estoy con él.

Levanta la cabeza y me mira.

Sonríe y mi corazón trota.

—Sigue igual de loca, ¿eh? —me dice.

—Nunca cambiará.

—Las personas no solemos cambiar.

—¿Tú no has cambiado? —le pregunto sirviéndome agua a mí también.

Dani niega con la cabeza.

—¿De verdad?

—De la buena. Te sigo viendo tan preciosa como siempre —dice.

No puedo evitar que la piel se me erice y me coloco a su lado.

—Tú también estás muy guapo —digo con la boquita pequeña.

—¿Qué nos pasó, Sira? —pregunta entonces, dejándome descolocada.

Me encojo de hombros.

—Supongo que no funcionó —digo tras permanecer unos segundos en silencio.

—Ya... entre otras cosas.

Me muerdo el labio y un ápice de culpabilidad me recorre.

—Me guardas rencor aunque digas que no —comentó con amargura.

—No, no es cierto.

—¿Por qué has venido? —le pregunto.

—Ya te lo he dicho, estoy un tiempo en Madrid trabajando en...

—No —le interrumpo—, ¿por qué has venido a mi cumpleaños?

—¿Y por qué no?

—Nuestros caminos se separaron. Tú seguiste uno, yo escogí otro y Víctor...

Me interrumpo a mí misma cuando pronuncio su nombre. Es la primera vez en toda la noche que lo hago en voz alta.

Dani suspira y bebe un trago de agua.

—¿Hablas con él? —le pregunto.

—Claro, es mi hermano. Las heridas se curan, Sira.

—¿Las tuyas también? —cuestiono en un hilo de voz.

—¿Y las tuyas? —me pregunta él.

—Supongo que el tiempo es sabio —murmuro.

—Sira, yo... —Dani se coloca frente a mí.

Contengo el aliento, tengo la boca tan seca como el esparto y no entiendo la razón.

Bueno, sí.

Que Dani ha vuelto.

Y que está jodidamente guapo y fuerte.

—¿Sí?

—En estos momentos siento que nunca he dejado de quererte, yo... —se acerca lentamente a mí y su boca queda a escasos centímetros de la mía —. ¿Cómo olvidarte?

—Dani, han pasado muchas cosas. Nuestras vidas han cambiado. Nosotros, aunque digas que no, también lo hemos hecho.

—¿Y qué importa eso? —susurra, y huelo su aliento dulce con un deje a alcohol.

—Mucho... —Casi no me sale la voz.

Sus labios están tan cerca de los míos...

Si salvo el espacio que hay entre nuestras bocas puedo volver a sentirlos como aquella noche en la fiesta de lujo.

Sin embargo, es él quien derriba la distancia y me besa.

Un beso tan casto como efímero, porque aunque pensaba que iba a remover todos mis cimientos, no ha sido así, y le aparto suavemente con la mano.

Además, esto no está bien.

No está nada bien.

—Para, por favor... No debemos por muchas razones, pero la más importante es que voy a casarme —digo casi a trompicones.

Él se separa bruscamente de mí y su expresión cambia.

No sé descifrar exactamente el rictus que ha adoptado ahora mismo su rostro, es uno nuevo para mí.

Resopla y se lleva las manos a la cabeza.

—Perdona, perdona, soy un imbécil. Tienes razón, esto... no está bien. Estoy borracho y no sé ni lo que hago.

—No pasa nada —le digo para tranquilizarle, de pronto parece muy nervioso.

—No, sí que pasa, sí que pasa.

—No, de verdad, no ha sido nada.

—Sira.

—Dime. —Mi pecho va a estallar de un momento a otro, siento que la situación quiere escapar de mis manos.

—En unos meses seré padre. Esto... no está bien. Te pido disculpas, de corazón.

—¿Qué? —Tengo los ojos tan abiertos que pienso que se me van a salir de las cuencas.

Siento que mis piernas me van a fallar en cualquier momento.

¿Dani va a ser padre?

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Quién es ella?

## 22

### Sira

*6 de marzo de 2023*

La luz del día se filtra a través de las cortinas, tiñendo la habitación con tonalidades suaves.

Me despierto y, de forma automática, revivo una y otra vez los acontecimientos de la noche anterior.

El beso de Dani, su confesión sobre la inminente paternidad, mis propias reacciones... Cada momento parece bailar en mi mente, creando un torbellino de emociones que aún no logro descifrar completamente.

Las sombras de lo sucedido se desvanecen mientras trato de comprender mis propios sentimientos.

Al principio, pensé que el beso de Dani había reavivado algo que dormitaba en lo más profundo de mi ser, algo que compartíamos años atrás. Pero al analizarlo con más detenimiento, me doy cuenta de que no es así. No es amor, ni siquiera una llama reavivada; más bien, es la sombra de lo que fuimos.

Unas horas atrás, tras dejar a Dani tapado con una manta en el sofá, mi mente era un torbellino de pensamientos, pero ahora la realidad se cierne sobre mí con la frialdad de una ráfaga de viento.

Mi corazón no late con la misma intensidad que en el pasado por Dani. Sigue siendo una figura importante en mi vida, porque ha formado parte de ella, pero en un sentido diferente.

Nuestra conexión es ahora un lazo de amistad, de recuerdos compartidos, pero no la pasión romántica que alguna vez imaginamos.

*O a lo mejor es que nunca la tuvimos*, pienso al tiempo que trago saliva y suspiro.

Víctor me viene a la cabeza sin que lo pueda remediar, pero la necesidad de aclarar las cosas con Dani se vuelve imperativa. No quiero que haya malentendidos persistiendo ni emociones no expresadas que se conviertan en un lastre para la vuelta de nuestra amistad.

Así que me levanto, me doy una ducha rápida y me pongo ropa cómoda.

Cojo mi teléfono móvil, el cual todavía no he mirado si tiene notificaciones y, antes de entrar en el salón, compruebo que Paula,

seguramente hecha una zombi, se ha marchado a la floristería.

Me ha dejado una nota para informarme sobre la mesita de noche, la cama hecha y el pijama que le presté doblado sobre ella.

Suspiro y me prometo escribirle después de hablar con Dani.

Es entonces cuando entro en el salón y me encuentro cara a cara con él.

Estaba escribiendo algo en su móvil antes de que yo llegara, lo sé porque al verme lo guarda en su bolsillo.

—Hola —digo. Él se pasa la mano por el mentón y luego la lleva hacia su nuca, moviendo la cabeza de lado a lado—. ¿Has dormido bien?

—Sí, el sofá es muy cómodo. —Sonríe—. No es eso.

Está un poco desaliñado y tiene la camisa arrugada.

—¿Estás bien?

—Sira, necesitamos hablar sobre...—menciona.

—Lo sé.

—Pero antes iré al servicio, necesito lavarme la cara.

Asiento, preparada para abordar el tema y dejar las cosas claras entre nosotros.

—Claro, al fondo del pasillo. Prepararé café.

Dani asiente y se pierde por el pasillo en busca del baño.

Voy a la cocina y preparo café en la cafetera italiana.

Para cuando Dani vuelve, he servido dos tazas y las he puesto en una bandeja junto a unas cuantas magdalenas, una jarrita de leche tibia y el azucarero.

En la cocina, el aroma del café flota en el aire.

Lo llevo todo al salón.

—Anoche fue... —comienza, buscando las palabras adecuadas una vez se ha sentado a mi lado.

—Intenso —termino por él con una sonrisa. Ambos sabemos a qué nos referimos.

—Sira, quiero que sepas que... —titubea, sus ojos buscando los míos con sinceridad.

—No tienes que disculparte, Dani. Anoche fue un cúmulo de emociones y recuerdos. No creo que haya sido un error, solo... un recordatorio de quiénes éramos y lo lejos que hemos llegado.

La calidez del café parece aliviar la tensión en la habitación.

—Estoy contento de que podamos hablar de esto abiertamente —confiesa, su mirada reflejando agradecimiento.

—Siempre hemos sido buenos en eso, ¿verdad? —respondo, levantando la taza hacia él en un gesto cómplice.

Nuestras risas nerviosas llenan el salón, rompiendo cualquier rastro de incomodidad.

Y menos mal.

Dani juega con la cucharilla en su taza antes de soltar un suspiro, como si estuviera sopesando si compartir algo más.

—Sira, hay algo más que deberías saber. Anoche lo solté en modo bomba, pero quiero hablarlo contigo.

Lo miro expectante.

—Yo también solté mi propia bomba.

—Estoy saliendo con alguien —confiesa—. Y voy a ser padre en unos meses.

—Eso dijiste, sí. Y es genial, Dani.

—Su nombre es Emily. Es americana. La conocí cuando estudiaba en Nueva York, y después de terminar mis estudios allí, decidí quedarme. Emily y yo... bueno, las cosas se volvieron más serias de lo que esperábamos. Ahora estamos viviendo en Barcelona.

Hace una mueca.

No sé si está contento o asustado.

Sus palabras revelan una mezcla de frustración y resignación.

Me doy cuenta de que, aunque hayamos avanzado en nuestras vidas, seguimos compartiendo las mismas inquietudes y dilemas.

—Dani, creo que debes aclarar tus sentimientos y hablar con ella.

Él asiente, apreciando mis palabras. La conversación fluye entre nosotros, marcada por la complicidad y la confianza que siempre hemos compartido. El calor de nuestra amistad sigue ardiendo, y ahora entiendo que Dani fue simplemente eso: un amigo.

Un amigo del que llegué a enamorarme, pero un amigo a fin de cuentas.

—Anoche cometí un error, y es simplemente eso. El alcohol y los recuerdos me jugaron una mala pasada. Eso es todo. Me di cuenta enseguida, no quiero ser así. Ni Emily se lo merece, ni tampoco tú.

Asiento con la cabeza.

—No es bueno para nadie. Yo...

—Vas a casarte, lo sé.

Vuelvo a asentir con la cabeza.



—¿Cómo es él? Entiendo que vivís aquí, ¿no? ¿Dónde está? —pregunta Dani con interés.

—Sí, es nuestro apartamento, aunque cuando viaja por negocios, duermo en casa de papá. Gustavo me pidió matrimonio, sí, pero es un hombre casado con su trabajo —confieso. Después aprieto los labios.

—¿Y estás segura de dar ese paso con él? —me pregunta.

Me quedo callada, y eso me da miedo.

—Bueno, eso es cosa tuya, no quiero meterme en tu vida, no ahora que parece que todo está aclarado. Pero quiero que sepas que, aunque haya pasado el tiempo, pues mira, aquí estoy.

Sonrío, agradeciendo su amabilidad.

Nos terminamos el café y acabo sirviendo otro.

Hablamos de todo: de nuestros proyectos, de la vida, de Paula y su floristería.

Nada de Víctor, por si te lo preguntas, porque la verdad es que intento evitar el tema a toda costa.

La conexión que compartimos se redefine en cada palabra, ahora como amigos, confidentes y cómplices en esta nueva etapa.

A medida que la conversación avanza, una sensación de alivio me envuelve. Ambos compartimos nuestras verdades, liberando cualquier atisbo de ambigüedad que pudiera haber quedado.

Al final, el café se enfría en las tazas, pero la calidez de nuestra amistad persiste. Aunque el pasado haya dejado su huella, es en el presente donde construimos el futuro de nuestra relación.

Es en este momento cuando la claridad se instala en mi mente.

No es un reencuentro romántico lo que necesito.

O eso creo yo, porque te recuerdo que estamos a mitad de la historia.

Estoy en un momento de mi vida en el que construyo mi propio camino, donde la amistad, los proyectos y el legado de mi madre cobran un protagonismo renovado.

El beso de Dani ha sido una ráfaga de nostalgia, pero ahora, con un nuevo día iluminando la realidad, sé que mi corazón está libre para explorar nuevos horizontes.

Y así, entre risas y confesiones, Dani y yo sellamos nuestra nueva amistad, aceptando el cambio y la evolución que el tiempo ha tejido en nuestros destinos.

El encuentro termina con la promesa de que vendrá a mi boda y yo conoceré a su bebé cuando nazca.

## 23

### Sira

*7 de marzo de 2023*

El teléfono suena con insistencia, interrumpiendo el trasiego de ruido blanco y musica ambiental de mi local.

Lo saco del bolsillo delantero de mi delantal.

Al mirar la pantalla, veo el nombre de Gustavo parpadeando.

Suspiro antes de responder, anticipando la conversación que sé que se avecina.

La última vez que hablé con él fue el día de mi cumpleaños por la mañana, cuando se presentó por sorpresa en la cafetería porque su viaje se había retrasado.

Un nudo se posiciona en mi garganta, me siento incómoda porque sé que acabaremos discutiendo en cuanto descuelgue el teléfono.

Ambos estamos muy nerviosos por todo el tema de la boda, y eso tampoco ayuda.

Decido contestar, intentando pensar que no tiene por qué pasar nada malo a pesar de que haya pasado de él, igual que él hace conmigo cuando le viene en gana.

—Hola, Gustavo.

—¿Por fin decides contestar? ¿O es que tienes cosas más importantes que hacer?

Me tenso al escuchar su tono: una mezcla de impaciencia y reproche.

¿Por qué siempre tiene que ponerse así? ¿Por qué él sí puede priorizar cualquier otra cosa por delante de mí y yo soy la mala de la película cuando hago lo mismo?

Es cierto que igual debería haberle mandado aunque fuera un “todo bien” para que no se preocupara, pero a veces siento que estoy quemada y necesito desconectar de nuestra relación, de él y de todo lo que me hace sentir.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, aunque lo sé perfectamente.

Siempre es el mismo patrón, piensa que tiene el control de todo.

—¿Que llevas sin responderme más de veinticuatro horas, quizá? —dice con desdén.

Pongo los ojos en blanco con dramatismo, menos mal que no me puede ver.

—No exageres, todo está bien. Ayer fue mi día libre y estuve descansando, no pendiente del móvil. Además, tenía resaca.

—¿Resaca? —pregunta, alerta.

—Sí, la noche de mi cumpleaños salí con Paula y un amigo al Tres Lunas.

—¿Qué amigo?

Mierda.

Se me ha escapado.

Cierro los ojos con fuerza, maldiciéndome a mí misma mentalmente.

Ahora será todavía más pesado, más impertinente.

¿Cómo le explico la situación sin que se vuelva loco?

—¿Sira? —insiste.

—Un amigo del instituto —respondo. Omito el papel de Dani en mi vida y que ha dormido en el apartamento.

—Ah. Bueno, no sé para qué me molesto en enviarte mensajes y llamarte, si no tienes ni un instante para responderme.

Su sarcasmo me hiere, a veces es demasiado posesivo, y otras me deja por cualquier cosa.

—¿Me has llamado para discutir? —pregunto con una ceja arqueada.

—No, te he llamado para comprobar si podía de una maldita vez localizarte, estaba preocupado. Vamos a casarnos, no puedes desaparecer cuando te apetece y luego volver como si nada.

Se me escapa una risa histriónica, no puedo evitarlo, lo que está diciendo es un completo disparate, para nada tiene autocrítica y eso me crispa los nervios.

—¿Me estás recriminando algo que haces tú casi continuamente? —le digo.

—Vale, Sira, ya sé que estás bien. Hasta luego.

—Adiós.

Cuelgo la llamada, cierro los ojos y respiro.

Cretino.

Cretino.

Cretino.

Es que no lo soporto, hay veces que no lo puedo soportar.

Suerte que solamente hay unos tres clientes en el local, están atendidos y tienen un libro entre las manos que los tiene lo suficientemente entretenidos para no ver el estado en el que me encuentro.

Porque estoy a punto de estallar, mi vena del cuello puede colapsar en cualquier momento, tan fuerte me late el pulso ahora mismo.

Paso las palmas sudadas de mis manos por el delantal, consiguiendo secarlas y, de paso, tranquilizarme un poco.

Mi teléfono móvil vuelve a sonar, esta vez es la notificación de un mensaje.

Es Gustavo.

OTRA VEZ.

Resoplo y lo leo: *Siento que te estás distanciando.*

Me tiembla la mano.

Quiero estampar el móvil contra el suelo.

Acabo de descubrir que Gustavo saca lo peor de mí. Lo más oscuro de mi interior.

Y no sé por qué he elegido este momento para hacerlo, pero así es.

Ha dejado un eco de descontento en mi interior, como un recordatorio constante de las cadenas que amenazan con limitar mi libertad.

Su exigencia de atención y su actitud posesiva constituyen un lastre pesado que arrastra la esencia misma de lo que debería ser una relación saludable.

Ahora lo reconozco, aunque llevo bastante tiempo sabiéndolo y poniéndome una venda en los ojos.

No sé si volver a ver a Dani ha afectado en esto, seguramente sí, porque aunque Dani no es perfecto, con él sí tuve una relación bastante más sana que la tengo ahora, incluso siendo más joven e inexperta.

Por tanto, algo no va bien, y siento que todas las alarmas que noto a mi alrededor, no son suficientes.

Me voy al fregadero y empiezo a limpiar tazas y platos mientras mi cabeza parece entrar en bucle.

En la vorágine de sus demandas, me doy cuenta de que mi necesidad de espacio es más que una simple excusa. Las relaciones no deberían ser cadenas que aten a los individuos, sino alas que les permitan volar sin miedo a perderse.

Estar con alguien que se irrita por no recibir respuestas inmediatas o que considera cada paso propio como un desdén personal crea un ambiente tóxico.

La libertad se ve coartada, y la individualidad se diluye en el intento de cumplir con las expectativas impuestas.

Además, cuando se enfada mucho, deja la relación durante algunos días, y luego vuelve pareciendo otra persona nueva, aunque esa reciente y mejor manera de ser, se desvanece a los pocos días.

En este juego de control y sumisión, la felicidad se desvanece gradualmente, cediendo su lugar a un resentimiento sordo y desgastante.

Mi relación se convierte en un laberinto de desafíos emocionales, donde cada elección es meticulosamente examinada y cada acción es objeto de juicio.

Se transforma en un cautiverio disfrazado de amor, donde las puertas se cierran lentamente, limitando la capacidad de crecimiento y la expresión genuina de uno mismo.

Se supone que ya debo saber al menos lo básico sobre relaciones, pero por lo visto, no he aprendido nada de nada.

Dios, estoy perdida.

Me siento completamente perdida.

Una taza se me resbala de las manos y se rompe en pedazos.

Anda, como yo.

Iguales, igualitas.

—Oh, joder... ¿puede parar ya la vida? —rezongo al tiempo que cierro el grifo del agua y me agacho para recoger los pedazos rotos.

No obstante, la vida, el universo, el azar, lo que sea... No contentos con mi encontronazo con Gustavo, mi malestar con la relación y tener que recoger los destrozos de la taza, hacen que mi piel se rasgue con la porcelana y que esta corte como un demonio.

Mi dedo comienza a sangrar y me elevo rápidamente para taponar la herida, aunque sea con un trapo.

—¡Hola! ¿Alguien me puede poner un café? —escucho una voz que hace que cada partícula de mi cuerpo se tense—. ¡También quiero tarta de calabaza!

Me asomo un instante por el quicio de la puerta de la cocina, que está en el interior.

No puede ser.

No.

Pero lo veo y no doy crédito.

Todavía no me ha visto y está oteando hacia el almacén, buscando a alguien que le atienda.

—La chica estaba en la barra hace un minuto —le dice una de mis clientas tras levantar la vista, después sigue leyendo *Orgullo y prejuicio* como si no acabara de mandarme a la horca.

Maldita sea.

O el destino se está riendo en mi cara o estoy perdiendo mucha sangre.

Siento que me mareo y sus cabellos negros parecen flotar en el espacio, como si fuera un ente divino que viene a salvarme.

Acaba de enfocar la vista sobre mi cuerpo y casi oigo música celestial, como en una comedia romántica de Netflix.

El olor a café, tan característico en mi local, ahora me parece demasiado fuerte.

Mis piernas se vuelven de gelatina y he de sujetarme a la barra para no caerme de bruces.

No quiero verle.

No puedo.

Se me corta el cuerpo, casi siento una arcada.

La sangre, es la sangre, porque para nada debe afectarme volver a verle tras estos años.

¿Verdad?

No me lo creo ni yo.

Me doy la vuelta como una cobardica y me dejo caer resbalando por el interior de la barra.

Mi dedo no para de sangrar y mi corazón acaba de empezar a hacerlo también.

Ni siquiera sé qué cara ha puesto al verme.

Ojalá se vaya.

Ojalá, Diosito, porque no estoy preparada.

No, no y no.

Me cago.

Ah, no, no, me mareo.

Yo qué sé, hay mucha sangre en mi mano.

Y él está muy guapo.

Mucho.

Como antes, como siempre.

Maldito, mi piel ha reaccionado a su presencia y la siento ardiendo.

El nombre vetado, el chico prohibido.

Jodido Víctor.

¿Qué hace aquí?



## 24

### Víctor

7 de marzo de 2023

—¿Estás segura de que es aquí? —le pregunto a Maribe, mi agente, dubitativo.

La cafetería que tengo frente a mis ojos parece un lugar bohemio, pero, desde mi opinión, no muy apto para lo que yo tengo que ofrecer.

—Te digo que sí. Es esa dirección, *El café de Verónica* —contesta ella.

—Bien, voy a ver... luego te cuento —digo y cuelgo la llamada.

Entro en el local y el tintineo de la campanilla de la puerta me recuerda a otras épocas, a momentos que se desvanecen con el tiempo pero que se resisten a desaparecer por completo.

Se supone que este es uno de los lugares en los que voy a exponer mis cuadros, pero...

No sé.

Es un pequeño paraíso para los amantes de las letras y los aromas cautivadores.

La tenue luz que se filtra por las ventanas crea un ambiente acogedor y propicio para la inmersión en un buen libro.

Las estanterías repletas de ejemplares, desde los clásicos hasta las novedades más recientes, forman un laberinto literario que invita a explorar mundos diversos.

El aroma a café fresco y a libros antiguos se entrelaza en el aire, creando una sinfonía que acaricia los sentidos.

Sillas y mesas de madera desgastada invitan a tomar asiento, ya sea para disfrutar de una taza humeante mientras se hojea un ejemplar o para sumergirse en las letras con una merienda reconfortante.

Los rincones están decorados con detalles que revelan la pasión del propietario por la literatura. Paredes adornadas con fragmentos de poemas y fotografías en blanco y negro de escritores icónicos dan testimonio del amor que profesa por las historias impresas.

Un mostrador de madera pulida alberga la joya de la corona: la cafetera que prepara el elixir oscuro que mantiene despiertos los sentidos de los

lectores ávidos.

En este refugio, los libros no solo parecen leerse, se viven, y cada rincón susurra historias por descubrir.

Las paredes están adornadas con fotografías que cuentan historias paralelas a las que se encuentran entre las páginas de los libros. Imágenes en blanco y negro capturan momentos íntimos de autores célebres, revelando sus gestos y expresiones mientras creaban las obras que ahora reposan en las estanterías.

Las fotografías actúan como testigos silenciosos de la magia que acontece en cada rincón, conectando el presente con el pasado literario, siendo cada una de ellas un destello visual que añade capas de significado al ambiente, invitando a los visitantes a sumergirse no solo en la palabra escrita, sino también en la esencia visual que complementa la experiencia.

Oteo el lugar, bastante más maravillado de lo que creía antes de entrar.

Hay tres personas sentadas en mesas con un ejemplar entre las manos, pero no veo a nadie que esté pendiente de ellas, ni tampoco en la zona de cafetería, tras el mostrador.

Me acerco a una vitrina llena de porciones de tarta caseras y pastelitos y se me hace la boca agua.

—¡Hola! ¿Alguien me puede poner un café? —digo llamando la atención de quien sea que atiende el local—. ¡También quiero tarta de calabaza!

—La chica estaba en la barra hace un minuto —me dice una de las clientas tras levantar la vista, después sigue leyendo *Orgullo y prejuicio* como si nada.

—Gracias —susurro.

Mi mirada, sin embargo, se desvía al escanear la sala, y de repente, mi corazón se salta un latido al reconocer un rostro que creía haber dejado atrás en un capítulo cerrado de mi vida.

Sira, la misma que compartió risas y complicidad en otros tiempos, está ahí, aunque se haya escondido al verme.

La he visto perfectamente y no, no es fruto de mi imaginación ni un recuerdo.

Es ella.

Joder.

ELLA.

Me quedo sin saliva, mi cuerpo se tensa, reacciona.

Mi sangre bombea frenética en cada vena.

Al principio, me quedo parado, como si el tiempo se detuviera a nuestro alrededor.

Su mirada se ha cruzado con la mía apenas una milésima de segundo, pero ha sido suficiente como para sentir una bola de fuego en mi pecho.

El escalofrío que recorre mi espalda no es solo por el reencuentro, sino también por el vértigo de los recuerdos que se agolpan en mi cabeza.

—¿Sira? —me atrevo a decir, acercándome a la barra.

Asomo la cabeza y la veo agachada, con la espalda sobre la estructura, con los ojos cerrados.

¿Le sangra un dedo?

—Sira... —susurro—. No me ignores, por favor, sé lo que estoy viendo, no es ninguna alucinación.

Ella abre los ojos y me mira.

Sus gestos y movimientos me devuelven a esos momentos en los que éramos más jóvenes, cuando la vida era un lienzo en blanco que solo empezábamos a dibujar.

Estoy aquí, en cuerpo, pero mi mente navega por el pasado, por las risas compartidas, por las miradas furtivas y los adioses que pensábamos que serían temporales.

Bueno, más bien, que YO pensé que serían temporales.

Porque de algún modo tuve la ilusa idea de que Sira podría perdonarme.

No sé cómo pasa el tiempo para ella, pero para mí, en este instante, parece haberse detenido.

La Sira que veo ahora no es la misma, ha evolucionado, ha cambiado, como todos lo hacemos con los años.

Se levanta de forma torpe y me mira a los ojos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta. Se sujeta el dedo envuelto en un trapo, pero no parece sentir nada.

—Yo... no... —tartamudeo.

—¿Te lo ha dicho Dani? Es eso, ¿no? Si es que lo sabía... si es que yo sabía que los dos hermanitos...

—¿Qué? ¿Has... visto a Dani? ¿Cuándo? No, yo... mi agente me ha mandado la dirección de este local. Para mis... —intento explicarle, pero no me deja.

—Mira, que me da igual, que ahora mismo te vas de aquí y punto —me dice. Está tan nerviosa que el trapo se le cae al suelo y deja a la vista el

corte que tiene en el dedo.

Trago saliva.

—Eso necesita puntos —me atrevo a decirle tras posar la vista en su herida

Ella entrecierra los ojos, condescendiente.

—He dicho que te vas —me dice señalándome con el dedo cortado, después hace una mueca de dolor.

—En serio, Sira, vamos... vamos a un hospital, que te miren, que...

—¿Eres sordo? —me espeta.

—Joder, Sira...

—Vale, veo que eres sordo, pero creo que ciego no. Así que, ¿ves ese cartel de ahí? —Miro al rincón que me señala—. Tengo reservados los derechos de admisión, así que te pido que salgas de mi local.

Bufo.

Dios, ¿esto es verdad? ¿Esto está pasando en serio?

Porque no me lo puedo creer.

—Sira, no es lo que piensas, yo no sabía que tú trabajas aquí —le intento decir.

—Víctor, por favor —me dice con la voz a punto de quebrarse—, vete. Ahora no es el momento.

Asiento con la cabeza.

—Pues vale.

—Bien.

—De puta madre —digo cabreado.

Ella cierra los ojos con fuerza y me obligo a marcharme de allí, aunque para nada es lo que quiero.

Salgo fuera del local muy cabreado.

No me esperaba verla ahí dentro, esa es la verdad, pero tampoco creía que después de años de distancia, nuestro reencuentro iba a suceder de esta manera.

Cojo aire y lo suelto lentamente, intentando calmar los frenéticos latidos de mi corazón.

Inspiro.

Expiro.

Otra vez.

Inspiro.

Expiro.

Intento no ser impulsivo, pero nunca me he caracterizado por pensar las cosas antes de hacerlas.

Es un defecto que tengo, qué le vamos a hacer.

Inspiro...

—Y una mierda —mascullo girándome sobre mis propios talones y volviendo a hacer sonar la campanita de la puerta del local.

Encuentro a Sira envolviéndose de nuevo la mano en un trapo limpio y me acerco a las tres clientas que están sentadas a sus respectivas mesas.

—Disculpad, me temo que el local ha de cerrar durante un rato. No se preocupen, lo que han tomado corre de mi cuenta. Es una emergencia —digo muy seguro de mí mismo y poniendo mi mejor sonrisa.

Las tres clientas parpadean, no entienden demasiado bien qué está pasando.

Lo sé.

Las comprendo.

Yo tampoco entiendo cada cosa que hago la mayoría del tiempo.

—¿Qué se supone que haces? —pregunta Sira acercándose a mí y, por ende, también a las clientas.

—Salvar tu dedo y, de paso, lo que me queda a mí de dignidad —le digo mirándola a los ojos—. Señoras, por favor.

Las clientas se levantan al comprender entonces la situación, pues no pasa desapercibido para mí el hecho de que posan la vista en la mano de Sira envuelta con el trapo.

—Lo siento, me he cortado y... —intenta decirles Sira.

Ellas niegan con la cabeza, con una sonrisa.

—Las consumiciones corren por cuenta de la casa.

—Mejórate, guapa —le dice una de ellas.

Sira intenta sonreír, pero solo le sale una mueca.

Una vez han salido, me acerco a la puerta del local, doy la vuelta al cartel y corro el cerrojo.

—¿Crees que puedes aparecer de la nada y...? —empieza a decir.

—¿Tienes botiquín? —la corto.

Ella suspira.

—En la trastienda.

—De acuerdo, vamos.

Ella, para mi sorpresa, deja que la acompañe y me indica dónde encontrar la cajita de primeros auxilios.

Tras tenerla entre mis manos, vamos al baño de trabajadores y Sira descubre su dedo ensangrentado.

—Déjame ver...

—No eres médico —me espeta.

—No, pero tanto tú como yo sabemos que no se te van a salir las tripas por ahí —le digo.

Después agarro su mano suavemente por la muñeca y hago caso omiso a la electricidad que recorre mi cuerpo cuando mi piel entra en contacto con la suya.

—¿No decías que necesitaba un hospital? —pregunta condescendiente.

Abro el grifo del agua corriente y meto su dedo debajo.

Con el agua, la sangre empieza a correr y Sira tuerce el gesto.

—La sangre es muy escandalosa. ¿Duele?

Asiente con la cabeza y aprieta los labios.

Mientras el agua le limpia la sangre, investigo dentro del botiquín en busca de algo que pueda utilizar.

Encuentro gasas, tiritas, yodo, antisépticos, unas tijeras y puntos de papel, entre otras cosas.

Cierro el grifo y el agua se corta.

A continuación examino la herida de Sira. Es un buen corte, pero creo que no será necesario acudir a un hospital.

—Pensaba que era más grave —comento.

Sira pone los ojos en blanco.

—No necesitaba tu ayuda —dice ella con el ceño fruncido.

—Bueno, para no necesitarla, te estás dejando ayudar de maravilla. —  
Sonrío ampliamente, intentando disimular los nervios que siento por dentro por volver a tenerla delante.

Ella se libra de mis manos con un ademán brusco y yo, tozudo, vuelvo a coger su mano.

—Trae...

Resopla y se deja hacer, yo cojo el bote de yodo.

—¿Vas a decirme qué haces aquí? —me pregunta.

—Ya te lo he dicho. —Aplico un poco sobre la herida y ella se queja.

Soplo sobre su dedo para calmar el escozor y no me doy cuenta de lo íntimo del momento hasta que mis ojos se cruzan con los suyos de nuevo.

Trago saliva.

—Te lo he intentado decir, no sabía que trabajabas aquí. Me ha mandado a esta dirección mi agente —disimulo.

Aplico más yodo, pero Sira no vuelve a quejarse.

—¿Qué agente? ¿Puedes parar de mentir?

Chasqueo la lengua contra el paladar y limpio con gasas el exceso de yodo de su piel.

Mi siguiente paso es ponerle un par de puntos de papel sobre el corte.

—¿Cuándo he mentido yo?

—No me hagas remover la mierda, Víctor —contesta ella con desdén.

Paro mis movimientos y la miro.

—Sabes de sobra que jamás te he mentido. Lo sabes.

Ella aprieta los labios, pero no dice nada.

Tengo razón, aunque sea solo en esto, pero la tengo.

—¿Qué ocurre? —le pregunto—. Ya sé que no te alegras de verme, pero...

—No, yo... No es eso.

—Ah, entonces sí te alegras de verme. Lo sabía. —Suelto una pequeña carcajada y ella, tras escucharla, parece destensar sus hombros.

En este momento empieza a sonar en el hilo musical del local *Contigo* de Joaquín Sabina.

—¿Has... tenido un mal día? —le pregunto.

—Podría decirse que sí. Además, apareces tú.

—Y no era lo que esperabas —afirmo, pero no por eso me duele menos su reacción.

—Siempre has sido importante para mí —susurra ella.

—Y tú para mí.

—Hasta que la jodiste —me recuerda.

Suspiro, el dolor no se va, la culpa tampoco.

Termino de poner los puntos de papel sobre su corte, pensando que ojalá pudiera poner algunos de esos en su corazón, para lograr sanar la herida que le hice hace años.

—Sí... hasta que la jodí.

La miro.

Me maldigo.

Dios, claro que me maldigo.

Ella era el amor de mi vida.

Y la perdí por gilipollas.

—Mi dedo ya está perfectamente —me dice sacándome de mi ensimismamiento.

Asiento con la cabeza.

—Entonces... me marchó —digo.

—¿A qué has venido?

—Se supone que esta era una de las direcciones donde voy a exponer mis cuadros, pero ahora pienso que no creo que sea buena idea —le explico más calmado.

Ella arquea una ceja, como si no supiera de qué le estoy hablando.

—¿Y quién se supone que ha organizado todo esto? —pregunta.

Ambos nos dirigimos al *hall* del local.

Me encojo de hombros, no estoy entendiendo nada.

—Mi agente Maribe es quien se suele encargar de mis exposiciones. Por lo que tengo entendido, habló con el dueño del café —le digo.

—Con el dueño del café —repite ella.

—Sí.

—No me lo puedo creer...

—¿Qué pasa?

—Imagino que habrá hablado con Gustavo. Pero, como siempre, yo soy la última en enterarme de todo.

—Supongo, algo me suena, pero ya te digo que es ella quien lleva todo esto.

—Es que estoy flipando... —se lleva la mano sana a la frente y pasa sus dedos por ella.

—¿Quién es Gustavo? —pregunto sin entender.

Sira suspira, me mira a los ojos y entonces me causa la mayor herida que podría imaginar.

—Mi prometido.

Esas dos palabras me atraviesan como un cuchillo.

*Y morirme contigo si te matas.*

*Y matarme contigo si te mueres.*

*Porque el amor cuando no muere mata.*

*Porque amores que matan nunca mueren.*



## 25

### Sira

*7 de marzo de 2023*

Cuando Víctor se marcha del local, la realidad de mi interior dista mucho de la calma que quiero exteriorizar.

No sé a quién matar primero...

A Gustavo, por hacer y deshacer a su antojo sin consultarme.

O a Víctor, por irrumpir en mi vida de nuevo como un maldito vendaval y remover mis cimientos.

¿Quién se cree que es?

Será...

Al acercarme al mostrador, marco el número de Paula con dedos temblorosos. La ansiedad me carcome mientras espero su respuesta.

No pienso trabajar en lo que queda del día de hoy, no estoy en condiciones.

Me duele el dedo, la cabeza y hasta el alma.

—¡Hola!

—Paula.

—Perdona, ¿quién eres? —me dice.

Pongo los ojos en blanco.

—Joder, Paula...

—¿Disculpa? Es que no recuerdo quién eres...

—Vale, lo siento. Siento no haberte contado lo que sucedió con Dani el otro día ni nada de nada. Admito ser una amiga horrible, ¿contenta? —digo con la paciencia al límite.

—Sí, contenta. ¿Qué pasa?

—¿Podemos comer juntas? —le pregunto.

—Si vas a contarme las cosas con todo lujo de detalles, sí.

—Eso está hecho. Trae algo de beber que lleve alcohol, si tienes —le pido.

—¡Anda! Pues sí que tiene que ser fuerte...

—Y tan fuerte. No te lo puedes ni imaginar... —mascullo entre dientes —. Te espero en el local. Pilla comida china y luego hacemos cuentas.

—*Valep.* Hasta luego.

Cuelgo la llamada y respiro algo más tranquila. Necesito hablar con Paula y pensar.

Sobre todo, pensar.

Al cabo de un rato que se me hace eterno, Paula toca a la puerta de la cafetería y le abro.

—¿Qué hace esto cerrado? —pregunta.

—Siéntate, es una larga historia.

O a lo mejor no tanto.

A lo mejor yo hago las cosas más difíciles de lo que son, por no ser clara conmigo misma.

Nos sentamos en una de las mesas y Paula me ayuda a coger platos, cubiertos, vasos y botellines de agua.

Ha comprado un par de menús de comida china y vaciamos las fiambreras de plástico en los platos, las cuales todavía están calientes.

—¿Qué te ha pasado en el dedo? —me pregunta entonces.

—¿Qué no me ha pasado, Paula? —le digo poniendo los ojos en blanco, al tiempo que me siento frente a ella.

—Uy, uy, uy... mal de ojo tía, tienes mal de ojo.

—¡Calla! No tengo nada, solo una vida que no comprendo.

—Bueno, pues vamos a intentar comprenderla juntas —me dice sirviendo agua en los vasos de ambas.

—No, no, saca el alcohol —le pido.

Paula, con las cejas arqueadas, me hace caso y saca una botella de vino tinto de su bolso.

—Desembucha, debe ser grave para que tú quieras beber. Iré a por dos vasos más.

Una vez tenemos el vino servido, digo:

—De acuerdo, allá voy...

Con la comida, con el vino y con mi dedo herido, le cuento a Paula todo lo acontecido en mi vida desde el día de mi cumpleaños.

Desde lo que sucedió con Dani, hasta la discusión con Gustavo y mi posterior corte.

Por supuesto, dejo a Víctor para el final, no puede faltar la guinda del pastel.

—Es que no puedo creerme lo que me estás contando —dice ella parpadeando varias veces.

—¿Qué parte de la historia? —le pregunto.

Llevamos media botella de vino consumida, pero los platos están casi sin tocar.

Mal asunto.

—¡Todas! Es que... todas, tía.

—Pues es real y no sé ni cómo estoy, la verdad.

—Bueno, vayamos por partes. Lo de Dani...

—Lo de Dani está zanjado, gracias a Dios. Él va a ser padre y yo...

—¿Tú no sientes nada? —me pregunta.

—No. Me impactó verlo, claro, pero me alegra que hayamos afianzado una nueva amistad entre nosotros.

—Bien, eso está bien. Qué fuerte, Dani siendo padre.

—La vida, que da muchas vueltas —comento, pero lo cierto es que a mí también me impacta ese dato.

—En cuanto a Gustavo... —dice Paula con la boca pequeña.

—Gustavo es un imbécil, y no puedo con él. Fin —digo enfadada.

No solo me controla y me recrimina cosas que luego él hace conmigo, sino que encima dirige el local como le da la gana sin tener en cuenta mi opinión.

—Quizá no fue buena idea mezclar lo profesional con lo personal, Sira —me dice Paula y, muy a mi pesar, sé que tiene razón.

Gustavo es empresario, dirige varios negocios y cuando lo conocí pensé que era una bendición.

Yo necesitaba un inversor, alguien que creyera en mi proyecto tanto como yo, y que pudiera soltar una suma de dinero de la que yo no disponía en esos momentos.

Gustavo fue ese inversor, hicimos negocios, ganamos confianza el uno con el otro, empezamos a salir y tiempo después me pidió que me casara con él.

Ahora, a menos de tres semanas de mi boda, siento que no le conozco como creía hacerlo y veo cosas en él que antes no veía.

O no quería ver.

—Claro que no fue buena idea —reconozco.

Paula suspira.

—Bueno, no pasa nada. No pensemos en eso ahora.

—¿Y en qué quieres que piense? —le pregunto angustiada.

—En Víctor, por supuesto.

—¡Ja! Lo que me faltaba...

Soy un galimatías de sensaciones en estos momentos.

—Pero ¡tía! ¡Reacciona! Solo le ha faltado chuparte el dedo...

—¡Por Dios! ¡Calla! —exclamo sintiendo cómo las mejillas me arden.

—Lo que tú quieres es que te chupe otra co...

—¡Paula!

—¡Sira! —exclama y coge mi mano mala, zarandeándola y haciéndome reaccionar.

—Tía, tía —me quejo haciendo una mueca y zafándome de su agarre.

—Ay, tu dedo pocho, es verdad. Perdón, perdón... —se disculpa ella poniéndose roja.

—¡Maldita taza! —exclamo.

—¿Qué va a pasar ahora? —me pregunta ella.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé —le digo con sinceridad.

—Lo mejor es que no lo veas —me recomienda.

—Lo sé —reconozco, porque Víctor es la droga más dura que he tenido en mi vida—. No puedo dejar que haga la exposición aquí.

—Tendrás que convencer a Gustavo.

Asiento con la cabeza, pero la que no está nada convencida soy yo. ¿Qué razones le doy?

Mira, cariño, este chico no puede hacer aquí su exposición porque hace años me volví loca por él, he vuelto a verlo y el corazón casi se me sale por la boca.

Y mis bragas, cielito mío, han terminado carbonizadas porque me ha curado un dedo.

No.

Descartado.

Tendré que pensar en algo.

Lo que sí tengo claro es que debo mantener a Víctor alejado de mí todo lo posible.

*Eso no te lo crees ni tú*, me susurra el subconsciente.

*Esta vez sí*, me contesto a mí misma mentalmente como si estuviera chalada.

Pero al mismo tiempo me compadezco, porque hace años pensé lo mismo, incluso me lo prometí vehementemente.

Spoiler: salió mal.

## 26

### Dani

*7 de marzo de 2023*

Dejo los informes sobre la mesa al notar vibrar mi teléfono móvil.

Suelo estar bastante pendiente del teléfono porque Emily está sola en Barcelona y puede necesitar cualquier cosa, ya lo avisé cuando comencé a trabajar en este proyecto.

Sin embargo, me sorprende al ver el nombre de Víctor emerger en la pantalla.

Arqueo las cejas, porque mi hermano no suele llamarme a menudo, ni yo tampoco a él, somos más de hablar por mensaje.

Él viaja bastante, aunque lleva poco tiempo asentado en Madrid, en un ático en el barrio de Chamberí.

Me contó cuando se estableció por fin que eligió esa zona porque le proporciona un refugio privado en medio de la vibrante vida urbana de la ciudad.

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a mamá? —le pregunto nada más descolgar, porque intuyo que sucede algo y solo espero que mamá esté bien, aunque también intento tranquilizarme pensando que, de haber pasado algo grave con ella, me habría enterado.

—¿Has visto a Sira? —Su voz truena al otro lado de la línea.

—¿Cómo? —pregunto atónito. ¿A qué viene esa pregunta?

—La has visto, ¿sí o no? —insiste.

—El otro día, en su cumpleaños. Su tía...

—Joder. ¿Y no me lo dices?

Me paso la mano por la frente, no sé qué contestar a eso.

—Víctor, ¿qué pasa? No es normal nada de lo que dices.

—¿Podemos vernos?

—¿Ahora? —Miro mi reloj, estoy en pleno trabajo.

—Ahora o esta noche, cuando puedas.

Suspiro.

Joder.

¿En serio? ¿Qué narices ha pasado?

—Víctor, no te entiendo.

—No te lo pediría si no fuera importante.

—Dime que no la has liado ni nada parecido. Eres...

Cierro el puño y los ojos, conteniéndome.

—Te juro que no ha sido culpa mía. Ha sido ella quien me ha echado de su local, yo...

—¿Que te ha echado?

—Sí, joder. Pero luego he vuelto y...

—Nos vemos esta noche, ahora me es imposible dejar de trabajar.

—De acuerdo.

—¿Dónde nos vemos?

—Donde te venga bien.

—¿Latina?

—Vale.

—A las nueve por la zona.

Cuelgo la llamada y no sé qué pensar.

—Vamos, no me jodas... —mascullo en voz baja.

—Daniel, ¿algún problema?

Me sobresalto cuando mi supervisor se acerca a mí.

—Eh... un asunto familiar.

—¿Va todo bien?

—Sí, tranquilo. Vuelvo ya al trabajo.

Él sonríe y desaparece, pero yo hasta que no termino la jornada y veo a Víctor horas más tarde, no consigo sentirme tranquilo.

Cuando se hace la hora pertinente, me encamino hasta el lugar indicado.

Nos encontramos en una cervecería cualquiera.

La luz de las farolas encendidas proyecta sombras danzantes sobre nosotros, creando un escenario casi teatral para la revelación de las verdades que Víctor se esfuerza por compartir.

—¿Me puedes explicar qué pasa? —le pregunto. Ya nos han servido un par de cañas junto a un plato de aceitunas, el cual Víctor aparta suavemente de su vaso.

Respira un par de veces, está muy nervioso.

—He ido a la dirección donde mi agente me ha mandado. Es un tema de mis cuadros, ya sabes. Pero ahí estaba ella. Ella, ¿lo entiendes?

Arqueo las cejas.

Definitivamente, se ha vuelto loco.

Sé perfectamente que el paso de los años no ha curado la fiebre de Víctor por Sira, y estoy seguro de que a la inversa sucede igual.

Ya me quedó claro hace años.

—Es que ella trabaja allí —le digo sin más, porque no sé cómo abordar esto.

Nunca se me dio bien el tema emocional, siempre he sido más cuerdo en ese aspecto.

Menos una vez.

Solo hubo una vez en la que la emoción me dominó.

Y sí, Sira tuvo mucho que ver en eso.

Me siento incómodo al recordarlo.

—¿Y yo soy adivino? ¡¿Lo soy?! —pregunta Víctor.

—No, claro que no. ¿Qué le has dicho para que te eche?

—¡Nada! ¿Qué voy a decirle? Solo que su dedo necesitaba puntos... yo qué sé. Si es que sigo siendo igual de gilipollas que hace años cuando la tengo delante.

Hago una mueca, no me apetece remover el pasado, pero está claro que el pasado está más que presente en este momento.

—¿Su dedo?

Víctor suspira y luego da un trago a su vaso de cerveza.

—Se había cortado con algo, estaba sangrando...

—¿Está bien?

—Sí, está bien. Porque me ha dado igual que me eche y he vuelto a entrar. Les he dicho a las clientas que se fueran y le he curado el dedo. — Víctor frunce el ceño.

—Le has curado el dedo.

—Sí.

—Vaya. —Me paso la mano por el mentón.

—¿Qué?

—¿Sira te ha dejado? —le pregunto sonriendo. Sé lo tozuda que es.

—¡Pues claro que me ha dejado curarle el dedo! —Se pasa las manos por el pelo, nervioso. —Me ha preguntado si es que tú me habías contado que os habíais visto. Ya puedes imaginar la cara que se me ha quedado... — masculla Víctor.

Alzo una ceja.

—¿Qué? No pensarás que yo...

—Yo ya no pienso nada, Dani —me dice muy serio.

—Entonces, ¿por qué estás así? Por verla, por su reacción, por su dedo...

El susurro del viento parece llevarse consigo la carga emocional de Víctor, que exhala profundamente antes de continuar.

Observo cómo sus ojos, generalmente enigmáticos y seguros desde hace un tiempo, ahora reflejan una mezcla de confusión y vulnerabilidad.

La bruma nocturna nos envuelve, y en ese momento, nuestra mesa se convierte en un confesionario improvisado.

—Dani, no entiendo qué pasó. —Víctor habla con voz contenida, como si temiera que las sombras pudieran escuchar sus confesiones.

Las palabras fluyen, cargadas de frustración y anhelos, intentando desentrañar el nudo que tiene dentro.

La tensión entre nosotros es palpable, como si estuviéramos navegando en aguas turbulentas.

—Sabes de sobra lo que pasó. Lo que le hiciste, lo que ella me hizo a mí...

Me remuevo en la silla, incómodo.

—¿Vas a partirme la cara? —me pregunta entonces.

Trago saliva.

—¿Otra vez? —Intento simular una sonrisa, pero solo me sale una mueca.

—Le hice daño, pero no sé por qué. —Víctor susurra al viento, como buscando respuestas en el universo estrellado sobre nuestras cabezas.

El camarero nos trae otras dos cervezas, y la verdad es que lo agradezco, porque creo que necesito alcohol para esta conversación.

Mis ojos se entrecierran mientras contemplo a mi hermano, tratando de descifrar el enigma que Sira ha dejado en su corazón.

La noche, que antes parecía un aliado silencioso, ahora se convierte en testigo de nuestras conversaciones más íntimas.

—Claro que sabes la razón, pero no quieres reconocerla. A veces, Víctor, las cicatrices del pasado nos afectan de maneras que ni siquiera podemos imaginar. —Mi voz resuena en la quietud de la noche, tratando de ser un faro en la oscuridad emocional que nos envuelve.

En esta conversación nocturna, buscamos desentrañar los enigmas de Sira, cuestionando nuestras acciones y cómo han contribuido a tejer este entramado de complicaciones emocionales.



La ciudad sigue su murmullo lejano, pero en nuestro rincón, el peso de las palabras dichas y no dichas se cierne sobre nosotros, creando un vínculo de complicidad en nuestra búsqueda de comprender el alma de Sira.

Aunque estoy seguro de que nunca seremos capaces de alcanzar ese punto.

Por supuesto que Víctor sabe las razones por las que Sira ahora no quiere verlo ni en pintura, el tiempo que ha pasado desde aquel día debe haberle dado las respuestas necesarias, pero entiendo que volver a verla le ha despertado todas esas emociones que creía olvidadas o dormidas.

—¿Qué sientes? —me atrevo a preguntarle.

—Estoy tan removido por dentro que parece que me han hecho un registro... —dice.

—¿Te ha contado que...?

Víctor me mira y asiente con la cabeza, pero está lleno de amargura, lo sé.

—¿Que va a casarse? —pregunta con rencor.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Y su puto prometido es el tío que quiere invertir en mis cuadros.

—¿Perdón?

—Lo que oyes.

—Joder, tío...

—Pues eso digo yo. Joder.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Me juré a mí mismo que la próxima vez que la viera, lo intentaría —me dice muy seguro.

—¿Y qué pasa con Gustavito?

Víctor da un trago a su cerveza.

—A Gustavo que le jodan.

Arqueo una ceja.

—¿Y la expo?

—Hay muchas expos, pero Sira solo una.

## 27

### Sira

*Junio de 2016*

En esos vibrantes días tras la selectividad, nuestros destinos comenzaron a tomar forma.

Los tres habíamos aprobado, pero cada uno parecía tener una idea diferente de cuál sería el siguiente paso.

Dani, siempre fascinado por el reino de la biología, se lanzaría con entusiasmo a la universidad tras acabar el verano. La promesa de desentrañar los misterios de la vida lo emocionaba, y su dedicación a los estudios le auguraba un futuro brillante en el campo científico. A pesar de sus primeras reticencias hacia las creencias tradicionales, Dani encontró en nuestra relación un punto de equilibrio, fusionando su perspectiva científica con mis raíces culturales y fortaleciendo así nuestros lazos.

Paula, la eterna optimista y llena de energía, se embarcó en la floristería de su abuela con determinación. Con su amor por las plantas y las flores, sabía que este negocio familiar tenía un lugar especial en su corazón y en su futuro. Estaba segura de que su creatividad ilimitada y su capacidad para ver la belleza en cada pétalo la guiarían hacia nuevos horizontes llenos de colores y fragancias.

Víctor había comenzado a trabajar en algunos encargos artísticos, como pintar fachadas de locales con dibujos increíbles. Incluso decoró el patio del algún colegio con su arte.

En cuanto a mí, decidí explorar el fascinante mundo de la fotografía, siguiendo el legado de mi madre. En lugar de optar por una carrera universitaria, decidí sumergirme en cursos especializados que me llevarían a descubrir mi propia voz visual. La captura de momentos y la expresión artística a través de la lente se convirtieron en mi camino elegido.

Pero en ese momento teníamos todo el verano por delante y Dani y yo compartíamos momentos que sellaban nuestra conexión. Desde noches de lectura hasta paseos nocturnos por la ciudad, nuestra relación se profundizaba con cada experiencia compartida. Superamos desafíos juntos y construimos recuerdos que marcaban el inicio de un nuevo capítulo en nuestras vidas.

Así, con la incertidumbre del futuro ante nosotros, nos sumergimos en una etapa llena de posibilidades, listos para enfrentar lo que la vida tenía reservado para nosotros.

## 28

### Sira

*Primera semana de Julio de 2016*

El sol de la mañana pintaba el cielo con tonalidades doradas mientras Dani y yo nos preparábamos para nuestro viaje a la playa, en Alicante.

Habíamos elegido Torrevieja para nuestra escapada.

La emoción flotaba en el aire, y las mochilas esperaban ansiosas junto a la puerta, listas para acompañarnos en aquel fin de semana especial.

—¿Estás listo para un par de días de pura relajación y diversión? — pregunté, sonriendo mientras ajustaba las correas de mi mochila tras cogerla.

Elena nos había preparado algunas fiambreras con comida casera y unos bocadillos, aunque estábamos deseando comernos una buena paella en un chiringuito a pie de playa. También añadió fruta y bebidas gaseosas para que no nos gastáramos demasiado dinero en comprar víveres cuando llegáramos al apartahotel.

Dani asintió con una amplia sonrisa, sus ojos brillando con anticipación.

—¡Claro que sí! Necesitamos un descanso y, ¿qué mejor lugar que la playa?

—¡Me muero de ganas! —exclamé.

—Tú —Dani señaló a Víctor con guasa—, cuida de mis bichos.

Víctor, que no había dicho ni una sola palabra desde que yo había aparecido en casa de mis vecinos, arqueó las cejas.

—Descuida —dijo de manera despreocupada.

No habíamos tenido ningún acercamiento más ni tampoco una conversación como aquella de los merenderos de la urbanización.

No es que viera mal que saliera con Dani, o al menos eso creía, pero sí lo notaba más lejos, como si la conexión que ganamos aquel día se hubiera esfumado.

Cogimos las cosas, nos despedimos de Víctor, y Elena y mi padre nos acompañaron al coche.

Dani se había sacado el carnet de conducir ese mismo año y conduciría él. Elena nos había prestado el coche.

—¡Tened cuidado! —nos gritó papá una vez estuvimos dentro del vehículo y Dani accionó el motor.

Ambos nos despedimos moviendo los brazos en el aire y comenzamos nuestro recorrido hacia Torrevieja.

La carretera se extendía frente a nosotros, y tras algunas horas de viaje en las que escuchamos música y paramos a estirar un poco las piernas, ir al servicio y comer algo, el murmullo de las olas fue la promesa de momentos inolvidables.

Al llegar a la Playa de los Náufragos, el sol acariciaba la arena dorada y el mar brillaba con tonos azules.

Buscamos nuestro alojamiento, dejamos las bolsas de comida y las mochilas y, tras ponernos la ropa de baño, escogimos un rincón tranquilo.

Descalzos, nos aventuramos hacia la orilla.

Las olas jugaron con nuestros pies mientras encontrábamos el lugar perfecto para disfrutar del día.

—¿Qué te parece si construimos un castillo de arena? —propuso Dani, entusiasmado.

Sonreí, era como un niño pequeño.

Un niño guapo, inteligente...

Dios, no me creía que lo tuviera para mí sola durante todo un fin de semana.

Sin libros de biología de por medio, sin bichos, sin exámenes, sin ciencia...

—¡Me parece genial! —respondí con alegría, dejando que la brisa marina acariciara mi rostro.

Nos embaucamos en la tarea, compartiendo risas y complicidad.

Entre cubos y palas que pedimos prestados a una familia que había al lado, las palabras se entrelazaban con el sonido del mar.

Los diálogos, ligeros y llenos de complicidad, se convirtieron en la banda sonora de nuestro día.

—¿Te imaginas vivir cerca de la playa todo el tiempo? —murmuré, dejando que mi mente divagara.

—Sería increíble. Podríamos hacer esto siempre que quisiéramos —dijo Dani, mirándome con una chispa de sueños compartidos—. Además, creo que hay muy buenas rutas por aquí para hacer deporte.

Tras un rato en la playa, comimos una paella alicantina junto a una jarra de tinto de verano con mucho hielo en un restaurante cercano.

Olíamos a crema solar, a sal y a verano.

Era maravilloso.

Me encantaba cada vez que nos besábamos y podía saborear aquel lugar en la boca de Dani.

Disfrutamos un poco más de la playa y después descansamos un poco en el apartahotel, merendamos magro con tomate y tortilla de patatas que nos había preparado Elena y nos vestimos algo más elegantes para dar un paseo por la orilla.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa? —me preguntó mientras, cogidos de la mano, dejábamos que la marea bañara nuestros pies descalzos.

—No, ya tardabas —le contesté riendo.

—Eres lo más bonito que tengo —me dijo. Después me atrajo hacia él y su lengua exploró mi boca.

El sol se despedía en el horizonte, tiñendo el cielo con tonalidades naranjas y rosadas. Nos sentamos en la arena, el castillo que habíamos hecho por la mañana como testigo de nuestro día perfecto.

—Gracias por este día, Sira. Ha sido maravilloso —expresó Dani, acercándose para robarme otro suave beso.

—Gracias a ti por hacerlo especial —respondí, saboreando la magia de ese momento.

Me acarició la mejilla, bajó hasta el cuello y luego llegó al hombro.

Su mano recorrió lentamente mi piel hasta posarse en mi cintura.

Sin darme cuenta, aquella suave piel de su palma acariciaba mi muslo despacio.

Sentí un latigazo de placer en el centro de mi sexo, algo que no pude ignorar.

No.

Todavía no había pasado nada sexual entre nosotros, al menos nada fuera de caricias subidas de tono y un par de preliminares.

Me pregunté en ese momento si aquella noche sería la elegida.

Sus dedos ascendieron hasta mi vértice y pronto sortearon la tela de mis braguitas.

No había nadie en ese momento que pudiera vernos, pero lo cierto es que no me importaba demasiado.

Sentía un calor sofocante, y ni siquiera la brisa del mar lo mitigaba.

Dani coló un dedo dentro de mí.

Lo sacó y lo metió varias veces, haciéndome suspirar y gemir despacio.

—¿Quieres que pare? —me susurró sobre los labios.

—No...

Y me hizo caso, por supuesto. Siguió dándome placer hasta que estallé en el clímax, sobre su boca, entre jadeos.

Aquella playa se convirtió en el escenario de nuestra complicidad, y mientras las estrellas salían a escena, compartimos sueños y risas bajo el cielo estrellado y aquel fin de semana fortaleció nuestros lazos y dejó huellas indelebles en la historia que estábamos construyendo juntos.

Pero no, no pasó nada más que eso entre nosotros aquel día.

No teníamos prisa y, a pesar de que aquella noche podría haber terminado con ese momento tan especial, decidimos esperar.

Pensábamos que teníamos todo el tiempo del mundo, aunque ninguno de los dos supimos ver todo lo que se avecinaba.

## 29

### Sira

*Segunda semana de Julio de 2016*

La atmósfera en el salón de Dani estaba impregnada de tranquilidad. Estábamos viendo una película, mientras Víctor, con sus cascos a todo volumen, se sumía en el mundo de sus dibujos en un blog A3.

La luz tenue de la pantalla iluminaba ligeramente la sala, creando un ambiente acogedor.

Fue entonces cuando unos golpes insistentes y atronadores en la puerta rompieron la burbuja.

Dani y yo nos miramos sin comprender quién podía tocar así y acto seguido nos levantamos corriendo a abrir la puerta.

Víctor se quitó los cascos de las orejas.

—¿Qué pasa? —preguntó al observar nuestros rápidos movimientos, no debía haber escuchado los golpes en la puerta.

¿Para qué existía el timbre?

En ese momento, Paula irrumpió en la escena con su energía característica y corrió al salón. La había avisado de que estaría en casa de Dani hasta que ella llegara. Y, aunque no había declinado la oferta que me había hecho para salir aquella noche, esperaba de alguna manera que ella se retirase primero.

Ilusa de mí, Paula jamás dejaba de lado una buena fiesta, pero lo cierto es que a mí no me apetecía demasiado.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Dani había vuelto al sofá para parar la película y no se habían cruzado, y Víctor estaba en un lado del salón, sentado a la mesa de comedor, por lo que mi amiga tampoco reparó en él, tan excitada como venía.

—Tía —dijo recuperando el resuello—, tía, tía, lo que me ha pasado.

Alcé una ceja, divertida. Me esperaba cualquier cosa que viniera de Paula.

Estaba un poco sudada y roja como un tomate.



—¿Has corrido? —le pregunté, a saber qué le había ocurrido a aquella alma de cántaro.

—¿Que si he corrido? ¡Mira cómo vengo! —exclamó.

Lo cierto es que ya venía arreglada y muy guapa a pesar de que parecía que había corrido la maratón de su vida.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistí, porque no arrancaba, ella no arrancaba.

Dani y Víctor parecían haber desconectado, y digo parecían, porque tras Paula comenzar a hablar, volvieron a conectar con el presente de inmediato, y no era para menos.

—Dime que tienes bragas para prestarme —dijo, dejándome a cuadros—. Iba en el metro y tía, te lo prometo... ¡Me ha dado un apretón...! Pero un apretón de estos malos, ¿sabes?

—¿Cómo?

—Un apretón de estos que te dan unos retortijones, que yo pensaba: “Paulita, madre mía, que la cabeza de la tortuga se te sale y llevas un vestido corto”.

—Paula... —murmuré, porque Dani y Víctor eran todo orejas en ese momento.

—Total, que yo rezando, rezando, ¿sabes? Para llegar a mi parada y poder ir a un baño, porque literal que me cagaba viva. Y yo: “ay, virgencita, ayúdame, que no me cague en las bragas que son nuevas, que me las compró mi abuela el otro día”. ¡Me he acordado de tu tía y todo!

—Pero... Paula...

No, Paula no callaba ni debajo del agua. Es que ni ahogada, vamos.

—Menos mal que he podido aguantar hasta mi parada, he buscado un baño en la estación, que, por cierto, menudo ascazo, y he hecho una pedazo de caca, Sira... Es que no te lo puedes ni creer. Y ¿a que no sabes qué? ¡Sorpresa! Ni un triste rollo de papel higiénico.

—Y...

—¡Las bragas, Sira! Me he limpiado el ojete con las bragas de mi abuela. Bueno, de mi abuela, no, que no me vienen, las que me compró.

Después de eso, la escuché respirar.

La madre que la parió.

—A ver si lo he entendido... —murmuró entonces Víctor—, ¿necesitas unas bragas de Sira porque vas sin... nada?

Paula enrojeció a la velocidad de la luz y giró su cuello hacia Víctor como si fuera la niña del exorcista.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó. Le iba a dar un ictus, estaba segura. Y si no, poco le faltaba.

Dani rompió a reír en carcajadas.

—¿Y tú? —se dirigió ahora a él.

Yo me aguanté la risa. Es mi amiga, debía solidarizarme con ella.

—¡La madre que os trajo! ¡Cabrones! Yo aquí contando mis intimidades, quedándome con el culo al aire y vosotros...

—¡Y nunca mejor dicho! —exclamó Víctor.

—¡Mandriles! —exclamó Paula con un grito agudo que, me jugaba lo que sea, no eligió que saliera de su garganta.

—Tranquila, hay confianza. Y no te preocupes, yo te dejo unas bragas —le dije aguantándome la risa y cogiéndola por los hombros.

—Tú deja de reírte, ¿eh, guarra?

—Que no me río.

—Pero ¿me puedo duchar en tu casa?

—Claro que sí.

—Vale, menos mal. Por cierto, ¿todavía estás así? —me preguntó.

Yo apreté los labios. Malditas las ganas que tenía de hacer aquel plan.

—Paula, tengo mucha pereza encima... —dije con un mohín, sumarme a una noche de botellón en el parque del Oeste no me entusiasmaba demasiado.

—No me vayas a dejar tirada ahora, que casi me cago encima por venir hasta aquí a por ti —me dijo con un mohín.

—Que no, que sí que voy —acepté a regañadientes, porque Paula era unas en la manipulación psicológica.

La curiosidad de Dani se despertó, y con una ceja alzada, preguntó:

—Pereza, ¿el qué?

Paula, siempre dispuesta a compartir sus planes, puso al tanto a Dani sobre la idea de ir al parque del Oeste para un botellón improvisado y luego dirigirnos a un pub cercano. La perspectiva de pasar la noche al aire libre con amigos y seguir la diversión en un local sonaba tentadora, y aunque mi pereza inicial persistía, la atmósfera animada que rodeaba la conversación empezaba a contagiarme de entusiasmo.

—¿Os venís? —les propuso a ambos.

Dani declinó la oferta, cosa que no me sorprendió.

No obstante, Víctor dijo:

—Yo he quedado allí con unos colegas, pero gracias.

Tras picar algo para cenar, Paula y yo fuimos a mi casa a ducharnos y arreglarnos.

Cerca de dos horas más tarde, el Parque del Oeste se desplegó ante nosotras como un territorio lleno de vida y energía. A medida que nos adentrábamos, notamos cómo la atmósfera se transformaba.

Jóvenes de diferentes estilos se agrupaban en pequeñas comunidades alrededor de mantas extendidas sobre el césped. El bullicio de risas, charlas y el tintineo de vasos resonaba en el aire.

En uno de los grupos cercanos, un conjunto de chicos y chicas compartía historias mientras sostenían vasos de plástico llenos de diversas bebidas. El olor de la hierba recién cortada se mezclaba con la fragancia de perfumes, colonias y otras sustancias que no me apetecía probar aquel día.

A lo lejos, la luz de las farolas intercalada con la de los teléfonos móviles creaba un mosaico luminoso.

El ruido de la música emergía de altavoces portátiles estratégicamente colocados.

Las canciones variaban desde ritmos animados hasta baladas melódicas, dependiendo del grupo que controlaba el dispositivo de sonido. La música competía con el murmullo general, pero, de alguna manera, contribuía a crear una armonía peculiar.

Paula y yo encontramos un espacio entre grupos de amigos y nos acomodamos en el césped, observando el trasfondo de risas y conversaciones. La diversidad de estilos era evidente: algunos vestían con extravagancia y colores llamativos, mientras que otros optaban por la sencillez y la comodidad.

El catálogo de bebidas era variado. Desde cervezas enlatadas y botellas de refrescos hasta combinados en vasos de plástico.

Paula, siempre efervescente, comenzó a charlar animadamente con algunos chicos del grupo cercano mientras llegaban sus amigos. Yo observaba el dinamismo del parque, disfrutando de la mezcla de personas que convergían para compartir risas y buenos momentos.

Pablo, Laura y David no tardaron en llegar.

Me acomodé en el césped, observando a mi alrededor mientras Paula se sumergía en una animada charla con los recién llegados. La música continuó de fondo, y el bullicio del parque se mantuvo constante. Me sentí

un tanto fuera de lugar, como si estuviera observando un mundo al que no terminaba de pertenecer.

—¡Chicos, esta es mi amiga Sira! Sira, ellos son Pablo, Laura y David.

Asentí con una sonrisa forzada, saludando tímidamente mientras mantenía mi vaso de plástico en la mano. Paula se sumió de nuevo en la conversación, y observé cómo todos parecían conocerse bien. Me pregunté si podría encontrar mi espacio en ese grupo tan animado.

—Oye, ¿habéis visto a Carlos y los demás? Dijeron que estarían por aquí —le preguntó Pablo a Paula.

—Deben estar por allí, aunque no los hemos visto. Seguro que se están preparando para la gran noche —contestó Paula sonriendo.

David me miró.

— ¿Y tú, Sira? ¿Cómo has acabado en este sarao?

Sonreí nerviosa.

—Paula, que sabe insistir como la que más. Si la dejo tirada me mata.

Los cuatro rieron.

—¡Buena elección! —exclamó Laura—. Estos planes improvisados son los mejores.

Asentí, intentando integrarme en la conversación. Sin embargo, una inquietud persistente flotaba en mi mente. No estaba acostumbrada a ese tipo de encuentros espontáneos, y la multitud y la música alta empezaban a incomodarme, cosa que debió notar mi amiga.

—¿Estás bien? Tranquila, Sira, en un rato nos movemos. Después de unos tragos aquí, nos vamos a algún pub a bailar.

Sonreí débilmente.

—Vale, suena bien.

Aunque Paula intentaba que me sintiera cómoda, la tensión persistía. Me preguntaba si realmente encajaba en ese grupo tan extrovertido y diverso. La idea de ir a un pub a bailar me emocionaba, pero la atmósfera del parque no acababa de conquistarme.

Intercambié la cuenta de Instagram con sus amigos, manteniendo una conversación animada y moviéndonos al ritmo de la música y me sentí algo mejor.

No obstante, la armonía se vio interrumpida por la llegada de tres individuos con actitud desafiante. La música parecía bajar su volumen en respuesta al ambiente tenso que se creó. Preocupada, miré a Paula.

—¿Qué hacéis aquí, chicas? Este no es vuestro sitio —dijo uno de ellos, con una sonrisa arrogante.

Sentí la incomodidad crecerme en el pecho.

—Estamos aquí para divertirnos, como todos. ¿Y a vosotros qué os importa? —respondió Paula con determinación.

Los chicos se rieron, y uno de ellos hizo un comentario desagradable acerca del color de mi piel.

—¿Eres imbécil? —le espetó David.

—Sí, ¿qué problema tienes? —le increpó Laura. Paula y yo nos miramos. Mi amiga era la más atrevida de las dos, pero no pensaba quedarme callada.

—Mi problema es la gente como ella —contestó de forma despectiva el chico, mirándome.

No sabía si en su mirada había repugnancia, asco o simple racismo.

—¿De verdad? Pues mi problema es toparme con capullos como tú —le espeté de malas formas—. He nacido aquí, si te molesta, háztelo mirar.

—¿De qué vas, tía? —Se acercó a mí como si fuera un gigante y yo un ser diminuto.

En ese momento, un cambio repentino en la dinámica del parque captó la atención de todos. Víctor, quien parecía haber sido invocado, se acercó con decisión, apareciendo en escena y consiguiendo que mi corazón trotara todavía más rápido, si es que eso era posible.

No sabía cómo lo hacía, pero solía estar en los momentos más oportunos.

—Eh, tío, ¿hay algún problema? —le preguntó con una mirada intensa.

Paula y yo nos miramos, respirando algo más tranquilas.

Desde luego, esos tipos habían conseguido amargarnos un poco la noche, sobre todo el abusón que se había metido conmigo.

Los chicos, al notar su presencia, retrocedieron un paso, pero el idiota que me había increpado no pareció acobardarse.

—Métete en tus asuntos, soplapollas.

Víctor tensó la mandíbula, pero pasó del imbécil y se acercó a nosotras.

—¿Estáis bien? —nos preguntó.

—Sí, no pasa nada, tranquilo.

—¡Claro que pasa! Ese gilipollas se ha metido con Sira —dijo Paula, y la maldije.

¿Es que no podía quedarse calladita?

Odiaba los conflictos, lo único que deseaba en ese momento era marcharme de allí, sobre todo ahora que los idiotas nos estaban ignorando y parecían querer marcharse.

Ya sabía yo que no debía acudir a aquel lugar, mi intuición no se equivocó.

—¿Cómo?! —exclamó Víctor—. Esperadme aquí.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Paula. Ya podía observar el miedo en sus ojos.

—¡Víctor! —le llamé, pero ya parecía ser demasiado tarde.

—¿Tía, qué...?

—¿Es que no podías callarte?

—¡Eh, tú, gilipollas! —escuché que le gritaba al abusón.

## 30

### Víctor

El Parque del Oeste se desplegaba ante nosotros como un lienzo nocturno lleno de promesas y emociones compartidas.

Mis amigos y yo nos instalamos en el suelo, rodeados de risas y el inconfundible tintineo de vasos plásticos.

La música nos envolvía, contribuyendo a crear esa atmósfera única que solo las noches de verano podrían brindar.

La diversidad del grupo agregaba un toque especial al encuentro. Historias y anécdotas se sucedían.

Mis relatos, matizados por ese tono enigmático que me caracteriza, añadían un aura de misterio a la noche.

Las bebidas fluían de mano en mano, y cada risa compartida parecía forjar lazos más sólidos. En ese momento, el Parque del Oeste se convertía en una pequeña utopía, un espacio donde las preocupaciones diarias quedaban suspendidas y la camaradería reinaba.

Entre charlas y miradas furtivas, no pude evitar que mi mente divagara hacia Sira y Dani.

Recordé la escapada a la playa de Torrevieja, donde el murmullo del mar seguramente les sirvió de banda sonora para confidencias.

Pensé en la complicidad que se había ido construyendo entre ellos y cómo esa relación me afectaba, aunque no se lo hubiera contado a nadie.

Sira, la chica que me atraía aunque me empeñara en lo contrario, y Dani, mi hermano, dos piezas en aquel complejo rompecabezas, habían vivido momentos intensos en ese rincón de Torrevieja.

Y aquel fin de semana fue uno de los que más me había comido la cabeza.

¿Qué habrían hecho allí solos?

Solo de pensarlo se me revolvían las tripas, pero ¿qué podía hacer?

Yo, con mi mochila a la espalda y mis problemas, era un cero a la izquierda.

Sin embargo, Dani tenía todo lo que Sira podía querer en un chico.

Mucha alegría, mucha inteligencia, cero traumas, cero problemas.

¿Qué podía ofrecerle yo?

Sonreí con amargura, y mientras la noche avanzaba, me sumergí en la energía del Parque del Oeste, pero una pequeña chispa de melancolía no paraba de filtrarse en mis pensamientos.

Sira, que estaba también en aquel lugar junto a Paula, aunque no las hubiera visto todavía, no salía de mi cabeza.

Me puse otra copa y traté de librar a mi mente de ella.

Era consciente de que Sira se había convertido en mi punto débil, en esa luz que iluminaba rincones de mi ser que prefería mantener en penumbra, a pesar de no pasar tanto tiempo con ella como me gustaría.

Entre sus exámenes, las salidas con Dani y Paula y los encargos que había empezado a tener, no había tenido otra oportunidad de poder hablar con ella y pasar un rato agradable.

A veces me daba por pensar que quizá era más una obsesión que otra cosa.

Lo que fuera, con tal de no reconocer que quizá me estaba pillando de ella sin querer, porque ¿cómo iba a elegir amar a alguien si no sabía ni quererme a mí mismo?

Mientras la noche avanzaba, me sumergía en la camaradería del grupo, pero la atracción magnética hacia Sira persistía, como un hilo sutil que conectaba nuestras historias.

¿En qué parte del parque estaría?

Entre amigos, risas y complicidades, mi mente divagaba, explorando los límites de esa conexión especial que, de alguna manera, me convertía en espectador y protagonista al mismo tiempo, de una historia más compleja de lo que podía imaginar.

El alcohol me afectaba, y sentía la cabeza a punto de estallar, por lo que avisé a mis amigos de que iba a dar un garbeo por el lugar.

Pronto, el bullicio del punto donde me había establecido con mis amigos se desvaneció a mi alrededor cuando mis pasos me llevaron hacia donde se encontraba Sira.

Qué brujería, joder.

O quizá es que iba más bebido de lo que me gustaría admitir.

El caso es que las encontré, y a lo lejos vislumbré la tensión en el aire.

Un nudo en mi estómago que anunciaba problemas me apretó las tripas.

Al acercarme, vi a Sira y a Paula rodeadas por la presión de un individuo irrespetuoso, su presencia desbordando arrogancia.



Mis sentidos se agudizaron, y el pulso en mis sienes marcó el compás acelerado de mi irritación.

—Eh, tío, ¿hay algún problema? —le pregunté con una mirada intensa.

Los chicos, al notar mi presencia, retrocedieron un paso, pero el subnormal que parecía ser el problema no pareció acobardarse.

—Métete en tus asuntos, soplapollos.

Tensé la mandíbula, pero pasé de él y me acerqué a las chicas. No me apetecía meterme en problemas, no delante de Sira, mi pretensión no era joderle más la noche.

—¿Estáis bien? —les pregunté.

—Sí, no pasa nada, tranquilo —me contestó Sira.

Al llegar junto a ellas, la expresión preocupada de Sira me impactó de lleno. Su mirada reflejaba una mezcla de incomodidad y tensión, como si estuviera atrapada en una situación que preferiría evitar.

—¡Claro que pasa! Ese gilipollas se ha metido con Sira —dijo Paula.

Aquellas palabras resonaron como un zumbido molesto en mis oídos, y la necesidad de intervenir se apoderó de mí.

—¡¿Cómo?! —exclamé—. Esperadme aquí.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Paula. Ya podía observar el miedo en sus ojos.

Claro, es que la teoría de que no quería problemas era muy fácil.

No obstante, la práctica era otra cosa.

El tiempo pareció ralentizarse mientras me aproximaba a la escena. Mis puños se cerraron instintivamente, y la adrenalina fluyó por mis venas, alimentando una furia contenida.

El deseo de proteger a Sira, de defenderla de aquel desagradable episodio, se apoderó de mi ser.

—¡Víctor! —oí que Sira me llamó, pero ya era demasiado tarde.

—¡Eh, tú, gilipollas! —le grité al abusón, quien se giró, observándome.

Aquella mirada avivó la llama de mi determinación.

Antes de que pudiera reaccionar, mi puño se liberó con una fuerza que canalizó toda la indignación acumulada sobre su cara. El impacto resonó en el aire, y el idiota se tambaleó hacia atrás, sorprendido por mi repentina reacción.

En aquel instante, mi mente se despejó, y el sonido del golpe se mezcló con el murmullo distante del parque. La satisfacción de proteger a Sira se

entrelazó con una sensación de alivio, como si hubiera liberado una presión contenida.

Me di la vuelta y la miré, y en su rostro, aunque aún se percibía el rastro de la incomodidad, también vislumbré un destello de agradecimiento. El gesto había sido impulsivo, una respuesta visceral a la necesidad de preservar su tranquilidad.

Un instante de calma entre el caos que acababa de sembrar, porque el chico me golpeó por la espalda y terminé enzarzado en una pelea que no duró más que un par de puñetazos más.

Mi nariz sangrando.

Su labio partido.

Un corte sin importancia en mi mano por un vidrio roto al caer al suelo.

Después, las sirenas de la policía.

En medio de la noche en el Parque del Oeste, la confrontación cesó con los pasos nerviosos de la gente a nuestro alrededor, y el individuo arrogante se retiró con un rastro de humildad forzada. Aunque el episodio había concluido, la tensión se disolvía lentamente, dejando un eco de satisfacción en mi interior por haber defendido a Sira de aquel desagradable encuentro, aunque me hubiera llevado un par de golpes a cambio.

Después de aquel jaleo nos marchamos, ya habíamos tenido suficiente.

Paula no quería irse a casa, así que sus amigos se ofrecieron a quedarse un rato más con ella, tomando algo en algún lugar lejos de allí, y Sira y yo emprendimos el camino juntos hacia la urbanización.

## 31

### Sira

La puerta de la casa de mis vecinos se cerró tras nosotros, dejando atrás la tensión del Parque del Oeste.

No nos habíamos dirigido la palabra en todo el trayecto, pero nos sentimos agradecidos por la mutua compañía.

Respiré aliviada al ver que estábamos a salvo, aunque mi corazón aún latía con fuerza debido a la confrontación que acababa de presenciar.

Paula se había quedado con sus amigos y Víctor y yo nos habíamos retirado, había sido suficiente.

Víctor, con la mirada fija en el suelo, avanzó hacia el sofá, donde se dejó caer con un suspiro.

Dani debía estar durmiendo y yo tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder dormir.

Me senté a su lado y, con el ceño fruncido, observé con atención las heridas en su rostro, fruto de la pelea que acababa de protagonizar para protegerme.

¿A quién se le ocurría?

Incluso se había hecho un pequeño corte en una de sus manos al caer al suelo.

Claro que me había aliviado que apareciera para decirle a ese imbécil cuatro cosas, pero yo sola me había defendido y, aunque agradecía el gesto, ¿era necesario partirse la cara por mí?

—¿Qué demonios estabas pensando, Víctor? —le espeté, la preocupación mezclada con el enfado en mi tono de voz—. ¿Acaso no te das cuenta de que podrías haberte hecho mucho daño?

Él levantó la vista, encontrándose con mis ojos. En su mirada percibí una extraña mezcla de determinación y vulnerabilidad. A pesar de mi enfado, algo en su expresión me hizo replantearme el tono de mi reprimenda.

No podía obviar lo guapo que era a pesar de tener la nariz ensangrentada en esos momentos. Tampoco la sensación que tenía por dentro cada vez que lo tenía cerca.

—Sira, lo siento. No podía quedarme ahí sin hacer nada mientras ese tipo se metía contigo —musitó Víctor, desviando la mirada hacia el suelo.

—No soy una pobre princesa a la que hay que rescatar —le dije, después me crucé de brazos, necesitaba disimular como fuera que el tono de su voz me estaba erizando la piel.

¿Qué diantres me pasaba con ese chico?

¿Cómo era capaz de hacer a mi cuerpo reaccionar de esa manera?

Víctor bufó.

—Que vale, que sí, que siempre la cago. Ya está —dijo llevándose los dedos de una de sus manos al tabique de la nariz.

Lo miré de soslayo, torció el gesto en un rictus de amargura.

—¿Te duele? —le pregunté.

Él asintió.

—¿Hay botiquín en el baño?

—Sí, mi madre es enfermera, ¿recuerdas? —dijo intentando sonreír, debían molestarle bastante los golpes.

—Vamos.

Sin pensarlo, lo cogí de la mano y nos encaminamos hacia el baño.

La electricidad vibraba entre nuestros dedos entrelazados.

Víctor se sentó sobre la tapa del Wc.

Me arrodillé frente a él, centrando mi atención en limpiar las heridas de su cara.

Las yemas de mis dedos trataban con delicadeza las marcas de la confrontación, mientras las palabras de Víctor resonaban en el cuarto de aseo, rompiendo el silencio entre nosotros.

—¿Vas a estar enfadada demasiado tiempo? —preguntó y yo me puse de pie de nuevo.

Con un algodón impregnado de yodo en la mano, suspiré. Después seguí dando pequeños toques sobre su nariz.

Ya había retirado la sangre seca con un poco de agua, tras examinar el corte de su mano, que sangraba un poco, pero no parecía muy importante.

—No quiero que te hagas daño por mi culpa, Víctor. No deberías haber peleado por mí de esa manera —admití, suavizando mi tono—. Pero gracias. Gracias por estar ahí.

Víctor centró sus ojos en los míos, y en ese instante, algo cambió en el aire.

La conexión entre nosotros se volvió palpable, como si un entendimiento mutuo se hubiera forjado en el calor de la pelea.

—¿Te importa?

—¿El qué? —pregunté, centrada en sus heridas.

—Lo que me pase. Porque a mí sí me importa lo que te pase a ti, por eso he reaccionado así.

Dejé la mano suspendida en el aire y mis pupilas atravesaron las suyas.

—Era Dani quien debía haber reaccionado así, no tú —dije con un poco de desdén sin poder evitarlo.

Víctor hizo una mueca.

—Así que supongo que estás más enfadada porque no soy Dani, que por haberle partido la boca al tonto ese.

Apreté más de la cuenta sobre la herida de su nariz y él, en un movimiento por inercia, llevó sus manos a mi muslo y se aferró a él.

Se quejó, pero casi no le escuché, estaba demasiado concentrada en el vuelco que había dado mi estómago al sentir el roce de sus dedos.

Cerré los ojos un momento.

Solo un momento.

Mi vértice ardía solo con esa ínfima caricia.

¿Qué era aquello?

—Di algo —me apremió Víctor, pues me había quedado callada.

Mis ojos se abrieron de golpe.

—Supongo que... —carraspeé— tienes razón, pero me preocupas, eso es todo.

—Pues no deberías... me cuido solo —dijo.

Comenzó a mover las yemas de sus dedos en mi piel.

—Eso no implica que tengas el deber de cuidar a los demás de esa forma —dije a duras penas.

Una burbujeante sensación me estaba invadiendo.

¿Qué maldito poder tenía en las manos, en los dedos, en la piel?

—Mira, Sira... —dijo poniéndose de pie. Me sacaba algunos centímetros— puedes pensar lo que quieras, pero si crees en algún momento que me quedaría quieto si alguien te molesta, estás muy equivocada.

Su rostro estaba cerca del mío, yo tenía la respiración entrecortada.

Me llegaba el aroma de su colonia y del yodo que había impregnado en su piel.

Tragué saliva.

—Ya te he dado las gracias —susurré.

Mis ojos bajaron a su boca, los suyos hicieron lo mismo con la mía.

Sin decir palabra, Víctor salvó las distancias entre sus labios y los míos. Fue un instante efímero, pero cargado de significado, como si aquel gesto hubiera sellado algo importante entre nosotros.

Fue entonces cuando Dani tocó estruendosamente la puerta del baño.

Nos separamos de forma rápida, y en el silencio que siguió, nuestras miradas se cruzaron con complicidad.

La pelea en el parque había dejado su huella, pero también había revelado un vínculo inesperado que nos unía.

En ese momento, en la intimidad del cuarto de aseo, comprendí que las emociones que fluían entre nosotros eran más complejas de lo que hubiera imaginado.

Me atraía como un imán.

Aquella aura que lo caracterizaba y su dolor interior, ante mis ojos lo hacían irresistible.

Su humor sarcástico como escudo protector.

Reservado.

Enigmático.

Sentí en ese instante que deseaba reparar todas y cada una de sus heridas, y no solo las físicas.

Enseñarle que alguien podía quererle por lo que era y no abandonarlo nunca.

Debía estar volviéndome loca...

Completamente loca.

Porque Dani era mi novio.

Y Víctor... Víctor era su hermano.

—¿Ya habéis vuelto? ¿Qué hacéis? ¿Estás bien, Sira? —preguntó Dani, preocupado, mientras se acercaba a mí.

Mi burbuja se pinchó con su presencia y, de algún modo, sentí rabia.

Pero ¿qué me pasaba? No podía comprenderme.

Asentí con una sonrisa forzada, tratando de disimular el temblor en mis manos. Me dirigí hacia Víctor, cuya postura denotaba el peso de la situación en sus hombros.

—Yo me voy al sobre —murmuró Víctor, intentando alejarse de la situación y de nosotros.

—Eh —Dani lo cogió por el brazo—, ¿qué te ha pasado en la cara?  
Víctor y yo nos miramos durante un instante.

—Nada, un gilipollas... —contestó sin muchas ganas.

—Pero ¿estás bien? ¿Todo bien? —preguntó Dani preocupado.

—*Sip*. —Víctor metió las manos en sus bolsillos y se balanceó hacia delante y hacia atrás sobre sus talones—. Llévate a Sira a descansar. Ponle un turro sobre ciencia para que se relaje y duerma del tirón.

Me guiñó un ojo y se marchó del baño. Instantes después escuché cerrarse la puerta de su habitación, mientras Dani me acompañaba a la suya.

Aquel día fue la primera vez que deseé pasar la noche en casa de mis vecinos, pero en un cuarto diferente.

## 32

### Sira

*Tercera semana de julio de 2016*

La tarde transcurría con una calidez apacible en casa de mis vecinos. El suave murmullo del ordenador de Dani resonaba en la habitación, mientras yo me sumergía en la tarea de organizar mis fotografías.

Cada imagen contaba una historia, una instantánea de momentos únicos que quería guardar de recuerdo.

Aburrida de haber mirado las fotos unas cuantas veces, y puesto que Dani estaba concentradísimo mirando no sé qué cursos de ciencia, salí al salón con la carpeta en la mano en busca de un vaso de agua.

Elena había decidido disfrutar de su tarde libre leyendo un libro, y cuando me vio salir de la habitación, lo cerró y se acercó a mí.

—¿Te aburres? —me preguntó cuando la tuve delante. Llevaba en una de sus manos una taza de infusión y el aroma dulzón llegó a mis fosas nasales.

Sonreí.

—Un poco. Ya he revisado todo esto —moví la carpeta de las fotos entre mis manos—, y Dani está demasiado liado para querer hacer algo fuera de casa.

—¿Son tus fotos? —me preguntó posando la vista en la carpeta.

Asentí con la cabeza.

—¿Puedo verlas?

—Claro.

Ambas nos sentamos en el sofá y Elena abrió la carpeta entre sus manos tras dejar la taza sobre la mesa.

—Dani quiere hacer un curso de... no sé, algo de bichos —comentó mientras sacaba una por una todas las fotos.

—Eso me ha dicho —dije, pero la verdad es que no me apetecía hablar de ello en ese momento.

Entre que era un adicto a la ciencia y los pensamientos recurrentes que invadían mi cabeza desde las últimas novedades acontecidas con Víctor, yo tampoco daba pie con bola y me sentía muy extraña.



No supe ver que todo se torcería desde aquel momento.

O no.

Según cómo se mire y la perspectiva de cada uno.

Elena se puso a mirar mis fotos en silencio y su expresión reflejó orgullo por la perspicacia con la que había capturado cada momento.

—Sira, estas fotos son como pequeñas obras de arte. Capturas la esencia de cada momento de una manera tan única que parecen cobrar vida —comentó, su tono reflejando la genuina admiración por mi trabajo.

Agradecí sus palabras con una sonrisa, pero mi mente divagaba hacia la conversación que habíamos mantenido días atrás. Había compartido con ella mis deseos de aprender más sobre fotografía, de explorar nuevas técnicas y estilos. Aquella charla había sido un paso crucial, una afirmación de mis aspiraciones y de lo que pretendía lograr con mi pasión.

En ese momento, la puerta de la habitación de Víctor se abrió y él emergió con la energía vibrante que le caracterizaba, llevando consigo latas de spray para meterlas más tarde en una mochila.

Observar su presencia despertó un galimatías de emociones en mí: intriga, curiosidad y una creciente conexión que estaba lejos de entender por completo.

Habíamos estado a punto de besarnos días atrás. ¿Acaso me había vuelto loca? ¿Y él? ¿Nos habíamos vuelto locos los dos?

Nos saludó con un movimiento de cabeza y fue a la cocina a por algo de comer, lo supe porque escuché cómo abría la despensa y rebuscaba en ella.

Elena y yo nos quedamos en el salón, la taza de infusión aún desprendiendo su cálido aroma. Fue entonces cuando me sugirió algo que me podría abrir nuevas puertas creativas.

—¿Has considerado explorar el estilo urbano en tus fotos? —preguntó Elena con un brillo de anticipación en sus ojos—. Podrías acompañar a Víctor mientras pinta y capturar algunas imágenes fascinantes.

La sugerencia resonó en mi mente como una sinfonía de posibilidades. La fusión entre el arte de Víctor y mi amor por la fotografía se vislumbraba como un territorio inexplorado, lleno de oportunidades para la creatividad.

Asentí con entusiasmo, contemplando la perspectiva de descubrir nuevos horizontes a través de mi lente y, quién sabe, tal vez llegar a comprender mejor el enigma que era Víctor.

No supe cuán peligroso era acercarme a él hasta que lo viví en mis propias carnes.

## 33

### Víctor

*Tercera semana de julio de 2016*

La tarde se extendía con una serenidad que solo la creatividad urbana podía ofrecer.

A mi lado, Sira caminaba con la cámara en la mano, lista para capturar los trazos de color que darían vida a las grises paredes de la ciudad.

La perspectiva de compartir esta experiencia artística con ella generaba un nudo de emociones dentro de mí, especialmente después de aquel encuentro cercano en el baño una semana atrás.

Mi madre, que era una lianta.

Si ella supiera todo lo que pasaba en el fondo de mi pecho...

—¿Puedo acompañarte? —me había preguntado Sira cuando faltaban algunos instantes para marcharme—. Tu madre cree que puede ser buena idea tener algunas fotos de arte urbano.

—Eh... —dudé un momento, solo uno— claro. ¿Por qué no?

¡Por supuesto! ¿Por qué no tener la tentación más cerca?

Ya se me había ido la olla completamente hace unos días, cuando traté de besarla.

A Sira.

A la novia de mi hermano.

En la vida pensé que me pasaría esto, pero debía estar tarado.

Si no, no me lo explicaba.

—¿Te parece bien aquí? —pregunté, señalando la pared que elegí cuando llegamos a la zona.

—Sí, perfecto —respondió ella, ajustando la configuración de su cámara. —¿Cómo quieres empezar?

La brisa llevaba consigo la esencia de la pintura y los matices de un anhelo silencioso. El arte nos rodeaba, pero también la tensión de aquel encuentro reciente que aún resonaba en el aire.

—¿Algún color en particular que prefieras? —pregunté, intentando desviar mi mente hacia la tarea que teníamos entre manos.

—Sorpréndeme —dijo ella con una sonrisa juguetona.

Lo que yo pensaba... Maldita tentación.

Sonreí ante su respuesta, tomando una lata de spray y dejando que la creatividad fluyera con cada pulsación. El sonido característico de la pintura liberándose marcaba el compás de nuestra colaboración.

Miré de reojo a Sira, que parecía sumida en el momento, enfocada en el objetivo de su cámara. ¿Qué pensaría de todo esto? ¿Habría sentido algo parecido a lo que bullía en mi interior?

Aunque la pelea con el abusón había quedado atrás, las secuelas físicas aún se hacían notar en mi rostro. Un par de moratones decoraban mi piel como vestigios de un enfrentamiento que, aunque necesario, había dejado sus huellas.

El corte de mi mano ya estaba en perfectas condiciones.

Observé la superficie pulida y, por un instante, me pregunté si aquellas marcas serían perceptibles a través del ojo agudo de Sira.

Las latas de spray vibraban en mis manos, y cada pulsación liberaba un arco iris de pigmentos sobre la pared desnuda. El arte fluía desde mi mente hasta la superficie de cemento, llevando consigo la esencia de mis emociones.

En mi lienzo urbano, la sinfonía de colores se desataba, narrando historias silenciosas que solo los corazones atentos podrían descifrar.

¿Sería atento el corazón de Sira?

Comencé con trazos audaces de negro, delineando contornos que cobraban vida propia. Las líneas se entrelazaban en un juego caótico, representando la complejidad de los sentimientos que burbujearan en mi interior. Cada chorro de tinta se convertía en un suspiro, en una nota musical que componía una melodía inaudible que solo parecía poder escuchar yo.

—No sabía que te gustaba el arte urbano —comenté.

—Supongo que para alguien a quien le gusta la fotografía, todo es arte. Eso decía mi madre. Me gusta la manera en que transforma el entorno, ¿sabes? —respondió ella, enfocando su cámara hacia un detalle interesante en la pared.

Después capturó el instante.

Luego, el rojo irrumpió en escena, inyectando pasión en cada movimiento. El fuego de la creatividad ardía en mis venas, y las llamas danzaban en la superficie, dejando que el espectador se sumergiera en el calor del momento. Los trazos se mezclaban, se fusionaban, como si la dualidad de la vida se manifestara en cada pincelada.

Mi mente divagó hacia la proximidad compartida en el baño. Recordé el palpitante acelerado de mi corazón, la cercanía tentadora, la intensidad de un instante que quedó suspendido en el tiempo.

¿Qué hubiera sucedido si la situación no se hubiera tornado abruptamente? ¿Si mi hermano no hubiera entrado en el baño?

La incertidumbre me carcomía, pero también la curiosidad de explorar lo que parecía florecer entre nosotros.

¿Era mala persona? ¿Era un traidor?

Dímelo tú, yo ya no sabía qué pensar ni qué hacer con lo que sentía cuando la tenía delante, cuando sabía que estaba durmiendo en la habitación de al lado con otro que no era yo.

Con Dani.

Mientras las latas de spray liberaban su contenido en un torbellino de colores, Sira se movía con destreza, inmortalizando cada trazo, cada expresión artística que surgía de mis manos. La complicidad de crear algo juntos se expandía en el aire como una conexión que iba más allá de las palabras.

—¿Cómo te metiste en esto de pintar graffitis? —preguntó Sira, curiosa.

—Bueno, desde pequeño me sentí atraído por las expresiones callejeras. Es una forma de dejar una huella, ¿sabes? —expliqué, concentrándome en los trazos.

Un suspiro escapó de mis labios mientras me sumía en la dualidad de emociones que me embargaban. La cercanía con Sira, la atracción palpable, la incertidumbre de lo que estaba naciendo entre nosotros; todo se entrelazaba en un lienzo de sensaciones que, por primera vez, me encontraba dispuesto a explorar a pesar de todo lo demás.

El arte y la conexión, dos formas de expresión que convergían en un instante fugaz, pero que podían dejar una huella imborrable en el lienzo de nuestras vidas.

El azul llegó con la calma, un respiro en medio de la vorágine de emociones. Las olas de tinta se extendían, formando un océano de tranquilidad en el lienzo urbano. Cada rincón de la pared se convertía en un reflejo de la complejidad humana, donde la tormenta y la serenidad coexistían en perfecta armonía.

Sin embargo, en el trasfondo de esta revelación, una sombra de conflicto se insinuaba.

La consciencia de que mi hermano Dani estaba saliendo con Sira añadía un matiz de complejidad a mis sentimientos. Una dualidad palpable entre la atracción creciente hacia Sira y el compromiso de respetar la relación de mi hermano y, por ende, nuestra relación fraternal.

Aun así, estaba casi decidido a enfrentar estas emociones, sabiendo que el lienzo de la vida a menudo se pinta con colores impredecibles.

Finalmente, el blanco se deslizó sobre la composición, como un lienzo vacío que invitaba a nuevas posibilidades.

En este último acto, la pureza del color se desplegó, cerrando el ciclo de emociones que había vertido en la pared. Cada aerosol lanzado era una afirmación, un grito silencioso en el paisaje urbano.

El tiempo había pasado, y el sol comenzaba a despedirse en el horizonte, dejando que la luz dorada acariciara nuestras creaciones y las lentes de la cámara. Fue en ese momento, cuando el silencio compartido hablaba más que las palabras, que me encontré de nuevo sumergido en mis reflexiones internas.

La obra había tomado forma, una amalgama de colores y formas que contaban una historia única. Mi arte, expresado en graffiti, transcendía el simple acto de pintar paredes; era la materialización de mis pensamientos, mis sentimientos y, de alguna manera, mi conexión con Sira.

En ese mural, entre los trazos y las sombras, quedaba un rastro de la complejidad de mi mundo interior.

—Víctor, esto es increíble —comentó Sira, admirando el mural conjunto.

Después sacó unas cuantas fotos y me miró, parecía ilusionada y contenta.

Nuestros ojos se encontraron, y la complicidad de la tarde se desbordó en un momento decisivo.

La conexión que se había forjado entre nosotros, entre aerosoles y cámaras, parecía querer revelar algo más profundo.

Fui totalmente consciente de que lo que estaba surgiendo entre Sira y yo iba más allá, un arte en sí mismo que aún estaba por explorar.

Sonreí y dejé la última lata de spray sobre el asfalto.

Después la miré de forma intensa.

—Me estoy volviendo loco, Sira.

Ella parpadeó varias veces, guardando lentamente la cámara en la funda.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Suspiré.

—Llevo... semanas, meses, intentando no acercarme a ti —confesé.

—¿Cómo?

Sonreí, aunque de forma amarga.

—¿Crees que es buena idea que pasemos tiempo a solas? —le pregunté.

—¿Por qué no habría de...?

—Porque cuando te tengo delante siento que se me va a salir el corazón por la boca —la interrumpí acercándome a ella—. Y ya no sé si es normal o si está mal que sienta lo que siento. Y me va a explotar la cabeza y...

Ella se acercó a mí y posó una de sus manos sobre mis labios, haciendo que guardara silencio.

Cerré los ojos ante su contacto.

Su piel temblaba, mis piernas también.

Abrí los ojos y contemplé los suyos, que estaban clavados sobre los míos.

Tragó saliva y el calor de su respiración llegó hasta mi cara.

—No puedo estar cerca de ti, si... —intenté decir.

—¿Si qué?

—Si no te puedo tener —susurré sobre su boca.

—Yo...

Cogí sus manos entre las mías.

—Estás con Dani, ya lo sé. ¡Joder, ya lo sé! —Solté sus manos y me revolví el pelo, mirando al cielo.

—No estás loco, Víctor —dijo entonces ella, obligándome de algún modo a mirarla de nuevo.

—¿Qué?

—No estás loco porque yo siento lo mismo que tú.

## 34

### Sira

—No estás loco porque yo siento lo mismo que tú.

Venga, hasta luego.

Dime que la estás cagando sin decirme que la estás cagando.

Que alguien me cerrase la boca.

Y el corazón.

Y las piernas, que me temblaban como flanes.

Y todo.

Pero ¿por qué no me quedé calladita? ¿Por qué?

Ahora que ha pasado el tiempo y lo miro con perspectiva, supongo que no pude evitar confesar esos sentimientos tan locos y repentinos que tenía por Víctor, porque ya estaba enamorada y tenía la edad perfecta para equivocarme.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Víctor tras tragar saliva.

—Que a mí también me tiemblan las piernas cuando te veo, cuando me miras, cuando nuestros cuerpos se rozan sin querer en los pasillos de tu casa, en la cocina y...

Sujetó mi rostro entre sus manos.

Mi corazón subiendo por la garganta en tres, dos...

Mis bragas no necesitaban cuenta atrás, ya se habían derretido hace rato.

—Dime qué hago —susurró sobre mis labios— para sacarte de mi cabeza, porque tanto tú como yo sabemos que esto no puede ser.

Se separó de mí y yo asentí con la cabeza.

—Lo sé.

—Por varias razones —añadió él.

—Dani es tu hermano, yo estoy con él y...

—Y yo no quiero romperte, Sira.

Arrugué el ceño, no entendía qué quería decirme.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no? —le dije, cruzándome de brazos.

Estaba loca.

Ya está.

¿Cómo que eso tendría que decidirlo yo? Ahora me miro desde la distancia y alucino con esa actitud, pero de algún modo también siento

ternura al recordar cómo me dejé llevar por lo que los latidos de mi corazón dictaban.

Víctor negó con la cabeza.

—No, no quiero hacerte daño, esa es otra de las razones por las que he intentado alejarme de ti. Sin éxito, claro...

—Si me haces daño es problema mío, Víctor —le dije cogiendo sus manos con las mías.

—Esto no está bien —dijo tragando saliva.

—Depende de la perspectiva —contesté totalmente embriagada por su presencia, por todo aquello que me transmitía.

El olor a pintura debía haberme colocado, estaba segura.

O quizá lo que sentía era tan arrollador, tan inmenso en ese momento, que no me dejaba pensar con claridad.

—Solo una vez... Sira —Una de las manos de Víctor apretó mi trasero, con la otra me sujetó de la nuca y atrajo mi rostro hacia el suyo.

—Solo una vez —susurré a punto de rozar mis labios con los suyos.

Después, mi pecho estalló como si se hubiera roto en mil fragmentos y todos hubieran salido volando a través de mis costillas.

Sus labios eran mullidos y pronto su lengua invadió mi boca, impregnando todo su sabor en mi saliva.

Con sus dedos, apretaba mi cuerpo como si no quisiera soltarme nunca más.

Sentí todo y sentí nada al mismo tiempo.

Tanto, que no pude ni siquiera encontrar una explicación lógica.

Entonces supe que eso sí era amor.

El estallido.

Los fuegos artificiales.

Esa explosión en el alma que hace que no quieras estar con nadie más.

Qué bien besaba, Dios.

Era el mejor beso que jamás me habían dado.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban de una forma especial al mirarnos.

—¿Y ahora qué? —preguntó en voz baja.

Me mordí el labio, seguramente rojo por la fricción del beso.

Me encogí de hombros.

—Solo una vez —dije.

—Solo una vez —repitió él, asintiendo con la cabeza.



Pero, obviamente, ambos mentimos al pronunciar aquellas palabras.

Volvimos a casa de la mano, Dani me había mandado un mensaje para que me quedase a cenar.

Había observado a Víctor durante toda la tarde, sumido en su pasión artística y no pude evitar sentir una atracción hacia él, eso era un hecho.

Cada rasgo de su personalidad, cada detalle de su arte, me resultaba fascinante.

La intensidad con la que abrazaba la vida, su independencia y la chispa que encendía en su interior, todo eso se manifestaba en cada trazo de pintura.

Me gustaba su personalidad, me había encandilado a grandes niveles.

Y cómo besaba...

Y qué guapo era...

¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde tenía la cordura?

Al regresar a casa, la dualidad que se había asentado en mi pecho, se acentuó.

Dani estaba en la cocina preparando la cena, una melodía suave de fondo acompañaba sus movimientos.

—¿Qué tal las fotos? —preguntó—. ¿Han quedado chulas?

Me dio un beso en los labios y yo tragué saliva.

—Sí —respondí al borde del espasmo.

¿Qué has hecho, Sira? ¿Qué mierda has hecho?

—Luego las vemos. —Sonrió.

—Claro.

La familiaridad de su presencia, la conexión que habíamos construido juntos, contrastaba con la frescura y novedad que Víctor había traído a mi vida.

Me encontraba dividida entre dos mundos, dos chicos que, de manera única, habían dejado huella en mi corazón. Mis emociones bailaban en el filo de esa dualidad, donde el magnetismo de Víctor se entrelazaba con la estabilidad y la calidez que Dani ofrecía.

Mientras compartíamos la cena, la risa y las historias familiares, me preguntaba cómo encontrar un equilibrio entre dos polos opuestos.

Tenía un dilema, un reto que me pedía explorar mi propio ser y comprender qué significaba cada conexión en mi vida. En ese momento, entre las risas y los sabores compartidos, me sumergí en la complejidad de

mis sentimientos, tratando de descifrar el puzzle emocional que mi corazón me presentaba.

Era la peor persona del mundo por hacer lo que había hecho, pero... nunca mi corazón había latido así.

No obstante, el destino siempre es caprichoso y, casi siempre, toma las decisiones por nosotros.

Los últimos días de julio pusieron en bandeja aquel giro inesperado en mi vida que sembró todo lo que sucedió después.

## 35

### Sira

Dani estaba en su habitación, concentrado en el ordenador, cuando entré junto a Elena. Habíamos estado viendo juntas las últimas fotos que había hecho de los graffitis de Víctor y Elena estaba que daba saltos, sobre todo porque en algunas salía su hijo y salía muy guapo.

¿Qué iba a decir yo si esas fotos eran mías? ¡Claro que salía guapo!

Dani levantó la mirada y sonrió al vernos.

—Dani, mira qué fotos. Mira a tu hermano... —dijo Elena tendiéndole a Dani las fotografías.

Él posó los ojos apenas unos segundos sobre ellas y dijo:

—Vaya, son buenas.

—¿Qué haces, señor científico? —le pregunté de manera cariñosa, porque los últimos días atrás me había mostrado con él bastante distante y se había dado cuenta.

No podía contarle la verdad, lo destrozaría.

Solo había sido una vez.

Solo una.

Mejor guardar silencio y que no se volviera a repetir.

—¿En qué mundo de moléculas y fórmulas te encuentras ahora? —preguntó Elena mirando la pantalla del ordenador.

Dani sonrió, pero en su rostro se notaba una leve preocupación. Después de todo, él también tenía sus propios planes, solo que yo todavía no lo sabía.

—¿Pasa algo? —pregunté, porque no entendía tanto silencio por su parte.

¿Me había descubierto? ¿Nos había descubierto a ambos?

Si era así, estábamos perdidos.

Dani nos haría pedacitos y, como sabía mucho de ciencias, encontraría la manera de deshacerse de nuestros cuerpos sin que nadie lo descubriera.

Y lo haría junto a su madre Elena, que encima era enfermera y...

—¡No, Dani, no lo hagas! —exclamé cuando lo vi rascarse la nuca, dubitativo.

Ay, Dios, Dios, qué fatalita estaba, qué mal me sentía, pero qué bien a la vez.

Yo qué sé, ya no sabía cómo comportarme.

—¿Que no haga el curso? ¿Por qué? —preguntó.

Apreté los labios tan fuerte que formaron una línea fina.

—¿Qué curso? ¿El curso que...? —intenté decir, pero estaba más cortada que la mayonesa que siempre intentaba hacer Tía K y nunca le salía.

—Mamá, ¿nos dejas a solas? —le preguntó Dani a Elena, quien compartió una mirada conmigo que no supe descifrar.

—He decidido hacer un curso de ciencias este verano. Será una oportunidad increíble para profundizar en el área que me apasiona —me explicó cuando su madre hubo salido del dormitorio.

Parpadeé sorprendida.

—Eso suena... interesante. Pero, ¿un curso de ciencias lo que queda del verano?

Quedaba un mes y poco para que Dani empezara las clases de la universidad y yo mis cursos de fotografía.

Creía que estaríamos juntos, que...

Dani asintió con la cabeza.

—Sí, es una gran oportunidad, Sira. Me ayudará a avanzar en mis estudios y a tener una visión más clara de lo que quiero lograr. Además, me lo han ofrecido ellos. Han visto mis calificaciones finales del bachillerato y he sacado de las notas más altas en selectividad.

Tragué saliva, después me mordí el labio.

—Eso significa que pasaremos el verano separados.

—Eso... es otra cosa de la que quería hablar.

Arqueé una ceja y contuve el aliento.

No entendía nada, ni siquiera qué sentía.

—No sé si es buena idea seguir con lo nuestro.

—¿Cómo?

En ese momento el ruido seco de un vidrio haciéndose añicos resonó en la habitación.

Ambos nos giramos hacia el lugar de donde provenía.

Ahugué una exclamación.

—La mariposa... —susurré acercándome al tarro de cristal que me había regalado Dani cuando terminamos los exámenes. Dentro había una mariposa de color azul.

—¡Joder, tío! ¡Era un ejemplar maravilloso! —exclamó Dani acercándose a coger la mariposa, ni siquiera se preocupó por los cristales.

—Lo siento, se me ha escurrido de las manos, Sira lo había dejado sobre la mesa del comedor y la necesitaba para... —intentó disculparse Víctor—. Yo lo recojo.

—¡No! —exclamé. Estaba rabiosa, no entendía todavía el motivo—. ¡Vete de aquí!

Víctor se sorprendió ante mi reacción, pero salió por patas de la habitación de Dani.

—Sira, no pasa nada... La meteré en otro tarro y ya está.

—¿A quién? ¿A la mariposa? ¿Te preocupa más la mariposa que lo que me acabas de decir?

Dani suspiró y dejó el insecto sobre su escritorio.

—Creo que esto es importante para mí, y espero que lo entiendas.

—¿Alejarte de mí? —le pregunté en un susurro.

—No lo denomines así, no eres tú.

—Claro, Dani. Tu carrera es esencial, y siempre he apoyado tus sueños —dije, pero no sin cierta amargura.

¿Qué había sido yo, un entretenimiento hasta que llegara la ciencia, el amor de su vida? ¿En qué lugar me dejaba a mí esa decisión?

Dani resopló.

—Necesito ser el mejor en esto.

—Lo entiendo. —No, no lo entendía y punto.

—Lo siento, Sira —Dani bajó la mirada—. No me había dado cuenta de lo que implicaría esto para nosotros.

—No pasa nada, lo entiendo —volví a decir, pero las palabras me quemaban en la punta de la lengua. Me sentía idiota, me sentía traicionada de una manera que era del todo ilógica.

Era yo quien había faltado el respeto a nuestra relación, pero me sentía tonta por sentir tanta culpa, cuando siempre había sabido que Dani estaba ya casado con su carrera universitaria, incluso antes de empezarla, con su colección de insectos y con sus entrenamientos en la naturaleza.

No había sitio para mí.

¿Por qué no lo vi antes?

—Sira, no quiero que pienses que te estoy dejando de lado. Esto no cambia lo que siento por ti.

Sonreí de forma triste, aguantando la desazón interior.

—Lo sé, Dani. Perdona, pero no quiero seguir aquí. Suerte con tu curso.

—Prometo que intentaré hacerlo funcionar, si en un futuro... no sé.

Me acerqué a él para abrazarlo y oler el aroma a detergente de su ropa deportiva.

¿En un futuro? ¿Cuándo? ¿Cuando ya encontrara un lugar para mí en su científica vida?

—No le des más vueltas —le dije abrazada a él.

Dio un beso en mi cuello, otro en mi cara y por último uno en mi frente.

No, Dani nunca me desearía como Víctor.

Nos quedamos abrazados unos instantes más, sintiendo el peso de la distancia que se avecinaba. Aunque entendía la importancia de perseguir sus metas, no podía evitar el sabor agri dulce de la separación.

¿Y ahora qué? ¿Debía darle las gracias al destino?

## 36

### Dani

*Principios de agosto de 2016*

Estaba a punto de marcharme a Nueva York para aprovechar la oportunidad que me habían dado ofreciéndome aquel curso de ciencias.

Si todo iba bien, me quedaría allí a estudiar en la universidad.

No voy a mentir, no estaba bien, más bien estaba destrozado por lo que había hecho con Sira días atrás.

Quizá nunca debí empezar una relación con ella. Bueno, ni con ella ni con nadie, porque siempre había tenido claro que mi carrera y mis estudios ocuparían el primer lugar en mi vida.

Me encantaba la ciencia, desde muy pequeño, y ahora debía demostrar que podía ser el mejor, para años más tarde triunfar en el mundo de la biología.

Le escribí una carta a Sira a modo de despedida, pues no cogía mis llamadas ni respondía mis mensajes desde que rompí con ella.

Tampoco me atrevía a ponerme frente a ella, porque sabía que sería capaz de cerrarme la puerta en las narices.

La escribí casi con las tripas fuera, doblé la hoja de papel, la metí en un sobre en el que puse su nombre y la colé por debajo de la puerta de su casa.

Menudo cobarde de mierda, lo sé.

Pero no se me ocurrió otra cosa mejor.

*Querida Sira,*

*Es difícil poner en palabras lo que siento en este momento, pero sé que necesitamos hablar antes de que me vaya.*

*He tomado la decisión de irme a hacer este curso de ciencias en Nueva York, aunque eso ya lo sabes. Y, a pesar de que sé que es una oportunidad increíble, también soy consciente de que, como te dije, esto podría afectar nuestra relación, por eso tomé la decisión de apartarme de tu vida, pues sé que no voy a ser capaz de darte lo que te mereces, y no sería justo.*

*Primero, quiero decirte que esta decisión no tiene nada que ver contigo.*

*Eres una persona increíble, llena de pasión y talento, y siempre he admirado tu dedicación a la fotografía y a tus sueños.*

*Nunca quise que esto se convirtiera en una especie de elección entre tú y mis aspiraciones académicas.*

*Sé que hemos compartido momentos maravillosos juntos, y esos recuerdos siempre tendrán un lugar especial en mi corazón.*

*No me voy porque ya no te quiera o porque piense que nuestra relación no es importante. Más bien, creo que necesito este tiempo para explorar otras facetas de mi vida y, con suerte, crecer como persona.*

*Entiendo que estés sorprendida y que puede que te sientas herida. No es mi intención hacerte daño, y lamento si esta decisión te ha causado algún dolor.*

*Me duele dejar atrás lo que teníamos, por mucho que creas que no, pero también creo que necesito este espacio para descubrir quién soy fuera de nuestra relación.*

*Quiero que sepas que siempre te llevaré en mi corazón. Nuestro tiempo juntos ha sido invaluable, y cada momento contigo ha sido una lección y una alegría.*

*No quiero que esto signifique un adiós definitivo, pero sí creo que ambos necesitamos este tiempo aparte.*

*Nueva York será un nuevo capítulo en mi vida, y espero que también puedas encontrar nuevas oportunidades y experiencias mientras sigo mi camino.*

*Tienes un talento increíble, Sira, y estoy seguro de que el mundo te reserva grandes cosas.*

*Gracias por todo lo que compartimos. No importa cómo evolucione esta historia, siempre valoraré nuestra conexión única y los momentos inolvidables que vivimos juntos.*

*Te quiero,*

*Dani.*



## 37

### Sira

El sol del atardecer arrojaba destellos dorados en la sala de estar, creando un ambiente acogedor y tranquilo cuando leí la carta de Dani.

¡Una carta! En pleno siglo XXI.

Muy romántico y lo que tú quieras, pero ¿quién era yo, Jane Austen?

Vi de lleno cómo el papel se coló por debajo de la puerta de mi casa como si fuera un rayo.

Pero en el tiempo que tardé en levantarme del sofá con el corazón en la garganta, Dani ya se había marchado del edificio, pude comprobarlo porque salí al rellano, pero allí no había nadie, tan solo aquel pedazo de papel que mostraba sus sentimientos escritos de su puño y letra.

Leí la carta en compañía de Paula y de mi tía K, quienes estaban conmigo, ya que desde que Dani me contó la inesperada noticia, estaba desalentada, con la cabeza hecha un lío y pocha.

—Es que es increíble... —murmuré tras leer la carta en voz alta para que mi amiga y mi tía también se enteraran.

—Deja que la lea de nuevo. —Paula cogió el papel de mis manos y yo me hundí en el sofá, entre tazas de té humeante y una banda sonora improvisada que provenía de la radio, aunque no le estábamos prestando atención.

Tía K, con su eterna calma africana, balanceaba su mecedora, y Paula leía y releía la carta de Dani con la misma intensidad con la que uno devora una novela de misterio.

Suspiré de forma dramática. Mi tía y Paula sabían que mi relación con Dani ya se había roto, pero les había ocultado el beso con Víctor.

—Bueno, tía... ya está. A otra cosa, mariposa. ¡Anda! Nunca mejor dicho... como le molan los bichos... ¿Lo pillas?

La miré entrecerrando los ojos.

—No lo entiendes.

—¿El qué, que estás despechada? —preguntó parpadeando varias veces.

—No, que tengo un drama en mi vida amorosa que ni Shakespeare lo superaría.

—Vaaaale, lo de Dani ha sido una tragedia griega. Pero, hazme caso, vendrá tu príncipe con su espada. Y si es larga, mejor.

Tía K rio ante el comentario de Paula.

—Las relaciones son como plantas, mi niña. A veces, necesitan espacio para crecer —dijo mi tía.

—Pero... es que hay algo que no sabéis.

—¿Perdona? —Paula se indignó muchísimo—. Entonces ya estás cantando por soleares. Venga, que yo te oiga. ¿Qué es eso que no sabemos?

—No paro de pensar en una cosa —confesé.

—¿En qué? —preguntó Paula—. Porque me estás poniendo muy nerviosa ¿eh, nena?

Hice una mueca y suspiré.

—¿Y si no quiero que crezca mi relación con Dani? ¿Y si encima debería sentirme agradecida porque él haya dado el paso de dejarme?

—Pero ¿por qué habrías de hacer eso?

—Porque el otro día me besé con Víctor —confesé, y sentí cómo un gran peso desaparecía sobre mis hombros. Pues ya lo había dicho.

—¡No! —exclamó Tía K.

—¿Te refieres a Víctor, Victor? Víctor, el de: “No hablo demasiado, no vaya a ser que mis cuerdas vocales se gasten” —dijo Paula poniendo la voz grave—. El de los graffitis, las pinturas... ¡Coño! El hermano de Dani. ¿Ese Víctor?

Rodé los ojos hacia arriba.

—¿Eres idiota? No conozco otro.

—La virgen de la teta al hombro... —dijo Paula llevándose una mano a la frente.

—¿Qué virgen es esa?

—No sé, una que dice mi abuela.

—Ah. ¡Bueno, que no me líes! —exclamé.

—¿Que no te líe de qué? ¡Si te lías tú sola! Que si ahora Dani, el rarito de las mariposas, que si luego Víctor, el que pega hostias como panes... Mira, no te aclaras y me pones la cabeza así. Ya te lo digo.

—¡Solo me estaba defendiendo! —exclamé de una forma aguda que para nada era mi pretensión, quedando como una boba.

—¡Uy, uy, uy! A ti te gusta el hermano —dijo Tía K lentamente, como si hubiera resuelto el misterio de mi vida.

—¿Verdad? —La apoyó Paula.

Me mordí el labio.

—No sé cómo explicarlo. Es como si hubiera descubierto un universo nuevo. Víctor es todo lo opuesto a Dani, pero... hay algo en él que me atrae.

Tía K asintió con la cabeza.

—El corazón es sabio, pero a veces, sus decisiones son difíciles de entender.

—Yo lo que sé es que solo te falta la tormenta en alta mar y un galán con camisa mojada para que esto sea un melodrama moderno —dijo Paula —. Aunque, por lo visto, galán ya tienes.

—Dijimos que solo pasaría una vez. Por Dani, por...

—Sí, ya, una vez. Y una mierda de pato.

—Sira, Dani ya no está —me recordó tía K.

—¡Oye, que no se ha muerto! —exclamé.

—En tu corazón, sí —dijo Paula poniendo morritos.

—No sé si lo que siento por Víctor es real o solo una reacción al caos con Dani. Pero, ¿cómo enfrento esto sin destrozar todo?

—¿Tienes alguna vez un plan sólido? —me preguntó Paula mirándome con complicidad.

Sonreí.

—Estoy dividida entre dos mundos. Uno que ya conocía y otro que se abre ante mí, lleno de graffitis, heridas y secretos.

Tía K se levantó y estiró las piernas.

—La vida no siempre tiene respuestas fáciles, Sira. A veces, necesitas explorar esos mundos para encontrar la tuya propia.

Supuse que Tía K tenía razón, y lo cierto es que las respuestas llegaron más pronto de lo que imaginaba.

## 38

### Víctor

O pintaba o me iba a volver más loco de lo que ya estaba.

Dani se había pirado al curso ese de cerebritos dejando a Sira en la estacada.

Quizá ni siquiera volvía a España y se quedaba en Nueva York a estudiar la carrera de biología.

Sira no respondía ni sus mensajes ni los míos.

Y yo...

Yo seguía siendo el jueves de la semana, esa puta pieza que no terminaba de encajar ni en un lado ni en otro.

El que rememoraba en la cabeza una y otra vez aquel beso ante el graffiti que le di a la novia de mi hermano.

Ya había perdido la cuenta de las veces que me había pajeado recordando el tacto de su culo bajo la palma de mi mano y sus labios atrapando los míos.

Era un enfermo.

Lo sé.

¿Y qué podía hacer si estaba colado por ella?

¿Qué hacía?

La brisa de la noche acariciaba mi rostro mientras me dirigía hacia el lugar elegido para mi próxima creación urbana. La amalgama de emociones que me embargaba se reflejaba en la paleta de colores del cielo al anochecer. Cada paso resonaba en mis pensamientos, marcando un compás incierto entre el deseo y la responsabilidad.

Aquel beso había dejado una huella imborrable en mi mente. Aunque intentaba racionalizarlo como un simple encuentro, la verdad se revelaba en la intensidad de aquella conexión.

¿Cómo manejar una atracción que, aunque poderosa, estaba teñida de complejidades familiares por mucho que Dani hubiera desaparecido de la ecuación?

La noticia de la ruptura de Dani y Sira resonaba en mis oídos como un eco distante.

¿Qué papel jugaba yo en todo esto?

La lealtad hacia mi hermano se enfrentaba a un torbellino de emociones que desencadenaban la tormenta en mi interior.

Mientras caminaba, el pavimento se convertía en el lienzo de mis propias dudas.

La noche, testigo de mis pensamientos, ofrecía la libertad de la expresión artística, pero también planteaba el interrogante de las consecuencias de mis acciones.

Así, entre sombras y murmullos de la ciudad nocturna, mi mente se debatía entre el deseo y la responsabilidad, entre explorar una conexión incierta y respetar los lazos familiares que me unían a mi hermano.

La decisión pendía en el aire, igual que el resultado de la obra que estaba a punto de crear.

## 39

### Sira

El sonido del timbre resonó en la tranquilidad de mi hogar, interrumpiendo la quietud de la noche. Al abrir la puerta en pijama, me encontré con Víctor, salpicado de manchas de pintura que dejaban entrever, estaba segura, una reciente obra artística.

Su mirada, intensa como siempre, me atravesó en el rellano de mi casa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Después tragué saliva, tampoco había respondido a sus mensajes y llamadas.

El último momento que habíamos compartido fue en la habitación de Dani, cuando se le cayó el tarro de cristal que contenía dentro la mariposa.

Le eché de malas maneras de la habitación y no había vuelto a hablar con él.

Necesitaba transitar todo lo acontecido en los últimos días.

—Necesito que vengas conmigo. —Su voz, ligeramente ronca, resonó en el umbral de mi puerta.

—¿Dónde?

—Hay algo que quiero que veas.

Suspiré.

—Espera aquí.

Me puse unos vaqueros cortos, unas zapatillas y un top blanco.

En menos de cinco minutos volví a estar junto a él.

A regañadientes, decidí seguirle.

La noche envolvía nuestros pasos mientras avanzábamos por las calles, y mi mente se debatía entre la resistencia y la curiosidad.

Víctor, con su característica actitud desafiante, guiaba la marcha hacia un destino que permanecía oculto en sus intenciones.

—¿Falta mucho? —pregunté tras un largo trecho de camino en silencio.

—No, ya casi estamos.

—¿Vas a explicarme de qué va todo esto? —Alcé una de mis cejas.

—Prefiero que lo veas con tus propios ojos.

Al llegar al lugar, una pared decorada con graffitis se alzaba como un testigo mudo de su creatividad. Y en el centro de aquella explosión de colores, reconocí a primera vista la imagen que representaba.

La emoción se apoderó de mis sentidos, y las lágrimas brotaron sin pedir permiso.

Me tapé la boca con las manos y Víctor me rodeó los hombros con su brazo.

La obra era un reflejo impactante de aquella fotografía, pero llevada a una dimensión completamente nueva.

La mezcla de trazos y colores transmitía la esencia de la imagen original, pero también añadía matices de su propia interpretación.

El rostro de mi madre irradiaba fuerza y calidez.

Capturaba un instante de felicidad entre mi madre y yo, inmortalizando una sonrisa compartida y gestos de complicidad.

El fondo mostraba un atardecer cálido que pintaba el cielo con tonos anaranjados y rosados, creando un telón de fondo perfecto para el abrazo maternal.

Los detalles cotidianos, como las sombras alargadas de ambos cuerpos y la brisa suave moviendo sus cabellos, conferían a la imagen una sensación de movimiento y vida.

La fotografía era mucho más que un simple recuerdo; era un refugio de amor y cariño que sostenía cerca de mi corazón.

—¿Cómo...? Es...

Víctor sonrió.

—Es la foto de tu perfil de Whatsapp —me dijo.

—Es mi preferida, la tengo enmarcada en mi mesita de noche.

Estaba sin aliento y no podía parar de llorar.

—Quería que tuvieras algo único, algo que trascendiera más allá de una foto —las palabras de Víctor resonaron con un eco de sinceridad que me conmovió—. Además, me sentí mal por romper la mariposa del tarro.

—Pues lo has conseguido —dije a trompicones, tenía un nudo en la garganta que casi no me dejaba hablar.

Omití el comentario acerca del tarro de vidrio que resbaló de sus manos al escuchar que Dani rompía nuestra relación, pues ambos estaban en el mismo estado: quebrados.

A medida que mis emociones encontraban su cauce, Víctor me miró con esa intensidad única suya, como si nuestras almas compartieran un entendimiento que escapaba al lenguaje. Era un regalo inesperado, una manifestación artística que no solo celebraba nuestra conexión, sino que también encapsulaba la esencia de aquel momento mágico.

—¿Te gusta? —preguntó Víctor, ansioso por mi reacción.

Asentí conmovida, incapaz de articular palabras que pudieran expresar la gratitud que sentía.

—Tienes un talento increíble, Víctor. Gracias por esto —logré murmurar entre lágrimas.

—No me cogías el teléfono, ni contestabas mis mensajes. Dani se ha pirado y yo... solo quería saber cómo estabas. No te mereces este final con él —me dijo.

—Yo ya no sé lo que merezco o no, Víctor.

Él negó con la cabeza.

—Yo también tengo un lío de la hostia en mi cabeza, si te sirve de consuelo —me dijo con las manos apoyadas en su propia cintura, mirando la obra de arte.

—¿Por qué?

Suspiró y me miró.

—Porque no sé qué hacer —reconoció.

—Yo tampoco.

—Mi parte lógica me dice, aunque sea un mierda por decir esto, que la traba que ponía mi hermano ya no está entre tú y yo.

—Y es cierto. ¿Qué te dice el corazón? —le pregunté con el mío desbocado.

Me miró y se pasó la lengua por los labios, haciendo que mis piernas temblaran de anticipación.

—Que ahora mismo nada me impide cogerte y comerte la boca otra vez. Nada, salvo yo mismo.

—¿Tú?

—Yo estoy roto, Sira —dijo con tristeza.

—Nada está tan roto como para no poder arreglarlo —le dije.

—No quiero terminar rompiéndote a ti también.

—Esta conversación ya la hemos tenido. ¿Te das cuenta? —le dije acercándome a él.

De algún modo necesitaba su cercanía, ese veneno que él decía tener dentro de su pecho.

—También dijimos que sería solamente una vez —me recordó.

—Entonces dime qué hago con lo que siento aquí —me señalé el pecho mientras con mi otra mano tocaba el suyo, sintiendo bajo la palma los alocados latidos de su corazón.



—¿Y con lo que siento yo? —preguntó agarrando mi cintura.  
—Soltarlo —susurré sobre su boca.  
El mundo dejó de existir, solo estábamos él y yo frente al graffiti.  
—No me puedes salvar... —dijo él apenas a un milímetro de mi boca.  
—Déjame intentarlo —murmuré.  
—¿En tu infierno o en el mío?  
Agarré en mi puño su camiseta y lo atraje hacia mí.  
Y su sabor me embriagó de nuevo.  
Todo lengua, saliva, dientes.  
Ahora sí.  
Ese era mi camino.  
La Sira del futuro ya se encargaría de lo demás.

## 40

### Sira

La habitación de Víctor era un refugio creativo lleno de contrastes y detalles intrigantes. Las paredes estaban pintadas en un tono gris oscuro que contrastaba con los paneles de ladrillo expuesto en una de las paredes, agregando un toque industrial y moderno al ambiente.

En algunas áreas, se podían ver trazos de pintura fresca que parecían estar en proceso de convertirse en nuevas obras de arte.

Era la primera vez que veía su dormitorio, y me sentí un poco abrumada por la intensidad de los colores y la energía creativa que emanaba de cada rincón.

Además, todo lo que acababa de pasar hacía que mi mente no dejara de bullir y que mi corazón galopara sin parar.

El ambiente era diferente a lo que estaba acostumbrada, pero al mismo tiempo, me sentía intrigada por la pasión de Víctor por el arte callejero y su habilidad para transformar un espacio común en algo extraordinario.

A lo largo de una de las paredes, estanterías de metal negro sostenían una colección impresionante de latas de spray de diferentes colores y tamaños, organizadas cuidadosamente como si fueran piezas de un rompecabezas creativo. Entre las latas de spray, se encontraban libros sobre arte callejero y acerca de las complejidades humanas con autores como Haruki Murakami y Albert Camus, como también fotografías de graffiti en las calles de ciudades icónicas y pequeñas figuras de vinilo de artistas urbanos reconocidos.

Intercepté aquella polaroid que había capturado para él semanas atrás en el merendero de la urbanización y sonreí.

Junto a la cama, una mesa de noche de madera oscura sostenía una lámpara de pie con una pantalla de tela y una pila de libros apilados, desde novelas de ficción hasta libros de arte inspiradores. En la pared sobre la mesa de noche, había una serie de fotografías enmarcadas que mostraban momentos especiales capturados en la vida de Víctor y sus amigos.

En una esquina, un escritorio de madera desgastada estaba cubierto de pinceles, tubos de pintura y herramientas de dibujo, junto con un ordenador portátil abierto que mostraba una pantalla llena de bocetos digitales y diseños en progreso.

Al lado del escritorio, una tabla de corcho llena de notas, dibujos y recordatorios personales servía como centro de comando para las ideas creativas de Víctor.

El centro de la habitación estaba dominado por una cama grande y desordenada, cubierta con sábanas blancas y una colcha de un tono gris claro que contrastaba con las paredes oscuras.

El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra de pelo largo en tonos grises y blancos, suave al tacto y acogedora bajo los pies. En una esquina, un pequeño rincón de lectura estaba formado por un sillón cómodo y una lámpara de pie, creando un espacio íntimo para disfrutar de un buen libro o simplemente reflexionar.

La habitación de Víctor era un santuario artístico y acogedor, donde los contrastes entre lo oscuro y lo vibrante, lo moderno y lo clásico, se unían para crear un espacio único que reflejaba su pasión por el arte urbano y su estilo de vida creativo.

No había nadie salvo nosotros dos.

—¿Tienes hambre? ¿Sed? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

Lo único que quería era estar con él.

Nos habíamos besado durante todo el camino hacia su casa, hambrientos por esas ganas contenidas durante tanto tiempo, parando en cada callejón.

Sus manos habían recorrido mi cuerpo, apretando suavemente cada músculo, como si nunca quisiera dejarme ir.

Víctor se sentó en la cama.

—Ven —me pidió con una sonrisa.

Le hice caso y me acerqué a él. De un pequeño tirón hizo que cayera sobre su cuerpo y, entre carcajadas, nos volvimos a besar.

—No sé qué me has hecho —susurró sobre mis labios.

—Yo tampoco sé lo que me has hecho tú.

—Pero sí sé lo que quiero hacer durante mucho, mucho tiempo.

—¿El qué?

Dio un toquecito sobre mi nariz con su dedo índice.

—Besarte cada día, todos los días.

Junté mis labios con los suyos. Sentía algo por dentro que no sabía ni cómo explicar, pero mi cuerpo solo me pedía dejarme llevar.

Sus manos agarraban mi culo con ganas, llenándose las palmas.

No tardé en notar su erección apretando mi cadera.

Solté un jadeo.

Me sobraba todo.

Mi ropa, la suya, las sábanas de la cama, el calor asfixiante que me estaba empezando a devorar por dentro.

Todo.

Menos él.

—¿Quieres que pare? —me preguntó con la respiración agitada.

—No.

—¿Estás segura?

—Yo... todavía no...

Abrió los ojos por la sorpresa.

—¿De verdad? Entonces...

—Pero no quiero parar, Víctor. No ahora...

Me dio un besito en la nariz.

—Entonces haré que siempre recuerdes esto —susurró—. Dame un momento.

Se deshizo suavemente de mí y puso una canción en su teléfono móvil.

*Como si no importara*, de Emilia y Duki.

Sonreí cuando volvió junto a mí y acto seguido me besó.

Se quitó la camiseta y tragué saliva, admirando su cuerpo tatuado de piel dorada por el sol del verano.

Después quitó cada prenda de mi ropa de forma lenta y suave.

Sembró besos en mi piel, desde el cuello hasta las piernas.

Sus labios me llenaban de magia aquí y allá, haciéndome suspirar y que mi piel se erizara ante su contacto.

Después se deshizo de los pantalones y la ropa interior y se colocó sobre mí para volver a besar mis labios.

—Eres... —susurró acariciando mi abdomen hasta llegar a mi sexo—. No puedo explicarte lo que me haces sentir.

Su mano entró en contacto con mi hendidura y cerré los ojos.

Introdujo dos dedos dentro de mí y suspiré.

Los sacó, los metió y yo me sentí tan mojada...

Tan expuesta a su cuerpo, a sus ojos, a su energía.

—¿Bien? —me preguntó.

—Sí, súper bien —contesté sonriendo.

Besó mis pechos y los amasó suavemente con sus manos.

Después rasgó el envoltorio de un preservativo y se lo puso.

—Pararé en cualquier momento, si...

—Shhh —Coloqué mi mano sobre su boca y él sonrió.

El mundo podía caerse ahí fuera, yo estaba donde quería estar.

No tardé en sentirlo dentro de mí. Escoció al principio, pero después fue lo más placentero que había sentido nunca.

Ambos gemimos, nuestras bocas pegada la una a la otra.

—Dios... —murmuró él enterrando su cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Subió mis piernas y grité de placer.

Cambiamos varias veces de posición y finalmente encontramos el clímax el uno en los brazos del otro.

Paula tuvo razón al decirme que la primera vez que tuviera sexo con alguien, sería una experiencia única.

Aunque yo estaba convencida de que no había tenido sexo, yo había hecho el amor.

Y para mí era algo inesperado.

## 41

### Víctor

Ni yo mismo me creía lo que acababa de pasar.

Mi cabeza era un hervidero de pensamientos de todo tipo, pero si me planteaba aunque solo fuera por un segundo hacerle caso, me volvería loco.

Solo podía sentir las manos de Sira todavía sobre mi espalda, arañando mi piel con las uñas mientras hacíamos el amor sobre mi cama.

Haber tocado su cuerpo y besado sus labios por fin, reconocía que me hacía sentir una persona dichosa.

Se dio una ducha rápida y mientras yo preparé un par de sándwiches en la cocina.

Después me asexé yo y pronto estuvimos de nuevo juntos sobre mi cama, dando cuenta de aquel picoteo improvisado junto a un par de refrescos de limón y una bolsa de patatas fritas.

—¿Estás bien? ¿Te ha... gustado? —le pregunté.

Para mí había sido de algún modo una responsabilidad ser el primer tío con el que hubiera tenido relaciones, pero también me hacía sentirme bien, especial.

Supongo que eso significaba que confiaba en mí.

Me había sorprendido que con Dani no hubieran traspasado aquella barrera, pero tampoco quería pararme demasiado tiempo a pensar en eso.

—La verdad es que no —dijo ella poniendo morritos.

Apreté los labios con tanta fuerza que me hice daño.

Ella, al ver mi expresión, relajó el rostro y me tiró un cojín a la cara.

—Es broma, idiota —rio.

Expulsé todo el aire que sin darme cuenta había estado reteniendo en mis pulmones tras esquivar el suave golpe del almohadón.

—Por un momento he pensado que también soy una decepción en eso —comenté.

Ella alzó las cejas y me senté a su lado.

—No eres una decepción en nada —dijo.

Cogí un sándwich y le di un bocado.

—A veces pienso que sí.

—Pues deberías quitarte eso de la cabeza —dijo acariciando mi antebrazo derecho, justo donde tenía tatuado un árbol roto.

—¿Cuál es su significado? —me preguntó sin apartar su dedo de la tinta de mi piel.

—¿Quieres que te haga un resumen de todos? —le pregunté, contento porque quisiera saber la historia que tenía grabada en mi piel, la cual se trataba de un resumen vital de todas mis experiencias hasta el momento.

—Claro —contestó sonriendo.

Después cogió una patata frita de la bolsa.

Empecé por el árbol roto de mi antebrazo derecho. Cada rama era un momento difícil y las hojas caídas las lágrimas derramadas.

El ave fénix en la parte superior de mi brazo izquierdo, la resiliencia y la superación de obstáculos.

En mi muñeca derecha, un caleidoscopio de colores que reflejaba la diversidad de experiencias.

La cuerda de una guitarra desafinada que envolvía mi muñeca izquierda, las veces que la vida me había desafiado.

El laberinto intrincado de mi cuello, las complejidades de mi mente.

En mi hombro izquierdo, una mariposa en blanco y negro, simbolizando esa dualidad interna que me caracterizaba entre la luz y la oscuridad.

—Qué pasada, Víctor... —murmuró ella parándose en la parte interna de mi brazo derecho—. ¿Y este?

Sonreí.

—*Per aspera ad astra* —leí sobre mi piel.

—¿Qué significa?

—A través de las dificultades hasta las estrellas —le dije mirándola a los ojos.

Ella no apartó sus pupilas de las mías y me sonrió.

—Es mi favorito.

—¿Me acompañas? —le pregunté. Por un momento sentí un nudo en mi garganta.

—¿A través de las dificultades? —preguntó ella soltando una dulce carcajada.

—Y hasta las estrellas.

—Acabamos de estar en ellas —me dijo antes de darme un beso con sabor a refresco de limón.

## 42

### Sira

*Primera semana de agosto de 2016*

Desde luego, aquel verano estaba lleno de experiencias que, sin yo saberlo, me estaban curtiendo para la vida adulta.

La siguiente aventura me esperaba en Berlín, pues Víctor me había pedido que lo acompañara a una convención de graffiti a la que quería asistir.

Estar con él nunca era aburrido a pesar de que en un primer momento pensé que era un ser ensimismado y triste.

Estaba descubriendo en él un mundo interior que me atraía cada vez más.

Sentía muchas cosas por Víctor.

Muchas y muy fuertes, y casi no había tenido tiempo de ponerme a pensar en lo rápido que parecía pasar el tiempo cuando estábamos juntos.

Me sentía en una nube, esa es la verdad, pero solamente Paula y mi tía K eran partícipes en ese momento de lo que había pasado entre Víctor y yo.

Como dos gallinas cacareando, me habían pedido detalles sobre cómo besaba, si olía rico... y Paula, para sorpresa de nadie, incluso me había llegado a preguntar si tenía una buena espada.

Elena no era tonta, y aunque no me había dicho nada al respecto del trato que tenía con sus hijos, sabía que algo había cambiado en el ambiente.

En cuanto a mi padre, cuando Víctor me propuso aquella escapada de fin de semana, solamente le dije que le acompañaría para que no fuera solo.

Sí estaba al tanto de que mi relación con Dani había terminado, pero de algún modo todavía no me atrevía a contarle que de quien realmente me había enamorado sin poder evitarlo, había sido de su hermano mayor.

Antes de partir hacia el aeropuerto y con un par de mochilas esperando en el suelo, nos despedimos de Paula, Elena, Tía K y mi padre.

En la entrada de la urbanización, el ambiente estaba cargado de emociones.

Paula me abrazó con fuerza, deseándome un buen viaje y prometiéndome estar siempre disponible.



—Disfruta de la espada de tu caballero, pillina —me dijo al oído entre risas.

Me reí yo también y la abracé de nuevo.

—Prometo contarte todo cuando vuelva —le dije cuando ella cogió mis manos entre las suyas.

Mientras, Víctor oteaba el final de la calle, vigilando la llegada del taxi que nos llevaría al aeropuerto.

Elena, con una sonrisa en los labios, me dio ánimos y me pidió que le trajera un recuerdo de la convención.

Tía K, con su sabiduría característica, me ofreció algunos consejos para aprovechar al máximo la experiencia y me recordó lo orgullosa que estaba de mí.

—Cuando vuelvas, deberías contestar a Dani y, quizá, contarle... ya sabes.

Tragué saliva ante esas últimas palabras que me dedicó al oído cuando me abrazó.

Ya me encargaría de eso cuando volviera de Berlín.

No era algo que me llenara de satisfacción, pero sabía que debía ser responsable y empática. Dani se lo merecía a pesar de haberse marchado.

Aunque yo tampoco podía juzgarlo después de cómo había acontecido todo con Víctor.

Aquello era un lío tremendo, pero no quería que la emoción del viaje se viniera abajo por pensar en ello.

Por último, mi padre, con gesto sereno, me deseó buen viaje y después instó a Víctor a que me cuidara.

—No se preocupe —le contestó este con una sonrisa.

El taxi paró frente a nosotros y, entre abrazos, risas y palabras de ánimo, nos despedimos de nuestros seres queridos.

Estaba emocionada por la aventura que me esperaba junto a Víctor en Berlín.

El vuelo fue breve pero emocionante, lleno de conversaciones animadas y planes para explorar la ciudad una vez llegáramos.

Era la primera vez que montaba en avión, y Víctor, sentado a mi lado, no soltó mi mano en ningún momento.

Sonreí para mí misma al pensar en todas las primeras veces que estaba viviendo junto a él.

¿El amor se sentía así?

Al aterrizar en Berlín, nos encontramos inmersos en un ambiente cosmopolita y enérgico que nos inspiró desde el primer momento.

Durante el trayecto hacia nuestro alojamiento, contemplamos los grafitis coloridos que adornaban los muros de la ciudad, maravillados por la creatividad y el ingenio de los artistas urbanos que habían dejado su huella en cada rincón.

Para mí, era un mundo completamente nuevo, pero Víctor lo conocía bien y estaba emocionado de compartirlo conmigo.

El hotel en el que nos alojamos estaba situado en el corazón de Berlín, cerca de las principales atracciones turísticas y de la zona donde se celebraba la convención de graffiti.

Era un edificio moderno de varios pisos, con una fachada de cristal que reflejaba la luz del sol.

Al entrar, nos recibieron amplios espacios decorados con elegancia y estilo minimalista.

La habitación que nos asignaron era acogedora y luminosa. Las paredes estaban pintadas en tonos claros, con detalles en madera que le daban un toque cálido. La cama era grande y parecía cómoda, con sábanas blancas y suaves almohadas, aunque estas últimas eran demasiado gruesas.

Frente a ella, había un televisor de pantalla plana y una pequeña mesa auxiliar.

Junto a la ventana, se encontraba un escritorio con una silla ergonómica, perfecto para trabajar o escribir.

El baño era moderno y funcional, con una ducha de efecto lluvia y artículos de aseo de calidad.

Desde la ventana de nuestra habitación, se podía ver parte del bullicio de la ciudad, con sus calles llenas de vida y sus edificios históricos.

Era un lugar tranquilo y confortable donde podríamos descansar después de la intensidad de la convención.

Dejamos nuestras cosas sobre la cama y Víctor se rio al decirme que aquellas almohadas nos prometían una tortícolis que nos duraría una semana.

Yo también me reí y después nos besamos en medio de la habitación.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo cuando separamos nuestros labios.

—No me digas que hay otra obra de arte tuya en cualquier calle de la ciudad —le dije.

Víctor negó con la cabeza.

—No, no es eso.

—¿Y qué es?

Entonces sacó algo de su mochila que en un primer momento no supe identificar.

Me lo tendió para enseñármelo y yo arqueé las cejas, confusa.

—Precioso, pero ¿qué es?

Él soltó una carcajada y yo sentí que mis mejillas se encendían.

—Mira —dijo cogiendo de mis manos suavemente el aparato y activando todo lo necesario para que funcionara.

Después, apagó la luz de la habitación y cerró las persianas de las ventanas, quedando completamente a oscuras.

—¿Sabes que me da miedo la oscuridad? —le dije con un nudo en la garganta.

—¿En serio? —escuché su voz en la penumbra, pero pronto su rostro quedó iluminado por la pantalla de su teléfono móvil—. Tranquila, no pienso asustarte ni nada parecido.

Observé que curvó sus labios con una sonrisa.

—Ven, desde la cama se verá mejor —dijo divertido.

—Como me asustes...

—Que no, confía en mí —me pidió agarrando mi mano.

Me dejé llevar, dándome cuenta de que con él iría al mismísimo infierno si me lo pidiera.

La habitación se sumergió en la oscuridad total por un instante, y luego, una vez estuvimos tirados sobre la cama, un susurro mecánico llenó la estancia y la pared se transformó ante mis ojos.

Un cielo estrellado apareció proyectado en la pared vacía con un resplandor suave y mágico.

Las estrellas titilaban en la penumbra, creando un espectáculo celestial que iluminaba toda la habitación.

Observé maravillada cómo las estrellas bailaban en la pared, formando constelaciones fugaces que impregnaban nuestro alrededor de magia.

El brillo suave de los astros creaba un ambiente íntimo y romántico, inundando el espacio con una sensación de serenidad y encanto.

Víctor se volvió hacia mí, observándome con una sonrisa en los labios.

Sus ojos brillaban con complicidad mientras me veía disfrutar del espectáculo estelar que había creado.

Por un momento, me sentí como si estuviéramos solos en el universo, bajo aquel cielo lleno de estrellas que él había traído a nuestra habitación.

—Cuando te pedí que me acompañaras a las estrellas, lo dije en serio —murmuró a mi lado.

Sonreí, sintiendo cómo mi corazón explotaría de un momento a otro.

Bajo aquel firmamento de ensueño, me permití soñar con un futuro lleno de posibilidades junto a él.

¿Era una ilusión demasiado loca?

Comenzamos a besarnos de forma suave, aunque poco a poco la intensidad que nuestros labios destilaban nos llevó a deshacernos de nuestras prendas de ropa.

Pronto me vi envolviendo con una de mis manos su sexo, moviendo la piel arriba y abajo mientras él dejaba caer su cabeza sobre la almohada.

Después me colocó a horcajadas sobre él, colocando sus manos alrededor de mis nalgas, las cuales apretaba de forma cariñosa.

Sus dedos viajaron hasta mi sexo y apretaron mi clítoris con suavidad, para más tarde colarse en mi interior durante algunos instantes.

No tardó en buscar un preservativo, así que pronto volví a sentir su dureza haciéndose sitio entre mis paredes, moviendo mi cadera para que ambos sintiéramos placer con los empujones.

Besó mis pechos mientras tanto y segundos más tarde me colocó de un solo movimiento con la espalda sobre el colchón para volver a penetrarme de una sola estocada.

Me encantaba el placer que me daba, cómo me hacía sentir...

Nos corrimos besándonos, despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Hicimos el amor en aquella cama de hotel y, tras darnos una ducha juntos con aquel efecto lluvia que nos hizo reír, nos preparamos para sumergirnos en la convención.

El ambiente era eléctrico, con artistas de todas partes del mundo exhibiendo sus obras y compartiendo su pasión por el arte callejero.

Aquella escapada había empezado de la mejor manera posible.

Y una vez en la calle, nos movimos entre la multitud, cogidos de la mano.

En ese momento, me di cuenta de lo afortunada que era de tener a Víctor a mi lado, explorando el mundo y descubriendo nuevas pasiones juntos.

## 43

### Víctor

A las estrellas, a la luna, o hasta el mismo sol si hiciera falta.

Quería que Sira acompañara cada uno de mis pasos.

Siempre.

Aquella chica era increíble, y jamás pensé que pudiera aprender a no tener miedo por sentir algo por alguien, pero ella había conseguido lo imposible.

El sol de Berlín irradiaba los muros decorados que rodeaban la convención de graffiti, creando un juego de luces y sombras sobre las obras de arte urbano.

Teníamos todo el día por delante y Sira y yo nos adentramos en aquel laberinto de color y expresión, maravillados por la diversidad de estilos y temas en cada mural.

La energía creativa en el aire era palpable, y nos sentíamos como exploradores en un territorio desconocido y emocionante.

Nos detuvimos frente a una pared cubierta de arte abstracto, donde los colores vibrantes y las formas intrincadas cobraban vida ante nuestros ojos.

Sira se sumergió en su trabajo, capturando cada detalle con su cámara mientras yo observaba con admiración las técnicas utilizadas por los artistas.

Para nada me había sorprendido que trajera su cámara de fotos, era como una parte más de su cuerpo, y me gustaba que tuviera ese punto de creatividad en su ser.

Cada vez pensaba más que acababa de encontrar a mi otra mitad.

—¿Qué te parece este? —preguntó Sira, girando la cámara hacia mí para mostrarme la imagen que acababa de capturar.

—Es increíble— respondí, maravillado por la creatividad y el talento de los artistas urbanos—. La combinación de colores y la textura son impresionantes.

En ese momento deseé llegar a ser tan bueno como ellos.

Continuamos nuestro recorrido, explorando los murales con curiosidad y fascinación.

Cada obra de arte tenía su propia historia que contar, y nos sumergimos en un mundo de creatividad y belleza urbana.

Me sentía inspirado por la pasión y el talento de los artistas, y agradecido por tener la oportunidad de compartir aquel momento con Sira.

Mientras caminábamos entre los murales, aprovechamos para conversar sobre nuestras propias pasiones y aspiraciones.

Hablamos sobre arte, fotografía, y sobre lo que significaba para nosotros la expresión creativa.

Fue un momento de conexión profunda, en el que compartimos nuestros sueños y anhelos más íntimos, llegando a conocernos un poco más.

Después de explorar la convención de graffiti, decidimos hacer una pausa para recargar energías y disfrutar de la gastronomía local en un restaurante cercano, por lo que nos adentramos en un acogedor establecimiento de aspecto tradicional, con mesas de madera y paredes decoradas con fotografías en blanco y negro que mostraban la historia del barrio.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, desde donde podíamos contemplar las animadas calles de Berlín mientras esperábamos nuestra comida.

El aroma tentador de la cocina flotaba en el aire, despertando nuestros sentidos y aumentando nuestra anticipación.

Tras hojear el menú, decidimos probar algunos platos típicos de la región. Pedimos una selección de embutidos alemanes, acompañados de pan recién horneado y mostaza picante. También optamos por compartir una ensalada fresca, con ingredientes locales y aderezo de hierbas.

Mientras esperábamos nuestra comida, brindamos con cerveza alemana, disfrutando del ambiente relajado y la compañía mutua.

La conversación fluía fácilmente entre nosotros, compartiendo risas y anécdotas.

—Estoy convencida de que algún día vivirás de lo que haces —me dijo. Sonreí.

—Pues mira tú por dónde —dije entre risas, la cerveza ya había hecho estragos en mí—, yo estoy convencido de que tú lo harás antes.

Sira negó con la cabeza, sonriendo.

—No digas tonterías.

—No lo son.

Volvimos a brindar y cuando llegaron los platos, nos deleitamos con los sabores y texturas de la comida.

—Esto está de muerte —dijo Sira dando otro bocado.

Los embutidos eran sabrosos y bien condimentados, el pan estaba crujiente por fuera y tierno por dentro, y la ensalada estaba llena de frescura y vitalidad.

Disfrutamos saboreando la autenticidad de la cocina local y compartiendo el placer de descubrir nuevos sabores juntos.

Era un momento de deleite culinario y camaradería que añadía una nota especial a nuestra aventura en Berlín.

Al terminar de comer, volvimos de nuevo a la convención y nos paramos en un rincón vibrante en el que había un taller estarcido dirigido por un artista experimentado.

—¿Te atreves? —le pregunté subiendo las cejitas repetidas veces.

—¿Qué? ¿Yo? —preguntó nerviosa.

—Sí, tú.

—¡Yo no sé pintar! —exclamó ella entre risas.

—Ni yo —dije con sorna.

Después la cogí de la mano y nos acercamos a un hueco que quedaba libre.

En aquel taller podía participar todo el mundo y estaba seguro de que podía ser una experiencia muy divertida.

Rodeados por los murales coloridos y las expresiones artísticas que adornaban los muros a nuestro alrededor, el instructor me guió con pasión y entusiasmo, compartiendo su experiencia y conocimiento conmigo.

Sira decidió quedarse atrás con la cámara lista para disparar en cualquier momento.

Yo, con los aerosoles que me había facilitado el instructor en mano, me adentré en la tarea de crear mis propias plantillas.

—¿Tienes claro lo que vas a hacer? —me preguntó.

—Creo que sí —respondí con la mente trabajando a mil por hora.

Preferí explorar formas más abstractas, dejando que la inspiración guiara mis movimientos y dando rienda suelta a mi creatividad sin límites.

Con el aerosol en mano, me sumergí en la creación de una figura que parecía cobrar vida en el lienzo frente a mí.

Entre risas y manchas de pintura, me divertí mientras experimentaba con nuevas técnicas y exploraba el poder del estarcido como forma de

expresión artística.

Mientras trabajaba en mi obra y Sira capturaba cada instante con la cámara, nos sumergimos en conversación que no hacía más que inspirarme.

De repente, detuve mi trabajo y miré a Sira con una chispa traviesa en los ojos.

—¿Qué te parece si te dibujo a ti también en mi mural?

Ella se mordió el labio, estaba seguro de que le ardían las mejillas.

Asintió con la cabeza, emocionada ante la idea.

Le lancé un beso y, con movimientos expertos, comencé a trazar los contornos de su figura en el mural, capturando cada detalle con habilidad y precisión. Observé maravillado cómo su imagen cobraba vida en el lienzo.

Mientras dibujaba a Sira, sentí una oleada de emociones recorriendo mi cuerpo.

Cada trazo del aerosol era como una caricia en el lienzo, capturando la esencia de su ser con cada movimiento de mi mano.

La calidez de su sonrisa, la chispa en sus ojos y la gracia en su postura se reflejaban en la obra que estaba tomando forma frente a mí.

Con cada detalle que añadía, sentía cómo la conexión entre nosotros se intensificaba, como si cada trazo fuera un vínculo entre nuestras almas.

La tranquilidad que emanaba de ella mientras trabajaba me llenaba de una sensación de paz y plenitud que no había experimentado antes.

A medida que avanzaba en el dibujo, me sentía cada vez más cerca de ella, no solo físicamente, sino también emocionalmente.

Cada vez que levantaba la vista para mirarla, me encontraba perdido en sus ojos, en la profundidad de su mirada y en la belleza de su ser.

En ese momento, dibujar a Sira no era solo una actividad artística, sino un acto de amor y conexión, una forma de expresar lo que sentía por ella de una manera que trascendía las palabras. Una declaración silenciosa de mi afecto y admiración por ella, grabada en el lienzo para la eternidad.

Me felicitaron por mi trabajo cuando terminé.

—¿Es ella? —me preguntó el instructor con una sonrisa—. ¿Tu amiga?

Negué con la cabeza.

—Mi chica —contesté.

Después la cogí de la mano, besé su dorso y dejé que hiciera una fotografía del mural.

Al final del día, mientras nos alejábamos de la convención de graffiti, llevábamos con nosotros no solo recuerdos de las obras de arte que



habíamos visto, sino también una sensación de inspiración y renovación. Juntos, habíamos explorado un mundo de creatividad y belleza, y había sido una experiencia que nunca olvidaríamos.

Estábamos agotados, así que cogimos algo de comida rápida para cenar y, tras dar cuenta de ella en la habitación del hotel, nos dimos otra ducha para refrescarnos y nos metimos en la cama.

Encendí el proyector y volvimos a ver las estrellas.

La abracé por detrás, inhalando el aroma de su piel y de su pelo.

Besé repetidas veces su espalda y susurré:

—El último en dormir que apague la luna.

No obstante, nuestros cuerpos volvieron a hablar por nosotros, y tener pegado su trasero a mi entrepierna no ayudó en absoluto a que nuestra pasión permaneciera apagada.

Volvimos a hacer el amor en aquella ciudad mágica que tantos momentos inolvidables estaba grabando en mi mente.

## 44

### Sira

La luz del sol se filtró por las cortinas y me despertó suavemente, anunciando un nuevo día en la emocionante ciudad de Berlín. Abrí los ojos con entusiasmo, recordando dónde estaba y con quién.

Giré la cabeza y observé a Víctor dormir plácidamente.

No pasó desapercibido para mí que tenía una de mis trenzas agarrada entre sus dedos, y eso hizo que mi corazón ardiera de amor.

Se había pasado toda la noche cogiendo suavemente mi pelo.

Pasé la yema de mis dedos por su frente, apartando un mechón de su oscuro cabello, y después por sus labios.

Rosas.

Perfectos.

Mullidos.

Me mordí los míos recordando cada uno de los besos que nos habíamos dado.

Gimió un poquito y después abrió los ojos.

—Buenos días —susurré.

Sonrió y volvió a cerrar los ojos, desperezándose.

—Creo que no existen mejores buenos días que despertar contigo —dijo—. Dame un beso.

Hizo un mohín y se acercó a mí.

—¡No me he lavado los dientes! —exclamé.

—¿Qué más da eso? Ven...

Me atrajo hacia él y volví a sentir su sabor impregnado en mi boca.

Después me estiré en la cama, disfrutando de la comodidad y la anticipación que llenaba el aire.

El suave murmullo de la ciudad se colaba por la ventana. Era como si la energía de Berlín fluyera a través de las calles, lista para ser explorada.

—Último día aquí —comentó Víctor—. ¿Estás preparada?

Asentí con la cabeza.

—Siempre preparada si es contigo.

Volvió a besarme y ambos nos levantamos con una sonrisa.

Me dirigí al baño para refrescarme y prepararme para las aventuras que nos esperaban. Mientras tanto, pude escuchar a Víctor llamar a recepción

para que nos trajeran el desayuno a la habitación.

El aroma tentador del café y el sonido de los platos chocando me llenaron de anticipación cuando nuestro desayuno estuvo servido.

Tras dar cuenta de los deliciosos alimentos, nos vestimos con ropa cómoda y adecuada para el día y nos aseguramos de tener todo lo necesario para seguir explorando la convención de graffiti.

Con la emoción palpable en el aire, salimos del hotel y nos adentramos en las animadas calles de Berlín.

El bullicio y la energía en la zona de descanso de la convención que elegimos para pasar el rato eran palpables.

A nuestro alrededor, grupos de artistas intercambiaban saludos y conversaciones animadas, compartiendo historias sobre sus experiencias en el mundo del graffiti.

Me sentí emocionada de formar parte de ese ambiente vibrante y lleno de creatividad.

Nos acercamos a algunos de ellos y pronto nos vimos inmersos en una animada conversación.

Observé con admiración cómo Víctor se desenvolvía con confianza, compartiendo anécdotas y opiniones con los demás.

Su entusiasmo era contagioso, y me sentí orgullosa de estar a su lado, compartiendo ese momento especial.

Mientras escuchaba las historias de los demás artistas, sentí una oleada de inspiración recorrerme. Ver a Víctor interactuar con tanta pasión y energía me recordaba por qué me había enamorado de él.

¿He dicho enamorado?

¡Ups! Se me ha escapado.

Pero lo cierto es que pensaba que todas esas sensaciones que me bullían por dentro cuando estaba a su lado, no podían hablar de otra cosa que no fuera amor.

Era como si estuviéramos en nuestro propio mundo, rodeados de personas que compartían nuestra misma pasión y creatividad.

—¿De dónde sois? —preguntó uno de los artistas, con un fuerte acento francés.

—Somos de España, de Madrid —respondí, con una sonrisa.

—¡Ah, España! Tenéis una escena de graffiti increíble allí —comentó otro, con entusiasmo.

—Eso díselo a él —señalé a Víctor—, es quien parece tener pintura en las venas.

Víctor soltó una carcajada y me besó la mejilla.

La conversación continuó, llena de risas y anécdotas compartidas. Aprendimos sobre nuevas técnicas y enfoques, mientras compartíamos nuestras propias experiencias y perspectivas. Era inspirador ver cómo el graffiti podía unir a personas de diferentes partes del mundo, creando una comunidad global unida por su pasión compartida por el arte callejero.

Tiré un par de fotos y las subí a mi cuenta de Instagram.

—Es increíble cómo el graffiti puede trascender las barreras del idioma y la cultura —comentó Víctor, asintiendo con aprobación.

—Totalmente. Es un lenguaje universal que todos entendemos —respondió otro grafitero con una sonrisa.

Tras pasar la mañana junto a ellos bebiendo algunas cervezas, nos despedimos del grupo con la sensación de haber encontrado un hogar entre compañeros artistas.

Caminamos por la convención, inspirados y emocionados por todo lo que habíamos visto y aprendido.

Era un recordatorio de que el graffiti no solo era arte, sino también una forma de conexión humana que trascendía las fronteras y unía a personas de todo el mundo en una comunidad global de creatividad y expresión.

Después decidimos descansar un poco y disfrutar de la deliciosa gastronomía local en un restaurante típico de Berlín.

Nos adentramos en las animadas calles de la ciudad, con el aroma tentador de la comida callejera flotando en el aire a nuestro alrededor.

Finalmente, encontramos un acogedor restaurante con mesas al aire libre, donde nos sentamos para disfrutar de una auténtica experiencia culinaria berlinesa.

El ambiente era animado, con el bullicio de la gente charlando y riendo en el aire.

—¡Qué bien huele todo aquí! —exclamé, emocionada, lo cierto es que estaba hambrienta.

Víctor asintió con una sonrisa mientras examinábamos el menú, lleno de platos tradicionales alemanes.

Decidimos empezar con una selección de entrantes, incluyendo pretzels calientes servidos con mostaza alemana y una variedad de embutidos locales.

—Esto me recuerda a las tabernas de Madrid —comentó Víctor, mientras compartíamos los deliciosos aperitivos.

También pedimos platos principales que reflejaban la rica tradición culinaria de Berlín.

Yo opté por un clásico *schnitzel*, una jugosa chuleta de cerdo empanada y frita, servida con puré de patatas y ensalada de col.

Víctor se decantó por el *currywurst*, una salchicha alemana acompañada de una salsa de curry picante y patatas fritas.

Mientras disfrutábamos de nuestra deliciosa comida, observábamos a nuestro alrededor, absorbiendo la atmósfera única del lugar. La gente pasaba por las calles, mientras el murmullo de la conversación y el tintineo de los cubiertos llenaban el aire.

—Esto es increíble, ¿verdad? —dijo Víctor, con una sonrisa, mientras saboreábamos cada bocado.

—No quiero que acabe —admití.

—Todavía nos queda toda la tarde —contestó Víctor— y toda la noche. Sonreí.

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

Durante las siguientes horas paseamos por Berlín y disfrutamos de algunos monumentos y museos.

Después, la noche comenzó a caer sobre la convención de graffiti, y con ella llegó una energía palpable de emoción y creatividad.

Víctor y yo nos adentramos en el bullicio de la noche.

El ambiente estaba lleno de vida, con luces de neón que iluminaban los muros decorados y la música vibrante que resonaba en el aire.

Nos detuvimos frente a una exhibición de arte en vivo, donde los artistas trabajaban en murales improvisados, creando obras maestras ante nuestros ojos.

Admiramos la habilidad y la creatividad de cada uno, maravillados por la forma en que transformaban simples paredes en lienzos de expresión.

Más allá, la música en directo llenaba el aire con su energía contagiosa. Nos dejamos llevar por el ritmo, bailando entre la multitud mientras disfrutábamos de las actuaciones de talentosos músicos locales y sendos vasos de cerveza.

Decidimos explorar las proyecciones de documentales sobre la cultura del graffiti, sumergiéndonos en las historias de artistas urbanos de todo el

mundo. Nos inspiramos en sus experiencias y sus luchas, sintiendo una conexión profunda con la comunidad global del graffiti.

Fue una noche llena de magia y camaradería, donde la creatividad fluía libremente y los lazos de amistad se fortalecían con cada momento compartido.

Después, Víctor y yo regresamos al hotel, envueltos en una atmósfera de complicidad y afecto.

Caminamos juntos por las calles iluminadas de Berlín, disfrutando del aire fresco de la noche y la tranquilidad de la ciudad.

A medida que nos acercábamos al hotel, nuestros pasos se volvieron más lentos, como si el tiempo se detuviera a nuestro alrededor.

Nos detuvimos frente a la entrada, mirándonos el uno al otro con una mezcla de ternura y emoción en nuestros ojos.

—Ha sido un día increíble —murmuré, sintiendo el peso de la emoción en mis palabras.

Víctor asintió con una sonrisa suave, su mirada intensa encontrando la mía.

—Sí, ha sido especial— respondió, su voz cargada de sinceridad.

Nos quedamos en silencio por un momento, dejando que la magia de la noche nos envolviera. Entonces, Víctor tomó mi mano con suavidad, entrelazando sus dedos con los míos en un gesto de afecto.

—Me siento afortunado por tenerte aquí conmigo— dijo con voz suave, sus ojos brillando con cariño—. Eres increíble, Sira. No sé si te lo he dicho, pero no puedo evitar sentir que este viaje ha sido aún más especial gracias a ti.

Mi corazón se llenó de calidez ante sus palabras, sintiéndome profundamente conmovida por su ternura y sinceridad.

—Tú también eres increíble, Víctor— respondí, dejando que mis emociones se reflejaran en mi voz—. Y ahora mismo soy muy feliz.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro, nuestros corazones latiendo al unísono en medio de la noche.

En ese momento, el mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, dejando solo espacio para nosotros dos y el vínculo especial que compartíamos.

Nos acercamos lentamente, nuestros labios encontrándose en un beso lleno de ternura y promesas para el futuro.

Era un momento mágico, un instante suspendido en el tiempo en el que nuestras almas se encontraban y se fundían en un amor sincero y profundo.

No sabía cuánto duraría, pero deseé que mi tiempo con él fuera eterno.

## 45

### Sira

El sol de Madrid se filtraba por las cortinas de la sala de estar cuando regresé a casa después de mi viaje a Berlín con Víctor.

Todavía sentía las caricias de aquella última noche en Berlín en mi piel. Había sido mágico.

Mi piel se erizaba al recordar sus besos, sus caricias y la sensación de flotar en el aire cuando hacía el amor con él.

Estaba en una burbuja de amor de la que no quería salir jamás.

El taxi nos acababa de dejar en la puerta de la urbanización y Víctor entró en su casa tras darme un beso largo y placentero y prometerme que nos veríamos más tarde.

Yo, con la mochila en el hombro, abrí la mía con mis propias llaves.

Papá estaba trabajando, pero Tía K tenía la mañana libre en la tienda y Paula estaba con ella.

Al entrar en el salón, estaban sentadas en el sofá, esperándome con una expresión curiosa en sus rostros.

—¡Ya estás aquí, ya estás aquí, ya estás aquí! —exclamó Paula levantándose para darme un abrazo.

—¡Tenéis que escuchar todo lo que ha pasado en Berlín! —exclamé emocionada mientras me dejaba caer en el sofá junto a ellas.

—Así me gusta, poniendo de tu parte —dijo Paula.

Tía K sonrió con complicidad, mientras Paula me miraba con interés.

—¡Cuéntanoslo todo! —dijo Tía K, con los ojos brillando de emoción.

Y así lo hice.

Les conté sobre la convención de graffiti, los talleres creativos, las pinturas increíbles que vimos en las calles de Berlín y los momentos mágicos que compartí con Víctor.

—Y luego, después de la convención, Víctor y yo pasamos la noche paseando por las calles de Berlín —continué, recordando con cariño la atmósfera romántica de la ciudad—. Fue tan especial... como si el mundo entero estuviera a nuestros pies.

Paula y Tía K se miraron entre ellas. Me encantaba la conexión que tenían, pero no cuando la utilizaban en mi contra.

—Mírala, qué cara de boba tiene... —comentó Tía K.



—Eso con Dani no le pasaba.

—Dios... Dani —me llevé una mano a la frente.

—Deberías contestar su carta —dijo Tía K.

—Sí, pero en la versión moderna. Mándale un whatsapp o llámale por teléfono —dijo Paula.

—¿Le vas a contar lo de Víctor? —preguntó Tía K.

—Ya sé que me vas a decir que es lo que debería hacer, pero quiero comentarlo con Víctor antes. Es cosa de los dos.

—En eso tiene razón —dijo Paula.

—Bueno, lo harás después. Ahora, sigue contando —me animó Tía K.

Tía K y Paula intercambiaron una mirada cómplice, y luego comenzaron a hacerme preguntas sobre los detalles de mi viaje.

Entre risas y bromas, compartimos anécdotas y recuerdos, sumergiéndonos en la emoción del momento.

Después de un rato, nos quedamos en silencio, disfrutando de la calidez de la tarde. Fue un momento de conexión y complicidad, un recordatorio de lo afortunada que era de tener a aquellas dos increíbles mujeres en mi vida.

—Berlín suena como un sueño— dijo Tía K finalmente, rompiendo el silencio—. Pero estoy segura de que lo mejor está por venir para ti, Sira. Así que, haz las cosas bien.

Asentí con una sonrisa, sintiendo una oleada de gratitud y determinación en mi interior.

Con Víctor a mi lado y el apoyo de personas como Tía K y Paula, sabía que el futuro estaba lleno de posibilidades y aventuras emocionantes. Y estaba lista para abrazar cada momento con el corazón abierto y la mente dispuesta a vivir cada experiencia al máximo.

Aunque tuviera que pasar el mal trago de contarle a Dani la verdad.

Sabía que se lo debía, así que después de comer, sola en mi habitación, me tomé unos instantes de calma para encontrar las palabras adecuadas para escribir aquel mensaje.

Le pedí fuerzas a mi madre, mirando la fotografía de mi mesita de noche y pasando las yemas de los dedos por el cristal que la protegía.

—Sé que estoy haciendo lo correcto —murmuré—, solo necesito fuerza.

Cogí aire, lo expulsé lentamente y, tras coger mi teléfono móvil, comencé a escribir.

*Recibí tu carta y quería tomarme un momento para agradecerte por tus palabras sinceras y por compartir tus sentimientos conmigo. Significa mucho para mí que hayas sido honesto y abierto.*

*Lamento mucho que las cosas hayan tomado este rumbo entre nosotros, pero entiendo y respeto tu necesidad de seguir tu propio camino y perseguir tus sueños.*

*Quiero que sepas que siempre te apoyaré en todo lo que decidas hacer, y que valoro enormemente el tiempo que pasamos juntos.*

*Nuestros recuerdos juntos siempre ocuparán un lugar especial en mi corazón, y espero que nunca olvides los momentos felices que compartimos. Siempre te recordaré con cariño, y te deseo lo mejor en tu viaje y en todo lo que te depare el futuro.*

*Ojalá vuelvas a Madrid y podamos hablar tranquilamente, hay muchas cosas que debo decirte.*

*Te sigo queriendo,*

*Sira.*

## 46

### Víctor

Volver a la realidad de Madrid había sido como un golpe.

Los momentos que había vivido junto a Sira en Berlín estaban frescos en mi cabeza y cada pensamiento me transportaba a aquella ciudad vibrante y mágica.

Era inevitable para mí no recrear cada instante junto a ella una y otra y otra vez.

Ya no miraría nada de la misma manera.

Ni la pintura, ni el graffiti...

Ni siquiera el proyector, el cual fue un acierto llevarme al viaje.

Ya no podría dormir sin pensar: “El último en dormir que apague la luna”.

Sonreí al darme cuenta de que ese último siempre querría ser yo con tal de verla dormir antes de cerrar los ojos y entregarme a los brazos de Morfeo.

Tras descansar y comer algo, fui a casa de Sira, que estaba sola.

No habían pasado más de seis horas y ya la echaba de menos.

No sabía qué clase de enfermedad tenía, pero desde luego, una grave, porque ya no me imaginaba la vida sin ella.

Nos abrazamos y nos hicimos cosquillas sobre el sofá. Después nos besamos y ella dijo algo que me hizo cambiar el semblante.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Qué pasa? —pregunté con el ceño fruncido.

Se me pasaron mil cosas por la cabeza, sobre todo que por algún motivo que desconocía, quisiera dejar aquello que teníamos.

Así que me senté en el sofá y escuché atentamente cada palabra que salía de su boca.

Su rostro reflejaba determinación, pero también vi destellos de preocupación en su mirada, y no pude evitar sentirme abrumado por una oleada de emociones contradictorias.

—¿Qué opinas? —me preguntó Sira, buscando mi guía en este laberinto emocional, al tenderme la carta que Dani había dejado debajo de su puerta antes de marcharse.

—Que podrías haberme contado esto antes...

—Lo sé, pero estos días contigo el tiempo ha pasado demasiado rápido.

Asentí con la cabeza, cogí aire y leí lo que ponía en la carta.

No pude evitar que los celos recorrieran mi espina dorsal.

Había estado tan bien con ella aquellos días, tan bien en Berlín, que se me había ido de la cabeza completamente el lío en el que estábamos metidos.

—No quiero seguir leyendo —le dije.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repetí yo—. Porque no me hace bien. Él es mi hermano y tú... tú eres...

—¿Qué soy yo?

—Tú ahora mismo eres una parte muy importante de mi vida —le dije mirándola de forma seria. Fui totalmente sincero.

Ella suspiró.

—Pues precisamente por eso. Dani es tu hermano, pero también ha sido importante para mí. ¿Lo entiendes? Él... él de algún modo me ha salvado un poco. Tenemos que decirle la verdad.

Por un momento, me quedé en silencio, tratando de ordenar mis pensamientos tumultuosos. Por un lado, quería apoyar a Sira en cada paso que diera y sabía que tenía razón, pero por otro, me preocupaba el impacto que aquello tendría en Dani, mi propio hermano.

¿Cómo iba explicarle que estaba saliendo con su exnovia?

Y que, además, cuando todavía estaban juntos la besé.

Mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas, mis manos jugaban nerviosamente con el borde de la mesa baja de centro, sintiendo la tensión acumulada en cada gesto.

Mi mirada se desvió hacia la ventana, pero no logré encontrar consuelo en el paisaje exterior. Estaba atrapado en una encrucijada emocional, dividido entre el deseo de proteger a mi hermano y el impulso de seguir mi corazón.

—Es complicado, Sira —respondí finalmente, con la voz entrecortada por la incertidumbre—. No puedo evitar pensar en Dani y en cómo se sentirá cuando se entere de todo esto.

—Pero es que no podemos mentirle.

—Me va a partir la cara... —Me pasé una mano por el mentón.

—No hará eso.

—Puede que no, pero es un problema. Los tres tenemos un problema.

Sira asintió con comprensión, sabiendo que la situación era difícil para todos.

Sin embargo, podía ver la determinación en sus ojos, la misma que siempre había caracterizado su valentía para enfrentar los desafíos.

—Lo sé, Víctor. Pero también sé que no podemos seguir ocultando la verdad. Necesitamos ser honestos con Dani y enfrentar las consecuencias juntos.

Estaba cagado de miedo, esa es la verdad.

Me rasqué la parte de atrás de la cabeza, no podía dejarla enfrentarse a esto sola.

Después de todo, éramos un equipo, ¿no es así?

—Tienes razón. Estaré a tu lado en todo momento —dije, tratando de infundir un poco de seguridad en medio de tanta incertidumbre.

Aunque yo sentía de todo menos seguridad.

—Vendrá, ¿no? —preguntó ella.

—Imagino que sí. No he hablado con él.

Qué mierda de persona era.

Qué mierda de hermano.

Pero ¿qué podía hacer si me había enamorado de ella?

Quedamos en que cuando Dani viniera a Madrid, le contaríamos la verdad.

No obstante, las cosas no sucedieron tal y como creíamos que sucederían.

## 47

### Sira

*Tercera semana de Agosto de 2016*

El mes de agosto se desplegó ante nosotros como un lienzo en blanco, lleno de promesas y aventuras por descubrir.

Cada día, Víctor y yo nos sumergíamos en un torbellino de experiencias, explorando la ciudad y explorándonos mutuamente en un viaje de autodescubrimiento y amor.

Nuestras mañanas comenzaban con el suave murmullo del despertador, un recordatorio gentil de que un nuevo día estaba por comenzar. Con el sol filtrándose por las cortinas entreabiertas, nos levantábamos con una sensación de anticipación, listos para sumergirnos en las horas que nos esperaban juntos.

Pasaba las noches en su casa, peleándonos por saber quién sería el último que apagaría la luna antes de dormir, mirando las estrellas del proyector.

Los desayunos eran momentos íntimos, compartidos en acogedores cafés llenos de encanto. Nos sentábamos uno frente al otro, nuestras miradas entrelazadas en conversaciones profundas y sinceras.

Después del desayuno, nos aventurábamos a las calles de la ciudad, dispuestos a descubrir cada rincón y recoveco que pudiera ofrecernos. Paseábamos por calles empedradas, explorando pequeñas tiendas con encanto y galerías de arte escondidas, cada descubrimiento llenándonos de asombro y emoción.

Víctor dibujaba y pintaba sin parar, yo hacía más fotos que nunca.

Leíamos juntos y los paseos por el parque al atardecer eran momentos mágicos que atesoraré para siempre en mi corazón.

Tomados de la mano, nos adentrábamos en el Retiro o en los alrededores del Templo de Debod, sintiendo el aire fresco del anochecer acariciar nuestros rostros mientras admirábamos la belleza de la naturaleza que nos rodeaba.

A veces, Víctor me cogía en caballito y corría por el parque, haciéndome reír como nunca antes lo había hecho.

Nos perdíamos en callejuelas estrechas y plazas escondidas, disfrutando de la sensación de libertad que solo la exploración puede ofrecer.

En cada esquina, encontrábamos nuevas sorpresas que alimentaban nuestra curiosidad y avivaban nuestra pasión por la vida.

Las noches eran el escenario perfecto para profundizar nuestra conexión, disfrutando de cenas caseras e improvisadas.

Y luego estaban esos momentos de ternura y pasión en la privacidad de nuestras habitaciones, donde el mundo exterior desaparecía y éramos solo nosotros dos.

Nos sumergíamos en la calidez de nuestros abrazos, compartiendo confidencias y risas cómplices mientras el amor fluía entre nosotros, fuerte y poderoso.

A medida que el verano llegaba a su fin, me di cuenta de que había encontrado algo especial en Víctor. Nuestra conexión era más fuerte que nunca, y sabía que estábamos preparados para enfrentar cualquier desafío que el futuro nos trajera.

Juntos, éramos invencibles, capaces de superar cualquier obstáculo que se interpusiera en nuestro camino hacia la felicidad.

Fue entonces cuando todo empezó a torcerse, y nuestra historia terminó como el mes de agosto.

Como el verano.

Solo que ninguno de los dos lo vio venir.

## 48

### Sira

*Últimos días de agosto de 2016*

El sol brillaba con fuerza sobre las calles de Madrid cuando recibí la inesperada llamada de Dani.

Habíamos pasado la mañana patinando en el parque e íbamos en busca de un banco en el que sentarnos a descansar.

Le enseñé la pantalla del teléfono a Víctor y nos miramos.

Con las manos temblorosas, dudé si responder.

Dani solo había respondido al mensaje que le envié con un “De acuerdo, espero que pronto podamos vernos y hablar de todo. Cuídate, un beso muy grande”.

—¿Has hablado tú con él? —le pregunté a Víctor.

Negó con la cabeza.

—Solo por el grupo de Whatsapp que tenemos con mi madre. Nos cuenta por ahí cómo le va el curso casi cada día y suelo contestar poco, la verdad. Ya me conoces.

Asentí con la cabeza.

—Me extraña que me llame...

Víctor suspiró.

—Cógelo —dijo parando en un banco—, yo voy a quitarme los patines.

Se sentó en el banco y se quitó la mochila de la espalda para recuperar sus zapatillas de deporte.

Sabía que intentaba aparentar tranquilidad, pero parecía que le hubieran zurcido el ceño con aguja e hilo.

Cogí aire, lo expulsé lentamente reuniendo fuerzas y descolgué la llamada.

—Hola, Dani.

Su voz resonó emocionada a través del teléfono cuando me dijo que tenía una sorpresa para mí y que pronto podríamos vernos, pero que no avisara a nadie, que también quería sorprender a su madre y a Víctor.

Sonaba tráfico de fondo, debía estar en pleno centro de Nueva York o algo así.



No voy a mentir, me alegré de que pronto pudiera volver a verle, pero no pude evitar sentirme nerviosa al mismo tiempo.

Hablé con él durante algunos segundos más, me despedí, colgué la llamada e informé a Víctor.

Él bufó y sus nervios se hicieron visibles.

—Cojonudo.

—Es tu hermano —dije guardando el móvil en mi mochila y sacando mis zapatillas de ella para quitarme los patines.

—Y tu exnovio.

Hice una mueca y cambié mis zapatos.

Tenía razón.

Después, comenzamos a andar hacia la urbanización.

—Ya sabíamos a lo que estábamos expuestos.

—Ya lo sé... —dijo con dejadez—. ¿Te ha dicho cuándo llega?

Víctor sacó el móvil de su bolsillo y consultó los mensajes.

Negué con la cabeza.

—No. Imagino que cogerá en pocos días el avión desde Nueva York.

—En el chat con mi madre no ha dicho nada.

—Quiere sorprenderos a vosotros también —le dije.

—Pues qué bien...

—¿Puedes parar? —le espeté.

—¿Qué?

—Con esa actitud, no ayudas.

—Ni con esa ni con ninguna —dijo de malos modos, apretando el paso y mirando hacia otro lado.

El parque al que habíamos ido no estaba demasiado lejos de la urbanización, quizá a unos veinte minutos andando.

Durante el trayecto y tras esa última contestación de Víctor, guardamos silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos.

—Oye... —llamé su atención cogiéndolo de la mano cuando llegamos a la urbanización.

—Lo siento. Siento tener esta actitud de mierda y ponerme siempre en lo peor... —me dijo mirándome a los ojos.

Negué con la cabeza.

—No es culpa tuya, yo también estoy nerviosa y tengo miedo por cómo se lo pueda tomar —reconocí.

Víctor suspiró.

—No quiero... perder a nadie más, ¿sabes?

—No vas a perder a nadie más.

Víctor sonrió de forma amarga.

—Te aseguro que si la cosa fuera a la inversa, si yo descubriera que él y tú... me destrozaría por dentro y saldría de la vida de mi hermano.

Tragué saliva.

—No exageres.

—No exagero, yo...

Cogí su camiseta en un puño y lo atraje hacia mí para besar sus labios y que parase de decir tonterías.

Víctor me tomó en sus brazos y la calma pareció volver a nosotros.

Sin embargo, aquel momento se vio rápidamente empañado.

—¿Qué mierda es esto?

La voz de Dani llegó a nuestros oídos y, como si una fuerza invisible se hubiera interpuesto entre Víctor y yo, nos separamos sobresaltados.

Cuando giré la cabeza, ahí estaba Dani, sus ojos destilando rabia e incredulidad.

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta mientras intentaba explicar lo que acababa de presenciar, pero antes de que pudiera decir nada, la ira se apoderó de Dani, y con un grito de furia, se abalanzó sobre Víctor, golpeándolo con fuerza en el rostro.

La sangre se me heló en el cuerpo y solo pude reaccionar de una manera.

—¡Dani, para! ¡No es lo que parece! — exclamé, tratando de detener la pelea.

Pero sí que era lo que parecía, por supuesto.

Claro que era lo que parecía.

Yo tenía la culpa.

Víctor también.

El caos reinó en la puerta de la urbanización. Las lágrimas brotaban de mis ojos mientras veía la escena desplegarse ante mí, sintiendo el dolor y la confusión inundarme por completo.

Se habían enzarzado en una pelea que me estaba rompiendo por dentro.

—¡Parad, parad! —grité poniéndome en medio de los dos, sorteando empujones y puñetazos.

Víctor tenía el labio partido y Dani la nariz sangrando.

—¿Te has vuelto puto loco?! —le gritó Víctor al tiempo que se tocaba la herida del labio.

—¿Yo?! ¿Yo me he vuelto loco?! Ha sido irme de aquí y...

—No es como tú piensas —le dijo Víctor bajando el tono de voz.

—¿No? ¡Pues explícamelo! ¡Explícame por qué le estabas comiendo la boca a la chica que me gusta!

—¿La chica que te gusta? ¿A la que dejaste por un curso de mierda?

Dani se encaró de nuevo otra vez, pero yo frené el ataque poniendo las palmas de mis manos sobre su pecho.

—¿Y tú? —Me miró a los ojos. Jamás me habían mirado así. Con rabia, con dolor, con... ¿odio? —No me puedo creer que me hayas hecho esto.

—Dani, te lo puedo explicar. Yo... yo no puedo controlar lo que siento.

—Creía que sentías algo por mí.

—Nunca te he mentado respecto a eso. Nunca, Dani. Pero Víctor... solo fue una vez, te lo juro. Una vez. No podía hacerte daño.

—¿Cómo que una vez? —Dani tenía la respiración agitada.

Entonces caí en la cuenta de lo idiota que había sido en ese instante al delatarme yo misma.

Cerré los ojos con fuerza, maldiciéndome.

—Joder, Sira... —masculó Víctor llevándose la mano a la cabeza.

—¿Has hecho algo con él cuando estabas conmigo?

—Solo fue un beso. Después tuvimos claro que no iba a pasar nada entre nosotros. Tú no te merecías eso... —dijo Víctor.

—Ah, qué considerados sois, ¿verdad? Qué bien te vino que te dejara, ¿eh, Sira? ¡Te vino de puta madre!

Jamás había visto a Dani así.

Nunca.

Él no perdía los nervios, no era nada emocional.

Al contrario, se centraba tanto en la lógica, que incluso a veces le faltaba la empatía.

Observé a Víctor, con el rostro marcado por el golpe y la mirada llena de culpa y arrepentimiento. Nos quedamos en silencio.

—No pienso perder la cabeza, ¿sabes? Ha sido un error venir aquí. ¡Un error garrafal, vamos! —dijo Dani—. Esto es... Dios, demasiado complicado...

De pronto parecía cansado, agotado.

—Si a ti te resulta difícil estar enamorado de una persona, imagínate de dos —le dije.

Víctor bufó.

—Me piro —dijo.

—Víctor, espera...

La había cagado, sabía que la había cagado diciendo eso.

Pero era la verdad.

Claro que quería a Dani.

Y a Víctor.

Claro que mi corazón había latido por los dos.

—Sí, Sira, ve con él. Yo me vuelvo a Nueva York. Solo quería darte una sorpresa, pero ya veo que la sorpresa me la he llevado yo.

Volvió a coger la mochila que había traído para ponérsela sobre el hombro.

—Dani...

—Adiós, Sira.

En medio del caos y la confusión, observé a Dani salir de la urbanización.

Una cosa quedó clara para mí: las cosas nunca volverían a ser como antes.

Y no estuve nada equivocada, porque aquel día fue el último que vi a Dani.

El bullicio constante de la ciudad de Nueva York se filtraba por las ventanas de mi pequeño apartamento, envolviéndome en una atmósfera frenética y agitada que parecía reflejar mi estado de ánimo.

Habían pasado dos días desde que regresé a la Gran Manzana. El permiso que había pedido en la hamburguesería en la que había encontrado trabajo mientras durase mi estancia en la gran ciudad había expirado.

Apenas había tenido tiempo ni de entrar a mi casa, ni de ver a mi madre, pero cuando todo sucedió, no pude hacer más que deshacer el camino y volver a Nueva York.

Me sentía como si estuviera atrapado en un torbellino de emociones, incapaz de encontrar la calma y la claridad que tanto necesitaba.

La noticia de que Sira y Víctor estaban juntos había sido un golpe devastador, una revelación que había sacudido los cimientos de mi mundo.

Luchaba por asimilar lo ocurrido en Madrid, pero la verdad seguía siendo difícil de aceptar.

Me sentía como si estuviera atrapado en un laberinto oscuro, incapaz de encontrar una salida a mi dolor y confusión.

Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de Sira y Víctor juntos se materializaba frente a mí, como un fantasma que se negaba a desaparecer.

Veía sus risas, sus abrazos, su complicidad, y sentía cómo mi corazón se desgarraba en mil pedazos.

¿Cómo habían podido seguir adelante sin mí, como si yo nunca hubiera significado nada para ninguno de los dos?

Yo me había ido a Nueva York, dispuesto a hacer mi vida allí a mi manera. ¿Acaso era ese el problema? ¿De haberme quedado hubiera sido todo distinto?

La ira y la amargura se arremolinaban dentro de mí, mezclándose con una profunda tristeza que amenazaba con consumirme por completo.

Me preguntaba una y otra vez cómo había llegado a este punto, cómo había dejado que las cosas se salieran de control de esta manera.

Había sido ingenuo al pensar que podía mantener a Sira cerca de mí, incluso estando a miles de kilómetros de distancia.

Ingenuo y egoísta.

Pero lo que más me dolía era la sensación de traición que había surgido de la situación. Me sentía como si hubiera sido apuñalado por la espalda, como si los dos personas más importantes de mi vida hubieran conspirado para destruirme.

Me preguntaba si alguna vez podríamos recuperar la amistad y la confianza que una vez compartimos, o si esta ruptura había marcado el final de nuestra relación para siempre.

También me planteaba decirles la verdad sobre lo que realmente sentía, sobre la profunda herida que habían dejado en mi corazón. Pero cada vez que intentaba encontrar las palabras adecuadas, me quedaba en silencio, paralizado por el miedo al rechazo y la humillación.

Así que me sumergí en mi trabajo, tratando de mantenerme ocupado y distraído de los pensamientos dolorosos que me perseguían.

El curso todavía no había terminado, pero por mucho que intentara escapar de la realidad, siempre volvía a ella, recordando una y otra vez lo que había perdido y lo que nunca podría recuperar.

## 50

### Víctor

El caos de la ciudad de Madrid parecía empequeñecerse en comparación con el que reinaba en mi mente desde que sucedió todo.

Desde que Dani apareció inesperadamente y nos pilló a Sira y a mí, mi mundo se había vuelto del revés. La imagen de su rostro, retorcido por la ira y la sorpresa, se había grabado a fuego en mi memoria, atormentándome una y otra vez.

Me sentía como si estuviera caminando por un campo de minas, sin saber cuándo o dónde explotaría la próxima bomba.

Había esperado que Dani reaccionara con enfado, pero verlo golpearme con tanta furia fue un golpe bajo que no había previsto.

Sentí su puño estrellarse contra mi rostro, pero el dolor físico palidecía en comparación con el dolor emocional que me consumía por dentro.

El sentimiento de traición se aferraba a mí como una sombra persistente, recordándome constantemente mi papel en la ruptura de la relación entre Dani y Sira.

Nunca había esperado que nuestras acciones tuvieran consecuencias tan devastadoras. Ahora me encontraba en medio de un huracán de culpa y remordimiento, preguntándome una y otra vez si había hecho lo correcto al seguir adelante con Sira.

Pero... ¿cómo no iba a ser lo correcto si ella me inspiraba cada día?

Si el color miel de sus ojos me había devuelto las ganas de confiar en alguien.

Lo que más me dolía en ese momento no era tanto los puñetazos que Dani me propinó, sino la sensación de haber perdido a mi hermano.

Éramos inseparables desde pequeños, compartíamos todo, desde secretos hasta sueños. Habíamos construido un vínculo inquebrantable, o al menos eso pensaba. Pero en un instante, todo se desmoronó, y me encontré sin su apoyo.

Ver la mirada de decepción en los ojos de Dani fue como un puñal en el corazón, y saber que había sido yo quien había provocado esa decepción era insoportable.

Pero a pesar del remolino de emociones negativas que me envolvía, también había un destello de esperanza en mi interior. Porque a pesar de todo, Sira estaba conmigo, apoyándome incluso en los momentos más oscuros. Sentía su presencia a mi lado como un faro de luz en medio de la tormenta, recordándome que no estaba solo en este caos que había creado.

Entonces, mientras intentaba encontrar un camino a través del laberinto de mis propios pensamientos y sentimientos, me aferré a la certeza de que Sira y yo podríamos superar cualquier obstáculo juntos, porque tampoco podía borrar lo que sentía por ella ni los recuerdos que estábamos creando juntos.

Aunque el camino hacia la redención sería largo y difícil, estaba decidido a hacer lo que fuera necesario para reparar el daño que había causado. Porque si había algo que había aprendido en medio de esta tormenta, era que el amor era más fuerte que cualquier error que pudiera cometer.

Sabía que tendría que luchar para recuperar la confianza y el perdón de Dani, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para reparar nuestro vínculo roto. Porque aunque las cosas nunca volverían a ser como antes, estaba decidido a demostrarle a Dani que aún significaba todo para mí.

No obstante, mis heridas del pasado se abrieron, y todo se precipitó desde ese momento en adelante.

No pensé que era imposible tenerlos a los dos.



## 51

### Sira

El sol se estaba poniendo lentamente más allá de los edificios de la ciudad, tiñendo el cielo de tonos cálidos y dorados mientras Paula y yo nos sumergíamos en una conversación que era tan terapéutica como necesaria.

Cada palabra que salía de su boca era como un bálsamo para mi alma, reconfortante y tranquilizador en medio del caos emocional en el que me había metido.

—¿Cómo te sientes de verdad, Sira? —preguntó Paula, mirándome con esos ojos llenos de comprensión que siempre me habían brindado consuelo.

Me tomé un momento para reflexionar antes de responder. Había estado tan ocupada lidiando con los acontecimientos de los últimos días que apenas había tenido tiempo para procesar mis propios sentimientos.

—Es como si estuviera en un remolino de emociones —admití finalmente—. Por un lado, siento una especie de alivio por haber enfrentado a Dani y haberle contado la verdad. Pero al mismo tiempo, me duele mucho saber cómo se siente él ahora. Y luego está Víctor... todo lo que está pasando entre nosotros... Es abrumador, Paula.

Víctor parecía haberse encerrado en una cárcel imaginaria.

Seguíamos pasando tiempo juntos, por supuesto, pero estaba tan afectado por lo que había ocurrido, que parecía una persona diferente.

Un muñeco roto que cualquiera podría manejar a su antojo, incluso sus propios pensamientos intrusivos.

Sabía cómo se sentía, sabía que le dolía la situación con Dani, que se sentía abandonado de nuevo por una de las personas más importantes de su vida.

Su herida de infancia supuraba en su interior, impidiéndole ver cómo era la realidad.

Dani estaba enfadado, dolido, se sentía traicionado seguramente, pero estaba convencida de que jamás abandonaría a Víctor.

No obstante, ese niño herido que vivía en el interior de mi novio, se había apoderado de toda la situación.

Paula asintió con empatía, su expresión reflejando la comprensión que sentía por mí.

—Debe de ser increíblemente difícil manejar todo esto a la vez. Pero recuerda que estás siendo valiente al enfrentar tus emociones y enfrentarte a las situaciones difíciles. No tienes que lidiar con todo esto sola, ¿vale?

Sus palabras resonaron en mi corazón, recordándome que no estaba sola en esta montaña rusa emocional.

—Gracias, Paula. De verdad que lo aprecio — le dije sinceramente, sintiendo un nudo en la garganta por la gratitud que sentía hacia mi amiga.

—No hay de qué, cariño. Estoy aquí para ti, pase lo que pase— respondió Paula con una sonrisa reconfortante—. Ahora, ¿qué te parece si nos relajamos un poco y disfrutamos de la noche?

Asentí, sintiendo un destello de anticipación en medio de la tormenta de emociones que me envolvía.

—Sí, estoy lista. Gracias, Paula, por estar siempre ahí para mí.

Con una sonrisa compartida, nos levantamos de mi cama y, tras arreglarnos, nos dirigimos hacia la noche que se extendía ante nosotras, listas para abrazar lo que el destino tenía reservado para nosotras.

Le preguntamos a Víctor si quería venir con nosotras, pero me contestó que tenía planes y que nos veríamos para dormir.

En ese momento, sentí un rayo de esperanza iluminando el camino por delante, recordándome que, incluso en los momentos más oscuros, siempre había luz al final del túnel, y que Víctor saliera con sus amigos, ya era un paso.

## 52

### Sira

El ritmo de la música vibraba en el aire, inundando la pista de baile con una energía contagiosa mientras Paula y yo nos mimetizábamos entre el gentío de la atmósfera festiva de la noche.

Las luces parpadeantes iluminaban la pista, creando un espectáculo hipnotizante que nos invitaba a dejar atrás nuestras preocupaciones y sumergirnos en la música.

Y la verdad, qué falta me hacía y qué bien me lo estaba pasando.

Una amiga es un tesoro, y yo con Paula tenía el cielo ganado.

—¡Vamos, Sira, muévete! —exclamó Paula, agarrándome de la mano y llevándome hacia el centro de la pista de baile.

—¡Estoy intentándolo! —respondí entre risas, siguiendo el ritmo.

Nos dejamos llevar por la música, saltando y girando al compás de las canciones que inundaban la pista.

—¡Mira ese chico! ¿No te está mirando? —grité a Paula sobre la música, señalando a un chico que nos observaba desde el otro lado de la pista.

—¡Creo que sí! ¿Qué te parece? —me preguntó ella, riendo mientras seguía el ritmo de la música.

—Bueno, no está mal, pero creo que deberíamos centrarnos en bailar por ahora —respondí con una sonrisa.

No me apetecía separarme de ella porque se marchara con un ligue, aunque dudaba de que lo hiciera y me dejara sola.

El bullicio de la multitud nos envolvía, fusionándose con el sonido de las risas y las conversaciones animadas.

Bailamos hasta que nuestros pies nos pidieron un respiro, saltando y girando al ritmo de las canciones que inundaban la pista.

Entre risas y bromas, nos abrimos paso entre la multitud, haciéndonos hueco en la maraña de personas con una sonrisa en los labios y el corazón lleno de alegría.

Cada paso que dábamos nos acercaba un poco más a la libertad y la felicidad que solo la noche de fiesta podía ofrecer.

Saqué mi teléfono y comencé a capturar momentos de la noche, compartiéndolos en mis historias de Instagram con una alegría contagiosa.

Paula se unió a mí, posando para las fotos con una sonrisa radiante que iluminaba la pantalla de mi teléfono.

Grabé el ambiente y salieron las personas que bailaban también a nuestro alrededor.

La música seguía sonando, envolviéndonos en su abrazo mientras bailábamos hasta que el amanecer amenazaba con aparecer en el horizonte. La noche auguraba su fin cuando llegué a casa de Víctor.

Abrí la puerta con la copia de la llave que me había dado, procurando no hacer ruido.

Me desmaquillé y caí rendida en su cama vacía, pues él todavía no había llegado.

No vi los mensajes, ni siquiera el que me había mandado Víctor cerca de las ocho de la mañana, avisando de que ya llegaba.

Tampoco vi los de Laura, aquella amiga de Paula que conocí en el parque del Oeste semanas atrás.

Víctor llegó, me dio un beso, me preguntó qué tal la noche y se acostó en la cama conmigo.

Se apretó contra mí y agarró mi culo con sus manos, pero yo me zafé de él entre risas.

—Quiero ducharme, anoche hizo mucho calor.

—Vale —respondió él sin más, cerrando los ojos.

Lo noté un poco extraño, pero no le di demasiada importancia, pues llevaba raro desde que había sucedido lo de Dani.

Fue entonces cuando leí los mensajes de Laura, eran de las siete de la mañana.

Arqueé las cejas, sorprendida, no entendía la razón por la que esa chica me estaba hablando por mensajes directos de Instagram.

Me daba los buenos días, se disculpaba por hacerme la pregunta y, a continuación, quería saber si seguía saliendo con Víctor.

Le contesté que sí, pero también quería saber la razón por la que me preguntaba aquello.

Tuve un mal presentimiento e insistí en que me dijera lo que pasaba.

Entonces contestó mis mensajes con un “ Te voy a llamar”.

Contuve el aliento y me encerré en el baño para hablar con Laura.

—Dime —respondí la llamada.

Laura empezó a hablar y yo sentí como si me envasaran al vacío, dejando de escuchar cualquier sonido de mi alrededor.

Y supe que el insoportable dolor que me atravesó el pecho jamás lo olvidaría.

## 53

### Víctor

El ser humano es complicado, y por mucho que a veces intentemos entender las razones de porqué hace lo que hace, quizá nunca lleguemos a comprenderlo.

En ocasiones, no hay un porqué, no hay una razón concreta.

Y eso es lo que me pasó a mí aquella noche.

El ambiente estaba cargado de energía mientras las luces de neón parpadeaban en la discoteca, iluminando un mar de cuerpos en movimiento. Me sumergí en el caos de la noche, ahogando mis turbios pensamientos en una marea de alcohol y música estruendosa.

—¿Por qué no te relajas un poco, Víctor? —me gritó un amigo sobre el estruendo de la música.

Negué con la cabeza, tomando otro trago de mi bebida y tratando de ignorar las sombras que seguían acosándome.

Cada sorbo ardiente era como una bocanada de fuego que quemaba mis entrañas, pero prefería ese dolor físico al tormento emocional que me carcomía por dentro.

No estaba bien.

No estaba nada bien, se reflejaba hasta en lo que dibujaba, lo cual todo me parecía una mierda.

Saqué mi teléfono móvil y observé las historias de Instagram de Sira con una mezcla de anhelo y amargura. La vi bailando, rodeada de chicos que la miraban con deseo. Un destello de celos cruzó mi mente, pero lo ahagué con otro trago de alcohol ardiente.

Claro que todos esos gilipollas de los que estaba rodeada eran mejores que yo.

Sin traumas.

Sin mochilas a la espalda.

Sin heridas.

Sin hermanos...

Pensé que estaría encantada conociendo al más guapo, al más apropiado para ella.

Porque yo, desde luego, no era lo mejor para ella.

¿Cómo iba a serlo?

Ella también se acabaría yendo, lo sabía.

—Vamos, Víctor, ¿por qué no te unes a nosotros? —me instó otro amigo, extendiéndome una mano para sacarme a la pista de baile.

Me dejé llevar por el momento, buscando desesperadamente una distracción de la tormenta que se estaba gestando dentro de mí y guardé el móvil. Bailé con frenesí, tratando de escapar de los demonios que me perseguían incluso en medio de la multitud.

Pero cuanto más intentaba alejarme de mis pensamientos oscuros, más se aferraban a mí como garras afiladas. La música retumbaba en mis oídos, pero no podía ahogar el ruido ensordecedor de mis propios pensamientos.

Estaba jodido.

Estaba enfadado con Sira.

¿Cómo me hacía eso? ¿Cómo se iba a ir de mi vida?

¿Ella también, sabiendo lo que me dolía?

Una voz seductora rompió la neblina de mis pensamientos mientras una chica se acercaba, con ojos llenos de promesas tentadoras.

—¡Ey! ¿Por qué un chico tan guapo como tú parece aburrido? —me susurró, pasando una mano por mi brazo con una sonrisa traviesa.

Yo también sonreí.

Un chico tan guapo como yo...

Ahí fue la primera vez que tuve contacto directo con mi ego.

Ese que creía que Sira había picado, yo me encargaría de restaurarlo al completo.

Es algo que suelen hacer las personas rotas...

Están tan podridas por dentro, que antes de dejar que las destruyan más, destruyen ellas primero.

Así que me dejé llevar como un pelele.

Nos adentramos en una danza peligrosa de palabras y caricias, pero en el fondo, sabía que era solo un intento desesperado de escapar de la oscuridad que me consumía.

Cuando sus labios encontraron los míos en un beso fugaz, el vacío en mi interior parecía desvanecerse por un breve instante.

—¿Qué haces, tío? —Uno de mis amigos me increpó por la espalda y me apartó de la chica.

La realidad volvió a golpearme como un puñetazo en el estómago.

—Yo... no... lo sé —murmuré, apartándome y sintiendo el peso de mis acciones arrastrándose tras de mí como una sombra maligna.

Me fui de allí.

Vacío.

Roto.

Sintiéndome la peor persona del mundo.

Caminé por las calles nocturnas, perdido en un laberinto de callejones oscuros y pensamientos turbulentos.

Y lloré como un cabrón, porque sabía que había metido la pata hasta el fondo.

No había significado nada para mí.

NADA.

Ni siquiera me acordaba de cómo se llamaba esa chica.

Dijo que era guapo y yo tenía el ego herido...

No buscaba ni siquiera entender la razón, pero lo había hecho.

Y cuando Sira se enteró, porque Sira siempre parecía enterarse de todo, me despertó de malas maneras.

—¡Despiértate! —exclamó zarandeando la sábana que me cubría.

—¿Qué pasa?

—¡Que te levantes! —dijo presa de los nervios.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Qué has hecho?

—¿Qué? Nada —contesté somnoliento, pero ya sabía por dónde iban los tiros.

Ella se sentó frente a mí, en la cama, y se cruzó de piernas.

—La persona que me ha dicho que te has besado con otra no tiene porqué mentirme. Dime la verdad —dijo con la voz quebrada—, porque sé que al decirme que no, me estás mintiendo en la cara.

Entonces rompí a llorar, pero me quedé callado como el cobarde de mierda que era.

—Me han llamado y me han dicho que te has liado con otra.

Silencio.

Uno incómodo, pesado, insoportable.

—Te han visto... —dijo con la voz quebrada.

Mis lágrimas mojándome la cara, el corazón a punto de estallar.

—Es muy fácil, ¿sí o no?

—Sí...

—Dios mío, qué asco...—Se llevó las manos a la frente y empezó a llorar.



Lloramos los dos.

Ella por el sabor de la traición, yo por el de la culpa.

La quería más que a nada en el mundo, aunque suene contradictorio.

Y sabía que no tenía excusa, aunque le expliqué los motivos que me llevaron a hacer aquello.

—Pero es que yo no he hecho nada —me dijo llorando.

—Ya lo sé. —La cogí de la mano y ella se soltó de mi agarre.

—No sé lo que va a pasar... —murmuró sollozando—, porque si te perdono esto, me fallo a mí misma.

—Lo sé. Yo... te quiero, Sira. Te quiero y sé que la he cagado, te he hecho daño, pero...

—Pero nada... Esto se termina aquí, Víctor. Pensábamos que era Dani el que sobraba en la ecuación, pero me he dado cuenta de que la que nunca debió interponerse entre vosotros, fui yo —me dijo.

Un silencio pegajoso como una tela de araña se instaló entre los dos, y ambos nos quedamos atrapados en él.

—Sira, por favor... —le supliqué como el idiota que era, aunque ya sabía que no servía de nada.

—Te perdono si es lo que quieres, lo que no sé es si podrás perdonarte tú mismo.

Después, Sira se marchó de mi habitación.

De mi casa.

De mi vida.

Ahí supe lo que era la verdadera desolación.

Primero mi padre, luego Dani. Por último, ella.

Ahí sí me rompí en mil pedazos, tenía la rabia en la boca, con sabor a lata vieja.

Y me sentí la peor persona del mundo, porque en el fondo había sido un vampiro emocional con ella, queriéndome beber todos sus momentos de felicidad.

Ella, que siempre tuvo algo de luciérnaga, se había quedado sin luz por mi culpa.

Fue el último día que la vi.

No volví a saber más de ella, pero sí conviví durante los siguientes años con aquel perdón que negaba a ofrecerme a mí mismo.

## 54

### Sira

*Septiembre de 2016*

Septiembre llegó como un vendaval, barriendo consigo los últimos ecos del verano y dejando tras de sí un rastro de cambios y desafíos.

Dani, anclado en Nueva York por su carrera universitaria, nunca volvió a hablarme, a pesar de que intenté ponerme en contacto con él, como si la distancia física se hubiera convertido en una barrera invisible entre nosotros.

Víctor, por su parte, tomó una decisión sorprendente al mudarse a Berlín en busca de nuevas oportunidades en el mundo del arte urbano.

Lo supe porque me lo contó su madre, con quien tuve una conversación en la que me pedía disculpas por cómo había terminado todo con sus dos hijos.

Alegó que eran buenos chicos, cosa de la que yo no tenía ninguna duda, pero supuse que no era el momento de que sus vidas se entrelazaran con la mía.

Ella se sentía mal por toda la situación, había querido ayudarnos a mí y a papá en todo lo que pudiera, y así lo había hecho, lo cierto es que era una persona maravillosa, pero no podía hacer nada por subsanar lo que había pasado entre los hermanos Dual y yo.

Con Dani en Nueva York y Víctor en Berlín, buscando sacar partido a su carrera de Bellas Artes, Elena puso el piso en alquiler y se mudó con un hombre con el que llevaba unos meses de relación y del que yo no sabía nada.

Solo podía pensar en Víctor, que seguía clavado en mi piel como un veneno del que no me podía librar.

Su partida dejó un vacío en mi vida que no podía llenar con nada.

A veces me preguntaba qué estaría haciendo en ese momento, si caminaría por las calles de Berlín con la misma confianza y determinación que siempre había admirado en él.

Nunca me buscó.

Yo tampoco hice el intento por localizarlo.

Así que lo único que pude hacer fue entregarme de lleno en mis cursos de fotografía, buscando una salida para mis emociones a través de la lente de mi cámara.

Sin embargo, cada vez que levantaba la vista y veía su ausencia en el rincón de la habitación, sentía un nudo en la garganta y un peso en el pecho que no podía sacudir. La decepción que me había dejado Víctor seguía fresca en mi mente, como una herida que se negaba a sanar.

Me había roto en mil pedazos y me preguntaba de forma constante cuántas veces más me romperían el corazón durante los siguientes años de mi vida.

Papá, Tía K y Paula estuvieron a mi lado en todo momento, apoyándome en cualquier cosa que necesitara, y aunque aquello no mitigaba mi dolor, sí que me ayudó a seguir adelante, porque no podía hacer otra cosa.

No podía hacer más de lo que había hecho.

Fue durante una de esas tardes solitarias en mi habitación que encontré el diario de mi madre, escondido entre viejos libros y recuerdos olvidados. Sus páginas estaban llenas de historias y secretos que nunca antes había conocido, y me sumergí en sus palabras con una mezcla de dolor y curiosidad. Cada página era un recordatorio de la vida que había vivido y las batallas que había librado, y me sentí más cerca de ella de lo que había estado en años.

Entre las palabras escritas con amor y cuidado, encontré un anhelo que resonó profundamente en mi corazón: mi madre había soñado con abrir una cafetería biblioteca donde pudiera exponer algunas de sus fotografías y compartir su amor por la literatura y el arte con el mundo. Aquella revelación me golpeó con la fuerza de una revelación: tenía que seguir sus pasos, cumplir su sueño por ella y por mí misma.

Así que ese fue mi ancla para salir del oscuro agujero en el que había caído durante esos meses.

Mientras me formaba en cursos de fotografía y aprendía más sobre el mundo del arte y la cultura, poco a poco fui ideando cómo podría hacer realidad el sueño de mi madre. Sin embargo, la falta de recursos económicos era un obstáculo difícil de superar. Aun así, no me dejé desanimar y seguí adelante con mi plan, buscando alternativas y soluciones creativas para hacer realidad mi sueño.

Fue entonces cuando dos años más tarde conocí a Gustavo.

Era un momento crucial de mi vida, cuando mis sueños de abrir una cafetería biblioteca parecían distantes e inalcanzables.

En una exposición de arte local, nuestras miradas se cruzaron entre las vibrantes obras que adornaban las paredes.

Gustavo, un exitoso inversor, se acercó con una sonrisa cautivadora y comenzamos a conversar sobre arte, fotografía y literatura.

Su pasión por el mundo del emprendimiento y los negocios encajaba perfectamente con mi visión de abrir mi propio local.

Cuando le conté mi sueño de crear una cafetería biblioteca, sus ojos se iluminaron con entusiasmo y propuso invertir en mi proyecto.

Aquella propuesta resonó profundamente en mi corazón, pues no solo representaba una oportunidad para hacer realidad el sueño de mi madre, sino también un vínculo inesperado que comenzaba a formarse entre nosotros.

Con el tiempo, nuestras conversaciones se convirtieron en citas, y descubrimos que teníamos mucho en común. Gustavo no solo era un socio financiero, sino también un apoyo emocional en mi vida.

Juntos, exploramos la ciudad, compartimos risas y confidencias, y poco a poco nuestro vínculo se fortaleció hasta convertirse en algo más profundo. A medida que nuestra relación florecía, el sueño de la cafetería biblioteca se convertía en una realidad tangible, gracias al apoyo y la dedicación de Gustavo.

El resto ya lo sabes, no es oro todo lo que reluce por mucho que me pidiera matrimonio y yo le dijese que sí, así que déjame contarte cómo termina esta historia.

## 55

### Sira

*7 de marzo de 2023*

El aire está cargado de tensión cuando entro en la sala de estar y me encuentro con Gustavo, que ya ha llegado de su viaje de negocios.

Mi comida con Paula ha terminado y he vuelto a casa cuando ella se ha ido de nuevo a la floristería.

Está mirando el televisor, pero sus ojos azules, normalmente cálidos, ahora parecen fríos e inescrutables. Sé que esta discusión ha estado en el aire desde hace tiempo, pero hoy no puedo contenerme más.

—Necesitamos hablar —digo, tratando de mantener la calma a pesar del torrente de emociones que amenaza con desbordarse.

Gustavo asiente con la cabeza, pero su gesto parece más resignado que dispuesto a escuchar. Sus labios se aprietan en una fina línea, y puedo ver el desdén en su mirada.

—¿De qué quieres hablar, Sira? —pregunta, su tono cortante como un cuchillo en el aire—. ¿Y qué te ha pasado en el dedo?

Respiro hondo antes de responder, preparándome para la tormenta que sé que está por venir.

—Nada, me he cortado. De nosotros, Gustavo. De esta relación que parece estar desmoronándose frente a mis ojos —digo con más fuerza de la que pretendo.

Gustavo se tensa, como si mis palabras lo hubieran golpeado en lo más profundo de su ser. Sin embargo, no retrocede.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta, su voz apenas un susurro lleno de incredulidad.

—Quiero decir que ya no puedo seguir así, Gustavo. No puedo seguir siendo tu títere, tu marioneta en este juego que tú controlas a tu antojo —respondo, dejando salir toda la frustración y el resentimiento que he estado guardando durante tanto tiempo.

Se pone de pie, sus ojos chispeando de ira.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —exclama, su voz elevándose hasta llenar la habitación.

—Porque es la verdad. Te has aprovechado de mí desde el principio, manipulando cada situación a tu favor, haciendo lo que te da la gana con el negocio de la biblioteca cafetería como si fuera tu propiedad exclusiva —le reprocho, mis palabras saliendo con más amargura de lo que esperaba.

Me mira fijamente, su cara se ha convertido en una máscara de furia y confusión.

—No puedes culparme por querer lo mejor para nosotros, Sira. Todo lo que hago, lo hago por nuestro futuro —dice, su voz temblando ligeramente.

—Pero ¿a qué precio? ¿A costa de mi felicidad, de mi libertad? No puedo seguir viviendo así, en la sombra de tus decisiones y de tus manipulaciones. No me consultas ninguna decisión del negocio —replico, mis palabras resonando con una determinación que no sabía que tenía—. Y lo mejor de todo, es que cuando no te interesa, coges y me dejas. Te vas y luego vuelves como si nada hubiera pasado.

—¿Sí?

—¡Sí! —grito.

Odio su chulería, odio su prepotencia, odio todo lo lo envuelve.

Su dinero y sus lujos.

Yo no soy así, no vengo de una vida llena de oro.

Paula tuvo razón al decirme que no había sido buena idea mezclar el amor con los negocios, pero yo ya me pregunto qué es lo que queda de ese amor que sentí al principio de nuestra relación.

—Pues eso voy a hacer.

—¿Cómo?

Va hacia el perchero, coge su chaqueta y se marcha del salón a grandes zancadas.

Le sigo, porque también odio que me deje con la palabra en la boca.

—¿Dónde narices vas? —le espeto, cruzándome de brazos.

—Donde no pueda escucharte. Paso de ti —dice, después da un portazo.

Grito, frustrada, porque no puedo más.

NO PUEDO MÁS.

\*

—Lo que tienes que hacer es dejar a ese gilipollas —me dice Paula por teléfono un rato después de haber llorado y gritado cual loca.

—No puedo hacer eso. No a escasos días de la boda, teniendo el negocio... No puedo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Completamente.

—Dios, la boda...

—¿Qué pasa con la boda? —pregunto frunciendo el ceño.

—¡Tu despedida, tía! Claro, si es que no paras de trabajar. Ni yo tampoco. Jo, tía, lo había olvidado.

—Ah, no. No quiero despedida ni quiero nada, paso de esas cosas —respondo tajante.

—¿Qué dices?

—Es una tradición.

—Me dan igual las tradiciones, ya voy a celebrar una boda con tradiciones que no son las mías. ¿Te parece poco?

—Eso, perdona que te diga —me dice ella con la boquita pequeña al otro lado de la línea—, es culpa tuya, porque desde el minuto uno en el que empezasteis a planear la ceremonia, debiste dejar claro que querías hacer cosas tradicionales de tu cultura. O un remix entre las tuyas y las suyas, ¡yo qué sé!

Bufo.

—Paula, no me agobies.

—No, si yo no te agobio. Te agobias tú sola por estar en una relación que no te hace feliz.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Y Víctor? —pregunta entonces.

—¿Qué pasa con él? Que haya aparecido de la nada, no significa que...

—No, idiota. Su exposición.

—¡Ah! Eso lo arreglo inmediatamente, no pienso consentir que haga su exposición en mi local.

—Pero Gustavo...

—¡Gustavo que se vaya a la mierda y deje de hacerme la vida imposible!

Cuelgo la llamada enfadada, pero sé que Paula no me lo tendrá en cuenta.

Después voy al despacho de Gustavo y busco en uno de sus cuadernos el contacto de esa tal Maribe, la agente de Víctor.

No pienso permitir que ese chico vuelva a mi vida.

## 56

### Víctor

La luz del atardecer se filtra a través de las amplias ventanas del ático, pintando el espacio con tonos cálidos y dorados.

Me encuentro en mi estudio, rodeado de lienzos y botes de pintura, sumergido en mi mundo creativo mientras trabajo en una nueva obra.

El ambiente está impregnado de un ligero olor a óleo y el sonido suave de un jazz de fondo se mezcla con el murmullo de la ciudad que llega desde la calle.

Visto una camiseta blanca y unos vaqueros desgastados, mi atuendo habitual para pasar el día en el estudio.

El espacio está organizado de manera ordenada pero creativa, con mesas de trabajo cubiertas de pinceles y herramientas de arte, y algunas piezas de mobiliario vintage que le dan un toque ecléctico al lugar.

En medio de mi concentración, el sonido del timbre me saca de mi ensimismamiento. Me levanto de mi silla y camino hacia la puerta, preguntándome quién podrá ser a estas horas.

Al abrir, me encuentro con Maribe, mi agente, de pie en el umbral.

Maribe irradia elegancia con su impecable traje de chaqueta negro y su cabello perfectamente peinado. Su rostro refleja preocupación cuando me saluda con un gesto de la mano, y sé que algo importante debe haberla traído hasta aquí en vez de hacerme una llamada.

—Víctor, necesito hablar contigo —dice, entrando en el estudio con paso decidido. Yo cierro la puerta tras ella y la sigo con la mirada mientras se acerca hacia mí—. Tenemos un problema con la exposición. No sé qué narices has hecho en esa cafetería...

Las palabras de Maribe cortan el aire con una intensidad palpable, y mi corazón se acelera ante la gravedad de sus palabras.

El aire en mi estudio parece más denso de lo habitual mientras escucho las palabras de Maribe. Un silencio tenso se cierne entre nosotros después de su declaración, y puedo sentir mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras proceso la noticia.

—¿Sira se niega? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme a pesar del torbellino de emociones que me está invadiendo. La idea de que



sea ella quien esté detrás de la cancelación me golpea como un puñetazo en el estómago.

¿Por qué me hace esto?

Maribe asiente con la cabeza, con una expresión de disculpa en su rostro.

—Sí, parece que Sira —dice su nombre con cierto retintín, y de algún modo me molesta—, que es quien está día tras día en el local, ha cambiado de opinión respecto a la exposición. No ha dado ninguna explicación, pero parece decidida a que no se realice en su cafetería.

Una oleada de frustración y decepción me invade. No puedo entender por qué Sira estaría en contra de mi exposición.

¿Acaso no le importa mi arte? ¿No valora todo el esfuerzo y la dedicación que he puesto en esta oportunidad?

El pasado la reconcome, es a la conclusión que llego.

Intento mantener la calma mientras mi mente trabaja a toda velocidad, buscando una solución a este problema. No puedo permitir que la cancelación de la exposición me detenga en mi camino como artista. Tengo que encontrar una manera de seguir adelante, incluso si eso significa buscar otro lugar para mostrar mis obras.

Pero, a pesar de mis intentos de racionalizar la situación, no puedo evitar sentir una punzada de dolor en mi pecho.

Sira y yo teníamos una conexión especial, o al menos eso creía.

Y por mucho tiempo que haya pasado, para mí nunca se ha borrado.

La confusión y la decepción se mezclan dentro de mí mientras me enfrento a la realidad de la situación. Esta cancelación no es solo un revés profesional; también es un golpe emocional. No sé qué hacer a continuación, pero una cosa es segura: esta situación no quedará así.

57  
Sira

*8 de marzo de 2023*

La tarde cae lentamente sobre la ciudad cuando escucho el tintineo de la campanilla que anuncia la entrada de alguien en la cafetería.

Estoy deseando terminar de recoger y marcharme a casa, me siento agotada física y emocionalmente.

Las idas y venidas de Gustavo absorben toda mi energía.

Todavía no sé nada de él desde que ayer se marchara de casa.

Seguramente se haya ido a un hotel o a casa de algún amigo, ese tipo de actos son muy propios de él.

Al levantar la vista, veo a Víctor entrar por la puerta con una expresión de determinación en su rostro.

Mi corazón late con fuerza mientras me preparo para lo que parece ser una confrontación inevitable.

Suerte que ya no queda ningún cliente.

—Sira —me llama Víctor, su voz cargada de tensión mientras se acerca al mostrador—. Necesitamos hablar.

Trago saliva, sintiendo la mirada penetrante de Víctor sobre mí. Sé lo que viene, lo he estado esperando desde que llamé a Maribe.

—¿Qué quieres? —pregunto, tratando de mantener la compostura mientras me enfrento a él.

Víctor se detiene frente a mí, sus ojos brillando con una mezcla de frustración y furia contenida.

Agradezco que la barra se encuentre entre los dos.

—¿Por qué has cancelado la exposición? —dice, su voz baja pero llena de intensidad—. ¿Qué demonios te pasa?

Mi corazón se acelera mientras me enfrento a su mirada desafiante. Sé que no puedo esquivar esta conversación, que debo explicarme, aunque la idea me cause un nudo en la garganta.

—Lo siento —respondo, tratando de controlar mis emociones—. No tenía otra opción. No puedo permitir que expongas aquí.

Las palabras parecen atorarse en mi boca mientras lucho por explicar mi decisión.

Víctor frunce el ceño, claramente confundido por mi respuesta.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta con incredulidad—. ¿Por qué no puedes permitirlo?

Cada vez que lo tengo delante, siento un torbellino de emociones que luchan por encontrar su lugar en mi interior.

Por un lado está el dolor por haber tenido que rechazarlo, por haber tenido que cerrar la puerta a lo que podría haber sido entre nosotros años atrás. Pero también está el miedo a lo que podría suceder si permito que las barreras que he levantado se derrumben, el miedo a dejarme llevar por la atracción que aún siento hacia él.

Todo esto se mezcla en mi corazón mientras lo miro, tratando de mantener una expresión imperturbable a pesar del caos que se desata en mi interior.

—No puedo permitirlo porque... porque no quiero que expongas aquí después de lo que pasó entre nosotros —confieso, mi voz apenas un susurro mientras enfrento su mirada sorprendida—. No puedo soportar verte todos los días, recordando lo que pasó y lo que podría haber sido.

Víctor se queda en silencio por un momento, sus ojos buscando los míos en busca de alguna señal de arrepentimiento o compasión. Pero todo lo que ve es determinación en mi mirada, una firmeza que no está dispuesta a ceder.

—Sira, lo que pasó entre nosotros... —comienza, su voz más suave ahora, pero aún cargada de emoción—. Fue un error, lo sé. Pero eso no debería afectar tu decisión de permitirme exponer mis cuadros aquí.

Me estremezco ante sus palabras, sintiendo el peso de la verdad en ellas. Lo que sucedió entre Víctor y yo fue un error, una mezcla de emociones confusas y momentos de debilidad que nos llevaron por un camino del que no pudimos volver atrás.

—Lo siento, Víctor —digo, luchando por mantener la compostura—. Pero no puedo ignorar lo que siento. No puedo permitir que algo así vuelva a suceder.

Víctor se queda en silencio por un momento, sus ojos oscuros reflejando una mezcla de emociones. Puedo ver el dolor en su mirada, la lucha interna mientras intenta procesar lo que le estoy diciendo.

—¿Es que no puedes superar el pasado? —me pregunta enfadado.

—¿Y tú? ¿Lo has superado tú? ¿Has curado tu interior? ¿A cuántas chicas más les has jodido la vida? —. Yo también estoy enfadada.

Se pasa la lengua por los labios, nervioso.

—Eso es un golpe bajo, Sira. Un puto golpe bajo —me dice.

Salgo de detrás de la barra y me coloco ante él.

—Me da igual que sea un golpe bajo. Te lo mereces. Te lo mereces por traicionarme.

—¡Fue un puto beso que no significó nada para mí!

—¡No, claro! ¡Ni ese beso ni ninguno de los que me diste, porque te largaste a Berlín sin decirme absolutamente nada! ¡Gilipollas! —le grito con las manos en jarras.

—¿Me rayé, vale? Me rayé porque pensé que tú... tú...

—¿Yo qué? ¿Que me iba a liar con otro esa noche? ¿Que iba a ser como tú? Yo jamás te haría eso, Víctor. ¡Jamás! Y te fuiste, me heriste y te largaste como el cobarde que eres.

—Perdí a mi padre, a mi hermano...

—Supéralo —le digo con desdén, porque el numerito de niño abandonado ya no me lo creo—. Tu padre hizo lo que hizo, pero tú no tienes la culpa de eso ni te da el derecho de hacer daño a los demás. Y Dani... —suspiro—. Dani ya has visto que sí ha superado el pasado. Es tu hermano.

—Pues, por lo visto, es el único que lo ha hecho.

—No me creo que tú no hayas pasado página, Víctor. No me lo creo.

—¿Y tú? Quien va a casarse eres tú, no yo.

El recordatorio de mi boda me arde en las entrañas.

—Ah, ahora me vas a venir con el cuento de que no has estado con nadie más desde que nuestra relación se acabó.

—Claro que no. Ahora mismo no estoy con nadie. He estado con más chicas, pero...

Estamos agitados, nuestra respiración es lo único que llena el local además de los gritos de la acalorada discusión que estamos teniendo.

Mi pecho sube y baja con rabia, el suyo también.

Y ya no sé ni lo que siento, porque me encantaría aplastarle la cabeza con una taza de cerámica o ahogarlo en el fregadero.

Ser esa villana que disfrutaría teniendo su cabeza en una bandeja de plata.

Pero no puedo.

Nunca pude.

Y ahora sé que nunca podré.

Víctor sigue aquí, y no solo en mi local, sino también en mi corazón.

—¿Pero qué? —pregunto, porque se ha quedado callado como un muerto.

—Pero ninguna es como tú —dice entonces.

Me duele verlo así, tan vulnerable y herido por mis palabras. Pero sé que debo mantenerme firme en mi decisión, por mi propio bienestar y por el de él también.

Intento ignorar lo que siento por dentro, el efecto que acaban de causar esas palabras en mí.

—Pues... mala suerte —digo de forma torpe.

Mi corazón quiere salir por mi garganta, no lo puedo frenar y me odio por ello.

Odio el efecto que Víctor tiene en mí, aún después de tanto tiempo.

Me maldigo por sentir lo que siento.

—Sira... —se acerca a mí y coge una de mis manos.

Su contacto me quema, hace que mi piel arda. Miro sus ojos esperando que siga hablando.

Su voz es como un canto de sirena que me estremece y me mantiene embrujada.

—No... —suplico.

—Por favor, no me rechaces así... —me dice en un murmullo.

Cierro los ojos con fuerza, apretando los labios.

—No quiero rechazarte, pero...

Abro los ojos y me encuentro con los suyos, que me miran con devoción y tristeza.

—Siento, de verdad, todo el daño que he podido hacerte —me dice.

Sus ojos aguados me siguen mirando.

Asiento con la cabeza ante lo que me acaba de decir.

—Fue un puto error que cometí y del que me he seguido culpando todo este tiempo, me creas o no. No me encontraba bien, había bebido, aunque sé que es una excusa de mierda.

—Vale.

—¿Me crees? —me pregunta.

—Me estás manipulando para hacer tu maldita exposición aquí... —susurro soltando su mano de la mía y llevándola a mi frente.

—No, ahora mismo la exposición me da exactamente igual —me dice con sinceridad—, solo quiero... —levanta los ojos hacia arriba, intentando

encontrar las palabras adecuadas— quiero estar bien contigo, que el pasado se quede atrás...

—El pasado no puede quedar atrás si sigo manteniendo contacto contigo —le digo.

De pronto el aire parece haberse extinguido en el local, y siento que me falta el oxígeno.

El mundo parece cernirse sobre mí.

Víctor traga saliva.

—Lo entiendo, Sira —dice finalmente, su voz apenas es un susurro—. Pero eso no significa que esté de acuerdo contigo.

Suspiro, estoy a punto de cometer, quizá, la mayor locura de mi vida.

—Agradezco todo lo que me has dicho —digo.

—¿Pero? —increpa él.

—Haz tu exposición aquí —accedo finalmente.

—¿Qué?

Niego con la cabeza.

—Sinceramente —sonrío de forma amarga—, no sé cuánto tiempo más voy a soportar con el negocio en pie —reconozco, porque he llegado a la determinación de que tengo que elegir entre mi relación personal con Gustavo y mi relación laboral—, así que, haz tu exposición. Después no volveremos a vernos más.

—Pero... —intenta decir él.

—Lo siento, pero no puedo. Tus disculpas a cambio de la exposición.

Él asiente con la cabeza y mi corazón se estruja.

Con un suspiro pesado, Víctor se da la vuelta y se aleja, dejándome sola con mis pensamientos y la certeza de que he hecho lo correcto, aunque duela más de lo que jamás hubiera imaginado.

58  
Víctor

*10 de marzo de 2023*

—Así que, primero te dijo que no y luego te dijo que sí. —Dani resume lo que le he contado acerca de la conversación que tuve antes de ayer con Sira sobre la exposición.

—Así es.

Nos encontramos sentados en una terraza en la Calle Preciados, rodeados por el bullicio característico de Madrid.

Después voy a ir al local de Sira a llevar mi material para la exposición de esta noche.

El aroma del café recién hecho flota en el aire, mientras esperamos que nos sirvan nuestro desayuno. Hemos pedido dos cafés con leche y unas tostadas con tomate y aceite, un clásico que nos recuerda a los domingos familiares de nuestra infancia.

Dani me ha hecho madrugar, pero tenía que trabajar y yo no podía esperar para verle y contarle las últimas novedades. Además, me ha venido bien despertarme pronto para preparar todo lo de la exposición.

—¿Y por qué? —pregunta Dani.

Suspiro antes de hablar.

—Me odia —digo sin más.

Dani suelta una carcajada.

—¿Te hace gracia? Porque a mí no.

—Me hace gracia que de verdad creas que te odia, no es cierto—dice Dani.

—Es la verdad, no ha superado lo que pasó entre nosotros.

—Tú tampoco.

—Yo sí —digo rápidamente, pero estoy mintiendo.

—¿Sí?

—Claro. —Frunzo el ceño.

—Hagamos la prueba. ¿Puedo contarte una cosa?

Pongo los ojos en blanco y el camarero deja sobre la mesa nuestras tostadas y nuestros cafés.

—A ver, sorpréndeme.

—Pero tienes que prometerme que no vas a enfadarte y que no me vas a partir la cara.

—¿Qué? —hago una mueca de incompreensión—. ¿Por qué querría partirte la cara?

—Te recuerdo que estamos en plena Calle Preciados.

Chasqueo la lengua contra el paladar al tiempo que muevo la cucharilla en mi café con leche.

—¿Quieres soltarlo ya?

—¿Sabes por qué creo que Sira no te odia, más bien lo contrario?

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—¿Por qué?

—Esto no se lo puedes decir a nadie —me avisa Dani.

Asiento con la cabeza sin mirarle, demasiado pendiente de echar más aceite sobre el tomate de mi tostada.

—No se lo diré a nadie —contesto, teniendo un *Deja Vu* de mi yo de diez años protegiendo a un Dani de cinco cuando tiró el jarrón favorito de mamá por coger una cucaracha que se había colado detrás.

—Cuando vi a Sira en su cumpleaños, salimos al Tres Lunas —explica Dani, y yo doy un bocado a mi tostada—, bebimos, bailamos y, cuando llegamos a su casa, la besé.

El pan se atora en mi garganta y entorpece la entrada de aire, haciéndome toser.

¿*Qué ha dicho?*, pienso intentando respirar.

Toso como un energúmeno y levanto la mano para que el camarero me vea.

—Un vaso de agua, por favor —le pido a trompicones.

Dani sonríe como un gilipollas.

—¿Qué mierda dices? —le pregunto con los ojos llorosos, cuando ya soy capaz de respirar.

El camarero pone mi vaso de agua sobre la mesa.

—Gracias.

—Vale, creo que no me vas a partir la cara —dice.

—¿Cómo voy a hacer eso? ¿Qué crees que tengo, quince años?

—Continúo. Bebí de la hostia, se me fue la olla y la besé.

—¿Y Emily?

—Todo está bien con Emily. Me confundí, apenas rozamos los labios, ella...



—No quiero saberlo. —Le hago un gesto con la mano para que se calle.

—Víctor, ella se apartó. Me dijo lo de la boda y se apartó. Somos amigos, sin más.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Cuando hablaste con ella se apartó? Ahí es dónde voy.

—Es que no intenté besarla, no quería perder uno de mis ojos, hubiera sido capaz de dejarme tuerto con un cuchillo o algo así —le digo.

—¿Pero te acercaste? ¿Qué te dijo exactamente?

—Pues... —cavilo— que no podía dejar el pasado atrás si me veía cada día. Sigue dolida conmigo.

—Claro. Porque le importas.

—Le importará más su futuro marido —digo con desdén, tirando sobre la mesa una bolita de papel que he hecho con la servilleta.

—Sira no está bien, Víctor.

—¿Cómo que no está bien?

—Con el Gustavo ese.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Paula.

Aprieto los labios.

—Con razón me dijo que no sabía cuánto tiempo más soportaría en el negocio. Desde luego, ella no sabía nada de mi exposición, Gustavo no le dijo ni media palabra —dije.

—¿Cuál es el plan?

—Dani, no tengo ningún plan.

—¿Vas a dejar que se case con ese idiota?

—¿Yo? No es responsabilidad mía —le digo moviendo de nuevo mi café. Se me ha quitado el hambre y no quiero la tostada—. Mis disculpas por la exposición. Ese ha sido nuestro trato. No quiere verme, ya te lo he dicho.

—Me dijiste el otro día que ibas a ir a por todas con ella, Sira se muere por ti.

—No —niego con la cabeza—. Aquí el único que se muere por ella, soy yo. Claro que dije eso, pero ella a mí me quiere bien lejos.

—Yo soy el listo de los dos, hazme caso. ¿Cuándo es la exposición?

—Esta noche. ¿Vas a venir?—contesto.

—Sí. Bien, fíjate en los detalles, que pareces tonto. Bueno, ya lo haré yo por ti.

Concluimos nuestro desayuno en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Aunque la sombra de Gustavo sigue presente en mi mente, me reconforta saber que cuento con el apoyo incondicional de Dani.

Pero sé que, hasta esta noche, no voy a poder quitarme esta conversación de la cabeza.

## 59

### Sira

Estoy en el local con Paula, sumergidas en la tarea frenética de preparar todo para la exposición de Víctor, que es esta noche.

Se ha tomado la mañana libre en la floristería, pues ha contratado una nueva empleada porque ella sola no da abasto.

Paula y yo movemos las mesas y las sillas, asegurándonos de que estén dispuestas de manera que cada obra de arte pueda ser apreciada adecuadamente. Las luces se ajustan con precisión para resaltar los detalles de cada pintura cuando todo esté colocado.

También ubicamos unos caballetes de madera que acaba de traer al local Maribe, la agente de Víctor.

Entre el trajín, Paula y yo intercambiamos bromas y chistes para aliviar la tensión, cosa que agradezco, porque estoy teniendo unos días bastante caóticos.

—¿Quién hubiera pensado que seríamos organizadoras de eventos de arte? —bromea Paula, sosteniendo una silla mientras yo ajusto una lámpara.

Río, agradecida por su humor en un momento tan estresante para mí como este, entre unas cosas y otras.

—¡Quién lo diría! Pero aquí estamos, haciendo realidad el sueño de Víctor —respondo con una sonrisa, admirando su determinación para conseguir sueños.

Porque, aunque decir su nombre en voz alta me revuelve las tripas, sobre todo, después del último encuentro que hemos tenido, sigo admirando su talento.

Mientras trabajamos, Paula parece darse cuenta de cómo me afecta este chico, aunque ya lo sabe de sobra, y aprovecha para iniciar una conversación más seria.

—¿Cómo te sientes después de que haya vuelto? —pregunta, su tono ahora es más preocupado.

Me detengo por un momento, sintiendo la gravedad de su pregunta, porque en esa cuestión no solamente está Víctor, sino también Gustavo, el negocio... y lo que realmente quiero en mi vida.

—Confundida, en realidad —admito finalmente, deslizando una mesa a su lugar designado—. No sé qué hacer con Gustavo. A veces siento que lo

nuestro ya no es lo mismo, pero me da miedo enfrentar la realidad.

Paula asiente comprensivamente, colocando una mano reconfortante sobre mi hombro.

—Es difícil tomar decisiones cuando estás en medio de un torbellino emocional— dice con empatía—, pero al final del día, tienes que hacer lo que sea mejor para ti.

Asiento, agradecida por el apoyo de mi amiga.

—Lo sé, pero es complicado—, confieso con sinceridad—, aunque sé que si termino casándome con él, dejaré el negocio.

—¿Qué?

—Siento que no puedo seguir en las dos cosas. No sé. Y luego está Víctor. Aunque intento mantener las distancias y centrarme en las cosas profesionales entre nosotros, hay algo que me hace dudar.

Paula frunce el ceño, mirándome con curiosidad.

—¿Qué quieres decir? Si dudas, no hay dudas —pregunta, intrigada.

Inhalo profundamente, tratando de poner en palabras los sentimientos confusos que giran en mi cabeza.

—Mis cimientos se han ido al garete. No puedo evitar sentir que todavía hay algo entre nosotros — confieso, mi voz llena de incertidumbre—. Aunque intento ignorarlo, siempre está ahí, justo debajo de la superficie.

Paula me mira con compasión, comprendiendo el dilema en el que me encuentro.

—No sé qué decirte. Han pasado años, Sira. Se equivocó, ya está. Tú también te equivocaste con Dani, ¿no?

Asentí con la cabeza, todavía sintiendo un poco de culpa.

—Pues ya está. Debes perdonar y olvidar.

—¿Cómo voy a olvidar si cuando lo veo las piernas me tiemblan como un flan?

Paula sonrío.

—Sigues enamorada de Víctor.

—No —niego rápidamente.

—Y Víctor de ti.

Finjo una carcajada, provocándomela adrede como si fuera una arcada.

—Eso sí que es un chiste, Paulita, qué graciosa. Víctor... —intento decir algo, pero no me sale nada.

—Mira que está guapo, el hijo de...

—Sí, nos hemos dado cuenta todos —la corto.

—Es como que la espalda se le ha hecho más ancha, ha engordado un poquito, tiene los carrillos más llenos y los labios más gruesos. ¡Y se ha quitado el chándal! Y ahora viste como un bohemio de esos de la películas, con sus pinceles y sus cosas... —Paula mira al techo, con la mirada digna de una soñadora, sosteniendo la pata rota de una silla entre sus brazos como si fuera lo más preciado del mundo.

Arqueo las cejas.

—Ni te acerques a él, ¿me oyes? —le digo tocando su hombro con el dedo índice.

Ella muestra una sonrisa socarrona.

—Lo sabía. Sigues loca por él.

Aprieto los labios.

—Tranquila, huele tanto a pintura que me mareo —dice ella poniendo morritos.

—No huele solo a pintura. También huele a detergente de marsella y ese perfume amaderado que usa —digo yo.

—Ah, qué cerquita debes haber estado de él para saber a qué huele. —Paula levanta las cejitas repetidas veces—. Dani huele mejor.

—¿Y tú qué sabes?

Paula se encoge de hombros.

—Hemos quedado algunas veces desde que está aquí. Me gusta hablar con él, me entretiene. Él huele muy bien. Ya sabes, hombre que huele rico, vale por dos.

—Sí, Dani siempre ha olido bien también. Oye... ¿podemos dejar de hablar de olores masculinos? ¡Mira todo lo que nos queda! —cambio de tema, porque la conversación me está poniendo nerviosa.

Mientras continuamos preparando el local, me prometo a mí misma que tomaré el control de mi vida y seguiré adelante, sin importar lo difícil que sea el camino.

Y también, lo difícil que me lo ponga la presencia de Víctor para no derretirme frente a él a la primera de cambio.

## 60

### Víctor

Cuando termino de desayunar con Dani, él se marcha al trabajo y yo acudo al local de Sira, cargado con los cuadros que expondré esta noche.

Mientras entro, mis ojos la buscan entre el bullicio del lugar.

Cuando la veo, mi corazón da un vuelco, recordando los momentos compartidos y la energía especial que siempre parece haber entre nosotros.

Es imposible que no me pase esto cada vez que la tengo delante.

—Buenos días —la saludo sonriendo, a pesar de que todavía tengo en la cabeza la conversación que he tenido con Dani.

Ella levanta la mirada, sorprendida por mi presencia, pero está sonriendo.

—Hola.

Me acerco a la barra, donde está haciendo un dibujo de una flor en el centro de una taza de café.

La tensión en el aire es palpable, cargada con recuerdos y sentimientos no resueltos.

Observo que ha cambiado un poco la organización del local para que todo esté listo para esta noche.

Hay algunos caballetes vacíos estratégicamente colocados. Debe haberlos traído Maribe en algún momento.

—¿Dónde puedo dejar esto? —le pregunto con los cuadros tapados cuidadosamente entre mis brazos.

—Tu agente trajo esos caballetes. Colócalos ahí, pero no los destapes. No tendría gracia si la gente puede verlos en cualquier momento —me dice ella. Después sale de la barra, lleva el café a una mesa cercana y se pone ante mí.

—¿Te ayudo?

Asiento con la cabeza. Ella coge un par y yo me quedo con el resto.

Nos encontramos en el centro del local, mirándonos el uno al otro con una mezcla de emociones indescriptibles.

Coloco los cuadros con cuidado sobre una mesa cercana, tratando de desviar la atención de la intensidad del momento. Pretendo ir cogiéndolos de ahí para colocarlos en los caballetes.

Ella hace lo mismo y me esfuerzo por no mirarla demasiado.

Está tan jodidamente guapa.

Sin embargo, nuestras manos se rozan brevemente mientras cogemos los cuadros, enviando una corriente eléctrica a través de nuestra piel que me hace temblar ligeramente.

Hemos querido los dos coger el mismo.

—No quería discutir contigo ayer —digo, rompiendo el silencio incómodo que nos ha rodeado de repente.

Sira asiente, pero evita mirarme.

—No importa. Lo importante es que estás aquí ahora —responde, su voz apenas un murmullo.

Nuestros movimientos son torpes y descoordinados, como si estuviéramos bailando una danza incómoda de la que ninguno de los dos sabe los pasos.

Nos chocamos ligeramente mientras intentamos movernos por el espacio del local, causando una risa nerviosa entre ambos.

—Lo siento —digo, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

Sira sonríe, su expresión suave y cálida a pesar de la tensión que se cierne sobre nosotros.

—No te preocupes. Parece que estamos un poco torpes hoy— responde con simpatía.

Decido romper el hielo y abordar el tema que me interesa.

—¿Qué hay de Gustavo? ¿Vendrá esta noche? —pregunto, tratando de sonar casual pero sintiendo el nudo en mi estómago al pronunciar su nombre.

Sira se tensa ligeramente ante mi pregunta, sus ojos esquivando los míos por un momento antes de responder.

—No lo sé.

—¿Cómo que no... lo sabes? Es tu prometido. Vives con él, ¿no? Además, esto es su empresa.

Asiente con la cabeza.

—Gustavo es... complicado— admite, su voz cargada de emociones que no puedo descifrar.

Ya hemos terminado de colocar los cuadros, por lo que ella vuelve a la barra y yo la sigo.

Intrigado, pero decidido a no dejar que la incomodidad se interponga entre nosotros, continúo.

—¿Complicado en qué sentido?

Sira suspira, sus hombros cayendo ligeramente mientras recoge una trenza de su cabello detrás de la oreja.

—Es... el inversor del negocio. Nos conocimos a través de eso y... bueno, las cosas se complicaron hasta el punto de que la semana que viene celebramos la boda.

—La semana que viene... —susurro. Mis cejas se levantan ligeramente ante su respuesta, mi mente girando mientras intento procesar la información.— Entiendo —digo finalmente, aunque la verdad es que no tengo ni idea de lo que realmente está pasando.

La conversación se estanca por un momento, la tensión entre nosotros es más palpable que nunca. Pero antes de que pueda decir algo más, Sira cambia de tema, desviando la atención hacia los preparativos para la exposición.

Aunque mi curiosidad sobre Gustavo sigue latente en mi mente, decido dejar el tema por ahora y concentrarme en la tarea que tenemos entre manos.

Sin embargo, una parte de mí sabe que esta conversación es solo el comienzo de algo más grande, algo que podría cambiarlo todo entre nosotros.

—Ahora vengo —dice entonces, de pronto, y se mete al almacén interior, donde le curé el corte de su dedo.

Arqueo una ceja e intento otear el interior, pero no puedo ver desde aquí lo que está haciendo.

Miro a mi alrededor, observando si alguien, a su vez, me está observando a mí.

¿Y si entro?

¿La busco?

Quizá solo está cogiendo más azúcar.

Pero algo me dice que no, por lo que sigo mi instinto y me cuelo tras la barra para buscarla.

La encuentro llorando y mi corazón se salta un latido.

—¿Estás llorando?

—No, no —se limpia rápidamente las mejillas con las manos, pero es demasiado tarde, porque ya la he visto hacer un puchero.

—No me mientas, estás llorando. ¿Qué pasa?



—Víctor —comienza Sira, su voz temblorosa mientras lucha por encontrar las palabras adecuadas— necesito hablar contigo sobre Gustavo. Y seguramente la esté cagando después de lo que te dije, pero necesito una opinión... masculina.

—Vaya —digo tocándome el mentón—, ¿no has hablado con Dani?

Niega con la cabeza, y me sorprende a mí mismo al tratar este tema con tanta naturalidad.

Desde mi hermano hasta Gustavo, pasando por mí mismo.

—Él está con sus cosas, con Emily embarazada en Barcelona... —dice haciendo un gesto con la mano—. No quiero que se preocupe por mí.

—Ya. —Asiento con la cabeza.

—El caso es que —respira hondo antes de continuar, sus ojos encontrando los míos con determinación— Gustavo... no es lo que parece. Al principio todo era genial, pero últimamente... las cosas han cambiado —confiesa llena de angustia.

—¿Qué quieres decir? —inquiero, lo cierto es que me estoy empezando a preocupar.

Sira se muerde el labio inferior, como si estuviera luchando contra las lágrimas que amenazan con emerger.

—Es... no me tiene en cuenta para nada en el negocio, me asfixia, me controla. Y cuando le digo lo que no me parece bien, me deja y se va. Luego vuelve como si nada y se esfuerza en ser el mejor durante unos días, pero siempre acaba igual —murmura.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento. Nunca había imaginado que Gustavo pudiera ser así, Maribe no me había comentado nada, aunque tampoco lo conocía mucho, claro, pero ver el dolor en los ojos de Sira me hace darme cuenta de que lo está pasando mal.

—¿De verdad vas a casarte con ese tío? —le pregunto con el corazón en la boca.

Primero, porque quiero que sea feliz y que nadie la haga sufrir.

Segundo, porque está claro que todavía estoy enamorado de ella, maldita sea.

Ella se encoge de hombros, las lágrimas resbalando por sus mejillas mientras lucha por contener el torrente de emociones que amenaza con desbordarse.

—Y yo qué sé... Ya está todo listo, todo encargado. El vestido, la finca, los preparativos... Lo arreglaremos y ya está.

—¿Y tú? Porque es a ti a la que no veo nada preparada.

—Solo son nervios... estamos discutiendo mucho últimamente.

Me acerco a ella y la abrazo con ternura, sintiendo el peso de su sufrimiento sobre mis hombros.

Ha sido un acto reflejo que ninguno de los dos ha querido evitar, pero me alegro de ello.

Porque tengo su cuerpo entre mis brazos, inhalo el aroma a aceite de coco de su pelo y siento que mi corazón me agradece su contacto.

—Sé que no me crees, pero... estoy aquí para ti, Sira. Siempre lo estaré —prometo, y soy sincero.

Nos quedamos así, envueltos en el abrazo reconfortante del otro, compartiendo el peso de nuestras cargas y encontrando consuelo en la fortaleza de nuestra conexión. A pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros, sé que siempre estaré para Sira cuando me necesite, sin importarme nada.

—Ojalá todo fuera más fácil —susurra ella sobre mi pecho.

—¿El qué, exactamente? —pregunto.

—Tú y yo... —dice separándose de mí.

—¿Qué nos pasa? —le pregunto mirándola a los ojos.

—Ojalá no hubiera pasado nada entre nosotros —dice entonces, rompiéndome en dos.

—¿Por qué dices eso? —pregunto en un susurro.

—Porque seríamos los mejores amigos del mundo —contesta sonriendo de forma triste.

La intento imitar, pero solo me sale una mueca.

—Yo no puedo ser tu amigo, Sira —digo entonces.

Su boca está tan cerca de la mía, que...

—¿Sira? ¿Estás ahí dentro?

La voz de Gustavo nos sobresalta y nos separamos de inmediato.

¿Qué hago yo ahora con la erección que hay bajo mi pantalón vaquero?

## 61

### Sira

—Sira —murmura Gustavo de nuevo, su voz suave y cargada de emoción mientras se acerca hacia mí, tras encontrarme junto a Víctor en el almacén.

Gracias al cielo que nos hemos separado de inmediato. Ese mentecato ha estado a punto de besarme.

¿Me hubiera dejado? ¿Le hubiera seguido el juego, dejando que atrapara mis labios con los suyos?

Siento el corazón tan desbocado ahora mismo que creo que voy a caerme redonda al suelo.

—Estoy aquí —contesto intentando aparentar normalidad.

—Tenemos que... Oh, hola —saluda a Víctor, aunque parece confuso.

—Es el chico que expone sus cuadros esta noche, estaba enseñándole las instalaciones del local —improviso rápidamente.

—Buenos días, Víctor Dual. —Víctor le tiende la mano educadamente.

—Lo sé, lo sé, arreglé todo con tu agente. Espero que tengas mucha suerte esta noche. Me gusta la serie que has creado, de lo contrario no la hubiera traído a mi local —le dice Gustavo.

Carraspeo, realmente es que no soporto esos aires con los que va por la vida.

Víctor le ofrece una sonrisa educada y dice:

—Hasta esta noche.

Después se marcha y Gustavo y yo nos quedamos a solas.

—¿Podemos hablar?

Asiento con la cabeza, incapaz de articular una respuesta mientras me enfrento a la mirada penetrante de Gustavo. Sus ojos reflejan una mezcla de arrepentimiento y determinación, y sé que esta conversación será crucial para el futuro de nuestra relación.

—Dime.

—Sé que las cosas no han estado bien entre nosotros últimamente— comienza, su tono lleno de pesar—. Y quiero pedirte perdón por eso. No deberíamos haber discutido de esa manera, y... me arrepiento de las cosas que dije. Y de haber desaparecido.

Sus palabras me sorprenden, aunque no son nuevas, pues siempre suele decirme lo mismo cuando quiere reconciliarse.

Tal vez haya una oportunidad para arreglar las cosas entre nosotros, para recuperar lo que una vez tuvimos. Pero también sé que no puedo ignorar los problemas subyacentes que han estado afectando nuestra relación.

—Yo también lo siento. No deberíamos habernos dejado llevar por la discusión. Pero... hay cosas que necesitamos hablar, cosas que no podemos ignorar.

Él asiente con la cabeza, sus ojos buscando los míos en busca de entendimiento.

—Lo sé. Y quiero arreglarlas, quiero que volvamos a ser como éramos antes —admite, su voz llena de determinación.

Una sensación de alivio me invade al escuchar sus palabras, porque siento cosas por él, pero también sé que hay mucho trabajo por hacer si queremos salvar nuestra relación.

Sin embargo, en este momento, el futuro parece un poco más brillante, lleno de posibilidades y promesas de un nuevo comienzo juntos.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Estás dispuesta a darnos otra oportunidad? —pregunta con esperanza.

Respiro hondo, sintiendo el peso de su mirada sobre mí mientras considero su pregunta. No será fácil, pero si ambos estamos dispuestos a comprometernos y trabajar juntos, tal vez haya una oportunidad para nosotros después de todo.

Además, en mi cerebro necesito ahora mismo algo que me ayude a sentir que mi vida tiene un poco de estabilidad con tanto cambio y tanta sorpresa inesperada.

—Creo que sí— respondo finalmente, una sonrisa temblorosa curvando mis labios mientras me preparo para el camino que tenemos por delante—. Creo que vale la pena intentarlo, pero dejaré el café, quiero volver a dedicarme a la fotografía y ya no me parece buena idea tener una relación laboral contigo.

—Lo que tú quieras —me dice.

—Bien. —Sonrío.

—¿Me das un beso?

Me acerco a él, nos besamos y nos quedamos abrazados.

Sin embargo, a pesar de mi aparente aceptación, una parte de mí sigue sintiendo que algo no está del todo bien.

Un nudo en el estómago me recuerda las veces anteriores en las que he cedido ante las palabras dulces de Gustavo, solo para encontrarme atrapada en un ciclo interminable de manipulación y desilusión. Pero esta vez, estoy decidida a no dejarme engañar tan fácilmente y al menos he marcado el límite del negocio.

Es hora de tomar el control de mi vida y luchar por lo que realmente quiero, incluso si eso significaba enfrentarme a los demonios que se esconden en las sombras de mi pasado.

## 62

### Víctor

El ambiente en la cafetería es vibrante, lleno de emoción y expectación mientras los invitados comienzan a llegar para la exposición de mis cuadros.

Mi momento ha llegado y tengo muchas sensaciones dentro.

La música de fondo crea una atmósfera relajada pero animada, y las luces suaves resaltan las obras que han sido cuidadosamente colocadas en las paredes del establecimiento.

Me encuentro de pie en un rincón del local, observando nerviosamente a los asistentes mientras esperan con ansias ver mis obras.

El corazón me late con fuerza en el pecho, mezclando la emoción y el nerviosismo ante la respuesta que recibiré por parte de los asistentes.

—Todo va a salir bien —me dice Maribe en el oído.

Asiento con la cabeza, tragando saliva. El síndrome del impostor no me ayuda en absoluto.

Vestido con una camisa blanca y pantalones oscuros, intento transmitir una imagen profesional pero accesible, deseando causar una buena impresión en aquellos que han venido a apoyar mi trabajo.

Mientras tanto, mi mirada no puede evitar buscar a Sira entre la multitud, preguntándome cómo se sentirá al ver mis pinturas expuestas en su local.

La diviso conversando animadamente con algunos clientes habituales de la cafetería. Una sonrisa ilumina su rostro mientras discute sobre las diferentes piezas y comparte sus propias interpretaciones de mi trabajo.

Me siento abrumado por la sensación de gratitud al verla tan entregada a la exposición, a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros.

De repente, mi atención se desvía hacia Dani, Paula, Malabo, Tía K y Elena, mi madre, que han llegado juntos y están examinando detenidamente una de las pinturas.

Muevo la mano desde mi posición, sonriendo, y ellos me devuelven el saludo.

Después susurran entre ellos, intercambiando opiniones y gestos mientras analizan cada detalle de la obra. Observo su interacción con una mezcla de nostalgia y curiosidad.

—Creo que estás listo, hay bastante gente —me dice Maribe.

Asiento con la cabeza y carraspeo, colocándome bien el cuello de la camisa.

—Vamos allá.

—A por todas, campeón —me anima Maribe.

Con el murmullo de la multitud de fondo, me acerco al centro del local, buscando la atención de los presentes.

Levanto una mano para llamar su atención y, poco a poco, el ruido comienza a disminuir mientras todos dirigen su mirada hacia mí.

Espero no trabarme y hacerlo bien.

—Quiero agradecerles a todos por venir esta noche y compartir este momento conmigo.— Comienzo, mi voz resonando en el espacio—. Es un honor tener la oportunidad de mostrarles mi trabajo y compartir un poco de mí mismo a través de estas pinturas.

Respiro hondo antes de continuar, mi mirada recorriendo la audiencia con gratitud.

Mis ojos se centran en los de Sira, que me mira con las manos juntas debajo de su nariz.

Está sonriendo y eso me impulsa a seguir.

—Mis cuadros son un reflejo de mis experiencias, mis emociones y mis pensamientos más profundos. Cada pincelada cuenta una historia, cada color evoca un sentimiento. Espero que disfruten de esta exposición tanto como yo disfruté creándola. Muchas gracias— concluyo con una sonrisa, sintiendo el apoyo y la energía de la audiencia a mi alrededor. Con un gesto de agradecimiento, retorno a mi lugar entre las obras, listo para compartir este momento especial con todos los presentes.

Los invitados comienzan a acercarse a los cuadros, murmurando entre ellos y comentando sobre los diferentes estilos y temas que he abordado en ellos.

Algunos elogian la paleta de colores que he utilizado, mientras que otros se detienen frente a las obras más abstractas, tratando de encontrar un significado más profundo en cada pincelada.

A medida que la noche avanza, los clientes siguen llegando y la energía en el local se intensifica. Algunos se detienen a felicitarme personalmente por mi trabajo, expresando su admiración por las obras expuestas. Otros simplemente disfrutan del ambiente, charlando entre ellos y disfrutando de las bebidas y aperitivos que se ofrecen en la cafetería.

En medio de todo el bullicio, encuentro un momento para acercarme a Sira y entablar una conversación.

—¿Qué te parece la exposición hasta ahora? —le pregunto, esperando con ansias su respuesta. Sira me sonríe con sinceridad, sus ojos brillan con una mezcla de orgullo y emoción.

—Es increíble, Víctor. Estoy tan orgullosa de ti —dice, su voz llena de genuina admiración.

La conversación fluye entre nosotros, y por un breve momento, parece que el tiempo se detiene mientras nos perdemos el uno en el otro.

Sin embargo, nuestra charla se ve interrumpida por la llegada de Gustavo hasta nosotros.

—Enhorabuena, son muy buenos. Sabía que no iba a equivocarme con esto —me dice tendiéndome la mano.

—Muchas gracias —contesto estrechándola.

Después me ignora completamente y se dirige a Sira.

—Voy a cerrar un negocio con unos clientes —le dice—. Nos vemos más tarde.

—Muy bien —contesta ella con una sonrisa fingida. La conozco, no le hace ni puta gracia que Gustavo se marche.

Su prometido le da un beso y a mí me sube el reflujo por la garganta.

Después se marcha.

No puedo soportarlo más, y las tres cervezas que me he bebido para calmar los nervios por el evento, me envalentonan.

—Ven conmigo —le pido cuando compruebo que Gustavo ha desaparecido de la cafetería.

—¿Qué pasa? —me pregunta Sira sin entender nada.

Me sigue hacia el cuartito de los trabajadores, parece que es nuestro sitio preferido de la cafetería.

—¿Qué te ocurre? Si todo está saliendo perfecto —me dice tras cerrar la puerta y ponerse delante de mí.

Lleva un vestido blanco que contrasta con su piel y sus ojos de una manera que me está volviendo loco.

Mi mente se nubla, no pienso en las consecuencias, solo en arriesgarme, porque eso es lo que me prometí a mí mismo la última vez que la vi, cuando mi interior estuviera en calma y supiera querer de una forma sana.

—No lo soporto más, Sira —digo con la respiración agitada y el corazón latiendo de forma frenética.



—¿El qué? ¿A quién? ¿A Gustavo? —pregunta ella confundida.

—Gustavo me puede comer los huevos —digo, y ella abre los ojos por la sorpresa que le hacen sentir mis palabras—. No soporto tener que verte y no besarte, joder. No puedo. No lo aguanto.

—¿Cómo...?

Veo cómo su respiración se agita, lo noto porque su pecho sube y baja de forma rápida.

Qué guapa es, qué cuerpo tan perfecto tiene, qué ojos.

Qué corazón tan grande.

Qué...

—Dime que tú no sientes lo mismo. Dime que cuando me ves no deseas besarme y que todo vuelva a ser como antes. No, no como antes, mejor —le pido de forma nerviosa.

—Víctor, por favor, no me hagas esto. Dijimos que harías la exposición y... —suplica apartando la mirada de mis ojos.

—¿Que no te haga qué? —La interrumpo—. ¿Decirte lo que siento? ¿Confesarte que sigues en mi puta cabeza como un veneno? Mira, si el amor es una enfermedad, Sira... yo... soy el hombre más enfermo del mundo.

—Estás completamente loco —susurra.

—Sí, por ti. Solo una vez, Sira... Aunque sea para comprobar que no sientes nada por mí, si es así.

—No puedo...

—Solo una vez... —la cojo de la cintura y la pego a mi cuerpo, colocando mis dos manos en su cadera.

—Eres una tentación que no...

—Shhh —chisto sobre sus labios—. Dime que no y me voy.

—Ya te he dicho demasiadas veces que no, no sé si puedo una más.

—Solo una vez, amor...

Después la beso.

Con vehemencia, con fuerza, hambriento.

Ella enreda sus dedos en mi pelo, correspondiéndome de la misma forma, explorando mi boca con su lengua.

Olvido todo lo que hay fuera del cuarto, los cuadros, la gente, el dinero...

Y el tiempo da la marcha atrás.

Y volvemos a ser la Sira y el Víctor del dos mil dieciséis que creían saber todo del amor, y solo eran simples aprendices.

## 63

### Sira

#### *La semana de la boda*

Después de aquel fugaz y apasionado encuentro con Víctor en el cuartito del almacén de la cafetería, mi mente estaba llena de pensamientos turbulentos y emociones encontradas.

Me temblaron las piernas.

Los labios.

El corazón.

La voz.

Y, por no hablar de mis bragas, que acabaron calcinadas por el calor que fue capaz de evocar en mí.

Después de aquello, la exposición terminó y, con una turbación insoportable, decidí irme a casa a pesar de que Elena, Dani, Víctor y Paula se fueron a cenar para celebrar lo bien que había ido el evento.

Por un lado, me invadía una sensación de euforia, un recordatorio de la intensidad de lo que alguna vez compartimos.

Por otro lado, la confusión y el conflicto sobre lo que eso significaba para mi futuro con Gustavo.

Aquella noche no pude dormir hasta que Gustavo llegó tras la reunión con aquellos clientes.

Se suponía que todo volvía a estar bien entre nosotros, pero cuando hicimos el amor en nuestra cama, no fue en él en quien pensé, sino en Víctor.

Víctor besándome, Víctor lamiendo cada parte de mi cuerpo, Víctor haciendo que gimiera con sus empujones.

Víctor.

Víctor.

Víctor.

Los días posteriores a la exposición se convirtieron en un torbellino de reflexiones y decisiones difíciles.

Me encontraba atrapada entre el deseo de seguir adelante con mi compromiso con Gustavo y la tentación de explorar lo que aún quedaba entre Víctor y yo.

Cada momento era una batalla interna, una lucha entre la seguridad de lo conocido y el impulso de lo desconocido.

Y no paré de fingir con Gustavo que todo está como siempre, obviando por completo lo que pasó el día de la exposición entre Víctor y yo.

No obstante, para sorpresa de nadie, Gustavo no parece darse cuenta de absolutamente nada, tan absorto como está en sus negocios.

En medio de toda esta confusión, Tía K y Paula han decidido organizar una despedida de soltera para mí, al estilo africano, como una forma de conectarme con mis raíces y encontrar un momento de paz y claridad en medio del caos emocional, a pesar de que ya avisé a Paula de que no quería celebrar nada.

Así que, cuando entro en casa de papá, quien está obligado a permanecer en su habitación, porque esta es una noche de chicas, y observo que el lugar está decorado con telas coloridas y motivos tribales, siento un destello de gratitud por tener a estas increíbles mujeres en mi vida.

El ambiente está impregnado de energía positiva y alegría, y pronto me veo inmersa en los rituales y tradiciones de mi cultura.

Tía K, con su sabiduría y calidez característica, lidera la ceremonia, mientras Paula me rodea con su apoyo incondicional y su humor contagioso.

La música africana resuena en el aire, creando una atmósfera festiva y llena de vida.

—Tía K, ¡esto es increíble! No puedo creer que hayas organizado todo esto— exclamo mientras observo maravillada la decoración: telas brillantes colgando del techo, cestas de mimbre llenas de frutas tropicales y velas aromáticas que añaden un toque de calidez a la sala.

—Tú lo mereces, querida. Es importante honrar nuestras raíces y celebrar el amor y la amistad— responde Tía K con una sonrisa afectuosa, colocando un collar de cuentas alrededor de mi cuello como parte de un ritual de bendición.

Después me da una foto de mi madre que coloco sobre un altar con velas y flores, para que ella también sea partícipe de esto.

Paula se acerca con una bandeja llena de deliciosos platos africanos.

—¡Aquí tienes, novia! ¡A disfrutar! —dice con entusiasmo, ofreciéndome una selección de manjares exóticos que despiertan mis sentidos.

Durante la velada, nos sumergimos en la música y la danza, dejando que el ritmo nos lleve y nos libere de cualquier preocupación, solo Dios sabe la falta que me hace.

Probamos platos tradicionales africanos, compartimos historias y recuerdos, y nos comprometemos a estar presentes las unas para las otras en cada paso del camino.

No comento nada acerca de Victor, es algo que decido guardar para mí, al menos de momento y hasta que ordene todo lo que siento por dentro.

En medio de la celebración, encuentro un momento de claridad y serenidad.

Aunque el futuro siga siendo incierto, sé que tengo a estas mujeres increíbles a mi lado, dispuestas a apoyarme en cada paso del camino.

Y en este momento, esto es todo lo que necesito para encontrar un poco de paz en medio del caos de mis emociones.

No obstante, llaman a la puerta y las tres nos miramos, extrañadas.

—¿Esperamos a alguien? —les pregunto.

Ellas niegan con la cabeza.

Me levanto para abrir la puerta, y cuando observo a la persona que está tras el umbral, me quedo de piedra.

—No me digas que estas dos han llamado a un *stripper* y que eres tú —digo con una sonrisa y las piernas temblándome como un flan.

—Ojalá, no estoy tan bueno —contesta Víctor.

*Porque tú lo digas*, me sorprende pensando para mí misma.

Me muerdo el labio y me reprendo mentalmente.

—¿Podemos hablar? —me pregunta.

No he vuelto a saber de él desde el día de la exposición, y de algún modo es algo que he agradecido, porque soy un caos emocional en estos momentos.

—Estoy en plena despedida de soltera —le digo en un murmullo.

—Sin problema —dice entrando a mi casa sin que yo le haya dado luz verde.

—¿Qué haces? —le pregunto siguiéndole.

—Señoritas, lamento informarles de que tengo que llevarme a Sira un rato —les dice.

Paula y Tía K se miran, sonriendo, y me da en la nariz que estas dos urracas saben de qué va todo esto.

—¿Llevarme a dónde? —pregunto poniendo las manos en jarras.

—A seguir con tu despedida —me contesta Víctor—. ¿Puedo?

Esa última pregunta se la hace a ellas, que asienten con la cabeza como dos bobas.

—Pero...

—Acompáñame —me pide Víctor.

—Chicas, lo... siento. Siento dejaros aquí... —me disculpo con ellas.

No sé qué diantres estoy haciendo, pero lo estoy haciendo.

—Nada, nada. Tú disfruta de la espada, digo... de la noche —dice Paula poniendo morritos, después coge un trocito de fruta, ignorándome.

Miro a Tía K y ella me guiña un ojo.

—El pasado puede doler. Pero puedes, o huir de él, o aprender —me dice parafraseando al mono Rafiki del Rey León.

¿Qué se ha fumado esta mujer? No entiendo nada.

—Buenas noches —se despide Víctor cogiéndome de la mano.

Y yo me dejo llevar, porque mis piernas se mueven solas, y mis pies no obedecen la orden que les da mi cerebro de que se queden quietos.

## 64

### Víctor

Durante los últimos días, desde aquel beso con Sira en la exposición, he estado atravesando un torbellino de emociones y reflexiones. Ha sido un recordatorio de lo que solíamos tener, un breve destello de la conexión y la intensidad que compartíamos. Pero también me ha llevado a enfrentar mi propia historia, a mirar hacia atrás y reflexionar sobre cómo he llegado hasta aquí.

Desde que era niño, siempre luché con el sentimiento de abandono. Perder a mi padre a una edad temprana dejó una profunda cicatriz en mi corazón, una sensación de vacío que nunca parecía desaparecer por completo.

He pasado años intentando llenar ese vacío, buscando amor y aceptación en otros lugares, pero siempre parecía escapárseme.

He pasado por psicólogos, terapias, libros de autoayuda, buscando desesperadamente una cura para mi dolor interno. He intentado relaciones con otras chicas, buscando en ellas la calidez y la seguridad que tanto anhelaba. Pero ninguna llenaba el vacío de la misma manera que Sira lo hacía.

Con el tiempo, aprendí a vivir con mi herida de abandono. Acepté que siempre sería parte de mí, una parte que no podía cambiar pero que podía aprender a manejar. Aprendí a encontrar consuelo en mi arte, en la expresión de mis emociones a través de mis cuadros. Y aunque seguía sintiendo ese vacío en mi interior, también aprendí a encontrar belleza en la imperfección, en la vulnerabilidad que viene de aceptar nuestras cicatrices.

Me esforcé por ser el mejor pintando o, al menos, la mejor versión de mí mismo. Y gracias a ese esfuerzo, a mi huida a Berlín, la ciudad del grafiti, conocí a mucha gente e hice contactos, llevándome todas y cada una de las decisiones que tomé a volver a establecerme en mi Madrid natal con un trabajo que me llenaba.

Pero cuando Sira apareció en mi vida de nuevo, todo cambió. Su presencia trajo consigo una sensación de plenitud que nunca antes había experimentado. Era como si finalmente hubiera encontrado la pieza que faltaba en mi rompecabezas, la persona que podía llenar ese vacío con su amor y su comprensión.

Y aunque el camino por delante sigue siendo incierto, sé que tengo que seguir adelante. Sé que tengo que enfrentar mis miedos y mis inseguridades si quiero tener alguna posibilidad de estar con Sira de nuevo. Pero estoy dispuesto a hacerlo, porque sé que ella vale la pena, que su amor es algo único y precioso que no quiero dejar escapar.

Por eso he vuelto a buscarla a pesar de que no ha habido contacto entre nosotros desde el día de la exposición, no sin antes hablar con Paula para saber dónde encontrarla.

¿Que la urraca de Paulita me sacó toda la información posible cuando hablé con ella?

Efectivamente.

¿Que tanto Paula como Tía K sabían de qué iba todo aquello de presentarme en casa de Sira?

Obvio, si no, no hubiese podido cumplir con mi plan, uno que, aunque improvisado, espero que sirva.

En menos de dos días se casa y yo...

Yo siento que debo hacer algo.

Por eso en este momento estamos en mi ático de Chamberí, entre olor a pintura, cuadros por terminar y con los pies descalzos sobre la alfombra que abriga el suelo del salón.

En silencio, callados, pero para nada sintiendo incomodidad.

—¿Qué pretendes con esto? ¿Qué pasa? — pregunta Sira finalmente, rompiendo el silencio.

—No lo sé —admito, mirándola a los ojos—. Todo es un lío en mi cabeza en estos días.

Sira asiente, acercándose a mí lentamente.

—Lo entiendo. Yo también he estado sintiendo lo mismo. Todo esto... es complicado.

—Lo sé —susurro, sintiendo el peso de nuestras emociones compartidas colgando en el aire entre nosotros—. Sé que dijimos solo una vez, pero...

—Pero nunca lo cumplimos —termina ella por mí—. ¿Por eso has ido a buscarme?

—Estoy cansado de hacerle el vacío a lo que siento, eso es todo. Ese beso... ¿Qué significa para ti?

Sira me mira, sus ojos brillando con una mezcla de emociones difíciles de descifrar.



—Significa que todavía hay algo entre nosotros, Víctor. Algo que no puedo ignorar, incluso si intento hacerlo.

Sus palabras resuenan en mi pecho, llenándome de una sensación de esperanza y temor a partes iguales.

Por un momento, me permito imaginar un futuro en el que Sira y yo estuviéramos juntos de nuevo, compartiendo nuestras vidas como lo habíamos hecho una vez antes.

Pero sé que hay mucho en juego.

—Así que... cuando Dani te besó el día de su cumpleaños... —titubeo.

Sira sonríe y niega con la cabeza.

—Me alegro de que volvierais a retomar el contacto después de todo lo que pasó. Sois hermanos, nunca debí meterme por medio.

—No lo hiciste, las cosas pasaron porque tenían que pasar. No has respondido a mi pregunta —le recuerdo.

—Dani y yo somos amigos. Claro que le quise en el pasado... pero tú... no sé, siempre has prevalecido entre los dos. ¿Por qué no me buscaste? —me pregunta, haciendo que mi estómago dé un tirón.

Suspiro.

—Porque no sabía quererte —respondo sin más—, pero también tenía claro que me esforzaría por arreglar mi maldita cabeza. Solo cuando estuviera seguro de que no volvería a hacerte daño, y si el destino consideraba volver a encontrarme contigo, lo intentaría.

—¿Y ya consideras que puedes quererme bien? —me pregunta agarrándose las rodillas con sus manos.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —pregunto, mi voz apenas un susurro en el silencio de la habitación.

Sira se acerca aún más, sus manos encontrando las mías en un gesto de consuelo.

—¿Te quedas más tranquilo si te digo que te sigo queriendo? —me pregunta. Trago saliva—. ¿Si te digo que, por más que me haya esforzado, sigues aquí? —Coloca mi mano sobre su corazón.

—No me pongas en esta situación —le pido, porque volver a tocarla es como tocar las llamas de una hoguera.

—¿Qué situación? Has sido tú quien me ha besado, has sido tú quien me ha vuelto a buscar... quien se ha saltado el acuerdo.

—Te casas en menos de dos días —le recuerdo, y las palabras apuñalan mi garganta.

Ella sonríe de forma triste.

—Y llevo años con esta espina clavada. No voy a ser más culpable de lo que soy yo. Dijimos solo una vez, prometimos no volver a saber el uno del otro después de la exposición.

—Y queda claro que no decimos más que mentiras, tanto tú como yo.

—Te aseguro que no miento cuando te digo que sigo enamorada de ti, pero que necesito cerrar este libro.

Me muerdo el labio cuando Sira se coloca a horcajadas sobre mí.

Mi erección pugna por salir de mis pantalones, y el calor arrasa mi sangre.

—Solo una vez, Víctor. Una última vez. Después me casaré con Gustavo y tú lo harás con tu arte.

Suspiro.

—Bésame —le pido casi en una súplica lastimera.

Aprieto su culo con mis manos y ella cierra los ojos.

Lo único que me importa en este momento es que estamos juntos, y eso es suficiente para mí.

Un pelele, una marioneta.

Eso es lo que soy, es posible.

Pero es Sira quien mueve mis hilos.

Suficiente.

## 65

### Sira

Me muevo sobre él, sintiendo cómo el abultamiento de su sexo humedece el mío a pasos agigantados.

Me besa.

Lo beso.

Me amasa el culo con las manos, se deshace de mi vestido y mete mis pezones en su boca.

Gimo cuando lo hace, porque me encanta sentir su boca en mis pechos.

Mi piel reacciona, tengo todos mis sentidos a flor de piel, trabajando a mil revoluciones en captar todos y cada uno de los estímulos que recibo por su parte.

Pronto estamos los dos desnudos, sobre la alfombra que viste el salón de su ático en el barrio de Chamberí.

Introduce los dedos dentro de mí, aunque estoy tan mojada que le resbalan.

—Dios... —masculla buscando un condón de forma frenética.

Espero paciente hasta que lo encuentra y lo coloca de la forma correcta.

Es entonces cuando vuelvo a colocarme sobre él y a moverme a un ritmo placentero que le hace gruñir y gemir en mi oído.

Acaricia mi espalda, besa mi piel donde le alcanzan los labios.

Gimo sobre su boca y él la abre para absorber cada hálito que sale por la mía.

Lo deseo.

Lo quiero.

Lo amo.

Cambiamos de posición y abro las piernas, mi cuerpo expuesto completamente a él.

Colma mi sexo con su lengua durante unos instantes, luego vuelvo a besar su boca cuando se acerca a mí, disfrutando de mi propio sabor y pensando que debo aprovechar todos y cada uno de estos segundos antes de que sea demasiado tarde.

Antes de que pasen las horas y me vea en un altar a punto de casarme con Gustavo, un hombre, ahora lo sé, que nunca estará a la altura de Víctor.

Porque Víctor jamás podrá bajar del puesto número uno en mi escala del amor.

Ahora entiendo que el amor es el eje que mueve el universo, y el mío está concentrado en las sensaciones que estoy experimentando en este momento, cuando Víctor sale y entra de mi interior, haciéndome sentir la mujer más deseada del mundo, la más amada, la más afortunada.

Esta será la última vez que pueda sentir su piel tan cerca de la mía, que podamos ser uno.

Cuando llegamos al clímax, ambos caemos sobre la alfombra con la respiración agitada, sudados, cansados, pero plenos.

—Creo que nunca podré querer a nadie como te quiero a ti —me dice entonces.

—Lo mismo digo —confieso sintiendo cómo las lágrimas amenazan con llenar mis ojos.

Se levanta y se pone los calzoncillos. Acto seguido coge su móvil y vuelve a acostarse junto a mí, que sigo desnuda.

Lo levanta por encima de nuestros ojos.

—¿Qué haces? —le pregunto sonriendo a pesar de que sé que esto es una despedida.

—Una foto de los dos —contesta—. Venga, sonríe.

Ambos sonreímos a la cámara de su Iphone y el sonido mecánico nos indica que la foto ya está hecha.

—Preciosa —comenta él.

—Déjame ver —le pido.

Es cierto, cuando veo la imagen me doy cuenta de cómo sonrío cuando estoy con él.

—No te cases, Sira —me dice.

Giro la cabeza para mirarlo.

Nunca me ha parecido tan guapo como en este momento.

—¿Qué?

—No por mí, ya sé cómo está la situación, sino por ti.

—Ya he pensado que dejaré el negocio —le digo.

—El negocio es el sueño de tu madre, no el tuyo. ¿Qué quieres hacer tú?

—No tengo tiempo de hacer fotos —le digo.

—Ahí lo tienes.

Y en ese momento todo cambia.

Mi cabeza reacciona.  
Sé que aún hay una oportunidad para mí.  
Y esto no depende de nadie.  
Ni de Gustavo.  
Ni de Dani.  
Ni siquiera de Víctor.  
Solo depende mí.

## 66

### Sira

*La boda, 18 de marzo de 2023*

En el tranquilo entorno de la finca donde tiene lugar la boda, estoy rodeada de las personas más importantes en mi vida. Paula, tía K y Elena están a mi lado, ayudándome a prepararme para el día que cambiará el rumbo de mi vida.

Papá está fuera, esperando a que esté lista para entrar a verme.

La habitación está llena de una atmósfera alegre y emocionante mientras nos sumergimos en los preparativos, aunque por dentro los nervios pican mi sistema.

Tía K se acerca a mí con una sonrisa, colocando con cuidado un tocado de flores blancas en mi cabello.

—Estás radiante, cariño —dice con ternura, sus ojos brillando con orgullo—. Esta es una tradición familiar. Te dará suerte en tu nueva vida juntos.

Paula me entrega un pequeño paquete envuelto en papel de seda, con una expresión juguetona en su rostro.

—Aquí tienes algo prestado— dice con una sonrisa.

Elena, con su característica calma, me ofrece un regalo envuelto elegantemente.

—Y aquí tienes algo azul— dice con una mirada significativa—. Para que tengas amor y fidelidad en tu matrimonio.

Trago saliva tras escuchar la palabra fidelidad.

Todavía siento los besos de Víctor en mi piel, pero hago caso omiso a mis sensaciones.

—¿Estás bien? —me pregunta Tía K.

Mi cara debe estar descompuesta, tal y como me siento en este momento.

—Tengo...

—¿Dudas? —pregunta ella.

—¿Cómo es el chico perfecto? —pregunto entonces.

—Eso es fácil —dice Paula con una sonrisa traviesa—. El chico perfecto es aquel que te hace sentir como si pudieras conquistar el mundo, pero también te hace reír hasta que te duela el estómago.

Sonríó ante su respuesta y mi sistema se aplaca un poco.

Tía K asiente con entusiasmo.

—Y que esté dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, incluso si eso significa enfrentarse a un ejército de mariposas en el estómago —añade con una risa.

Elena, más reflexiva, habla con seriedad.

—Pues yo creo que el chico perfecto es aquel que te apoya en tus sueños y te acepta tal como eres —dice con calma—. Alguien que esté dispuesto a enfrentar los desafíos a tu lado, sin importar lo que el futuro traiga.

Víctor vuelve a mi cabeza sin que yo lo pueda evitar, y pienso que él tiene todas esas cosas.

—Pero, realmente creo, que el chico perfecto es aquel al que tú, con sus defectos y virtudes, lo ves como el mejor hombre de la tierra —concluye Tía K, haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Quedan apenas unos minutos —informa Paula.

—Bien, que entren los chicos, entonces —propone tía K.

Me despido de ellas y, cuando Elena me abraza, le pregunto al oído:

—¿Ha venido Víctor?

Cuando me marché de su casa, le dije que podía venir, pero él bufó y desde entonces estoy dudando de si aquella fue una buena decisión.

—Está fuera.

Asiento con la cabeza y me quedo sola.

Apenas un minuto después, la puerta de la sala se abre con suavidad y mi padre, con su imponente presencia, entra con una sonrisa radiante en el rostro.

Sus ojos brillan al verme, y no puedo evitar sentirme abrumada por su cariño.

—Estás deslumbrante— dice con voz suave pero llena de sinceridad—. Hoy vas a brillar como nunca antes lo has hecho. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Sus palabras me llenan de calidez y gratitud, y le doy las gracias con una sonrisa emocionada.

Su presencia siempre me reconforta, y su apoyo incondicional me da la fuerza que necesito para afrontar este día con confianza.

Poco después, la puerta se abre de nuevo y Dani, con su habitual elegancia, entra en la habitación.

Su mirada se encuentra con la mía, y puedo ver el orgullo reflejado en sus ojos.

—Sira, estás espectacular— dice con admiración en su voz.

—Has cumplido tu promesa de venir —le digo sonriendo.

—Porque sé que tú cumplirás la tuya cuando nazca mi bebé —me dice.

Asiento con la cabeza.

—¿Lo tienes claro? —me pregunta.

Decido guardar silencio y le doy un abrazo.

—Gracias por estar aquí, por todo. Yo... siento mucho lo que pasó, Dani. No... estaba...

Dani niega con la cabeza, sonriendo.

—Yo tampoco fui el mejor novio del mundo, esta conversación está zanjada. Te quiero mucho —me dice respondiendo a mi abrazo y dando un beso en mi mejilla—. Víctor está fuera.

Asiento, sintiendo cómo las piernas me flaquean.

—Todavía estás a tiempo... —dice entonces, dejándome totalmente descolocada.

Después, sale de la habitación.

Sus palabras me conmueven profundamente, y un nudo se forma en mi garganta mientras le agradezco con una sonrisa emocionada. A pesar de nuestras diferencias y los altibajos que hemos enfrentado, sé que su amor por mí es genuino y verdadero.

Justo cuando pienso que mi corazón no puede contener más emoción, la puerta se abre una vez más y entra Víctor, con un brillo travieso en sus ojos. Su presencia inmediatamente ilumina la habitación, y no puedo evitar sentir un cosquilleo en el estómago al verlo.

—¿Te puedo decir una cosa? —pregunta nada más verme.

—Pensé que no ibas a venir.

—¿Y perderme esto? Ni de coña —niega con la cabeza.

—¿Qué querías decirme?

—Ojalá fuera yo quien te espera ahí fuera. Hoy, el mundo entero se detendrá cuando te vea caminar por ese pasillo. Quiero que seas feliz, tanto



que ni te lo creas. Aunque no sea conmigo, aunque yo no te acompañe como me gustaría, aunque yo no esté en tu vida.

Me pongo a llorar, no lo puedo evitar.

—No sé qué estoy haciendo... —le digo abrazándome a él.

Me abrazo y huelo el aroma de su perfume, el corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro.

Quiero besar sus labios, escapar de aquí.

Quiero...

—Estás haciendo lo que crees que debes hacer, y con eso basta. Te quiero, te querré siempre, nunca lo olvides —me dice deshaciéndose de mis brazos y caminando hasta la puerta.

—Víctor...

—Confía en ti misma —me dice mirándome. Está sonriendo, pero también sé que hacer esto le parte en dos.

—Pero...

—Confía en ti, eres dueña de tu vida. Siempre —me dice.

Después me lanza un beso y se marcha.

Entonces entra Tía K.

—Mi niña, es el momento. Gustavo te espera.

## 67

### Sira

Aquí estoy, plantada como un girasol en medio de un pasillito precioso lleno de pétalos de flor que lleva al altar, rodeada de caras sonrientes que esperan que diga "sí" y cambie mi vida para siempre.

El vestido, que en la tienda parecía tan liviano como un unicornio bailando en una nube, ahora lo siento como si estuviera siendo aplastada por una manada de elefantes, como si la tela hiciera que mi piel no pudiera respirar de la forma correcta.

Todo es perfecto fuera de mí; dentro es otra historia.

Me obligo a seguir caminando, no vayan a pensar que me he tragado el palo de una escoba.

No paro de preguntarme mentalmente qué estoy haciendo.

La música de fondo suena como el himno de un club de poesía triste, y mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todos en la sala pueden escucharlo.

Temo que toda esta situación termine con mi corazón explotando de infarto y tengo la boca tan seca como la suela de los caros zapatos de todas estas personas que ocupan el espacio.

Tienen los bolsillos llenos de dinero, pero me parece que por dentro están huecos.

Estoy a punto de hacer promesas que ni siquiera puedo mantener con mi proveedor de servicios de internet, ¿cómo se supone que debo cumplirlas por el resto de mi vida?

No, no, no.

No estoy preparada.

Ni para esto ni para ser una adulta responsable.

Siento que ya no podré equivocarme tantas veces como necesite, que voy a sentirme presa el resto de mi vida.

¿Y Gustavo, mi futuro marido?

¿Cuántas veces lo hemos dejado en el tiempo que llevamos juntos?

¿Cuántas ha hecho la bomba de humo porque se agobia?

¿En cuántas ocasiones he sentido el subidón al volver junto a él?

El aire se espesa, y me doy cuenta de que estoy a punto de encerrarme a mí misma en una trampa mortal de la que es difícil escapar: el matrimonio.

Gustavo, mi prometido, me lanza una mirada que dice: "¿Estás segura de que no te has comido algo en mal estado?", por lo que entiendo que debo tener el rostro totalmente descompuesto, pero sus ojos aún destilan amor.

¿Eso es amor?

Hasta ahora creía que sí, pero...

Dios mío, ¿me ama más de lo que me amo a mí misma?

Es posible y eso que pienso que quererme, me quiere poquito.

Porque ahora sé que me olvidé de mí en el camino para alimentar una relación que... ¡Sorpresa! No llega a ninguna parte.

Quiero ser libre de tomar mis propias decisiones, y Gustavo no me deja ser.

Entonces el estómago me da un tirón y los latidos de mi corazón trastabillan con torpeza.

Acabo de llegar al altar y Gustavo coge mi mano con una sonrisa.

No puedo seguir aquí.

Lo he intentado, pero no puedo.

Sin pensarlo dos veces, decido que mi futuro no puede ser sellado con un "juntos hasta que la muerte nos separe" y pongo fin a esta tortura voluntaria, porque quiero morirme muy, muy tarde, cuando sea tan vieja que tenga la cara totalmente llena de arrugas.

Miro a mi alrededor una última vez.

Tía K contiene el aliento.

Paula me mira con las cejas arqueadas.

Elena se lleva las manos a las mejillas, esperando mi reacción.

Dani clava su mirada en la mía.

Víctor se levanta en un acto involuntario.

Respiro.

Mis pupilas saltan de uno a otro.

Ahí están.

Los dos.

Los hermanos Dual.

No sé ni cómo, pero ahí están.

Como antes, como siempre.

—Lo siento —digo en un susurro—, no puedo.

Suelto la mano de Gustavo y salgo corriendo como si estuviera en una competición olímpica.

A la mierda.

La estoy liando.

Mi vestido ondea detrás de mí como la bandera de la rebelión nupcial.

¡Qué divertido!

La multitud ahoga una exclamación, después se queda boquiabierta, y puedo jurar que escucho a alguien decir: ¿Esa es la novia?.

Pondría los ojos en blanco en otro momento, ahora estoy pendiente de correr.

No, Mari Carmen, voy de blanco pero no soy la novia.

No te fastidia.

¡Claro que soy la novia! ¿No ves mi caro vestido de princesa? Un vestido que ni siquiera he elegido, por cierto.

Una novia que decide correr hacia el desconcierto en lugar de hacia la felicidad matrimonial.

Ya puedo imaginar los titulares de la prensa rosa: *La novia del grandioso empresario Gustavo Fuertes se fuga ante el altar.*

Pero yo me voy solita, como en aquella canción de Lola Índigo con Belén Aguilera llamada *La tirita*.

Salgo al aire libre, donde el sol comienza a picar y la suave brisa me da la bienvenida a esta improvisada libertad.

Lágrimas y rímel se mezclan en mi rostro, pero, sinceramente, ¿quién necesita rímel cuando acabas de arruinar tu boda?

Corro por los jardines de la finca, dejando atrás la música melancólica y las miradas de confusión. Mi mente grita "¡libertad!", y mis piernas están de acuerdo.

Sigo corriendo.

Lejos de los compromisos eternos y cerca de la incertidumbre de un futuro que, espero, incluya menos vestidos de novia y más decisiones propias.

¿Quién hubiera pensado que me convertiría en la novia más rápida de Madrid? Pero aquí estoy, riendo, llorando y corriendo hacia lo desconocido.

## 68

### Sira

#### *Algunos días después de la NO BODA*

Días después de la NO BODA, todavía sigo recibiendo quejas de los asistentes invitados por parte de Gustavo.

No me extraña, le he hecho hacer un ridículo demencial.

He picado su vergüenza y he herido ese ego que parecía intocable.

Me da igual.

Me siento libre.

Me siento mía.

Siento que mi vida no había sido tan real jamás.

Me he refugiado en este apartamento que hasta hace nada estaba compartiendo con Gustavo, quien cogió todas sus cosas y se marchó, espero que para siempre, de mi vida.

Estupendo.

Trabajo que me ahorro yo, aunque ya estoy mirando sitios que se adapten mejor a mi persona.

No, él no ha sido el chico perfecto que salió tras de mí cuando escapé de mi propia boda.

Pero sí hubo alguien que me buscó.

Y no se si me sorprende o era algo que, de algún modo, esperaba.

En este momento tengo los ojos vendados, y no sé dónde estoy, porque me ha traído a ciegas, pidiendo que confíe en él.

—¿Estás lista? —me pregunta acariciándome las manos.

—Sí, aunque no sé para lo que tengo que estar lista —le digo.

—Tú solo escucha y déjate llevar. Adelante.

Entonces, una melodía comienza a sonar y los latidos de mi corazón se mezclan con ella.

La letra de la canción baña todas las células de mi cuerpo, activándose, convirtiéndose en receptoras de la música.

*Te pido perdón, por to' lo mío que hablaron.*

*Todas las noches en vela, las que no estuve a tu lado. Cuando pasaba de todo, tú me llamabas llorando, tú me pedías algo serio...*

Me llevo las manos a la boca, conteniendo las lágrimas, escuchando con atención aquella letra que no puede ser más personal para mí.

*Y yo metido en mil líos, pido perdón.*

*Te pido perdón, por haber pensando en mí y no en los dos, por tus noches sin dormir, yo fui un cabrón, y yo metido en mil líos pido perdón.*

*Yo quiero acordarme, de las buenas noches, las risas en la cama antes de acostarme.*

*Pensé que era un juego y yo me reía antes de quemarme.  
Si yo quiero contigo, si tú eres mi lío, no quiero otro plan B.  
Empecemos de cero, vuelve a besarme.*

Agarro su mano, pensando que no quiero soltarla nunca.

*Y si pudiera volver hacia atrás, no volvería a hacerte llorar...*

Me quita la venda de los ojos lentamente y observo los suyos, que están llenos de lágrimas.

—No puedo vivir sin ti —me dice con la voz estrangulada por la emoción.

Me abrazo a él y me vuelvo a sentir completa.

Las personas se equivocan, cometen errores...

Pero cuando alguien ama de verdad a otra persona, hará lo que sea porque no se vaya de su vida.

Eso ha hecho Víctor.

¿Acaso no se merece una segunda oportunidad?

—¿Quieres casarte conmigo? —me pide, sin yo esperar aquella pregunta por nada del mundo.

La respiración se me corta cuando hinca la rodilla ante mí y saca un anillo de su bolsillo.

Abro los ojos por la sorpresa, rompiendo a llorar de nuevo.

Pero no contesto, no sé qué decir.

—Dime algo, por Dios, me estoy muriendo... —me suplica desde su posición, conteniendo el aliento.

Ahí está...

El amor de vida, el que rompió mis esquemas desde que le saqué la primera foto, cuando confió en mí para contarme la mayor herida que tenía en su corazón.

—Que el último en dormir apague la luna —le digo antes de besar sus labios.

Me coge en brazos y damos vueltas sobre el césped de la urbanización, donde me ha traído completamente engañada.

Reímos y gritamos mientras la música sigue sonando.

Víctor me pone el anillo y después, seguimos escuchando la canción, sonriendo.

*Te pido perdón* de Fat Lauren ft Franchó Reyes y Vainilla Kid.

Son unos chicos de Alicante a los que Víctor conoció porque fue a pintar la persiana de su estudio de música.

Hizo un graffiti súper chulo y no les cobró nada, con el fin de que invirtieran ese dinero en triunfar en el mundo de la música, ahora le están devolviendo el favor.

Agarrada a la mano de Víctor, siento que he encontrado al chico perfecto para mí, y espero poder pasar el resto de mi vida junto a él.

Él, con sus cuadros.

Yo, con mis fotos.

Ambos compartiendo momentos y vida en el ático de Chamberí.

## 69

### Víctor

Mientras los últimos rayos de sol desaparecen en el horizonte, estoy parado frente a la puerta del apartamento en el que ha vivido Sira junto a Gustavo todo este tiempo.

Le he pedido la dirección a Paula y ella, sospechando que iba a mover ficha, me la ha facilitado.

Siento mi corazón latiendo con fuerza en el pecho, porque he trazado un plan meticuloso, una última oportunidad para expresar lo que siento y demostrarle a Sira cuánto significa para mí.

Han pasado algunos días desde que salió huyendo de su propia boda, y tengo esa imagen grabada en el cerebro como si fuera ayer.

Permanente como la tinta de mis tatuajes.

Me encontraba entre los invitados, observando la ceremonia con una mezcla de nerviosismo y expectación.

Ya me había resignado a perder a la mujer a la que más he querido nunca.

Vestido con mi traje negro impecable, mi corazón latía desbocado.

No podía apartar los ojos de Sira.

Ella irradiaba una belleza radiante, pero su mirada reflejaba una turbulencia interna que no podía ignorar.

Cuando llegó el momento decisivo, vi cómo Sira titubeó, cómo sus palabras lucharon por salir de su garganta. La inquietud se apoderó de mí cuando percibí el brillo de determinación en sus ojos, un brillo que conocía demasiado bien.

Y entonces, sucedió: con un gesto repentino, Sira abandonó el altar, dejando a todos boquiabiertos.

Mi corazón se detuvo por un instante, como si el tiempo se detuviera y me levanté de mi asiento por simple inercia, como si yo también fuera a salir corriendo de allí.

Observé con incredulidad cómo ella escapaba, con una determinación que me dejó sin aliento.

El caos se desató a mi alrededor, pero apenas lo registré. Todo lo que podía sentir era el latido sordo de mi corazón, el eco de mis propios pensamientos en mi mente.



Había imaginado aquel momento una y otra vez, pero nunca esperé que fuera tan impactante presenciarlo en la realidad, ni tampoco que realmente fuera a suceder.

Un torbellino de emociones me invadió: sorpresa, confusión...

¿Qué había llevado a Sira a huir de esa manera? ¿Acaso tenía yo alguna responsabilidad en su decisión?

Las dudas me atormentaron mientras luchaba por procesar lo que acababa de presenciar.

Incapaz de quedarme inmóvil por más tiempo, me dirigí hacia la puerta, decidido a encontrar a Sira.

El mundo a mi alrededor se desvaneció en un borrón mientras me sumergía en mis propios pensamientos, determinado a descubrir la verdad detrás de la huida de la mujer que aún ocupaba un lugar especial en mi corazón.

No obstante, no la encontré, desapareció como agua entre los dedos.

Hasta ahora, que he vuelto a buscarla como si nuestro amor tuviera complejo de *boomerang*.

Conocí a un grupo de cantantes callejeros cuando pinté la persiana del estudio de música años atrás.

Han sacado una canción recientemente que resuena en mi mente como la banda sonora perfecta para el momento que quiero vivir junto a ella.

Así que vuelvo a ponerme frente a Sira, la recojo del apartamento y, con los ojos vendados, la llevo a nuestra antigua urbanización, donde comenzó todo.

Donde nuestro amor nació para hacer historia.

He quedado allí con los chicos.

No pierdo ni un segundo en explicaciones, y agradezco que ella se deje llevar una vez más por mí.

Los músicos ya están esperándonos en el lugar. Les explico la situación y les ruego que interpreten la canción que he elegido para Sira en este momento crucial.

Afortunadamente, aceptan mi propuesta con entusiasmo, y pronto estamos en posición, listos para empezar.

—¿Estás lista? —le pregunto acariciándole las manos.

Está de pie frente a ellos, pero no puede ver nada por el pañuelo a modo de venda que le he puesto en los ojos.

—Sí, aunque no sé para lo que tengo que estar lista —me dice.

—Tú solo escucha y déjate llevar. Adelante.

Mientras las primeras notas de la canción llenan el aire, miro a Sira con esperanza en los ojos.

Sé que esta es mi última oportunidad para demostrarle lo mucho que significa para mí, lo arrepentido que estoy por mis errores pasados.

Y mientras la música fluye a nuestro alrededor, me doy cuenta de que no hay otro lugar en el mundo donde preferiría estar que junto a ella, luchando por nuestro futuro juntos.

*Te pido perdón, por to' lo mío que hablaron.  
Todas las noches en vela, las que no estuve a tu lado. Cuando pasaba  
de todo, tú me llamabas llorando, tú me pedías algo serio...*

La observo llevarse las manos a la boca, conteniendo las lágrimas, escuchando con atención aquella letra que no puede ser más personal para mí, para ella, para nosotros.

*Y yo metido en mil líos, pido perdón.*

*Te pido perdón, por haber pensando en mí y no en los dos, por tus noches  
sin dormir, yo fui un cabrón, y yo metido en mil líos pido perdón.*

*Yo quiero acordarme, de las buenas noches, las risas en la cama antes  
de acostarme.*

*Pensé que era un juego y yo me reía antes de quemarme.  
Si yo quiero contigo, si tú eres mi lío, no quiero otro plan B.  
Empecemos de cero, vuelve a besarme.*

Agarro su mano, pensando que no quiero soltarla nunca.

*Y si pudiera volver hacia atrás, no volvería a hacerte llorar...*

Le quito la venda de los ojos lentamente y ella observa los míos, que están llenos de lágrimas.

—No puedo vivir sin ti —le digo con la voz estrangulada por la emoción.

Se abraza a mí y mi sistema vuelve a encontrarse bien..

Las personas se equivocan, cometen errores...

Pero cuando alguien ama de verdad a otra persona, hará lo que sea porque no se vaya de su vida.

Eso es lo que pretendo hacer, así que ruego porque me dé una segunda oportunidad para cumplir mis promesas.

Ya no hay impedimentos entre nosotros, y espero y deseo que lo tenga en cuenta.

Todavía me queda un as en la manga, algo que, si acepta, me servirá para demostrarle que todo lo que siento por ella es real.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pido hincando la rodilla en el suelo.

Después saco una cajita que, al abrirla, descubre el anillo que hay guardado en su interior.

Le cambia la cara, parece quedarse sin respiración y llora de nuevo.

Pero no responde.

Guarda un silencio que me atormenta cada vez más por si me da una negativa.

—Dime algo, por Dios, me estoy muriendo... —suplico desde mi posición, conteniendo el aliento.

Ahí está...

El amor de vida, la que rompió mis esquemas desde que me sacó esa foto, cuando confié en ella para contarle la mayor herida que tenía en mi corazón.

—Que el último en dormir apague la luna —me dice antes de besar mis labios.

La cojo en brazos y damos vueltas sobre el césped de la urbanización, siento una felicidad dentro del pecho que no puedo explicar.

Reímos y gritamos mientras la música sigue sonando.

Después coloco el anillo en su dedo y seguimos escuchando la canción con una sonrisa gigante pintada en nuestras bocas.

*Te pido perdón* de Fat Lauren ft Francho Reyes y Vainilla Kid, es una canción que jamás olvidaré.

Agarrada a mi mano, me siento el chico perfecto para ella, y espero poder pasar el resto de mi vida siendo el último que apague la luna por verla dormir.

## 70

### Sira

*4 meses más tarde*

Cuatro meses después de aquel reencuentro mágico en la urbanización, Víctor y yo nos embarcamos en un viaje hacia Barcelona, con el corazón lleno de expectativas y emociones para conocer a Maya, la pequeña bebé de Dani, quien me imagino que será una recién nacida preciosa.

Mi vida ha cambiado a mejor de manera exponencial.

Víctor y yo compartimos espacio en el ático del barrio de Chamberí, donde dejamos rienda suelta a nuestra actividad creativa.

Siguiendo sus consejos, he convertido mi cuenta de Instagram en una red social profesional donde cuelgo todas mis fotografías, y gracias a Dios me llegan los encargos como churros.

Víctor sigue haciendo exposiciones de todo lo que pinta y nos sentimos agradecidos por vivir nuestro mejor momento profesional de la mano.

Ojo, que también vamos atacados con los preparativos de nuestra boda.

Esta vez prometo no fugarme, palabrita.

Víctor me mira con una sonrisa y la carretera se extiende ante nosotros como una promesa.

El sol del atardecer pinta el horizonte con tonos dorados y rosados, creando un escenario digno de una película romántica.

En el interior del coche, la ansiedad y la emoción se mezclan en una danza sin fin.

Víctor agarra el volante con fuerza, sus ojos reflejando una mezcla de nerviosismo y expectación.

Yo, por mi parte, trato de contener las mariposas revoloteando en mi estómago, anticipando el momento de conocer a la pequeña que ha llegado a nuestras vidas como un rayo de luz.

Un rato después, llegamos al hospital, donde nos reciben con abrazos cálidos y sonrisas radiantes.

Dani y Emily nos aguardan en la habitación, su felicidad palpable en el aire.

Maya descansa en brazos de su madre, una pequeña envuelta en una manta suave, pareciendo un ángel dormido con su rostro tranquilo y sereno.

Dani nos invita a acercarnos y, con cuidado, Emily me tiende a aquel trocito de carne adorable y pequeño.

Dudo un momento, pero finalmente tomo a la niña en mis brazos. Su fragilidad me estremece, pero también me llena de una profunda ternura. Es un milagro hecho realidad, un pequeño ser que representa la esperanza y el amor más puro.

—Te queda bien —me dice Dani, a lo que Emily sonríe.

Víctor se aproxima con cautela, sus ojos brillando con admiración mientras contempla a la bebé.

—Es tan pequeña y perfecta —susurra, casi como si temiera romper el encanto con su voz.

—Sí, lo es. Tiene la nariz de tu hermano —respondo con una sonrisa, compartiendo su asombro.

—Y el cabello claro... Espero que no haya sacado mi carácter —murmura Víctor de broma.

—Créeme, estoy rezando para que eso no suceda.

—¿Tú? No sabía que los científicos rezaban —comenté riéndome.

—Biólogo, Sira. BIÓLOGO.

Dani y Emily comparten anécdotas divertidas sobre las primeras horas de paternidad, y entre risas y suspiros, nos sumergimos en la magia de aquel momento único.

—¿Ya tenéis todo listo para la boda? —pregunta Dani, desviando la conversación hacia un tema más ligero.

—¡Casi! —respondo con entusiasmo—. Solo faltan algunos detalles, pero todo está en marcha.

Víctor asiente con una sonrisa, pero sé que detrás de su aparente tranquilidad, también hay una pizca de nerviosismo.

—Va a ser un día increíble —añade, con determinación en su voz.

La habitación resuena con el sonido de las risas y el murmullo de conversaciones íntimas.

Un rato más tarde, nos despedimos con la promesa de regresar pronto, pero en nuestros corazones, el recuerdo de aquel encuentro especial permanecerá para siempre, como un tesoro preciado que atesoraremos en los días por venir.

## Epílogo

Bajo la suave luz de las velas en una pequeña y encantadora iglesia, Víctor y Sira se encuentran frente al altar adornado con flores frescas y sencillos arreglos.

El aire está impregnado de una atmósfera mágica, y el murmullo de los invitados se desvanece en el fondo mientras los protagonistas se sumergen en su propio mundo de emociones.

Delante de su familia y amigos más cercanos, pues han decidido que su boda sea algo íntimo y bonito, con mano firme y segura, Víctor toma la de Sira, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y determinación.

En este momento, frente a sus seres queridos y el sagrado vínculo del matrimonio, sus corazones laten al unísono, listos para dar el siguiente paso en su viaje juntos.

—¿Puedes creer lo lejos que hemos llegado? — murmura Víctor, su voz llena de asombro y gratitud.

—Es como un sueño hecho realidad — responde Sira, con una sonrisa radiante que refleja la felicidad que siente en su interior.

Se abrazan con ternura, compartiendo un momento de profunda conexión y amor.

En este santuario de amor y compromiso, se prometen el uno al otro, con la certeza de que juntos pueden enfrentar cualquier desafío que la vida les depare.

Después de la ceremonia, mientras se retiran del altar como marido y mujer, se encuentran reflexionando sobre el amor y lo que significa encontrar al compañero perfecto.

Porque el amor, se dan cuenta, es mucho más que un sentimiento romántico; es un compromiso constante de apoyo mutuo, de comprensión y de crecimiento conjunto. Es estar allí en los buenos y en los malos momentos, celebrando los triunfos y superando los problemas.

El amor verdadero, comprenden, no es perfecto, pero es auténtico.

Surge de la aceptación incondicional de quien eres, con todos tus defectos y virtudes.

Es un viaje de crecimiento personal y conexión profunda, donde cada experiencia compartida fortalece los lazos.

Ambos, el uno en el otro, han encontrado todo eso y más.

Juntos son más fuertes, más valientes y más felices de lo que jamás podrían ser por separado.

Dan gracias por haber encontrado su compañero de vida, su amor eterno, su chico perfecto, su chica perfecta.

Y mientras se embarcan en esta nueva aventura juntos, saben que su amor seguirá creciendo y floreciendo, iluminando cada paso de su camino con su resplandor eterno.

Gracias por llegar hasta aquí.

Si quieres leer más novelas mías, te dejo a continuación otros títulos que puedes encontrar en Amazon:

- La luz de Luna.
- Malas noticias: te odio
- Un prometido por Navidad
- Un canalla encantador.
- Niñero por sorpresa.
- ¡Querido destino, no me gusta mi vecino!
- Llámame fuego.
- Llámame agua.
- Roberto, llévame al huerto.
- Con tu camiseta y unas bragas.

También puedes seguirme en mi cuenta de Instagram: @natalia\_escibe para no perderte ninguna noticia relacionada con mi trabajo y estar al tanto de todos los lanzamientos.